

THE
QUEEN
OF
NOTHING

THE *NEW YORK TIMES* BESTSELLING SERIES BY
HOLLY BLACK

THE QUEEN OF NOTHING

HOLLY BLACK

HOT
KEY
BOOKS

Elogios para la serie *THE FOLK OF THE AIR*

‘Brillantemente agradable... Definitivamente lo mejor de Holly Black hasta ahora.’

Amanda Craig

‘Un mundo atractivo que es tan siniestro como atractivo... Los fanáticos de los cazadores de sombras deberían leer esto lo antes posible.’

SciFi Now magazine

‘Una verdadera reina de la fantasía oscura, Holly Black cuenta una emocionante historia de intriga y magia... Imperdible para los fanáticos de Sarah J. Mass y la trilogía Grisha.’

Buzzfeed UK

‘Lo que sea que esté buscando un lector (acción con el corazón en la garganta, romance mortal, traición doble, complejidad moral), este es un gran viaje.’

Booklist

‘Personajes complejos y matizados, sensualidad franca y una narración intrincada y aguda, todo conspira para atrapar.’

Guardian

‘Exuberante, peligroso, una joya oscura de un libro... Esta deliciosa historia te seducirá y te dejará desesperado por una página más”.

Leigh Bardugo, autora más vendida del New York Times *Six of Crows* y *Crooked Kingdom*.

‘Holly Black es la reina de las hadas’

Victoria Aveyard

‘Una experiencia exuberante e inmersiva... donde poco es lo que parece’

Books for Keeps

‘Esta historia de un reino y luchas de poder mortales vista a través de los ojos humanos es una lectura absolutamente obligada’

Irish Independent

Serie The Folk of the Air

El Príncipe Cruel

El Rey Malvado

La Reina De Nada

Para Leigh Bardugo, quien no me dejó rendirme ante nada.



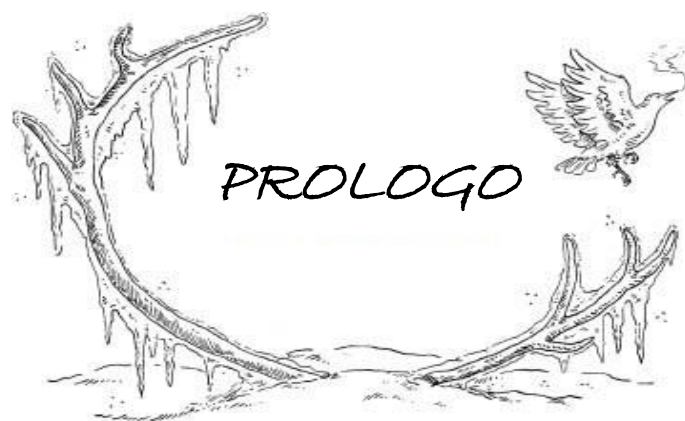




Libro Uno

*Y el Rey Elfin ha jurado casarse
Con una hija de la tierra
Cuyo hijo será,
Por la cruz y el agua
santificada,
De la fatalidad del hada para
siempre libre
¿Qué pasa si hay un día
predestinado?
¡Está muy lejos! ¡Está muy lejos!*

*—Edmun Clarence Stedman
“Elfin Song”*



El Astrólogo Real, Baphen, miró el mapa estelar con los ojos entrecerrados y trató de no inmutarse cuando pareció seguro que el príncipe más joven de Elfhame estaba a punto de caer sobre su cabeza real.

Una semana después del nacimiento del Príncipe Cardan y finalmente fue presentado al Rey Supremo. Los cinco herederos anteriores habían sido vistos de inmediato, todavía chillando con rubicunda novedad, pero Lady Asha le había prohibido al Rey Supremo la visita antes de sentirse adecuadamente recuperada de su parto.

El bebé estaba delgado y arrugado, silencioso, mirando a Eldred con ojos negros. Azotó su pequeña cola parecida a un látigo con tal fuerza que su manta amenazaba con romperse. Lady Asha parecía insegura de cómo acunarlo. De hecho, lo abrazó como si esperara que alguien pudiera quitarle la carga muy pronto.

—Cuéntanos de su futuro—, instó el Rey Supremo. Sólo unas pocas personas se reunieron para presenciar la presentación del nuevo príncipe: el mortal Val Moren, que era tanto poeta de la corte como senescal, y dos miembros del Consejo Viviente: Randalin, el ministro de las llaves y Baphen. En el salón vacío, las palabras del Rey Supremo resonaron.

Baphen vaciló, pero no pudo hacer nada salvo responder. Eldred había tenido cinco hijos antes del Príncipe Cardan, una fecundidad impactante entre la gente, con su sangre fina y pocos nacimientos. Las estrellas habían hablado de los logros predestinados de cada principito y princesa en poesía y canción, en política, en virtud e incluso en vicio. Pero esta vez lo que había visto en las estrellas había sido completamente diferente.

—El príncipe Cardan será su último hijo—, dijo el Astrólogo Real. —Él será la destrucción de la corona y la ruina del trono.

Lady Asha respiró hondo. Por primera vez, acercó al niño de manera protectora. Él se retorció en sus brazos. —Me pregunto quién ha influido en tu interpretación de los signos. Quizás la princesa Elowyn tuvo algo que ver. O el príncipe Dain.

Tal vez sería mejor que lo dejara caer, pensó Baphen con crueldad.

El Rey Supremo Eldred se pasó una mano por la barbilla.

—¿No se puede hacer nada para detener esto?

Fue una bendición a medias que las estrellas le proporcionaran a Baphen tantos acertijos y tan pocas respuestas. A menudo deseaba ver las cosas con más claridad, pero esta vez no. Incluyó la cabeza para tener una excusa para no encontrarse con la mirada del Rey Supremo.

—Sólo de su sangre derramada puede surgir un gran gobernante, pero no antes de que suceda lo que les he dicho.

Eldred se volvió hacia Lady Asha y su hijo, el presagio de mala suerte. El bebé estaba tan silencioso como una piedra, sin llorar ni arrullar, la cola todavía latía.

—Llévate al chico—, dijo el Rey Supremo. —Críalo como mejor te parezca.

Lady Asha no se inmutó.

—Lo criaré como corresponde a su posición. Después de todo, él es un príncipe y tu hijo.

Había cierta fragilidad en su tono, y Baphen se sintió incómodo al recordar que algunas profecías se cumplen con las mismas acciones destinadas a prevenirlas.

Por un momento, todos se quedaron en silencio. Luego, Eldred asintió con la cabeza a Val Moren, quien abandonó el estrado y regresó con una delgada caja de madera con un patrón de raíces trazado sobre la tapa.

—Un regalo—, dijo el Rey Supremo, —en reconocimiento a su contribución a la línea Greenbriar.

Val Moren abrió la caja, revelando un exquisito collar de pesadas esmeraldas. Eldred los levantó y los colocó sobre la cabeza de Lady Asha. Tocó su mejilla con el dorso de una mano.

—Su generosidad es grandiosa, mi señor, —dijo ella, algo apaciguada. El bebé agarraba una piedra en su pequeño puño, mirando a su padre con ojos insondables.

—Ve ahora y descansa, — dijo Eldred, su voz más suave. Esta vez, ella cedió.

Lady Asha partió con la cabeza en alto, agarrando al niño con más fuerza. Baphen sintió un escalofrío de algún presentimiento que no tenía nada que ver con las estrellas.

El Rey Supremo Eldred no volvió a visitar a Lady Asha, ni la llamó. Quizás debería haber dejado a un lado su insatisfacción y criar a su hijo. Pero mirar al príncipe Cardan era como mirar hacia un futuro incierto, por lo que lo evitó.

Lady Asha, como madre de un príncipe, se encontró muy solicitada por la Corte, si no por el Rey Supremo. Dada a la extravagancia y la frivolidad, deseaba volver a la vida alegre de un cortesano. No podía asistir a los bailes con un bebé a cuestas, así que encontró una gata, cuyos gatitos habían nacido muertos, para actuar como su nodriza.

Ese arreglo duró hasta que el príncipe Cardan pudo gatear. Para entonces, la gata estaba cargada con una nueva camada y el príncipe había comenzado a tirar de su cola. Ella huyó a los establos, abandonándolo también.

Y así creció en el palacio, nadie lo apreciaba y nadie lo controlaba. ¿Quién se atrevería a evitar que un príncipe robara comida de las grandes mesas y comiera debajo de ellas, devorando lo que había tomado en bocados salvajes? Sus hermanas y hermanos sólo se rieron, jugando con él como lo harían con un cachorro.

Llevaba ropa sólo de vez en cuando, se ponía guirnaldas de flores y tiraba piedras cuando el guardia intentaba acercarse a él. Nadie más que su madre ejercía control sobre él, y rara vez trataba de frenar sus excesos. Todo lo contrario.

—Eres un príncipe—, le diría con firmeza cuando él se alejara de un conflicto o no hiciera una demanda. —Todo es tuyo. Solo tienes que tomarlo. —Y a veces: —Yo quiero eso. Consíguemelo.

Se dice que los niños de las hadas no son como los niños mortales. Necesitan poco amor. No es necesario que se arrojen por la noche, pero pueden dormir con la misma alegría en un rincón frío de un salón de baile, acurrucados en un mantel. No necesitan ser alimentados; están igual de felices lamiendo el rocío y el pan y la nata de las cocinas. No necesitan ser consolados, ya que rara vez lloran.

Pero si los niños de las hadas necesitan poco amor, los príncipes de las hadas necesitan algún consejo.

Sin él, cuando el hermano mayor de Cardan sugirió dispararle una nuez a la cabeza de un mortal, Cardan no tuvo la sabiduría de objetar. Sus hábitos eran impulsivos; su manera, imperiosa.

—La puntería aguda impresiona tanto a nuestro padre—, dijo el príncipe Dain con una pequeña sonrisa burlona. —Pero quizás sea demasiado difícil. Mejor no intentarlo que fracasar.

Para Cardan, que no podía atraer la atención de su padre y lo deseaba desesperadamente, la perspectiva era tentadora. No se preguntó quién era el mortal o cómo había llegado a estar en la Corte. Ciertamente, Cardan nunca sospechó que el hombre era amado por Val Moren y que el senescal se volvería loco de dolor si el hombre moría.

Dejando a Dain libre para asumir una posición más destacada como la mano derecha del Rey Supremo.

—“¿Demasiado difícil?” “¿Mejor no intentarlo?” Esas son las palabras de un cobarde—, dijo Cardan, lleno de

bravuconería infantil. En verdad, su hermano lo intimidó, pero eso sólo lo hizo más despectivo.

El príncipe Dain sonrió. —Intercambiamos flechas al menos. Entonces, si fallas, puedes decir que fue mi flecha la que salió mal.

El príncipe Cardan debería haber sospechado de esa bondad, pero tenía poca, para distinguir la verdadera bondad de la falsa.

En cambio, hizo una muesca en la flecha de Dain y tiró hacia atrás la cuerda del arco, apuntando a la nuez. Lo invadió una sensación de hundimiento. Él podría no disparar de verdad. Podría lastimar al hombre. Pero inmediatamente después de eso, un júbilo enojado surgió ante la idea de hacer algo tan horrible que su padre ya no podía ignorarlo. Si no podía llamar la atención del Rey Supremo por algo bueno, entonces tal vez podría obtenerla por algo realmente, realmente malo.

La mano de Cardan se tambaleó.

Los ojos líquidos del mortal lo miraron con miedo helado. Encantado, por supuesto. Nadie se quedaría así de buena gana. Eso fue lo que lo decidió.

Cardan se obligó a reír mientras relajaba la cuerda del arco, dejando que la flecha se saliera de la muesca.

—Simplemente no dispararé en estas condiciones—, dijo, sintiéndose ridículo por haber retrocedido. —El viento viene del norte y me despeina el pelo. Se me está poniendo todo en los ojos.

Pero el príncipe Dain levantó su arco y soltó la flecha que Cardan había intercambiado con él. Golpeó al mortal a través de la garganta. Cayó casi sin sonido, los ojos aún abiertos, ahora mirando a la nada.

Sucedió tan rápido que Cardan no gritó, no reaccionó. Se limitó a mirar a su hermano, una comprensión lenta y terrible se estrelló contra él.

—Ah—, dijo el príncipe Dain con una sonrisa de satisfacción.
—Es una pena. Parece que tu flecha salió mal. Quizás puedas quejarte con nuestro padre por ese pelo en tus ojos.

Después, aunque protestó, nadie escuchó el lado del Príncipe Cardan. Dain se encargó de eso. Contó la historia de la imprudencia del príncipe más joven, su arrogancia, su flecha. El Gran Rey ni siquiera permitiría a Cardan una audiencia.

A pesar de las súplicas de Val Moren para su ejecución, Cardan fue castigado por la muerte del mortal de la misma manera que se castiga a los príncipes. El Rey Supremo encerró a Lady Asha en la Torre del Olvido en lugar de Cardan, algo por lo que Eldred se sintió aliviado al tener una razón para hacerlo, ya que la encontraba a la vez aburrida y problemática. El cuidado del príncipe Cardan fue entregado a Balekin, el mayor de los hermanos, el más cruel y el único dispuesto a llevarlo.

Y así se creó la reputación del príncipe Cardan. Tenía poco que hacer, salvo promoverlo.



Yo, Jude Duarte, Reina Suprema de Elfhame en el exilio, paso la mayoría de las mañanas dormitando frente a la televisión durante el día, viendo concursos de cocina y dibujos animados y reposiciones de un programa en el que la gente tiene que completar un guante apuñalando cajas y botellas y cortando un pescado entero. Por las tardes, si me deja, entreno a mi hermano Oak. Por las noches, hago recados para las hadas locales.

Mantengo la cabeza gacha, como probablemente debería haber hecho en primer lugar. Y si maldigo a Cardan, también tendré que maldecirme a mí misma, por ser la tonta que caminó directo a la trampa que me tendió.

Cuando era niño, imaginaba regresar al mundo de los mortales. Taryn, Vivi y yo repetíamos cómo era allí, recordando los aromas de la hierba recién cortada y la gasolina, recordando cómo jugar a la mancha en los patios traseros del vecindario y meciéndonos en el cloro blanqueador de las piscinas de verano. Soñé con té helado reconstituido en polvo y paletas de jugo de naranja. Anhelaba cosas mundanas: el olor a asfalto caliente, el montón de cables entre las farolas, los tintineos de los comerciales.

Ahora, atrapada en el mundo mortal para siempre, extraño el País de las Hadas con una intensidad cruda. Es la magia que anhelo, la magia que extraño. Quizás hasta extraño tener miedo. Me siento como si estuviera soñando mis días, inquieta, nunca completamente despierta.

Tamborileo con los dedos sobre la madera pintada de una mesa de picnic. Es principios de otoño, ya hace frío en Maine.

El sol de la tarde motea el césped fuera del complejo de apartamentos mientras veo a Oak jugar con otros niños en la franja de bosque entre aquí y la carretera. Son niños del edificio, algunos menores y otros mayores que sus ocho años, todos dejados en el mismo autobús escolar amarillo. Juegan un juego de guerra totalmente desorganizado, persiguiéndose unos a otros con palos. Golpean como lo hacen los niños, apuntando al arma en lugar del oponente, gritando de risa cuando se rompe un palo. No puedo evitar darme cuenta de que están aprendiendo todas las lecciones equivocadas sobre el manejo de la espada.

Aun así, miro. Y entonces noto cuando Oak usa glamour.

Lo hace inconscientemente, creo. Se está acercando sigilosamente a los otros niños, pero luego hay un tramo sin fácil cobertura. Continúa hacia ellos, y aunque está a la vista, ellos no parecen darse cuenta.

Cada vez más cerca, con los niños aún sin mirar en su dirección. Y cuando salta hacia ellos, balanceándose con el bastón, gritan con auténtica sorpresa.

Él era invisible. Estaba usando glamour. Y yo, en contra de ser engañada por eso, no me di cuenta hasta que estuvo hecho. Los otros niños piensan que fue inteligente o afortunado. Solo yo sé lo descuidado que fue.

Espero hasta que los niños se dirijan a sus apartamentos. Se van despegando, uno por uno, hasta que sólo queda mi hermano. No necesito magia, ni siquiera con hojas bajo los pies, para robarle. Con un movimiento rápido, envuelvo mi brazo alrededor del cuello de Oak, presionándolo contra su garganta lo suficientemente fuerte como para darle un buen susto. Él retrocede, casi golpeándome en la barbilla con sus cuernos. No está mal. Intenta romper mi agarre, pero es a medias. Él puede decir que soy yo, y no lo asusto.

Aprieto mi agarre. Si presiono mi brazo contra su garganta el tiempo suficiente, se desmayará.

Intenta hablar y luego debe comenzar a sentir los efectos de no recibir suficiente aire. Olvida todo su entrenamiento y se vuelve loco, arremete contra mis brazos y pateo mis piernas. Haciéndome sentir muy mal. Quería que tuviera un poco de miedo, lo suficientemente asustado como para defenderse, no aterrorizado.

Lo dejo ir y él se aleja a trompicones, jadeando, con los ojos húmedos de lágrimas.

— ¿Para qué era eso? —él quiere saber. Me mira acusadoramente.

—Para recordarte que luchar no es un juego—, digo, sintiendo como si estuviera hablando con la voz de Madoc en lugar de la mía. No quiero que Oak crezca como yo, enojado y asustado. Pero quiero que sobreviva, y Madoc me enseñó cómo hacerlo.

¿Cómo se supone que voy a averiguar cómo darle las cosas adecuadas cuando todo lo que sé es mi propia infancia desordenada? Tal vez las partes que valoro sean las incorrectas.

— ¿Qué vas a hacer contra un oponente que realmente quiere lastimarte?

—No me importa—, dice Oak. —No me importan esas cosas. No quiero ser rey. No quiero ser rey nunca.

Por un momento, sólo lo miro. Quiero creer que miente, pero, por supuesto, no puede mentir.

—No siempre tenemos una opción en nuestro destino—, digo.

— ¡Tú gobiernas si te preocupas tanto!— él dice. —No lo haré. Nunca.

Tengo que rechinar los dientes para no gritar.

—No puedo, como sabes, porque estoy en el exilio—, le recuerdo.

Golpea el suelo con una de sus pezuñas.

— ¡Yo también! Y la única razón por la que estoy en el mundo humano es porque papá quiere la estúpida corona y tú la quieres y todos la quieren. Bueno, no lo hago. Está maldita.

—Todo el poder está maldito—, digo. —Los más terribles de entre nosotros harán cualquier cosa para conseguirlo, y aquellos que ejercerían mejor el poder no quieren que se les imponga. Pero eso no significa que puedan evitar sus responsabilidades para siempre.

—No puedes hacerme ser el Rey supremo—, dice, y, alejándose de mí, echa a correr en dirección al edificio de apartamentos.

Me siento en el frío suelo, sabiendo que arruiné la conversación por completo. Sabiendo que Madoc nos entrenó a Taryn y a mí mejor de lo que yo entreno a Oak. Sabiendo que era arrogante y tonta al pensar que podía controlar a Cardan.

Sabiendo que en el gran juego de príncipes y reinas, he sido barrida del tablero.



Dentro del apartamento, la puerta de Oak está cerrada firmemente contra mí. Vivienne, mi hermana hada, está parada en la encimera de la cocina, sonriendo en su teléfono.

Cuando se da cuenta de mí, me agarra de las manos y me da vueltas y vueltas hasta que me mareo.

—Heather me ama de nuevo—, dice, con una risa salvaje en su voz.

Heather era la novia humana de Vivi. Había soportado las evasiones de Vivi sobre su pasado. Incluso soportó que Oak viniera a vivir con ellos en este apartamento. Pero cuando descubrió que Vivi no era humana y que Vivi había usado

magia con ella, la dejó y se mudó. Odio decir esto, porque quiero que mi hermana sea feliz, y Heather la hizo feliz, pero fue un abandono muy merecido.

Me aparto para parpadear confundida. — ¿Qué?

Vivi me agita su teléfono.

—Ella me envió un mensaje de texto. Quiere volver. Todo va a ser como antes.

Las hojas no vuelven a crecer en una enredadera, las nueces rotas no vuelven a encajar en sus cáscaras y las novias que han estado encantadas no se despiertan y deciden dejar que las cosas se deslicen con sus aterradoras ex.

—Déjame ver eso—, digo, alcanzando el teléfono de Vivi. Ella me permite tomarlo.

Repaso los textos, la mayoría de ellos procedentes de Vivi y llenos de disculpas, promesas mal consideradas y súplicas cada vez más desesperadas. Al final de parte de Heather, hubo mucho silencio y algunos mensajes que decían *“Necesito más tiempo para pensar”*.

Luego esto:

Quiero olvidar a Faerie. Quiero olvidar que tú y Oak no son humanos. Ya no quiero sentirme así. Si te pidiera que me hicieras olvidar, ¿lo harías?

Me quedo mirando las palabras durante un largo momento, tomando aliento.

Puedo ver por qué Vivi ha leído el mensaje de la forma en que lo ha hecho, pero creo que lo ha leído mal. Si hubiera escrito eso, lo último que me gustaría era que Vivi estuviera de acuerdo. Me gustaría que ella me ayudara a ver que incluso si Vivi y Oak no fueran humanos, todavía me amaban. Me gustaría que Vivi insistiera en que fingir que Faerie no existe, no ayudaría. Me

gustaría que Vivi me dijera que había cometido un error y que nunca volvería a cometer ese error, pase lo que pase.

Si hubiera enviado ese mensaje de texto, sería una prueba.

Le devuelvo el teléfono a Vivi.

— ¿Qué le vas a decir?

—Qué haré lo que ella quiera—, dice mi hermana, un voto extravagante para un mortal y un voto francamente aterrador de alguien que estaría obligado a cumplir esa promesa.

—Tal vez ella no sepa lo que quiere—, digo. Soy desleal, no importa lo que haga. Vivi es mi hermana, pero Heather es humana. Les debo algo a las dos.

Y ahora mismo, a Vivi no le interesa suponer nada más además de que todo saldrá bien. Ella me da una gran sonrisa relajada y toma una manzana del frutero y la lanza al aire.

— ¿Qué le pasa a Oak? Entró pisoteando y cerró la puerta. ¿Va a ser así de dramático cuando sea adolescente?

—Él no quiere ser Rey Supremo—, le digo.

—Oh. Eso. —Vivi mira hacia su dormitorio. —Pensé que era algo importante.



Esta noche, es un alivio ir al trabajo.

Las hadas del mundo mortal tienen necesidades distintas a las de Elfhame. Las hadas solitarias, que sobreviven en los límites de Faerie, no se preocupan por las juergas y las maquinaciones cortesanas.

Y resulta que tienen muchos trabajos extraños para alguien como yo, un mortal que conoce sus costumbres y no le preocupa meterse en peleas ocasionales. Conocí a Bryern una semana después de dejar Elfhame. Apareció fuera del complejo de apartamentos, un hada de pelaje negro, cabeza y pezuñas de cabra, con bombín en mano, diciendo que era un viejo amigo de la Cucaracha.

—Tengo entendido que estás en una posición única—, dijo, mirándome con esos extraños ojos dorados de cabra, sus pupilas negras como un rectángulo horizontal. —Te presumes muerta, ¿es correcto? Sin número de seguro social. Sin educación mortal.

—Y buscando trabajo—, le dije, averiguando a dónde iba esto. —Fuera de los libros.

—No puedes alejarte más de los libros que conmigo—, me aseguró, colocando una mano con garras sobre su corazón. —Permíteme presentarme. Bryern. Un phooka, si no lo habías adivinado.

No pidió juramentos de lealtad ni promesas de ningún tipo. Podía trabajar todo lo que quisiera y la paga era acorde con mi atrevimiento.

Esta noche, me encuentro con él junto al agua. Me deslizo sobre la bicicleta de segunda mano que compré. El neumático trasero se desinfla rápidamente, pero lo conseguí barato. Funciona bastante bien para ayudarme. Bryern está vestido con la típica inquietud: su sombrero tiene una banda decorada con algunas plumas de pato de colores brillantes, y lo combina con una chaqueta de tweed. Cuando me acerco, saca un reloj de un bolsillo y lo mira con el ceño fruncido exageradamente.

—Oh, ¿llego tarde?— Pregunto. —Lo siento. Estoy acostumbrada a decir la hora a la luz de la luna.

Me mira molesto.

—Sólo porque hayas vivido en el Tribunal Superior, no necesitas darte aires. No eres nadie especial ahora

Soy la Reina Suprema de Elfhame. Se me ocurre un pensamiento espontáneo y me muerdo el interior de la mejilla para evitar decir esas ridículas palabras. Tiene razón: ahora no soy nadie especial.

—¿Cuál es el trabajo?— pregunto en cambio, lo más suave que puedo.

—Uno de los habitantes de Old Port se ha estado comiendo a los lugareños. Tengo un contrato para alguien dispuesto a extraerle una promesa de cesar.

Me cuesta creer que a él le importe lo que les sucede a los humanos, o que le importe lo suficiente como para pagarme para que haga algo al respecto.

—¿Mortales *locales*?

El niega con la cabeza. —No. No. Nosotros, gente del aire—. Luego parece recordar con quién está hablando y parece un poco nervioso. Intento no tomar su desliz como un cumplido.

¿*Matar y comerse* a la gente del aire? Nada de eso indica un trabajo fácil.

—¿Quién está contratando?

Da una risa nerviosa.

—Nadie que quiera asociar su nombre con la escritura. Pero están dispuestos a remunerarte por hacerlo realidad.

Una de las razones por las que a Bryern le gusta contratarme es que puedo acercarme a la gente. No esperan que sea un mortal quien los robe o les clave un cuchillo en el costado. No esperan que un mortal no se vea afectado por el glamour o que conozca sus costumbres o que se dé cuenta de sus terribles negocios.

Otra razón es que necesito el dinero suficiente para estar dispuesta a aceptar trabajos como este, los que sé desde el principio que van a apestar.

—¿Dirección? —Pregunto, y me pasa un papel doblado. Lo abro y miro hacia abajo. —Es mejor que la paga sea buena.

—Quinientos dólares estadounidenses—, dice, como si fuera una suma extravagante.

Nuestro alquiler es de mil doscientos al mes, sin mencionar los alimentos y los servicios públicos. Con Heather desaparecida, mi mitad es alrededor de ochocientos. Y me gustaría conseguir un neumático nuevo para mí bicicleta. Quinientos no es suficiente, no para algo como esto.

—Mil quinientos—, respondo, levantando las cejas. —En efectivo, verificable por hierro. La mitad por adelantado, y si no vuelvo, le pagas a Vivienne la otra mitad como regalo a mi afligida familia.

Bryern aprieta los labios, pero sé que tiene el dinero. Simplemente no quiere pagarme lo suficiente como para que pueda ser selectiva con los trabajos.

—Mil—, se compromete, metiendo la mano en un bolsillo dentro de su chaqueta de tweed y sacando un fajo de billetes sujetos con un clip plateado. —Y mira, tengo la mitad conmigo ahora mismo. Puedes tomarlo.

—Bien—, estoy de acuerdo. Es un sueldo decente por lo que podría ser el trabajo de una sola noche si tengo suerte.

Me entrega el dinero en efectivo con un olfateo.

—Avísame cuando hayas completado la tarea.

Hay un llavero de hierro en mi llavero. Lo paso ostentosamente por los bordes del dinero para asegurarme de que es real. Nunca está de más recordarle a Bryern que tengo cuidado.

—Más cincuenta dólares para gastos—, digo impulsivamente.

Él frunce el ceño. Después de un momento, mete la mano en una parte diferente de su chaqueta y entrega el dinero extra.

—Sólo ocúpate de esto—, dice. La falta de objeciones es una mala señal. Tal vez debería haber hecho más preguntas antes de aceptar este trabajo. Definitivamente debería haber negociado más duro.

Muy tarde ahora.

Vuelvo a montar en mi bicicleta y, despidiéndome de Bryern, me dirijo al centro. Érase una vez, me imaginaba a mí misma como un caballero montada en un corcel, regodeándome en concursos de habilidad y honor. Lástima que mis talentos resultaron estar completamente en otra dirección.

Supongo que soy un asesino de gente del aire lo suficientemente hábil, pero en lo que realmente me destaco es en meterme bajo su piel. Con suerte, eso me servirá para convencer a un hada caníbal de que haga lo que yo quiera.

Antes de ir a confrontarla, decido preguntar.

Primero, veo una encimera llamada Magpie, que vive en un árbol en Deering Oaks Park. Dice que ha oído que ella es una Red Cap, lo cual no es una gran noticia, pero al menos desde que crecí con uno, estoy bien informada sobre su naturaleza. Los Redcaps anhelan la violencia, la sangre y el asesinato; de hecho, se ponen un poco nerviosos cuando no hay nada de esto durante períodos de tiempo. Y si son tradicionalistas, tienen un gorro que mojan en la sangre de sus enemigos vencidos, supuestamente para otorgarles algo de la vitalidad robada, a los asesinados.

Le pregunto por un nombre, pero Magpie no lo sabe. Me envía a Ladhar, un clurichaun que se escabulle detrás de los bares, chupando espuma de las copas de las cervezas cuando nadie mira y estafa a los mortales en los juegos de azar.

— ¿No lo sabías? —dice Ladhar, bajando la voz. —*Grima Mog*.

Casi lo acuso de mentir, a pesar de saberlo mejor. Luego tengo una breve e intensa fantasía de localizar a Bryern y hacer que se ahogue con cada dólar que me dio.

— ¿Qué diablos está haciendo ella *aquí*?

Grima Mog es la temible general de la Corte de los Dientes en el Norte. La misma corte de la que escaparon la cucaracha y la bomba. Cuando era pequeña, Madoc me leía antes de dormir las memorias de sus estrategias de batalla. Sólo con pensar en enfrentarme a ella, empiezo a sudar frío.

No puedo pelear con ella. Y tampoco creo que tenga buenas posibilidades de engañarla.

—Según lo que escuche, la han echado—, dice Ladhar. —Quizás se comió a alguien que le gustaba a Lady Nore.

No tengo que hacer este trabajo, me recuerdo. Ya no formo parte de la Corte de las Sombras de Dain. Ya no intento gobernar desde detrás del trono del Rey Supremo Cardan. No necesito correr grandes riesgos.

Pero tengo curiosidad.

Combina eso con una abundancia de orgullo herido y te encontrarás en los escalones de la entrada del almacén de Grima Mog al amanecer. Sé que es mejor no ir con las manos vacías. Tengo carne cruda de una carnicería enfriándose en una hielera de poliestireno, unos sándwiches de miel, hechos descuidadamente, envueltos en papel de aluminio, y una botella de cerveza agria decente.

Dentro, deambulo por un pasillo hasta que llego a la puerta de lo que parece ser un apartamento. Llamo tres veces y espero que, al menos, el olor de la comida cubra el olor de mi miedo.

Se abre la puerta y una mujer en bata se asoma. Está inclinada, apoyada en un bastón pulido de madera negra.

— ¿Qué quieres, querida?

Veo a través de su glamour mientras la observo, noto el tinte verde de su piel y sus dientes demasiado grandes. Como mi padre adoptivo: Madoc. El tipo que mató a mis padres. El tipo que me leyó sus estrategias de batalla. Madoc, una vez Gran General del Tribunal Superior. Ahora enemigo del trono y no muy contento conmigo tampoco.

Con suerte, él y el Rey Supremo Cardan se arruinarán la vida el uno al otro.

—Te traje algunos regalos—, le digo, sosteniendo la hielera.
— ¿Puedo entrar? Quiero hacer un trato—. Ella frunce un poco el ceño.

—No puedes seguir comiendo gente del aire al azar sin que alguien sea enviado para tratar de persuadirte de que pares—, digo.

—Quizás te comeré, niña bonita—, contraataca, animada. Pero da un paso atrás para permitirme entrar en su guarida. Supongo que no puede comerme en el pasillo.

El departamento es tipo loft, con techos altos y paredes de ladrillo. Agradable. Pisos pulidos y lustrados. Grandes ventanales que dejan entrar la luz y una vista decente de la ciudad. Está amueblado con cosas viejas. El mechón de algunas de las piezas está roto y hay marcas que podrían provenir de un corte perdido de un cuchillo.

Todo el lugar huele a sangre. Un olor a cobre, metálico, superpuesto con una dulzura ligeramente empalagosa. Dejo mis regalos sobre una pesada mesa de madera.

—Para ti—, digo. —Con la esperanza de que pases por alto mi rudeza al venir sin ser invitada.

Olfatea la carne, da la vuelta a un sándwich de miel que tiene en la mano y abre la tapa de la cerveza con el puño. Tomando un largo trago, me mira.

—Alguien te instruyó en las sutilezas. Me pregunto por qué se molestaron, pequeña cabra. Obviamente eres el sacrificio enviado con la esperanza de que mi apetito pueda saciarse con carne mortal. —Ella sonríe, mostrando los dientes. Es posible que dejara caer su glamour en ese momento, aunque, como ya lo vi, no puedo decirlo.

Parpadeo hacia ella. Ella parpadea en respuesta, claramente esperando una reacción.

Al no gritar y correr hacia la puerta, la he molestado. Puedo decir. Creo que estaba ansiosa por perseguirme cuando corriera.

—Eres Grima Mog—, le digo. —Líder de ejércitos. Destructor de tus enemigos. ¿Es así realmente como quieres pasar tu jubilación?

— ¿Jubilación? —Ella repite la palabra como si le hubiera infligido el insulto más mortal. —Aunque he sido derribada, encontraré otro ejército al que dirigir. Un ejército más grande que el primero.

A veces me digo a mí mismo algo muy parecido. Escucharlo en voz alta, de boca de otra persona, es discordante. Pero me da una idea.

—Bueno, la gente local preferiría que no se la comieran mientras planificas tu próximo movimiento. Obviamente, siendo humana, prefiero que no te comas a los mortales; dudo que te den lo que estás buscando de todos modos. —Ella espera que continúe.

—Un desafío—, digo, pensando en todo lo que sé sobre Redcaps. —Eso es lo que anhelas, ¿verdad? Buena pelea. Apuesto a que la gente que mataste no era tan especial. Un desperdicio de tus talentos.

— ¿Quién te envió? —pregunta finalmente. Reevaluándome. Tratando de averiguar mi ángulo.

— ¿Qué hiciste para cabrearla? —Pregunto. — ¿Tu reina? Debe haber sido algo grande para que te echaran de la Corte de Dientes.

— ¿Quién te envió? —ella ruge. Supongo que toqué un nervio. Mi mejor habilidad.

Intento no sonreír, pero he echado de menos la oleada de poder que conlleva jugar un juego como este, de estrategia y astucia. Odio admitirlo, pero he echado de menos arriesgar mi cuello. No hay lugar para arrepentimientos cuando estás ocupada tratando de ganar. O al menos no morir.

—Te lo dije. La gente local que no quiere que se la coman.

— ¿Por qué tú? —ella pregunta. — ¿Por qué enviarían un desliz de una chica para tratar de convencerme de algo?

Examinando la habitación, noto una caja redonda en la parte superior del refrigerador. Una sombrerera pasada de moda. Mi mirada se engancha en ella.

—Probablemente porque no sería una pérdida para ellos si fallara.

Ante eso, Grima Mog se ríe, tomando otro sorbo de la cerveza agria.

—Una fatalista. Entonces, ¿cómo vas a persuadirme?

Camino hacia la mesa y recojo la comida, buscando una excusa para acercarme a esa sombrerera.

—Primero, guardando tus compras.

Grima Mog parece divertida.

—Supongo que a una anciana como yo le vendría bien que una jovencita hiciera algunos recados en la casa. Pero ten cuidado. Puede que encuentres más como tú negociado en mi despensa, cabrita.

Abro la puerta del frigorífico. Los restos de la gente que ha matado me saludan. Ha recogido brazos y cabezas, conservados de alguna manera, horneado y asado y guardado como las sobras de una gran cena navideña. Mi estómago se revuelve.

Una sonrisa malvada se arrastra por su rostro.

— ¿Asumo que esperabas desafiarme a un duelo? ¿Querías presumir de cómo habías dado una buena pelea? Ahora ves lo que significa perder ante Grima Mog.

Respiro hondo. Luego, con un salto, golpeo la sombrerera de la parte superior del refrigerador y la llevo a mis brazos.

— ¡No toques eso!— grita, poniéndose de pie mientras arranco la tapa.

Y ahí está: la gorra. Lacada con sangre, capas y capas de ella.

Ella está a medio camino a través del piso hacia mí, mostrando los dientes. Saco un encendedor de mi bolsillo y enciendo la llama con el pulgar. Se detiene abruptamente al ver el fuego.

— Sé que has pasado muchos, muchos años construyendo la pátina de esta gorra—, digo, deseando que mi mano no se estreche, deseando que la llama no se apague. —Probablemente hay sangre aquí de tu primera muerte y la última. Sin ella, no habrá recordatorio de tus conquistas pasadas, ni trofeos, nada. Ahora necesito que hagas un trato conmigo. Jura que no habrá más asesinatos. Ni la gente, ni los humanos, mientras residas en el mundo mortal.

— ¿Y si no lo hago, quemarás mi tesoro? —Grima Mog termina por mí. —No hay honor en eso.

—Supongo que podría ofrecirme para pelear contigo—, le digo. —Pero probablemente perdería. De esta manera, yo gano.

Grima Mog apunta la punta de su bastón negro hacia mí.

—Eres la hija humana de Madoc, ¿no es así? Y el senescal de nuestro nuevo Rey Supremo en el exilio. Echada como yo. —Asiento, desconcertado por ser reconocido.

— ¿Qué hiciste? —pregunta, con una pequeña sonrisa de satisfacción en su rostro. —Debe haber sido algo grande.

—Fui una tonta—, digo, porque bien podría admitirlo. —Entregué el pájaro en mi mano por dos en el aire.

Ella suelta una gran carcajada.

—Bueno, ¿no somos un par, hija de redcap? Pero el asesinato está en mis huesos y en mi sangre. No planeo dejar de matar. Si voy a quedar atrapada en el mundo mortal, entonces tengo la intención de divertirme un poco.

Acerco la llama al sombrero. El fondo comienza a ennegrecerse y un hedor terrible llena el aire.

— ¡Detente! —grita, dándome una mirada de odio crudo. —Suficiente. Déjame hacerte una oferta, cabrita. Luchemos. Si pierdes, me devuelves la gorra sin quemar. Sigo cazando como lo he hecho. Y dame tu dedo más pequeño.

— ¿Para comer? —Pregunto, quitando la llama del sombrero.

—Si me gusta—, responde. —O para llevar como un broche. ¿Qué te importa lo que haga con él? El caso es que será mío.

— ¿Y por qué estaría de acuerdo con eso?

—Porque si ganas, tendrás tu promesa de mi parte. Y te diré algo importante con respecto a tu Rey Supremo.

—No quiero saber nada de él—, espeto, demasiado rápido y demasiado enojada. No esperaba que ella invocara a Cardan.

Su risa esta vez es baja y retumbante.

—Pequeña mentirosa.

Nos miramos la una a la otra durante un largo momento. La mirada de Grima Mog es bastante amable. Ella sabe que me tiene. Voy a estar de acuerdo con sus términos. Yo también lo sé, aunque es ridículo. Ella es una leyenda. No veo cómo puedo ganar.

Pero el nombre de Cardan resuena en mis oídos.

¿Tiene un nuevo senescal? ¿Tiene un nuevo amante?
¿Asistirá él mismo a las reuniones del Consejo? ¿Habla de mí?
¿Locke y él se burlan de mí juntos? ¿Taryn se ríe?

—Luchamos hasta la primera sangre—, digo, empujando todo lo demás fuera de mi cabeza. Es un placer tener a alguien en quien concentrar mi ira. —No te voy a dar mi dedo—, digo. —Tú ganas, te llevas tu gorra. Y salgo de aquí. La concesión que estoy haciendo es luchar contra ti en absoluto.

—La primera sangre es aburrida—. Grima Mog se inclina hacia adelante, su cuerpo alerta. —Aceptemos luchar hasta que uno de nosotros lllore. Que termine en algún lugar entre el derramamiento de sangre y el gatear para morir en el camino a casa—. Suspira, como si tuviera un pensamiento feliz. —Dame la oportunidad de romper todos los huesos de tu escuálido cuerpo.

—Estás apostando por mi orgullo—. Meto la gorra en un bolsillo y el mechero en otro.

Ella no lo niega.

— ¿Aposté bien?

La primera sangre es opaca. Todo baila uno alrededor del otro, buscando una apertura. No es una pelea real. Cuando le respondo, la palabra se me escapa.

—Si.

—Bueno. —Ella levanta la punta del bastón hacia el techo. —Vamos al techo.

—Bueno, esto es muy civilizado—, digo.

—Será mejor que hayas traído un arma, porque no te prestaré nada. —Se dirige hacia la puerta con un profundo suspiro, como si realmente fuera la anciana que está encantada de ser.

La sigo fuera de su apartamento, por el pasillo tenuemente iluminado y hacia la escalera aún más oscura, con los nervios encendidos. Espero saber lo que estoy haciendo. Sube los escalones de dos en dos, ahora ansiosa, y abre de golpe una

puerta de metal en la parte superior. Escucho el ruido del acero cuando saca una espada delgada de su bastón. Una sonrisa codiciosa abre demasiado sus labios, mostrando sus dientes afilados.

Saco el cuchillo largo que tengo escondido en mi bota. No tiene el mejor alcance, pero no tengo la capacidad de darle glamour a las cosas; No puedo andar en bicicleta con Nightfell en mi espalda.

Aun así, en este momento, realmente desearía haber descubierto una manera de hacerlo.

Subo al techo de asfalto del edificio. El sol empieza a salir, tiñendo el cielo de rosa y dorado. Una brisa helada sopla en el aire, trayendo consigo los aromas del cemento y la basura, junto con la vara de oro del parque cercano.

Mi corazón se acelera con una combinación de terror y ansiedad. Cuando Grima Mog viene hacia mí, estoy listo. Paro y me aparto del camino. Lo hago una y otra vez, lo que la molesta.

—Me prometiste una amenaza—, gruñe, pero al menos tengo una idea de cómo se mueve. Sé que tiene hambre de sangre, hambre de violencia. Sé que está acostumbrada a cazar presas. Sólo espero que esté demasiado confiada. Es posible que cometa errores al enfrentarse a alguien que puede defenderse.

Improbable, pero posible.

Cuando ella viene hacia mí de nuevo, giro y pateo la parte de atrás de su rodilla lo suficientemente fuerte como para enviarla al suelo. Ella ruge, trepando y viniendo hacia mí a toda velocidad. Por un momento, la furia en su rostro y esos terribles dientes envían una sacudida horrible y paralizante a través de mí.

¡Monstruo! mi mente grita.

Aprieto la mandíbula contra el impulso de seguir esquivando. Nuestras hojas brillan, como una escama de pez, con la nueva luz del día. El metal choca contra el otro, sonando como una

campana. Luchamos en el techo, mis pies hábiles mientras avanzamos y avanzamos. El sudor comienza en mi frente y debajo de mis brazos. Mi aliento se vuelve caliente y se nubla en el aire helado.

Se siente bien estar peleando con alguien que no sea yo.

Los ojos de Grima Mog se entrecierran, mirándome, buscando debilidades. Soy consciente de cada corrección que me dio Madoc, de cada mal hábito que el Fantasma trató de quitar de mí. Ella comienza una serie de golpes brutales, tratando de llevarme al borde del edificio. Cedo terreno, intentando defenderme contra la ráfaga, contra el alcance más largo de su espada. Ella se estaba conteniendo antes, pero no se está conteniendo ahora.

Una y otra vez me empuja hacia el borde. Lucho con sombría determinación. La transpiración resbala mi piel, gotas entre mis omóplatos.

Entonces mi pie choca contra un tubo de metal que sobresale del asfalto. Tropiezo y ella golpea. Es todo lo que puedo hacer para evitar que me pinchen, y me cuesta mi cuchillo, que sale disparado del techo. Lo oigo golpear la calle con un ruido sordo.

Nunca debí haber aceptado esta tarea. Nunca debí haber aceptado esta pelea. Nunca debería haber aceptado la oferta de matrimonio de Cardan y nunca me habría exiliado al mundo mortal.

La ira me da una ráfaga de energía, y la uso para apartarme del camino de Grima Mog, dejando que el impulso de su golpe lleve su espada más allá de mí. Luego le doy un fuerte codazo en el brazo y agarro la empuñadura de su espada.

No es un movimiento muy honorable, pero no lo he sido durante mucho tiempo. Grima Mog es muy fuerte, pero también está sorprendida. Por un momento, duda, pero luego golpea su frente contra la mía. Me tambaleo, pero casi tengo su arma.

Casi la tengo.

Me golpea la cabeza y me siento un poco mareado.

—Eso es trampa, niña—, me dice. Ambos respiramos con dificultad. Siento que mis pulmones están hechos de plomo.

—No soy un caballero—. Como para enfatizar el punto, tomo la única arma que puedo ver: un poste de metal. Es pesado y no tiene ningún borde, pero es todo lo que hay. Al menos es más largo que el cuchillo.

Ella ríe. —Deberías rendirte, pero estoy encantada de que no lo hayas hecho.

—Soy optimista—, digo. Ahora, cuando corre hacia mí, tiene toda la velocidad, aunque yo tengo más alcance. Giramos la una alrededor de la otra, ella golpeando y yo parando con algo que se balancea como un bate de béisbol. Deseo muchas cosas, pero sobre todo salir de este techo.

Mi energía se está agotando. No estoy acostumbrada al peso de la tubería y es difícil de maniobrar.

Ríndete, mi cerebro da vueltas. Lloro mientras aún estás de pie. Dale la gorra, olvídate del dinero y vete a casa. Vivi puede convertir hojas mágicas en dinero extra. Sólo esta vez, no estaría tan mal. No estás luchando por un reino. Eso, ya lo perdiste.

Grima Mog viene hacia mí como si pudiera oler mi desesperación. Me pone a prueba, unos cuantos golpes rápidos y agresivos con la esperanza de ponerme bajo mi guardia.

El sudor me cae por la frente y me pica los ojos.

Madoc describió la lucha como muchas cosas, como un juego de estrategia jugado a gran velocidad, como un baile, pero ahora mismo se siente como una discusión. Como una discusión que me mantiene demasiado ocupada defendiéndome para sumar puntos.

A pesar de la tensión en mis músculos, cambio a sostener la pipa en una mano y saco su gorra de mi bolsillo con la otra.

—¿Qué estás haciendo? Prometiste... —comienza.

Le tiro la gorra a la cara. Ella la agarra, distraída. En ese momento, balanceo la pipa a su lado con toda la fuerza de mi cuerpo.

La agarro por el hombro y cae con un aullido de dolor. La golpeo de nuevo, trayendo la barra de metal hacia abajo en un arco sobre su brazo extendido, enviando a su espada a girar por el techo.

Levanto el tubo para balancearme de nuevo.

—Suficiente. —Grima Mog me mira desde el asfalto, sangre en sus dientes puntiagudos, asombro en su rostro. —Me rindo.

— ¿Lo haces? —La pipa se hunde en mi mano.

—Sí, pequeña tramposa—, dice entre dientes, empujándose a sí misma a una posición sentada. —Me superaste. Ahora ayúdame a levantarme.

Dejo caer la tubería y me acerco, medio esperando que ella saque un cuchillo y lo hunda en mi costado. Pero sólo levanta una mano y me permite ponerla de pie. Se pone la gorra en la cabeza y acuna el brazo que le golpeé con el otro.

—La Corte de los Dientes se ha sumado al viejo Gran General, tu padre, y una gran cantidad de otros traidores. Tengo entendido que tu Rey Supremo será destronado antes de la próxima luna llena. ¿Qué te parecen esas manzanas?

— ¿Es por eso que te fuiste? —Le pregunto. — ¿Porque no eres una traidora?

—Me fui por otra cosa, pequeña cabra. Ahora voy a estar fuera contigo. Esto fue más divertido de lo que esperaba, pero creo que nuestro juego está llegando a su fin.

Sus palabras resuenan en mis oídos. *Tu Rey Supremo. Destronado.*

—Todavía me debes una promesa—, le digo, mi voz sale como un graznido.

Y para mi sorpresa, Grima Mog me da uno. Ella promete no cazar más en las tierras mortales.

—Ven a pelear conmigo de nuevo—, me grita mientras me dirijo hacia las escaleras. —Tengo secretos. Hay tantas cosas que no sabes, hija de Madoc. Y creo que tú misma anhelas un poco de violencia.



Mis músculos se ponen rígidos casi de inmediato y la idea de pedalear hasta casa me hace sentir tan cansada que prefiero acostarme en la acera, así que tomo el autobús. Recibo muchas miradas sucias de viajeros impacientes mientras amarro mi bicicleta al portaequipajes en la parte delantera, pero cuando la gente nota que estoy sangrando, deciden a favor de ignorarme.

Mi sentido de la forma de un día encaja extrañamente con el mundo humano. En Faerie, tambalearse en casa al amanecer es el equivalente a tambalearse en casa a medianoche para los mortales. Pero en el mundo humano, se supone que la luz brillante de la mañana desvanece las sombras. Es un momento virtuoso, para los madrugadores, no para los novatos. Una anciana con un alegre sombrero rosa me pasa unos pañuelos sin hacer comentarios, lo que agradezco. Los uso para limpiarme lo mejor que puedo. Durante el resto del viaje, miro por la ventana al cielo azul, sufriendo y sintiendo pena por mí misma. Al asaltar mis bolsillos obtengo cuatro aspirinas. Las tomo de un sólo bocado amargo.

Tu Rey Supremo será destronado antes de la próxima luna llena. ¿Qué te parecen esas manzanas?

Intento decirme a mí misma que no me importa. Que me alegraría si Elfhame terminaba conquistada. Cardan tiene muchas otras personas para advertirle de lo que se avecina. Está la Corte de las Sombras y la mitad de su ejército. Los gobernantes de las Cortes bajas, todos le juraron. Todo el Consejo Viviente. Incluso un nuevo senescal, si se molestara en nombrar uno.

No quiero pensar en alguien más parado al lado de Cardan en mi lugar, pero mi mente da vueltas ociosamente por las peores opciones de todos modos. No puede elegir a Nicasia, porque ella ya es la Embajadora de Bajo el mar. No elegirá a Locke, porque ya es el Maestro de los festejos y porque es insoportable. Y no Lady Asha porque... porque sería *horrible*. El trabajo le parecería aburrido y cambiaría su influencia por lo que más la beneficiara. Seguramente él sabe mejor que no debe elegirla. Pero tal vez no lo haga. Cardan puede ser imprudente. Tal vez él y su madre malvada e imprudente se burlen de la línea Greenbriar y la Corona de sangre. Espero que lo hagan. Espero que todos se arrepientan, y él, sobre todo él.

Y luego Madoc entrará y se hará cargo.

Presiono mi frente contra el cristal frío y me recuerdo a mí misma que ya no es mi problema. En lugar de intentar —y fallar— en no pensar en Cardan, trato de no pensar en absoluto.

Me despierto con alguien sacudiendo mi hombro. —Oye, niña—, dice el conductor del autobús, con la preocupación grabada en las líneas de su rostro. —¿Niña?

Hubo un momento en que mi cuchillo habría estado en mi mano y presionado contra su garganta antes de que terminara de hablar. Me doy cuenta, aturdida, de que ni siquiera tengo mi cuchillo. Me olvidé de explorar el exterior del edificio de Grima Mog y recuperarlo.

—Estoy despierta—, le digo poco convincente, frotándome la cara con una mano.

—Por un minuto, pensé que estaba muerta—. Él frunce el ceño. —Eso es mucha sangre. ¿Quieres que llame a alguien?

—Estoy bien—, digo. Me doy cuenta de que el autobús está casi vacío. —¿Perdí mi parada?

—Estamos aquí. —Parece como si quisiera insistir en conseguirme ayuda. Luego sacude la cabeza con un suspiro. —No olvides esa bicicleta.

Estaba rígida antes, pero nada como ahora. Cruzo por el pasillo como una mujer raíz que arranca sus extremidades del suelo por primera vez. Mis dedos tantean con la mecánica de sacar mi bicicleta de la parte delantera, y noto la mancha oxidada en mis dedos. Me pregunto si me limpié la cara con sangre frente al conductor del autobús y me toqué la mejilla con timidez. No puedo decirlo.

Pero luego mi bicicleta se cae y puedo arrastrar los pies por el césped hacia el edificio de apartamentos. Voy a dejar la bicicleta entre los arbustos y correr el riesgo de que me la roben. Esa promesa me lleva la mayor parte del camino a casa cuando veo a alguien sentado en la entrada. Cabello rosado brillando a la luz del sol. Levanta una taza de café de papel a modo de saludo.

— ¿Heather? —Digo, manteniendo mi distancia. Teniendo en cuenta cómo me miró el conductor del autobús, lucir mis cortes y moretones recientes parece una mala idea.

—Estoy tratando de reunir la valentía para llamar.

—Ah—, digo, apoyando mi bicicleta en el césped. Los arbustos están demasiado lejos. —Bueno, puedes venir conmigo y...

— ¡No! —dice, y luego dándose cuenta de lo fuerte que salió, baja la voz. —No sé si voy a entrar hoy.

La miro de nuevo, dándome cuenta de lo cansada que parece, de lo descolorido que está el rosa de su cabello, como si no se hubiera molestado en volver a teñirlo.

— ¿Cuánto tiempo has estado aquí?

—No mucho. —Ella aparta la mirada de mí y se encoge de hombros. —Vengo aquí a veces. Para comprobar cómo me siento.

Con un suspiro, renuncio a la idea de que voy a ocultar que me lastimé. Camino hacia las escaleras, luego me dejo caer en un escalón, demasiado cansada para seguir de pie.

Heather se pone de pie. — ¿Jude? Oh no, oh santo... ¿qué... qué te pasó? —ella exige. Me estremezco. Su voz es demasiado fuerte.

— ¡Shhhhh! Pensé que no querías que Vivi supiera que estás aquí—, le recuerdo. —De todos modos, se ve peor de lo que es. Sólo necesito una ducha y unas vendas. Y un buen día de sueño.

—Está bien—, dice de una manera que me hace pensar que no me cree. —Déjame ayudarte a entrar. Por favor, no te preocupes si me tropiezo al ver a tu hermana o lo que sea. En realidad estás herida. ¡No deberías haberte quedado ahí hablando conmigo!

Niego con la cabeza, levantando una mano para rechazar su oferta.

—Estaré bien. Déjame sentarme un minuto.

Me mira, la preocupación luchando con su deseo de posponer un poco más la inevitable confrontación con Vivi.

— ¿Pensé que todavía estabas en ese lugar? ¿Te lastimaste allí?

— ¿Tierra de las hadas? —Me gusta Heather, pero no voy a fingir que el mundo en el que crecí no existe, porque ella odia la idea. —No. Esto sucedió aquí. Me he quedado con Vivi. Tratando de resolver las cosas. Pero si vuelves, puedo irme.

Ella mira sus rodillas. Se muerde la esquina de una uña. Niega con la cabeza.

—El amor es estúpido. Todo lo que hacemos es rompernos el corazón.

—Sí—, digo, pensando de nuevo en Cardan y en cómo entré directamente en la trampa que él me tendió, como si fuera una tonta que nunca había escuchado una balada en su vida. No importa cuánta felicidad le desee a Vivi, no quiero que Heather sea el mismo tipo de tonta. —Sí y *no*. El amor puede ser estúpido, pero tú no lo eres. Sé sobre el mensaje que le enviaste a Vivi. No puedes seguir adelante.

Heather toma un largo sorbo de su taza. —Tengo pesadillas. Sobre ese lugar. Faerie. No puedo dormir. Miro a la gente en la calle y me pregunto si tienen glamour. Este mundo ya tiene suficientes monstruos, suficientes personas que quieren aprovecharse de mí o lastimarme o quitarme mis derechos. No necesito saber que hay otro mundo lleno de monstruos.

— ¿Entonces no saber es mejor? —Pregunto.

Ella frunce el ceño y guarda silencio. Luego, cuando vuelve a hablar, mira más allá de mí, como si estuviera mirando el estacionamiento.

—Ni siquiera puedo explicarles a mis padres por qué estamos peleando Vee y yo. Siguen preguntándome si ella estaba jugando con alguien más o si tener a Oak cerca era demasiado, como si no pudiera soportarlo siendo un niño, en lugar de lo que sea que es.

—Todavía es un niño—, digo.

—*Odio* tener miedo de Oak—, dice. —Sé que hiere sus sentimientos. Pero también odio que él y Vee tengan magia, magia que ella pueda usar para ganar todas las discusiones que podamos tener. Magia para obsesionarme con ella. O convertirme en pato. Y eso sin siquiera considerar por qué me atrae ella en primer lugar.

Arrugo la frente. —Esperar ¿qué?

Heather se vuelve hacia mí.

— ¿Sabes qué hace que las personas se amen unas a otras? Bueno, nadie más lo hace tampoco. Pero los científicos lo estudian, y hay todas estas cosas extrañas sobre las feromonas y la simetría facial y las circunstancias en las que se conocieron. La gente es rara. Nuestros cuerpos son raros. Tal vez no pueda evitar sentirme atraído por ella de la misma manera que las moscas no pueden evitar sentirse atraídas por las plantas carnívoras.

Hago un sonido de incredulidad, pero las palabras de Balekin resuenan en mis oídos. *He escuchado que para los mortales, el*

sentimiento de enamorarse es muy parecido al sentimiento de miedo. Quizás tenía más razón de lo que quería creer.

Especialmente cuando considero mis sentimientos por Cardan, ya que no había una buena razón por la que debía haber sentido algo por él.

—Está bien—, dice Heather, —sé que sueno ridícula. Me siento ridícula. Pero también tengo miedo. Y sigo pensando que deberíamos entrar y vendarte.

—Haz que Vivi prometa no usar magia contigo—, le digo. —Puedo ayudarte a decir las palabras exactas para atarla y luego... —Dejo de hablar cuando veo que Heather me mira con tristeza, tal vez porque creer en promesas suena infantil. O tal vez la idea de unir a Vivi con una promesa suene lo suficientemente mágica como para asustarla más.

Heather respira hondo.

—Vee me dijo que creció aquí, antes de que asesinaran a tus padres. Lamento siquiera mencionarlo, pero sé que se ha equivocado al respecto. Quiero decir, por supuesto que lo está. Cualquiera lo estaría—. Ella toma aliento. Está esperando a ver cómo reacciono.

Pienso en sus palabras mientras me siento en las escaleras, hematomas al lado de cortes que sangran lentamente. *Cualquiera lo estaría.* No, yo no, no arruinado en absoluto.

Recuerdo a una Vivi mucho más joven, que estaba furiosa todo el tiempo, que gritaba y rompía todo lo que tocaba. Que me abofetea cada vez que dejaba que Madoc me sujetara en el hueco de su brazo. Quien parecía que iba a acabar con todo su pasillo con su rabia. Pero eso fue hace tanto tiempo. Todos cedimos a nuestra nueva vida; Sólo depende de cuándo.

No digo nada de eso. Heather respira entrecortadamente.

—La cosa es que me pregunto si ella, ya sabes, está jugando a las casitas conmigo. Fingir que su vida fue como ella quería. Fingiendo que nunca descubrió quién era y de dónde era.

Extiendo la mano y tomo la mano de Heather.

—Vivi se quedó tanto tiempo en Faerie para mí y Taryn, —digo. —Ella no quería estar allí. Y la razón por la que finalmente se fue por ti. Porque ella te amaba. Así que sí, Vivi tomó el

camino más fácil al no explicar las cosas. Definitivamente debería haberte dicho la verdad sobre Faerie. Y ella nunca debería haber usado magia contigo, incluso si fue por pánico. Pero ahora lo sabes. Y supongo que tienes que decidir si puedes perdonarla.

Ella comienza a decir algo, luego se detiene. — ¿Lo harías? —pregunta finalmente.

—No lo sé—, digo, mirándome las rodillas. —No soy una persona muy indulgente en estos días.

Heather se pone de pie. —Bueno. Descansaste. Ahora levántate. Tienes que entrar y darte un baño en Neosporin. Probablemente deberías ver a un médico, pero sé lo que va a decir al respecto.

—Tienes razón—, le digo. —Correcto en todo. Ningún doctor. —Ruedo sobre mi costado para tratar de ponerme de pie, y cuando Heather se acerca para ayudarme, la dejo. Incluso apoyo mi peso sobre ella mientras cojeamos juntos hacia la puerta. He renunciado a ser orgullosa. Como me recordó Bryern, no soy nadie en especial.

Heather y yo atravesamos juntas la cocina, pasamos junto a la mesa con el tazón de cereal de Oak encima, todavía medio lleno de leche rosa. Dos tazas de café vacías descansan junto a una caja de Froot Loops. Observo la cantidad de tazas antes de que mi cerebro dé significado a ese detalle. Justo cuando Heather me ayuda a entrar a la sala, me doy cuenta de que debemos tener un invitado.

Vivi está sentada en el sofá. Su rostro se ilumina cuando ve a Heather. La mira como alguien que acaba de robar la magnífica arpa parlante de un gigante y sabe que las consecuencias están en el horizonte, pero no puedo preocuparme por ella. Mi mirada se dirige a la persona que está a su lado, sentada remilgadamente con un fantástico vestido de corte de Elfhame de gasa y vidrio hilado. Mi hermana gemela, Taryn.



Una adrenalina inunda mi cuerpo, a pesar de mi rigidez, dolor y hematomas. Me gustaría poner mis manos alrededor del cuello de Taryn y apretar hasta que su cabeza salte.

Vivi se pone de pie, tal vez por mi mirada asesina, pero probablemente porque Heather está a mi lado.

—Tú—, le digo a mi gemela. —Sal.

—Espera—, dice Taryn, levantándose también. —Por favor. —Ahora estamos todos levantados, mirándonos a través de la pequeña sala de estar como si estuviéramos a punto de pelear.

—No hay nada que quiera escuchar de tu boca mentirosa—. Me alegra tener un objetivo para todos los sentimientos que Grima Mog y Heather despertaron. Un objetivo digno. —Fuera, o te echaré.

—Este es el apartamento de Vivi—, contraataca Taryn.

—Este es *mi* apartamento—, nos recuerda Heather. —Y estás herida, Jude.

— ¡No me importa! ¡Y si todos la quieren aquí, entonces puedo irme! —Con eso, me doy la vuelta y me obligo a caminar de regreso a la puerta y bajar las escaleras.

La puerta mosquitera se golpea. Entonces Taryn se apresura frente a mí, su vestido soplando con la brisa de la mañana. Si no supiera cómo era una verdadera princesa de las Hadas, podría pensar que se parecía a una. Por un momento, parece imposible que estemos emparentados, no menos idénticas.

— ¿Qué te ha pasado? —ella pregunta. —Parece que te has metido en una pelea.

No hablo. Sólo sigo caminando. Ni siquiera estoy segura de adónde voy, tan lento, rígida y dolorida como estoy. Quizás a Bryern. Me encontrará un lugar para dormir, incluso si no me gusta el precio más tarde. Incluso dormir con Grima Mog sería mejor que esto.

—Necesito tu ayuda—, dice Taryn.

—No, digo. —No. Absolutamente no. Nunca. Si es por eso que viniste aquí, ahora tienes tu respuesta y puedes irte.

—Jude, escúchame—. Camina frente a mí, lo que hace que tenga que mirarla. Miro hacia arriba y luego comienzo a rodear las faldas onduladas de su vestido.

—También es un no, —digo. —No, no te ayudaré. No, no te escucharé explicar por qué debería hacerlo. Realmente es una palabra mágica: no. Dices cualquier mierda que quieras y yo sólo digo que no.

—Locke está muerto—, espeta.

Doy vueltas. Sobre nosotros, el cielo es brillante, azul y claro. Los pájaros se llaman entre sí desde los árboles cercanos. En la distancia, se oye el sonido de la construcción y el tráfico rodado. En este momento, la yuxtaposición de estar en el mundo mortal y escuchar sobre la desaparición de un ser inmortal, uno que yo conocía, uno que besé, es especialmente surrealista.

— ¿Muerto? —Parece imposible, incluso después de todo lo que he visto. — ¿Estás segura?

La noche antes de su boda, Locke y sus amigos intentaron matarme como una jauría de perros persiguiendo a un zorro. Prometí devolverle el favor por eso. Si está muerto, nunca podré hacerlo.

Tampoco planeará otra fiesta con el propósito de humillar a Cardan. No se reirá con Nicasia ni volverá a enfrentarnos a Taryn y a mí. Tal vez debería sentirme aliviada por todos los

problemas que causó. Pero, en cambio, me sorprende sentir dolor.

Taryn toma aire, como si se estuviera armando de valor.

—Está muerto porque yo lo maté.

Niego con la cabeza, como si eso me fuera a ayudar a entender lo que está diciendo.

—¿Qué?

Parece más avergonzada que cualquier otra cosa, como si estuviera confesando algún tipo de accidente tonto en lugar de asesinar a su marido. Me recuerda incómodamente a Madoc, de pie junto a tres niñas que gritaban un momento después de matar a sus padres, con sorpresa en su rostro. Como si no hubiera tenido la intención de llegar tan lejos. Me pregunto si es así como se siente Taryn.

Sabía que había crecido para parecerme más a Madoc de lo que me sentía cómoda, pero nunca pensé que ella y él fueran iguales.

—Y necesito que pretendas ser yo—, termina, sin aparente preocupación de sugerir el truco que permitió a Madoc marchar con la mitad del ejército de Cardan, el mismo truco que me condenó a aceptar el plan que me exilió, es de mal gusto. —Sólo por unas horas.

—¿Por qué? —Empiezo y luego me doy cuenta de que no estoy siendo claro. —No la parte fingida. Quiero decir, ¿por qué lo mataste?

Toma un respiro, luego mira hacia el apartamento.

—Entra y te lo diré. Te lo contaré todo. Por favor, Jude.

Miro hacia el apartamento y, de mala gana, admito que no tengo ningún otro lugar adonde ir. No quiero ir a Bryern. Quiero volver adentro y descansar en mi propia cama. Y a pesar de estar exhausta, no puedo negar que la perspectiva de colarse en Elfame como Taryn tiene un atractivo inquietante. La sola idea de estar allí, de ver a Cardan, acelera mi corazón.

Al menos nadie está al tanto de mis pensamientos. Estúpidos como son, siguen siendo míos.

En el interior, Heather y Vivi están parados en un rincón de la cocina cerca de la cafetera, teniendo una conversación intensa que no quiero molestar. Al menos finalmente están hablando. Eso es algo bueno. Me dirijo a la habitación de Oak, donde la poca ropa que tengo está metida en el cajón inferior de su tocador. Taryn me sigue, frunciendo el ceño.

—Voy a darme una ducha—, le digo. —Y untarme un ungüento. Vas a prepararme un té mágico de milenrama curativo de la cocina. Entonces estaré lista para escuchar tu confesión.

—Déjame ayudarte con eso—, dice Taryn con un exasperado movimiento de cabeza cuando estoy a punto de objetar. —No tienes escudero.

—Ni ninguna armadura para que pueda pulir—, le digo, pero no peleo cuando ella levanta mi camisa sobre las extremidades adoloridas. Está rígido por la sangre, y me estremezco cuando lo libera. Inspecciono mis cortes por primera vez, en carne viva, rojos e hinchados. Sospecho que Grima Mog no mantiene su cuchillo tan limpio como me gustaría.

Taryn abre la ducha, ajusta los grifos y luego me guía sobre el borde de la bañera para ponerme de pie en el chorro de agua caliente. Siendo hermanas, nos hemos visto desnudas un trillón de veces a lo largo de los años, pero cuando su mirada va hacia la cicatriz desordenada de mi pierna, recuerdo que nunca la había visto antes.

—Vivi dijo algo—, dice Taryn lentamente. —Sobre la noche anterior a mi boda. Llegaste tarde y cuando llegaste estabas callado y pálido. Enferma. Me preocupaba que fuera porque todavía lo amabas, pero Vivi insiste en que no era así. Ella dice que te lastimaste.

Asiento con la cabeza. —Recuerdo esa noche.

— ¿Locke... hizo algo? —Ella no me mira ahora. Su mirada está en las baldosas, luego en un dibujo enmarcado que Oak hizo de Heather, crayón marrón para su piel que sangra en rosa por su cabello.

Agarro el gel de baño que Vivi compra en la tienda orgánica, el que se supone que es naturalmente antibacteriano, y lo unto generosamente sobre la sangre seca. Huele a lejía y pica como el infierno.

— ¿Quieres decir, intentó matarme?

Taryn asiente. La miro a los ojos. Ella ya conoce la respuesta.

— ¿Por qué no dijiste algo? ¿Por qué me dejaste casarme con él? —ella exige.

—No lo sabía—, lo admito. —No sabía que era Locke quien me había dirigido una cacería hasta que te vi usando los aretes que perdí esa noche. Y luego me llevó Bajo el mar. Y poco después de mi regreso, me traicionaste, así que pensé que no importaba.

Taryn frunce el ceño, claramente dividida entre la necesidad de discutir y el esfuerzo de quedarse callada para conquistarme. Un momento después, la discusión triunfa. Somos gemelas, después de todo.

— ¡Acabe haciendo lo que dijo papá! No pensé que importara. Tenías todo ese poder y no lo usabas. Pero nunca quise hacerte daño.

—Creo que prefiero que Locke y sus amigos me persigan por el bosque a que tú me apuñales por la espalda. De nuevo.

Puedo verla visiblemente evitando decir algo más, tomando aire, mordiéndose la lengua.

—Lo siento—, dice, y se desliza fuera del baño, dejándome terminar mi ducha sola.

Enciendo la calefacción y tardo bastante.



Cuando salgo, Heather se ha ido, y Taryn ha revisado la nevera y ha construido una especie de fiesta de té de energía nerviosa con nuestras sobras. Una gran taza de té se encuentra en el centro de la mesa, junto con una taza más pequeña de milenrama. Ha tomado nuestra última media manga de galletas de jengibre y las ha dispuesto en una bandeja. Nuestro pan se convirtió en dos tipos de sándwiches: jamón y apio, mantequilla de maní y Cheerios.

Vivi está preparando una taza de café y observa a Taryn con expresión preocupada. Me sirvo una taza de té curativo y me la bebo, luego me sirvo otra. Limpia, vendada y vestida con ropa nueva, me siento mucho más lúcida y lista para lidiar con la noticia de que Locke está muerto y que mi hermana gemela lo asesinó.

Cojo un sándwich de jamón y le doy un mordisco. El apio está crujiente y un poco raro, pero no está mal. De repente, me doy cuenta del hambre que tengo. Me meto el resto del sándwich en la boca y apilo dos más en un plato.

Taryn se retuerce las manos, presionándolas juntas y luego contra su vestido.

—Me rompí—, dice ella. Ni Vivi ni yo hablamos. Intento triturar mi apio con más tranquilidad.

—Prometió que me amaría hasta que muriera, pero su amor no me protegió de su crueldad. Me advirtió que la gente del aire no ama como nosotros. No lo entendí hasta que me dejó solo en su gran y horrible casa durante semanas enteras. Cultivé rosas híbridas en el jardín, encargué cortinas nuevas y organicé fiestas de un mes para sus amigos. No importaba. A veces era grosera y a veces era casta. Le di todo. Pero dijo que toda la historia se me había escapado.

Levanto las cejas. Eso fue algo terrible que él dijo, pero no necesariamente lo que esperaba que fueran sus últimas palabras.

—Supongo que le mostraste.

Vivi se ríe de repente y luego me mira por hacerla reír. Las pestañas de Taryn brillan con lágrimas no derramadas.

—Supongo que sí—, dice con una voz plana y apagada que encuentro difícil de interpretar. —Traté de explicar cómo las cosas tenían que cambiar, tenían que hacerlo, pero él actuó como si estuviera siendo ridícula. Siguió hablando, como si pudiera convencerme de mis propios sentimientos. Había un abrecartas con joyas sobre el escritorio y, ¿recuerdas todas esas lecciones que nos dio Madoc? Lo siguiente que supe, el punto estaba en la garganta de Locke. Y luego finalmente se quedó callado, pero cuando lo saqué, había mucha sangre.

— ¿Entonces no pretendías matarlo? —Pregunta Vivi.

Taryn no responde.

Entiendo lo que se siente empujar las cosas hacia abajo durante el tiempo suficiente para que estallen. También entiendo lo que es clavar un cuchillo en alguien.

—Está bien—, digo, no estoy seguro de si eso es cierto.

Ella se vuelve hacia mí.

—Pensé que no éramos nada iguales, tú y yo. Pero resulta que somos iguales.

No creo que ella crea que eso sea algo bueno.

— ¿Dónde está su cuerpo ahora? —Pregunto, tratando de concentrarme en lo práctico. —Tenemos que deshacernos de él y...

Taryn niega con la cabeza.

—Su cuerpo ya fue descubierto.

— ¿Cómo? ¿Qué hiciste? —Antes, estaba frustrada de que viniera a pedir ayuda, pero ahora estoy molesta de que no haya venido antes, cuando podría haberme ocupado de esto.

—Arrastré su cuerpo hasta las olas. Pensé que la marea se lo llevaría, pero regreso en otra playa. Al menos, um, al menos algo de él fue masticado. Fue más difícil para ellos saber cómo murió—. Me mira impotente, como si todavía no pudiera concebir cómo le está sucediendo todo esto. —Yo no soy una mala persona.

Tomo un sorbo de mi té de milenrama.

—No dije que lo fueras.

—Va a haber una investigación—, continúa Taryn. —Me van a embellecer y hacer preguntas. No podré mentir. Pero si respondes en mi lugar, puedes decir honestamente que no lo mataste.

—Jude está exiliada—, dice Vivi. —Desterrada hasta que obtenga el perdón de la corona o alguna otra mierda despótica. Si la atrapan, la matarán.

—Sólo serán unas pocas horas—, dice Taryn, mirando entre las dos. Y nadie lo sabrá. Por favor.

Vivi gime.

—Es demasiado arriesgado.

No digo nada, lo que parece avisar que lo estoy considerando.

—Quieres ir, ¿no? —Pregunta Vivi, mirándome con astucia. —Quieres una excusa para volver allí. Pero una vez que te seduzcan, te preguntarán tu nombre. O pregunten algo más que les avise cuando no respondas como lo haría Taryn. Y luego estarás jodida.

Niego con la cabeza. —Me pusieron un geas. Me protege de los glamour. —Odio lo mucho que me emociona la idea de regresar a Elfhame, odio lo mucho que deseo otro bocado de la manzana eterna, otra oportunidad de poder, otro disparo contra él. Quizás también haya una forma de evitar mi exilio, si tan sólo pudiera encontrarla.

Taryn frunce el ceño.

— ¿Un geas? ¿Por qué?

Vivi me mira fijamente.

—Dile a ella. Dile lo que realmente hiciste. Dile lo que eres y por qué no puedes volver allí.

Hay algo en el rostro de Taryn, un poco como miedo. Madoc debió haberle explicado que me había ganado una promesa de obediencia de Cardan; de lo contrario, ¿cómo habría sabido ella ordenarle que liberara a la mitad del ejército de sus votos? Desde que regresé al mundo de los mortales, he tenido mucho tiempo para repasar lo que pasó entre nosotros. Estoy segura de que Taryn estaba enojada conmigo por no decirle sobre mi control sobre Cardan. Estoy segura de que Taryn estaba aún más enojada porque fingí que no podía persuadir a Cardan para que descartara a Locke como Maestro de festejos, cuando, de hecho, podría haberlo ordenado. Pero tenía muchas otras razones para ayudar a Madoc. Después de todo, él también era nuestro padre. Quizás ella quería jugar el gran juego. Tal vez pensó en todas las cosas que él podría hacer por ella si estuviera sentado en el trono.

—Debería haberte dicho todo, sobre Dain y la Corte de las Sombras, pero... —Comienzo, pero Vivi me interrumpe.

—Sáltate esa parte—, dice ella. —Ve al grano. Dile lo que eres...

—He oído hablar de la Corte de las Sombras—, dice Taryn rápidamente. —Son espías. ¿Estás diciendo que eres un espía?

Niego con la cabeza porque finalmente entiendo lo que Vivi quiere que le explique. Quiere que le diga que Cardan se casó conmigo y me convirtió, efectivamente, en la Reina Suprema de Elfhame. Pero no puedo. Cada vez que lo pienso, siento una oleada de vergüenza por creer que no iba a jugar conmigo. No creo que pueda explicar ninguna parte de esto sin parecer una tonta, y no estoy lista para ser tan vulnerable con Taryn.

Necesito terminar esta conversación, así que digo una cosa que sé que las distraerá a ambas, por razones muy diferentes.

—He decidido ir y ser Taryn en la investigación. Regresaré en uno o dos días y luego le explicaré todo. Lo prometo.

— ¿No pueden las dos quedarse aquí en el mundo mortal? —
Pregunta Vivi. —Que se joda Faerie. Al diablo con todo esto. Conseguiremos un lugar más grande.

—Incluso si Taryn se queda con nosotros, sería mejor para ella no saltarse la investigación del Rey Supremo, —digo. —Y puedo traer cosas que podamos empeñar por algo de dinero fácil. Tenemos que pagar por ese lugar más grande de alguna manera.

Vivi me lanza una mirada exasperada.

—Podríamos dejar de vivir en apartamentos y jugar a ser mortales cuando quieras. Hice esto por Heather. Si somos solo nosotros, podemos apoderarnos de uno de los almacenes abandonados junto al paseo marítimo y darle glamour para que nadie entre nunca. Podemos robar todo el dinero que necesitamos para comprar cualquier cosa. Sólo di la palabra, Jude.

Saco de mi chaqueta los quinientos dólares por los que luché y los coloco sobre la mesa.

—Bryern estará con la otra mitad hoy más tarde. Ya que todavía estamos jugando a ser mortales. Y dado que Heather aparentemente todavía está por aquí. Ahora voy a ir a tomar una siesta. Cuando me levante, me voy a Faerie.

Taryn mira el dinero sobre la mesa con cierta confusión.

—Si necesita-

—Si te atrapan, serás ejecutado, Jude—, me recuerda Vivi, interrumpiendo cualquier oferta que Taryn estuviera a punto de hacer. Me alegro. Puede que esté dispuesta a hacer esto, pero ciertamente no significa que la perdone. O que ya estamos cerca. Y no quiero que actúe como si lo hiciera.

—Entonces no me atraparán—, les digo a las dos.



Como Oak está en la escuela, me acurruco en su cama. A pesar de lo herida que estoy, el sueño se apodera de mí rápidamente y me sumerge en la oscuridad.

Y sueños.

Estoy en clase en la arboleda del palacio, sentada entre las largas sombras del final de la tarde. La luna ya ha salido, una aguda media luna en el cielo azul despejado. Dibujo un mapa de estrellas de memoria, mi tinta es de un rojo oscuro que se coagula en el papel. Es sangre, me doy cuenta. Estoy poniendo mi pluma en un tintero lleno de sangre.

Al otro lado de la arboleda, veo al príncipe Cardan, sentado con sus compañeros habituales. Valerian y Locke se ven extraños: su ropa apolillada, su piel pálida y sólo manchas de tinta donde deberían estar sus ojos. Nicasia no parece darse cuenta. Su cabello color mar le cae por la espalda en espesos rizos; sus labios están torcidos en una sonrisa burlona, como si nada en el mundo estuviera mal. Cardan lleva una corona manchada de sangre, inclinada en ángulo, los planos afilados de su rostro son tan inquietantemente hermosos como siempre.

— *¿Recuerdas lo que dije antes de morir?* —Valerian me llama con su voz burlona. —*Te maldigo. Tres veces te maldigo. Como me has asesinado, que tus manos siempre estén manchadas de sangre. Que la muerte sea tu única compañera. Ojalá...* Ahí fue cuando morí, así que nunca pude decir el resto. *¿Te gustaría escucharlo ahora? Que tu vida sea breve y esté envuelta en dolor, y que cuando mueras, no seas llorada.*

Me estremezco. —Sí, esa última parte realmente fue emocionante.

Cardan se acerca, pisa mi mapa estelar, pateo el tintero con sus botas de punta plateada, hace que la sangre se derrame por el papel, borrando mis marcas.

—Ven conmigo—, dice imperiosamente.

—Sabía que te gustaba—, dice Locke. —Por eso tuve que tenerla primero. ¿Recuerdas la fiesta en mi jardín del laberinto? ¿Cómo la besé mientras tú mirabas?

—Recuerdo que tus manos estaban sobre ella, pero sus ojos estaban sobre mí—, responde Cardan.

— ¡Eso no es cierto! —Insisto, pero recuerdo a Cardan sobre una manta con un hada de cabello narciso. Apretó los labios contra el borde de su bota y otra chica le besó la garganta. Su mirada se volvió hacia mí cuando uno de ellos comenzó a besar su boca. Sus ojos brillaban como el carbón, tan húmedos como el alquitrán.

El recuerdo viene con el deslizamiento de la palma de Locke sobre mi espalda, el calor en mis mejillas y la sensación de que mi piel estaba demasiado tensa, que todo era demasiado.

—Ven conmigo—, dice Cardan de nuevo, alejándome del mapa estelar empapado de sangre y de los demás que están tomando sus lecciones. —Soy un príncipe de Faerie. Tienes que hacer lo que quiero.

Me lleva a la sombra moteada de un roble, luego me levanta y me sienta en una rama baja. Mantiene sus manos en mi cintura y se acerca, de modo que está parado entre mis muslos.

— ¿No es esto mejor? —dice, mirándome.

No estoy segura de lo que quiere decir, pero asiento.

—Eres tan hermosa. —Comienza a trazar patrones en mis brazos, luego pasa sus manos por mis costados. —Muy hermosa. Su voz es suave y cometo el error de mirar sus ojos negros, su boca curvada y malvada.

—Pero tu belleza se desvanecerá—, continúa, con la misma suavidad, hablando como un amante. Sus manos se demoran, haciendo que mi estómago se apriete y el calor se acumule en mi vientre. —Esta piel suave se arrugará y se manchará. Se volverá tan delgada como telarañas. Estos senos caerán. Tu cabello se volverá opaco y delgado. Tus dientes se pondrán amarillos. Y todo lo que tienes y todo lo que eres se pudrirá hasta quedar en nada. No serás nada. No eres nadie.

—No soy nada—, repito, sintiéndome impotente ante sus palabras.

—Vienes de la nada, y es a la nada a lo que regresarás—, susurra contra mi cuello.

Un pánico repentino se apodera de mí. Necesito alejarme de él. Empujo el borde de la rama, pero no golpeo el suelo. Simplemente caigo y caigo y caigo por el aire, cayendo como Alicia por la madriguera del conejo.

Entonces el sueño cambia. Estoy sobre una losa de piedra, envuelta en tela. Intento levantarme, pero no puedo moverme. Es como si fuera una muñeca de madera tallada. Mis ojos están abiertos, pero no puedo mover la cabeza, no puedo parpadear, no puedo hacer nada. Todo lo que puedo hacer es mirar el mismo cielo sin nubes, la misma guadaña afilada de una luna.

Madoc aparece a la vista, de pie sobre mí, mirando hacia abajo con sus ojos de gato.

—Es una pena—, dice, como si no pudiera oírme. —Si tan sólo dejara de pelear conmigo, le habría dado todo lo que siempre quiso.

—Ella nunca fue una niña obediente—, dice Oriana a su lado. —No como su hermana.

Taryn también está ahí, una delicada lágrima recorre su mejilla.

—Sólo iban a dejar que una de nosotras sobreviviera. Siempre iba a ser yo. Eres la hermana que escupe sapos y serpientes. Soy la hermana que escupe rubíes y diamantes.

Los tres se van. Vivi se para a mi lado a continuación, presionando sus largos dedos sobre mi hombro.

—Debería haberte salvado—, dice Vivi. —Siempre fue mi trabajo salvarte.

—Mi funeral será el próximo—, susurra Oak un momento después.

La voz de Nicasia viaja, como si hablara desde lejos.

—Dicen que las hadas lloran en las bodas y se ríen en los funerales, pero yo pensé que tu boda y tu funeral serían igualmente divertidos.

Entonces aparece Cardan con una sonrisa afectuosa en los labios. Cuando habla, lo hace en un susurro conspirativo.

—Cuando era niño, montábamos entierros, como pequeñas obras de teatro. Los mortales estaban muertos, por supuesto, o al menos lo estaban al final.

En eso, finalmente puedo hablar. —Estás mintiendo—, le digo.

—Por supuesto que estoy mintiendo—, responde. —Este es tu sueño. Deja que te enseñe. —Presiona una mano cálida contra mi mejilla. Te amo, Jude. Te he amado durante mucho tiempo. Nunca dejaré de amarte.

— ¡Para! —Yo digo.

Entonces es Locke de pie junto a mí, el agua se derrama de su boca.

—Asegurémonos de que está realmente muerta—. Un momento después, clava un cuchillo en mi pecho. Entra una y otra y otra vez.

En eso, me despierto, mi cara húmeda por las lágrimas y un grito en mi garganta.

Pateo mis mantas. Afuera, está oscuro. Debo haber dormido todo el día. Encendiendo las luces, respiro hondo, miro mi frente en busca de fiebre. Espero a que se calmen mis nervios. Cuanto más pienso en el sueño, más perturbada estoy.

Salgo a la sala de estar, donde encuentro una caja de pizza abierta sobre la mesa de café. Alguien ha colocado cabezas de

diente de león junto al pepperoni en algunas de las rodajas. Oak está tratando de explicarle Rocket League a Taryn.

Ambos me miran con recelo.

—Oye—, le digo a mi gemela. — ¿Puedo hablar contigo?

—Claro—, dice Taryn, levantándose del sofá.

Camino de regreso a la habitación de Oak y me siento en el borde de su cama. —Necesito saber si viniste aquí porque te dijeron que vinieras—, digo. —Necesito saber si esto es una trampa tendida por el Rey Supremo para atraerme a violar los términos de mi exilio.

Taryn parece sorprendida, pero para su mérito, no me pregunta por qué yo pensaría tal cosa. Una de sus manos va a su estómago, los dedos se extienden sobre su vientre.

—No—, dice ella. —Pero no te lo dije todo.

Espero, insegura de lo que está hablando.

—He estado pensando en mamá—, dice finalmente. — Siempre pensé que dejó Elfhame porque se enamoró de nuestro padre mortal, pero ahora no estoy tan segura—.

—No entiendo—, digo.

—Estoy embarazada—, dice, su voz es un susurro.

Durante siglos, los mortales han sido valorados por su capacidad para concebir hijos de hadas. Nuestra sangre es menos lenta que la de la gente del aire. Las mujeres hadas tendrían la suerte de tener un sólo hijo en el transcurso de sus largas vidas. La mayoría nunca lo hará. Pero una esposa mortal es otro asunto. Sabía todo eso y, sin embargo, nunca se me ocurrió que Taryn y Locke concebirían un hijo.

—Wow—, digo, mi mirada va a su mano extendida protectoramente sobre su estómago. —Oh.

—Nadie debería tener la infancia que tuvimos—, dice.

¿Se había imaginado criar a un niño en esa casa, con Locke jugando con la mente de ambos? ¿O era porque imaginaba que si se iba, él podría cazarla como Madoc cazó a nuestra madre? No estoy seguro. Y tampoco estoy seguro de que deba presionarla. Ahora que estoy mejor descansada, puedo ver en ella los signos de agotamiento que extrañaba antes. Los ojos

enrojecidos. Una cierta agudeza en sus rasgos que marca el olvido de comer.

Me doy cuenta de que ha venido a nosotros porque no tiene otro lugar adonde ir, y tenía que creer que había muchas posibilidades de que no la ayudara.

— ¿Lo sabía? —Pregunto finalmente.

—Sí—, dice, y hace una pausa como si estuviera recordando esa conversación. Y posiblemente el asesinato. —Pero no le he dicho a nadie más. Nadie más que tú. Y decirle a Locke fue... bueno, ya escuchaste cómo fue.

No sé qué decir a eso, pero cuando ella hace un gesto de impotencia hacia mí, me acerco a sus brazos y apoyo la cabeza en su hombro. Sé que hay muchas cosas que debería haberle dicho y muchas cosas que ella debería haberme dicho. Sé que no hemos sido amables. Sé que me ha hecho daño, más de lo que puede adivinar. Pero a pesar de todo, ella sigue siendo mi hermana. Mi hermana viuda y asesina con un bebé en camino.



Una hora más tarde, estoy empacado y lista para irme. Taryn me ha instruido en los detalles de su día, sobre la gente con la que habla regularmente, sobre el funcionamiento de la propiedad de Locke. Me ha dado un par de guantes para disimular mi dedo perdido. Se ha quitado su elegante vestido de gasa y vidrio hilado. Lo estoy usando ahora, mi cabello arreglado en una estimación aproximada del de ella mientras ella usa mis polainas negras y mi suéter.

—Gracias—, dice, algo que la gente nunca dice. Las gracias se consideran de mala educación, trivializando la complicada danza de la deuda y el reembolso. Pero eso no es lo que los mortales quieren decir cuando se agradecen unos a otros. Eso no es lo que quieren decir en absoluto.

Aun así, me encojo de hombros ante sus palabras.

—Sin preocupaciones.

Oak viene para que lo alcen, a pesar de que a los ocho años es todo piernas largas y cuerpo de niño desgarrado.

—Aprieta el abrazo—, dice, lo que significa que salta y envuelve sus brazos alrededor de tu cuello, medio estrangulándote. Me someto a esto y lo aprieto con fuerza, un poco sin aliento.

Dejándolo en el suelo, me quito mi anillo de rubí, el que Cardan robó y luego me devolvió durante nuestro intercambio de votos. Uno que definitivamente no puedo tener conmigo mientras me hago pasar por Taryn.

—¿Mantendrás esto a salvo? Sólo hasta que regrese.

—Lo haré—, dice Oak solemnemente. —Vuelve pronto. Te extrañaré.

Me sorprende su dulzura, especialmente después de nuestro último encuentro.

—Tan pronto como pueda—, le prometo, presionando un beso en su frente. Luego voy a la cocina. Vivi me espera. Juntas, caminamos hacia la hierba, donde ha cultivado una pequeña parcela de hierba cana.

Taryn nos sigue, tirando de la manga del suéter que está usando.

—¿Estás segura de esto? —Pregunta Vivi, arrancando una planta de raíz. La miro, envuelta en sombras, su cabello iluminado por la farola. Por lo general, se ve marrón como el mío, pero con la luz adecuada se teje con hebras de un dorado que es casi verde.

Vivi nunca ha tenido hambre de Faerie como yo. ¿Cómo puede ella, cuando ella lo lleva consigo a donde quiera que vaya?

—Sabes que estoy segura—, digo. —Ahora, ¿me vas a contar qué pasó con Heather?

Ella niega con la cabeza.

—Mantente viva si quieres averiguarlo—. Luego sopla sobre la hierba cana. —Corcel, levántate y lleva a mi hermana donde ella manda—. Para cuando el tallo en flor cae al suelo, ya se está transformando en un pony amarillo demacrado con ojos color esmeralda y una melena de hojas de encaje.

Resopla al aire y golpea el suelo con sus cascos, casi tan ansioso por volar como lo estoy yo.



La finca de Locke es como la recordaba: altas agujas y tejas con musgo, cubiertas por una espesa cortina de madreselva y hiedra. Un laberinto de setos cruza el terreno con un patrón vertiginoso. Todo el lugar parece sacado de un cuento de hadas, de esos en los que el amor es algo simple, nunca la causa del dolor.

Por la noche, el mundo humano parece estar lleno de estrellas caídas. Las palabras me vienen de repente, lo que dijo Locke cuando nos paramos juntos en lo alto de su torre más alta.

Insto al caballo de hierba cana a que aterrice, y me balanceo hacia abajo, dejándolo pateando el suelo mientras me dirijo hacia las grandes puertas delanteras. Se abren cuando me acerco. Un par de sirvientes están de pie justo dentro, la piel en forma de hongo tan pálida que sus venas son visibles, lo que les da la apariencia de un conjunto de viejas estatuas de mármol.

Las alas pequeñas y polvorientas se caen de sus hombros. Miran mi acercamiento con sus ojos fríos, como gotas de tinta, recordándome de repente la inhumanidad de la gente de los aires.

Respiro profundamente y me levanto a mi altura máxima. Luego entro.

—Bienvenida de nuevo, mi señora—, dice la mujer. Son hermano y hermana, me informó Taryn. Nera y Neve. Su deuda era con el padre de Locke, pero se quedaron atrás cuando él se fue, para pasar el resto del tiempo cuidando a su hijo. Se escabulleron antes, permaneciendo fuera de la vista, pero Taryn les prohibió hacerlo después de que ella vino a vivir allí.

En el mundo de los mortales, me he acostumbrado a agradecer a las personas por los pequeños servicios y ahora tengo que morderme las palabras.

—Es bueno estar en casa—, digo en su lugar, y los paso yendo hacia el pasillo.

Ha cambiado de lo que recuerdo. Antes, las habitaciones estaban prácticamente vacías, y donde no lo estaban, los muebles eran viejos y pesados, la tapicería rígida por el tiempo. La larga mesa del comedor estaba vacía, al igual que el suelo. Ya no.

Cojines y alfombras, copas y bandejas y jarras medio llenas cubren todas las superficies, todas ellas en un derroche de colores: bermellón y sombra, azul pavo real y verde botella, oro y ciruela. La colcha de un diván está manchada con un fino polvo dorado, quizás de un huésped reciente. Frunzo el ceño por un momento demasiado largo, me veo reflejada en una urna de plata pulida.

Los criados están mirando y no tengo motivos para estudiar habitaciones con las que se supone que estoy familiarizado. Así que trato de suavizar mi expresión. Para ocultar que estoy desconcertada con las partes de la vida de Taryn de las que no me habló.

Ella diseñó estas habitaciones, estoy seguro. Su cama en la fortaleza de Madoc siempre estaba llena de almohadas brillantes. Ella ama las cosas hermosas. Y sin embargo, no puedo dejar de ver que este es un lugar hecho para la bacanal, para la decadencia. Habló de organizar fiestas de un mes, pero solo ahora me la imagino tendida sobre las almohadas, borracha y riendo y tal vez besando a la gente. Quizás haciendo más que besar a la gente.

Mi hermana, mi gemela, siempre fue más alondra que cuervo, más tímida que sensual. O al menos pensé que lo era. Mientras yo caminaba por las dagas y el veneno, ella caminaba por el, no menos tenso, camino del deseo.

Me giro hacia las escaleras, insegura de que vaya a lograr esto después de todo. Repaso lo que sé, la explicación que se nos ocurrió a Taryn y a mí de la última vez que vi a Locke. Había estado planeando reunirse con una selkie, diría, con quien estaba teniendo una aventura. Después de todo, era plausible. Y Bajo el mar había estado tan recientemente en desacuerdo con la tierra que espera que la gente del aire se incline para ellos.

— ¿Quiere cenar en el gran salón? —Pregunta Neve, detrás de mí.

—Preferiría una bandeja en mi habitación—, digo, sin querer comer sola en esa mesa larga y ser atendida en un conspicuo silencio.

Subo, bastante segura de recordar el camino. Abro una puerta con temor. Por un momento, creo que estoy en el lugar equivocado, pero es sólo que la habitación de Locke también ha cambiado. La cama está adornada con cortinas bordadas con zorros acechando entre árboles altos. Un diván bajo se sitúa frente a la cama, donde algunos vestidos están esparcidos y un pequeño escritorio está lleno de papeles y bolígrafos.

Voy al armario de Taryn y miro sus vestidos, una colección de colores menos desenfrenados que los muebles que ella eligió, pero no menos hermosa. Elijo una camisa y una pesada bata de

satén para ponerme encima, luego le quito el vestido de gasa y cristal.

La tela tiembla contra mi piel. Me paro frente al espejo de su dormitorio y me peino. Me miro a mí misma, tratando de ver qué podría delatarme. Soy más musculosa, pero la ropa puede ocultar eso. Mi cabello es más corto, pero no mucho. Y luego, por supuesto, está mi temperamento.

—Saludos, Su Majestad, —digo, tratando de imaginarme a mí mismo en el Tribunal Superior de nuevo. ¿Qué haría Taryn? Me hundo en una leve reverencia. —Ha pasado mucho tiempo.

Por supuesto, Taryn probablemente lo vio recientemente. Para ella, no ha pasado mucho tiempo. El pánico late en mi pecho. Voy a tener que hacer más que responder preguntas en la investigación. Voy a tener que fingir que soy una conocida cordial del Rey Supremo Cardan *en su cara*.

Me fijo con una mirada en el espejo, tratando de convocar la expresión correcta de indiferencia, tratando de no fruncir el ceño.

—Saludos, Su Majestad, traicionaste al sapo.

No, eso no funcionaría, no importa lo bien que se sienta.

—Saludos, Su Majestad, —intento de nuevo. —No maté a mi marido, a pesar de que se lo merecía enormemente.

Llaman a la puerta y me sobresalto.

Nera ha traído una gran bandeja de madera, la coloca sobre la cama y luego se retira con una reverencia, sin apenas hacer ruido. Sobre ella hay tostadas y una mermelada con un olor empalagoso y extraño que me hace la boca agua. Me toma más tiempo del que debería darme cuenta de que es una fruta de hada. Y lo han traído como si no fuera nada para Taryn, como si lo comiera con regularidad. ¿Se lo dio Locke sin que ella lo supiera? ¿O lo tomó deliberadamente, como una especie de recreación borrosa de los sentidos? Una vez más, estoy perdida.

Al menos también hay una tetera con té de ortiga, queso tierno y tres huevos de pato duros. Es una cena sencilla, aparte de la rareza de la fruta de las hadas.

Bebo el té y como los huevos y las tostadas. La mermelada la escondo en una servilleta que guardo en el fondo del armario. Si Taryn lo encuentra pudriéndose dentro de unas semanas, bueno, ese es un pequeño precio a pagar por el favor que está obteniendo de mí.

Miro los vestidos de nuevo, trato de elegir uno para el día que viene. Nada caprichoso. Se supone que mi esposo está muerto y se supone que yo debo estar triste. Desafortunadamente, mientras que los encargos de Taryn para mí eran casi completamente negros, su propio armario está vacío del color. Dejo atrás la seda y el satén, el brocado en el patrón de los bosques con animales asomando entre las hojas y terciopelos bordados de verde salvia y azul cielo. Finalmente, me pongo un vestido de color bronce oscuro y lo arrastro hasta el diván, junto con un par de guantes azul noche. Reviso su joyero y saco los pendientes que le di. Uno, es una luna, el otro es una estrella, creado por el maestro herrero Grimsen, mágicamente para hacer más bella a quien los lleva.

Tengo ganas de escabullirme de la casa de Locke y volver a la Corte de las Sombras. No quiero nada más que visitar la Cucaracha y la Bomba, escuchar los chismes de la Corte, estar en esas conocidas habitaciones subterráneas. Pero esas habitaciones se han ido, destruidas por el Fantasma cuando nos traicionó con Bajo el mar. No sé dónde funciona la Corte de las Sombras ahora.

Y no puedo arriesgarme.

Al abrir la ventana, me siento en el escritorio de Taryn y bebo té de ortiga, bebiendo el penetrante aroma salado del mar, la madreselva salvaje y la brisa lejana a través de los abetos. Respiro profundamente, en casa y añorando mi hogar al mismo tiempo.



La investigación se llevará a cabo cuando la primera de las estrellas sea visible en el cielo. Llego al Tribunal Superior con el vestido bronce de Taryn, con un chal sobre los hombros, guantes en los dedos y el pelo recogido en un moño suelto. Mi corazón se acelera y espero que nadie pueda sentir el sudor nervioso comenzando debajo de mis brazos.

Como senescal del Rey Supremo, se me concedió cierto tipo de indiferencia. Aunque viví ocho años en Elfame sin él, me acostumbré muy rápidamente.

Como Taryn, me observan con sospecha cuando me abro paso entre una multitud que ya no se separa automáticamente para mí. Es hija de un traidor, hermana de una paria y cometió presunto asesinato contra su marido. Sus miradas son codiciosas, como si esperaran el espectáculo de su culpa y castigo. Pero todavía no le tienen miedo. Incluso con su presunto crimen, la ven como una mortal y débil.

Bueno, supongo. Cuanto más débil parece, más creíble es su inocencia.

Mi mirada se aparta del estrado incluso mientras me muevo hacia él. La presencia del Rey Supremo Cardan parece infectar el mismo aire que respiro. Por un momento salvaje, considero dar la vuelta y salir de allí antes de que me vea.

No sé si puedo hacer esto.

Me siento un poco mareada.

No sé si puedo mirarlo y no mostrar en mi cara nada de lo que estoy sintiendo.

Tomo aire profundamente y lo suelto de nuevo, recordándome a mí misma que él no sabrá que soy yo la que está frente a él. No reconoció a Taryn cuando se vistió con mi ropa, y no me reconocerá ahora.

Además, me digo a mí mismo, si no lo logras, Taryn y tú estarán en un montón de problemas.

De repente me acuerdo de todas las razones por las que Vivi me dijo que esto era una mala idea. Ella está en lo correcto. Esto es ridículo. Se supone que debo ser exiliada hasta el momento en que la corona me perdone, bajo pena de muerte.

Se me ocurre que tal vez cometió un error con esa fraseología. Tal vez pueda perdonarme a mí misma. Pero luego recuerdo cuando insistí en que era la Reina de las Hadas y los guardias se rieron. Cardan no necesitaba negarme. Sólo necesito guardar silencio. Y si me perdonaba, solo tendría que volver a no decir nada.

No, si me reconoce, tendré que correr y esconderme y esperar que mi entrenamiento con la Corte de las Sombras triunfe sobre el entrenamiento de la guardia. Pero entonces el Tribunal sabrá que Taryn es culpable; de lo contrario, ¿por qué hacer que yo la sustituya? Y si no logro escapar...

Ociosamente, me pregunto qué tipo de ejecución podría ordenar Cardan. Quizás me amarraría a unas rocas y dejaría que el mar hiciera el trabajo. A Nicasia le gustaría eso. Sin embargo, si no está de humor, también hay decapitación, ahorcamiento, degollación, desgarrar y descuartizar, ser dado como alimento a un sapo de montar...

—Taryn Duarte—, dice un caballero, interrumpiendo mis pensamientos taciturnos. Su voz es fría, su armadura plateada lo marca como uno de los guardias personales de Cardan. —Esposa de Locke. Debe ocupar el lugar de los peticionarios.

Me muevo allí, desorientada ante la idea de estar parada donde había visto estar a tantos antes cuando era senescal. Luego me recuerdo a mí mismo y hago la profunda reverencia

de alguien que se siente cómodo con la sumisión a la voluntad del Rey Supremo. Como no puedo hacer eso mientras miro su rostro, me aseguro de mantener la mirada en el suelo.

— ¿Taryn? —Pregunta Cardan, y el sonido de su voz, su familiaridad, es impactante.

Sin más excusas, levanto mis ojos hacia los suyos.

Es incluso más horriblemente hermoso de lo que puedo recordar. Todos son hermosos, a menos que sean horribles. Esa es la naturaleza de la gente del aire. Nuestras mentes mortales no pueden concebirlos; nuestra memoria embota su poder.

Cada uno de sus dedos chispea con un anillo. De sus hombros cuelga una coraza grabada y enjoyada en oro pulido, que cubre una camisa blanca espumosa. Las botas se acurrucan en sus dedos de los pies y se elevan por encima de sus rodillas. Su cola es visible, curvada a un lado de su pierna. Supongo que ha decidido que ya no es algo que deba ocultar. En su frente, por supuesto, está la Corona de sangre.

Me mira con ojos negros con bordes dorados y una sonrisa en las comisuras de la boca. Su cabello negro cae alrededor de su rostro, suelto y un poco desordenado, como si se hubiera levantado recientemente de la cama de alguien.

No puedo dejar de maravillarme de cómo una vez tuve poder sobre él, *sobre el Rey Supremo de las Hadas*. Cómo una vez fui lo suficientemente arrogante como para creer que podía mantenerlo.

Recuerdo el deslizamiento de su boca sobre la mía. Recuerdo cómo me engañó.

—Su Majestad—, le digo, porque tengo que decir algo y porque todo lo que practiqué empezó con eso.

—Reconocemos tu dolor—, dice, sonando moleestamente regio. —No perturbaríamos su duelo si no fuera por las preguntas sobre la causa de la muerte de tu esposo.

— ¿De verdad crees que está triste? —pregunta Nicasia. Está de pie junto a una mujer que me toma un momento ubicar: la madre de Cardan, Lady Asha, ataviada con un vestido plateado, las puntas adornadas con joyas cubren las puntas de sus cuernos. El rostro de Lady Asha también ha sido resaltado en plata, plateado a lo largo de sus pómulos y brillante en sus labios. Nicasia, por su parte, viste los colores del mar. Su vestido es del verde de las algas marinas, profundo y rico. Su cabello color aguamarina está trenzado y adornado con una astuta corona hecha de espinas y mandíbulas de pescado.

Al menos ninguna de las dos está en el estrado junto al Rey Supremo. El puesto de senescal parece aún estar abierto.

Quiero criticar a Nicasia, pero Taryn no lo haría, así que no lo hago. No digo nada, maldiciéndome por saber lo que Taryn *no haría*, pero estoy menos segura de lo *que haría*.

Nicasia se acerca y me sorprende ver el dolor en su rostro. Locke fue su amigo, una vez, y su amante. No creo que él fuera particularmente bueno en ninguno de los dos, pero supongo que eso no significa que ella lo quisiera muerto.

— ¿Mataste a Locke tú misma? —ella pregunta. — ¿O conseguiste que tu hermana lo hiciera por ti?

—Jude está en el exilio—, digo, mis palabras salen peligrosamente suaves en lugar del tipo regular de suaves que debían ser. —Y nunca he lastimado a Locke.

— ¿No? —Cardan dice, inclinándose hacia adelante en su trono. Las vides tiemblan detrás de él. Su cola se contrae.

— Lo ama... —No puedo hacer que mi boca diga las palabras, pero están esperando. Las obligo a salir y también trato de forzar un pequeño sollozo. —Lo amaba.

—A veces creía que sí, —dice Cardan distraídamente. —Pero bien podrías estar mintiendo. Te voy a poner un glamour. Todo lo que hará es obligarte a decirnos la verdad. —Curva la mano y la magia brilla en el aire.

No siento nada. Tal es el poder del geas de Dain, supongo.

Ni siquiera el glamour del Rey Supremo puede cautivarme.

—Ahora—, dice Cardan. —Dime sólo la verdad. ¿Cuál es tu nombre?

—Taryn Duarte—, digo con una reverencia, agradecida de lo fácil que es la mentira. —Hija de Madoc, esposa de Locke, súbdita del Rey Supremo de Elfhame.

Su boca se curva.

—Qué buenos modales cortesanos.

—Fui bien instruida—. Debería saberlo. Fuimos instruidos juntos.

— ¿Asesinaste a Locke? —él pide. A mi alrededor, el zumbido de la conversación se ralentiza. No hay canciones, risitas, tintineos de tazas. La gente está atenta y se pregunta si voy a confesar.

—No, —digo, y le doy una mirada a Nicasia. —Tampoco orquesté su muerte. Quizás deberíamos mirar hacia el mar, donde fue encontrado.

Nicasia dirige su atención a Cardan.

—Sabemos que Jude asesinó a Balekin. Ella lo confesó. Y siempre he sospechado que ella mató a Valerian. Si Taryn no es la culpable, entonces Jude debe serlo. La reina Orlagh, mi madre, juró una tregua contigo. ¿Qué posible beneficio podría obtener ella del asesinato de tu Maestro de festividades? Ella sabía que él era tu amigo y mío. —Su voz se rompe al final, aunque intenta enmascararla. Su dolor es obviamente genuino.

Intento sacar lágrimas. Sería útil llorar ahora mismo, pero de pie frente a Cardan, no puedo llorar.

Me mira con las cejas negras juntas.

— ¿Pues, qué piensas? ¿Tu hermana lo hizo? Y no me digas lo que ya sé. Sí, envíe a Jude al exilio. Eso puede haberla disuadido o no.

Ojalá pudiera darle un puñetazo en su cara engreída y mostrarle cual inmutada estoy por su exilio.

—No tenía ninguna razón para odiar a Locke—, miento. —No creo que ella le deseara mal.

—¿Es eso así? —Cardan dice.

—Quizás solo sean chismes de la corte, pero hay un cuento popular sobre ti, tu hermana y Locke—, aventura Lady Asha. —Ella lo amaba, pero él te eligió a ti. Algunas hermanas no pueden soportar ver feliz a la otra.

Cardan mira a su madre. Me pregunto qué la ha atraído hacia Nicasia, a menos que sea solo que ambas son horribles. Y me pregunto qué opina Nicasia de ella. Orlagh puede ser una reina feroz y aterradora de los submarinos, y no quiero pasar un momento más en su presencia, pero creo que aprecia a Nicasia. Seguramente Nicasia esperaría más de la madre de Cardan que la fina papilla de emoción que le ha servido a su hijo.

—Jude nunca amó a Locke—. Mi cara se siente caliente, pero mi vergüenza es una excelente cubierta para esconderme. —Ella amaba a alguien más. Él es a quien ella querría muerto.

Me alegra ver a Cardan estremecerse. —Suficiente—, dice antes de que pueda seguir. —He escuchado todo lo que me importa sobre este tema.

— ¡No! —Nicasia interrumpe, haciendo que todos debajo de la colina se muevan un poco. Es una inmensa presunción interrumpir al Rey Supremo. Incluso para una princesa. Especialmente para un embajador. Un momento después de hablar, parece darse cuenta de ello, pero continúa de todos modos. —Taryn podría tener un encanto en ella, algo que la hace resistente a los glamour.

Cardan le da a Nicasia una mirada mordaz. No le gusta que ella socave su autoridad. Y sin embargo, después de un momento, su enojo da paso a otra cosa. Me da una de sus más horribles sonrisas.

—Supongo que habrá que registrarla.

La boca de Nicasia se curva para igualar la suya. Se siente como estar de vuelta en las lecciones en los terrenos del palacio, conspirado contra los hijos de Gentry.

Recuerdo la humillación más reciente de ser coronada Reina de la alegría, desnudada frente a los juerguistas. Si me quitan la bata ahora, verán los vendajes en mis brazos, los cortes frescos en mi piel para los que no tengo una buena explicación.

Adivinarán que no soy Taryn.

No puedo permitir que eso suceda. Convoco toda la dignidad que puedo reunir, tratando de imitar a mi madrastra, Oriana, y la forma en que proyecta autoridad.

—Mi esposo fue asesinado—, digo. —Y me creas o no, lo lloro. No haré un espectáculo de mí misma para la diversión de la Corte cuando su cuerpo esté apenas frío.

Desafortunadamente, la sonrisa del Rey Supremo sólo crece.

—Como desees. Entonces supongo que tendré que examinarte a solas en mis habitaciones.



Estoy furiosa mientras camino por los pasillos del palacio, un paso detrás de Cardan, seguido por su guardia para evitar que intente escabullirme.

Mis opciones ahora no son buenas.

Me llevará de regreso a sus enormes aposentos y luego ¿qué? ¿Obligará a un guardia a sujetarme y despojarme de cualquier cosa que pueda protegerme del glamour (joyas, ropa) hasta que quede desnuda? Si es así, no puede dejar de notar mis cicatrices, cicatrices que ha visto antes. Y si me quita los guantes, no cabe duda. El medio dígito que falta me delatará.

Si me desnudo, me reconocerá.

Voy a tener que hacer una pausa para ello. Está el pasadizo secreto en sus habitaciones. Desde allí, puedo salir por una de las ventanas de cristal.

Miro a los guardias. Si los despidieran, podría pasar de Cardan, atravesar el pasadizo secreto y salir. Pero, ¿cómo deshacerme de ellos?

Considero la sonrisa que Cardan lució en el estrado cuando anunció lo que me iba a hacer. Tal vez quiera ver a Taryn desnuda. Después de todo, me deseaba y Taryn y yo somos idénticas. Quizás si me ofrezco a desnudarme, él aceptará despedir a su guardia. Dijo que me examinaría solo.

Lo que me lleva a un pensamiento aún más atrevido. Tal vez podría distraerlo lo suficiente como para que no me conociera en absoluto. Quizás podría apagar las velas y estar desnuda sólo en la penumbra...

Esos pensamientos me ocupan tan completamente que apenas noto a una sirviente con pezuñas que lleva una bandeja que sostiene una jarra de vino verde apio pálido y una colección de copas de vidrio soplado. Viene de la dirección opuesta, y cuando pasamos, la bandeja se clava en mi costado. Ella da un grito, siento un empujón, y ambas caemos al suelo, los cristales se rompen a nuestro alrededor.

Los guardias se detienen. Cardan gira. Miro a la chica, desconcertada y sorprendida. Mi vestido está empapado de vino. La gente rara vez es torpe, y esto no parece un accidente. Luego, los dedos de la niña tocan una de mis manos enguantadas. Siento la presión del cuero y el acero contra el interior de mi muñeca. Ella está metiendo un cuchillo enfundado en mi manga para cubrir el contenido derramado de la bandeja. Su cabeza se acerca a la mía mientras quita fragmentos de vidrio de mi cabello.

—Tu padre viene por ti—, susurra. —Espera una señal. Luego apuñala al guardia más cercano a la puerta y corre.

— ¿Qué señal? —Le susurro en respuesta, pretendiendo ayudarla a barrer los escombros.

—Oh no, mi señora, su perdón—, dice con una voz normal con una inclinación de cabeza. —No debe rebajarse.

Uno de los guardias personales del Rey Supremo me agarra del brazo.

—Ven—, dice, levantándome. Presiono mis manos contra mi corazón para evitar que el cuchillo se salga de mi manga.

Reanudo mi camino hacia las habitaciones de Cardan, mis pensamientos se confunden aún más.

Madoc viene a salvar a Taryn. Es un recordatorio de que, aunque ya no estoy en su favor, ella lo ayudó a librarse de sus votos de servicio al Gran Rey. Ella le dio medio ejército. Me pregunto qué planes tiene para ella, qué recompensas ha prometido. Me imagino que se alegrará de que ella ya no tenga que preocuparse por Locke.

Pero cuando llegue Madoc, ¿cuál es su plan? ¿Con quién espera pelear? ¿Y qué hará cuando venga por ella y me encuentre a mí?

Dos sirvientes abren pesadas puertas dobles a los aposentos del Rey Supremo, y él entra, dejándose caer en un sofá bajo. Lo sigo, parada torpemente en medio de la alfombra. Ninguno de los guardias entra siquiera en sus aposentos. Tan pronto como cruzo el umbral, las puertas se cierran detrás de mí, esta vez con una finalidad sombría. No tengo que preocuparme por persuadir a Cardan para que retire a la guardia; nunca se demoraron.

Al menos tengo un cuchillo.

El salón es como lo recuerdo de las reuniones del Consejo. Lleva olor a humo, verbena y trébol. El propio Cardan descansa, sus pies calzados descansan sobre una mesa de piedra tallada en forma de grifo, con las garras levantadas para golpear. Me da una sonrisa cómplice, que parece completamente en desacuerdo con la forma en que me habló desde su trono.

—Bueno—, dice, acariciando el sofá a su lado. — ¿No recibiste mis cartas?

— ¿Qué? —Estoy lo suficientemente confundida como para que la palabra salga como un graznido.

—Nunca respondiste a ninguna—, continúa. —Empecé a preguntarme si habías perdido tu ambición en el mundo mortal.

Esto debe ser una prueba. Debe ser una trampa.

—Su Majestad—, digo con rigidez. —Pensé que me habías traído aquí para asegurarte que no tenía ni encantos, ni amuletos.

Una ceja se levanta y su sonrisa se profundiza.

—Lo haré si quieres. ¿Debo ordenarte que te quites la ropa? No me importa.

— ¿Qué estás *haciendo*? —Digo finalmente, desesperadamente. — ¿A qué estás jugando?

Me mira como si de alguna manera yo fuera el que se está comportando de manera extraña.

—Jude, realmente no puedes pensar que no sé qué eres tú. Te conocí desde el momento en que entraste...

Niego con la cabeza, tambaleándome.

—Eso no es posible. —Si supiera que soy yo, entonces no estaría aquí. Sería encarcelado en la Torre del Olvido. Estaría preparándome para mi ejecución.

Pero tal vez esté *contento* de que violé los términos del exilio. Tal vez se alegra de que me haya puesto en su poder al hacerlo. Quizás ese sea su juego.

Se levanta del sofá, su mirada intensa.

—Acércate.

Doy un paso hacia atrás. Él frunce el ceño.

—Mis consejeros me dijeron que te reuniste con un embajador de la Corte de los Dientes, que ahora debes estar trabajando con Madoc. No estaba dispuesto a creerlo, pero viendo la forma en que me miras, tal vez deba hacerlo. Dime que no es cierto.

Por un momento, no lo entiendo, pero luego lo entiendo. Grima Mog.

—Yo no soy el traidor aquí—, digo, pero de repente soy consciente de la hoja en mi manga.

—¿Estás enojada por...? —Se interrumpe, mirando mi rostro con más cuidado. —No, tienes *miedo*. Pero, ¿por qué me tendrías miedo?

Estoy temblando con un sentimiento que apenas comprendo. —No lo estoy—, miento. —Te odio. Me enviaste al exilio. Todo lo que me dices, todo lo que prometes, es todo un truco.

Y yo, fui lo suficientemente estúpida como para creerte una vez.
—El cuchillo enfundado se desliza fácilmente a mi mano.

—Por supuesto que fue un truco—, comienza, luego ve el arma y muerde lo que estaba a punto de decir.

Todo tiembla. Una explosión, cercana y lo suficientemente intensa como para que los dos tropecemos. Los libros caen y se esparcen por el suelo. Los orbes de cristal se deslizan de sus soportes para rodar por las tablas del suelo. Cardan y yo nos miramos con sorpresa compartida. Entonces sus ojos se entrecierran en acusación.

Esta es la parte en la que se supone que debo apuñalarlo y correr.

Un momento después, se escucha el inconfundible sonido del metal golpeando metal. Muy cerca.

—Quédate aquí—, le digo, sacando la hoja y lanzando la funda al suelo.

—Jude, no...—, me grita mientras entro en el pasillo.

Uno de sus guardias yace muerto, con un arma de asta sobresaliendo de su caja torácica. Otros chocan con los soldados escogidos por Madoc, endurecidos en la batalla y mortales. Los conozco, sé que luchan sin piedad, sin piedad, y si se han acercado tanto al Rey Supremo, Cardan corre un terrible peligro.

Pienso de nuevo en el pasadizo por el que pensaba deslizarme. Puedo sacarlo de esa manera, a cambio de un perdón. Cardan puede acabar con mi exilio y vivir o esperar que su guardia gane contra los soldados de Madoc. Estoy a punto de regresar para hacerle ese trato cuando uno de los soldados con casco me agarra.

—Tengo a Taryn—, dice con brusquedad. La reconozco: Silja. En parte huldra y completamente aterrador. La había visto

descuartizar a una perdiz de una manera que dejaba muy claro su placer por la matanza.

Apuñalé su mano, pero la gruesa piel de sus guantes hace girar mi espada. Un brazo cubierto de acero se envuelve alrededor de mi cintura.

—Hija—, dice Madoc con su voz grave. —Hija, no tengas miedo...

Su mano levanta un paño que huele a dulzura empalagosa. Me aprieta la nariz y la boca. Siento que se me aflojan las extremidades y, un momento después, no siento nada en absoluto.



Cuando me despierto, estoy en un bosque que no reconozco. No huelo la omnipresente sal del mar y no escucho el estallido de las olas. Todo son helechos, moho de hojas, crepitar de un fuego y zumbido de voces lejanas. Me siento. Estoy acostado sobre mantas pesadas, con más encima de mí: mantas de caballo, aunque elegantes. Veo un carruaje de construcción sólida cerca, la puerta colgando abierta.

Todavía estoy con el vestido de Taryn, todavía con sus guantes.

—No te preocupes por los mareos—, dice una voz amable. Oriana. Ella está sentada cerca, vestida con un vestido de lo que parece ser lana de fieltro sobre varias capas de faldas. Su cabello está recogido en una gorra verde. No se parece en nada a la cortesana diáfana que ha sido todo el tiempo que la conozco. —Pasara.

Paso una mano por mi cabello, suelto ahora, las horquillas todavía en él.

—¿Dónde estamos? ¿Qué pasó?

Para empezar, a tu padre no le gustó la idea de que te quedaras en las islas, pero sin la protección de Locke, era solo cuestión de tiempo antes de que el Rey Supremo inventara una excusa para convertirte en su rehén.

Me froto la cara con una mano. Junto al fuego, un hada larguirucha e insecto agita una olla grande.

—¿Quieres sopa, mortal? —Niego con la cabeza. —¿Quieres ser sopa? —pregunta esperanzado. Oriana lo apaga y

toma una tetera del suelo junto al fuego. Vierte el contenido humeante en una taza de madera. El líquido huele a corteza y hongos.

Tomo un sorbo y de repente me siento menos mareado.

— ¿Fue capturado el Rey Supremo? —Pregunto, recordando cuando me llevaron. — ¿Esta el vivo?

—Madoc no pudo llegar a él—, dice, como si su vida fuera una decepción.

Odio lo aliviado que me siento.

—Pero... —comienzo, queriendo preguntar cómo terminó la batalla. Me recuerdo a tiempo de morderme la lengua. A lo largo de los años, Taryn y yo ocasionalmente hemos fingido ser la otra en casa. La mayoría de las veces nos salimos con la nuestra, siempre que no duró demasiado o no fuéramos demasiado obvios al respecto. Si no hago nada estúpido, tengo muchas posibilidades de lograrlo hasta que pueda escapar.

¿Y entonces qué?

Cardan fue tan desarmadamente casual, como si sentenciarme a muerte fuera una broma compartida entre nosotros. Y hablando de cartas, cartas que nunca recibí. ¿Qué pudieron haber dicho? ¿Podría haber tenido la intención de perdonarme? ¿Podría haberme ofrecido algún tipo de trato?

No puedo imaginar una carta de Cardan. ¿Habría sido breve y formal? ¿Lleno de chismes? ¿Manchado de vino? ¿Otro truco?

Por supuesto que fue un truco.

Sea lo que sea lo que pretendiera, debe creer que ahora estoy trabajando con Madoc. Y aunque no debería molestarme, lo hace.

—La prioridad de tu padre era sacarte—, me recuerda Oriana.

—No solo eso, ¿verdad? —digo. —No puede haber atacado el Palacio de Elfhame solo por mí—. Mis pensamientos son rebeldes, persiguiéndose unos a otros. Ya no estoy segura de nada.

—No cuestiono los planes de Madoc—, dice neutralmente.
—Ni tú deberías.

Olvidé cómo se sentía ser mandada por Oriana, siempre tratada como si mi curiosidad fuera a crear inmediatamente un escándalo para nuestra familia. Es especialmente irritante que la traten de esta manera ahora, cuando su esposo le robó medio ejército al Gran Rey y está planeando un golpe contra él.

Las palabras de Grima Mog resuenan en mi mente. *La Corte de los Dientes se ha sumado al viejo Gran General, tu padre, y una gran cantidad de otros traidores. Tengo entendido que Tu Rey Supremo será destronado antes de la próxima luna llena.*

Eso parece mucho más urgente ahora.

Pero como se supone que soy Taryn, no respondo. Después de un momento, parece arrepentida. —Lo importante es que descanses. Estoy seguro de que ser arrastrada aquí es mucho para asimilar además de perder a Locke.

—Sí, —digo. —Es mucho. Creo que quiero descansar un poco, si te parece bien.

Oriana se acerca y me aparta el pelo de la frente, un gesto cariñoso que estoy segura que no habría hecho si supiera que soy yo, Jude, a quien estaba tocando. Taryn admira a Oriana, y están cerca de una manera que ella y yo no lo estamos, por muchas razones, una de las cuales es que ayudé a esconder a Oak en el mundo mortal, lejos de la corona. Desde entonces, Oriana ha estado agradecida y resentida. Pero en Taryn, creo, Oriana ve a alguien a quien entiende. Y tal vez Taryn sea como Oriana, aunque el asesinato de Locke ha puesto en duda eso y todo lo que creía saber sobre mi hermana gemela.

Cierro mis ojos. Aunque debería averiguar cómo escapar, en cambio duermo.

La próxima vez que me despierto, estoy en un carruaje y estamos en movimiento. Madoc y Oriana se sientan en el banco opuesto. Las cortinas están corridas, pero escucho los sonidos de un campamento ambulante, de monturas y soldados.

Escucho el distintivo gruñido de los goblins llamándose unos a otros.

Miro al redcap que me crio, mi padre y el asesino de mi padre. Tomo los bigotes de unos días sin afeitarme. Su rostro familiar e inhumano. Parece exhausto.

— ¿Al fin despierta? —dice con una sonrisa que muestra demasiados dientes. Me recuerda incómodamente a Grima Mog.

Intento devolverle la sonrisa mientras me enderezo. No sé si algo en la sopa me dejó inconsciente o la muerte dulce que Madoc me hizo inhalar no está fuera de mi sistema, pero no recuerdo haber sido subida al carruaje.

— ¿Cuánto tiempo estuve dormida?

Madoc hace un gesto de indiferencia.

—La investigación inventada del Rey Supremo fue hace tres días.

Me siento confusa, temo decir algo incorrecto y ser descubierta. Al menos mi fácil deslizamiento hacia la inconsciencia debe haberme hecho parecer mi hermana. Antes de convertirme en cautiva de Bajo el mar, había entrenado a mi cuerpo para que fuera inmune a los venenos. Pero ahora soy exactamente tan vulnerable como Taryn.

Si mantengo mi ingenio sobre mí, puedo escapar sin que ninguno de los dos lo sepa. Considero en qué parte de la conversación de Madoc se enfocaría Taryn. Probablemente el asunto de Locke. Respiro hondo.

—Les dije que no lo había hecho. Incluso usaron un glamour.

Madoc no parece que vea a través de mi disfraz, pero parece que piensa que estoy siendo un idiota.

—Dudo que ese niño rey haya tenido la intención de dejarte salir viva del Palacio de Elfhame. Luchó duro para retenerte.

— ¿Cardán? —Eso no suena como él.

—La mitad de mis caballeros nunca lograron salir—, me informa sombríamente. —Entramos con bastante facilidad, pero las puertas se cerraron a nuestro alrededor. Las puertas se agrietaron y se contrajeron. Enredaderas, raíces y hojas obstruían nuestro camino, se cerraban como prensas en nuestros cuellos, nos aplastaban y estrangulaban.

Lo miro por un largo momento.

— ¿Y el Rey Supremo causó eso? —No puedo creerlo de Cardan, a quien dejé en sus habitaciones, como si él fuera el que necesitara protección.

—Su guardia no estaba mal entrenado ni mal elegida, y él conoce su poder. Me alegro de haberlo probado antes de ir en serio contra él.

—Entonces, ¿estás seguro de que es prudente ir en su contra? —Pregunto con cuidado. Quizás no sea exactamente lo que diría Taryn, pero tampoco es exactamente lo que yo diría.

—La sabiduría es para los mansos—, responde. —Y rara vez les ayuda tanto como creen que lo hará. Después de todo, a pesar de lo sabía que eres, todavía te casaste con Locke. Por supuesto, tal vez seas más sabia que eso, tal vez seas tan sabia que también te quedaste viuda.

Oriana le pone la mano en la rodilla, un gesto de advertencia.

Da una gran risa.

— ¿Qué? No oculté lo poco que me gustaba el chico. Difícilmente puedes esperar que lo lamente.

Me pregunto si se reiría tanto si supiera que Taryn realmente lo había hecho. ¿A quién estoy engañando? Probablemente se reiría aún más fuerte. Probablemente se reiría de sí mismo.



Finalmente, el carruaje se detiene y Madoc salta y llama a sus soldados. Me deslizo y miro a mí alrededor, al principio desorientada por el paisaje desconocido y luego por la vista del ejército ante mí.

La nieve cubre el suelo y enormes hogueras lo salpican, junto con un laberinto de tiendas. Algunos están hechos de pieles de animales. Otros son elaborados artículos de lienzo pintado, lana y seda. Pero lo más asombroso es lo grande que es el campamento, lleno de soldados armados y listos para atacar al Rey Supremo. Detrás del campamento, un poco al oeste, hay una montaña ceñida con una espesa piel verde de abetos. Y al lado, otro puesto de avanzada diminuto: una sola tienda y algunos soldados.

Me siento muy lejos del mundo mortal.

— ¿Dónde estamos?— Le pregunto a Oriana, quien sale del carruaje detrás de mí, llevando una capa para ponerme sobre los hombros.

—Cerca de la corte de los dientes —dice. —En su mayoría son trolls y huldra del norte.

El Tribunal de los Dientes es el Tribunal Unseelie que mantuvo prisioneros a la Cucaracha y a la Bomba, y que exilió a Grima Mog. El último lugar en el que quiero estar, y sin un camino claro al que escapar.

—Ven—, dice Oriana. —Vamos a instalarte.

Me lleva a través del campamento, pasando por un grupo de trolls despellejando un alce, pasando por elfos y goblins cantando canciones de guerra, pasando por un sastre que repara un montón de armaduras de piel ante un incendio. A lo lejos, escucho el sonido metálico del acero, voces elevadas y sonidos de animales. El aire está cargado de humo y el suelo está embarrado por el pisoteo de las botas y el deshielo. Desorientada, me concentro en no perder a Oriana entre la multitud. Finalmente, llegamos a una carpa grande pero de

aspecto práctico, con un par de robustas sillas de madera al frente, ambas cubiertas con piel de oveja.

Mi mirada se dirige a un elaborado pabellón cercano. Se sientan en el suelo sobre patas de garras doradas, mirando a todo el mundo como si pudieran escabullirse si su líder diera la orden. Mientras miro, Grimsen sale. Grimsen the Smith, quien creó la Corona de sangre y muchos más artefactos de Faerie, pero todavía está hambriento de una fama cada vez mayor. Está tan bien vestido que él mismo podría ser un príncipe. Cuando me ve, me mira con picardía. Aparto la mirada.

El interior de la tienda de Madoc y Oriana me recuerda incómodamente a mi hogar. Un rincón funciona como una cocina improvisada, donde las hierbas secas cuelgan en guirnaldas junto a las salchichas secas, la mantequilla y el queso.

—Puedes darte un baño—, dice Oriana, señalando una tina de cobre en otra esquina, medio llena de nieve. —Colocamos una barra de metal en el fuego, luego la sumergimos en la masa fundida y todo se calienta con la suficiente rapidez.

Niego con la cabeza, pensando en cómo necesito seguir escondiendo mis manos. Al menos con este frío, no me sorprenderá mantener los guantes puestos. —Sólo quiero lavarme la cara. ¿Y tal vez ponerse ropa más abrigada?

—Por supuesto—, dice, y se apresura a recorrer el pequeño espacio para recoger un vestido azul resistente, unas medias y botas. Ella sale y vuelve. Después de unos minutos, llega un criado con agua hirviendo en un recipiente y lo coloca sobre una mesa, junto con un paño. El agua está perfumada con enebro.

—Te dejo para que te refresques—, dice Oriana, poniéndose una capa. —Esta noche cenaremos con la corte de dientes.

—No quiero molestarte—, le digo, incómoda ante su amabilidad, sabiendo que no es para mí.

Ella sonríe y toca mi mejilla.

—Eres una buena chica—, dice, haciéndome sonrojar de vergüenza.

Yo nunca soy eso.

Aun así, cuando ella ya se ha ido, me alegro de estar sola. Miro alrededor de la tienda pero no encuentro mapas ni planos de batalla. Como un poco de queso. Me lavo la cara, las axilas y todos los demás lugares a los que puedo llegar, luego me enjuago la boca con un poco de aceite de menta y me rasco la lengua.

Finalmente, me pongo la ropa nueva, más gruesa y abrigada, y me re-hice la trenza en dos trenzas apretadas. Reemplazo mis guantes de terciopelo por unos de lana, comprobando que el relleno en la punta de mi dedo se vea convincente.

Cuando termino, Oriana ha regresado. Ha traído consigo a varios soldados con un jergón de pieles y mantas, que hace que me coloquen en una cama, con cortinas y un biombo.

—Creo que esto servirá por ahora—, dice, mirándome en busca de confirmación.

Trago el impulso de agradecerle.

—Mejor de lo que podría haber pedido.

Cuando los soldados se van, los sigo a través del faldón de la tienda. Afuera, me oriento por el sol que está a punto de ponerse y vuelvo a mirar el mar de tiendas. Puedo elegir facciones. La gente de Madoc, enarbolando su sigilo, la luna creciente se volvió como un cuenco. Los de la Corte de los Dientes tienen marcadas sus tiendas con un dispositivo que parece sugerir una cordillera siniestra. Y dos o tres Cortes más, más pequeños o que enviaron menos soldados. *Una gran cantidad de otros traidores*, dijo Grima Mog.

No puedo evitar pensar como la espía que era, no puedo evitar ver que estoy perfectamente posicionada para descubrir el plan de Madoc. Estoy en su campamento, en su misma tienda. Podría descubrir todo.

Pero eso es una locura absoluta. ¿Cuánto tiempo antes de que Oriana o Madoc se den cuenta de que soy Jude y no Taryn? Recuerdo el voto que Madoc me hizo: *“Y cuando te derrote, me aseguraré de hacerlo tan minuciosamente como lo haría con cualquier oponente que ha demostrado ser mí igual.”* Fue un extraño cumplido, pero también fue una amenaza directa. Sé exactamente lo que Madoc hace con sus enemigos: Los mata y luego sumerge su capa en su sangre.

¿Y qué importa? Estoy en el exilio, expulsada.

Pero si tuviera los planes de Madoc, podría cambiarlos por el final de mi exilio. Seguramente Cardan estaría de acuerdo con eso, Si le diera los medios para salvar Elfhame. Por supuesto que pensara que estaba mintiendo.

Vivi diría que debo dejar de preocuparme por reyes y guerras, y en su lugar, preocuparme por volver a casa. Después de mi pelea con Grima Mog, Puedo exigir mejores trabajos a Bryern. Vivi tiene razón en que si renunciamos a las pretensiones de vivir como otros humanos, podríamos tener un lugar mucho más grande. Y dado los resultados de la investigación, Taryn probablemente no pueda regresar a Faerie.

Al menos hasta que Madoc se haga cargo.

Tal vez debería desear que suceda.

Pero eso me lleva a lo que no he podido superar. A pesar de que es ridículo, no puedo detener la ira que crece en mí, encendiendo un fuego en mi corazón.

Soy la Reina de Elfhame.

Aunque soy la reina exiliada sigo siendo la reina

Y eso significa que Madoc no es de confianza tratando de tomar el trono de Cardan. Él está tratando de tomar algo mío.



Cenamos en la tienda de la Corte de los Dientes, que es fácilmente tres veces más grande que la de Madoc y está decorada tan elaboradamente como cualquier palacio. El suelo está cubierto de alfombras y pieles. Las lámparas cuelgan de los techos y las gruesas velas de los pilares arden sobre las mesas junto a los decantadores, y cuencos de bayas blancas cubiertas de escarcha de un tipo que nunca antes había visto. Un arpista toca en un rincón, los acordes de su música se trasladan al murmullo de la conversación.

En el centro de la tienda hay tres tronos, dos grandes y uno pequeño. Parecen esculturas de hielo, con flores y hojas congeladas en su interior. Los tronos grandes están desocupados, pero en el pequeño se sienta una niña de piel azul, con una corona de carámbanos en la cabeza y una brida dorada alrededor de la boca y la garganta. Parece ser solo uno o dos años mayor que Oak y está vestida con una columna de seda gris. Su mirada está en sus dedos, que se mueven inquietos unos contra otros. Sus uñas están cortadas y cubiertas de una fina capa de sangre.

Si ella es la princesa, entonces no es difícil elegir al rey y la reina. Llevan coronas de carámbano aún más elaboradas. Su piel es gris, del color de la piedra o de los cadáveres. Sus ojos son de un amarillo claro y brillante, como el vino. Y sus vestidos son el azul de su piel. Un trío a juego.

—Estos son Lady Nore y Lord Jarel y su hija, la Reina Suren—, me dice Oriana en voz baja. ¿Entonces la niña es la gobernante?

Desafortunadamente, Lady Nore se da cuenta de mi mirada.

—Un mortal—, dice con un desprecio familiar. —¿Para qué?

Madoc lanza una mirada de disculpa en mi dirección.

—Permítanme presentarles a una de mis hijas adoptivas, Taryn. Estoy seguro de que la mencioné.

—Quizás—, dice Lord Jarel, uniéndose a nosotros. Su mirada es intensa, como un búho mira a un ratón descarriado que sube directamente a su nido.

Doy mi mejor reverencia.

—Me alegro de tener un lugar en tu hogar esta noche.

Vuelve su mirada fría hacia Madoc.

—Divertido. Habla como si pensara que es uno de nosotros.

Olvidé cómo se sentía, todos esos años de absoluta impotencia. Tener sólo a Madoc para protegerme. Y ahora esa protección depende de que no adivine cuál de sus hijas está a su lado. Miro a Lord Jarel con miedo en mis ojos, miedo de no tener que fingir. Y odio que, obviamente, le agrada.

Pienso en las palabras de la Bomba sobre lo que la Corte de los Dientes le hizo a ella y a la Cucaracha: *La Corte nos dividió y nos llenó de maldiciones y geases. Nos cambió. Nos obligó a servirlos.*

Me recuerdo a mí misma que ya no soy la chica que era antes. Puede que esté rodeada, pero eso no significa que sea impotente. Prometo que un día será Lord Jarel quien tendrá miedo.

Pero por ahora, me acerco a un rincón, donde me siento en un tocador cubierto de piel y examino la habitación. Recuerdo que el Consejo Viviente advirtió que las Cortes estaban evadiendo jurar lealtad al esconder a sus hijos como cambiantes en el mundo mortal y luego elevarlos a gobernantes. Me pregunto si eso es lo que pasó aquí. Si es así, Lord Jarel y Lady Nore deben estar molestos por tener que renunciar a sus títulos. Y ponerlos lo suficientemente nerviosos como para frenarla.

Es interesante ver su ostentación en exhibición, sus coronas, tronos y carpa de lujo, mientras apoyan el intento de Madoc de elevarse a Rey Supremo, lo que lo colocaría muy por encima de ellos. No lo compro. Podrán respaldarlo ahora, pero apuesto a que esperan eliminarlo más tarde.

Es entonces cuando Grimsen entra en la tienda, vestido con un manto escarlata con un enorme alfiler en forma de corazón de metal y vidrio soplado que parece latir. Lady Nore y Lord Jarel dirigen su atención a él, sus rostros rígidos se transforman en frías sonrisas.

Miro a Madoc. Parece menos complacido de ver al herrero.

Después de algunas cortesías más, Lady Nore y Lord Jarel nos acompañan a la mesa. Lady Nore lleva a la reina Suren por las riendas. Cuando llevan a la niña reina a la mesa, noto que las correas se asientan de forma extraña contra su piel, como si se hubieran hundido parcialmente en ella. Algo en el brillo del cuero me hace pensar en el encanto.

Me pregunto si esta cosa horrible es obra de Grimsen.

Al verla atada, no puedo evitar pensar en Oak. Miro a Oriana, preguntándome si ella también lo recuerda a él, pero su expresión es tan tranquila y remota como la superficie de un lago helado.

Vamos a la mesa. Estoy sentado al lado de Oriana, al otro lado de la mesa de Grimsen. Ve los pendientes del sol y la luna que todavía estoy usando y los señala.

—No estaba seguro de que tu hermana los abandonara—, dice.

Me inclino y me toco los lóbulos de las orejas con mis dedos enguantados.

—Tu trabajo es exquisito—, le digo, sabiendo cuánto le gustan los halagos.

Me lanza una mirada de admiración que sospecho que es orgullo por su propio arte. Si me encuentra bonita, es un cumplido a su oficio.

Pero también me conviene mantenerlo hablando. Es probable que nadie más aquí me diga mucho. Intento imaginar lo que podría decir Taryn, pero todo lo que se me ocurre es más de lo que creo que Grimsen quiere escuchar. Dejo mi voz en un susurro.

—Apenas puedo soportar quitármelos, incluso de noche.

—Meras baratijas—. Dice mientras se acicala.

—Debes pensar que soy muy tonta—, le digo. —Sé que has hecho cosas mucho más importantes, pero estas me han hecho muy feliz.

Oriana me da una mirada extraña. ¿He cometido un error? ¿Ella sospecha de mí? Mi corazón se acelera.

—Deberías visitar mi forja—, dice Grimsen. —Permíteme mostrarte cómo es la magia verdaderamente potente.

—Me gustaría mucho—, digo, pero estoy distraída por la preocupación de ser atrapada y frustrada por la invitación del herrero. ¡Si tan solo hubiera estado dispuesto a presumir aquí, esta noche, en lugar de programar una cita! No quiero ir a su fragua. Quiero salir de este campamento. Es sólo cuestión de tiempo antes de que me atrapen. Si quiero aprender algo, necesito hacerlo rápidamente.

Mi frustración aumenta cuando la conversación se interrumpe por la llegada de los sirvientes que traen la cena, que resulta ser un enorme corte de carne de oso asada, servida con moras. Uno de los soldados lleva a Grimsen a una discusión sobre su broche. Junto a mí, Oriana está hablando de un poema que no conozco a un cortesano de la Corte de los Dientes. Dejándome sola, me concentro en distinguir las voces de Madoc y Lady Nore. Están debatiendo qué Cortes pueden ponerse de su lado.

— ¿Ha hablado con la Corte de las Termitas?

Madoc asiente.

—Lord Roiben está enojado con Bajo el mar, y no puede gustarle que el Rey Supremo le haya negado su venganza.

Mis dedos aprietan mi cuchillo. Hice un trato con Roiben. Maté a Balekin para honrarlo. Esa fue la excusa de Cardan para *exiliarme*. Es un trago amargo considerar que después de todo eso, Lord Roiben podría preferir unirse a Madoc.

Pero lo que sea que Lord Roiben quiera, todavía hizo un juramento de lealtad a la Corona de Sangre. Y aunque algunas Cortes, como la Corte de dientes, pueden haber planeado su camino libre de las promesas de sus antepasados, la mayoría todavía están sujetos a ellas. Incluido Roiben. Entonces, ¿cómo cree Madoc que va a disolver esos lazos? Sin algún medio para hacer eso, no importa a quién prefieran las Cortes inferiores. Deben seguir al único gobernante con la Corona de sangre en la cabeza: El Rey Supremo Cardan.

Pero como Taryn no diría nada de eso, me muerdo la lengua mientras las conversaciones giran a mí alrededor. Más tarde, de vuelta en nuestra tienda, llevo jarras de vino con miel y lleno las copas de los generales de Madoc. No soy particularmente memorable, simplemente la hija humana de Madoc, alguien a quien la mayoría de ellos conocieron de pasada y en quien pensaron poco. Oriana no me mira más con extrañeza. Si pensaba que mi comportamiento con Grimsen era extraño, no creo que le haya dado más razones para dudar de mí.

Siento la atracción gravitacional de mi antiguo papel, su facilidad, lista para envolverme como una pesada manta.

Esta noche parece imposible que alguna vez haya sido otra persona que no sea esta niña obediente.

Cuando me voy a dormir, es con una amargura en la garganta, una que no he sentido en mucho tiempo, una que proviene de no poder cambiar las cosas que importan, aunque estén sucediendo justo frente a mí.

Me despierto en el catre, cargado de mantas y pieles. Bebo té fuerte cerca del fuego, dando vueltas para aflojar mis miembros. Para mí alivio, Madoc ya se ha ido.

Hoy, me digo a mí misma, hoy debo encontrar una salida de aquí.

Me había fijado en los caballos cuando atravesamos el campamento. Probablemente podría robar uno. Pero soy una ciclista indiferente, y sin un mapa, podría perderme rápidamente. Probablemente se mantengan todos juntos en una tienda de campaña. Quizás podría inventar una razón para visitar a mi padre.

— ¿Crees que a Madoc le gustaría un poco de té? —Le pregunto a Oriana con esperanza.

—Si es así, puede enviar un sirviente para que lo prepare—, me dice amablemente. —Pero hay muchas tareas útiles en las que ocupar su tiempo. Las damas de la corte reunimos y cosemos pancartas, si te apetece.

Nada revelará mi identidad más rápido que mi artesanía. Llamarlo pobre es un halago.

—No creo que esté lista para responder preguntas sobre Locke—, advierto.

Ella asiente con simpatía. Los chismes pasan el tiempo en tales reuniones, y no es descabellado pensar que un marido muerto provocaría conversaciones.

—Puedes tomar una canasta pequeña e ir a buscar comida—, sugiere. —Sólo ten cuidado de permanecer en el bosque y lejos del campamento. Si ves centinelas, enséñales el sello de Madoc.

Intento contener mi entusiasmo.

—Puedo hacer eso.

Mientras me pongo una capa prestada, me pone una mano en el brazo.

—Te escuché hablar con Grimsen anoche—, dice Oriana. —Debes tener cuidado con él—. Recuerdo sus muchas

advertencias a lo largo de los años en las fiestas. Nos hizo prometer que no bailaríamos, no comeríamos nada, no haríamos nada que pudiera resultar en vergüenza para Madoc. No es que ella tampoco tenga sus razones. Antes de ser la esposa de Madoc, fue la amante del Rey Eldred y vio a otra de sus amantes, y a su querida amiga, envenenada. Pero sigue siendo molesto.

—Lo hare. Tendré cuidado—, digo. Oriana me mira a los ojos.

—Grimsen quiere muchas cosas. Si eres demasiado amable, él puede decidir que también te quiere. Él podría desearte por tu belleza como se codicia una joya rara. O podría desearte solo para ver si Madoc te abandona.

—Entiendo—, digo, tratando de parecer alguien por quien no necesita preocuparse.

Me suelta con una sonrisa pálida, pareciendo creer que nos entendemos.

Afuera, me dirijo hacia el bosque con mi pequeña canasta. Una vez que llego a la línea de árboles, me detengo, abrumada por el alivio de no seguir jugando un papel. Por un momento, aquí puedo relajarme. Respiro calmadamente y considero mis opciones. Una y otra vez, vuelvo a Grimsen. A pesar de la advertencia de Oriana, él es mi mejor apuesta para encontrar una salida de aquí. Con todas sus baratijas mágicas, tal vez tenga un par de alas de metal para llevarme a casa o un trineo mágico tirado por leones de obsidiana. Incluso si no, al menos no conoce a Taryn lo suficientemente bien como para dudar de que soy ella.

Y si quiere algo que no quiero darle, bueno, tiene la mala costumbre de dejar cuchillos tirados.

Camino por el bosque hasta un terreno más alto. Desde allí, puedo ver el campamento y todos sus pabellones. Veo la fragua improvisada, apartada de todo lo demás, humo que se eleva en grandes cantidades por sus tres chimeneas. Veo un área del

campamento donde una carpa grande y redonda es un centro de actividad. Quizás ahí es donde está Madoc y donde están los mapas.

Y veo algo más. Cuando hice un balance del campamento por primera vez, noté un pequeño puesto de avanzada en la base de la montaña, lejos de las otras tiendas. Pero desde aquí puedo ver que también hay una cueva. Dos guardias hacen las veces de centinelas junto a la entrada.

Eso es extraño. Parece inconvenientemente lejos de todo lo demás. Pero dependiendo de lo que contenga, tal vez ese sea el punto. Es lo suficientemente lejos como para amortiguar incluso los gritos más fuertes.

Con un escalofrío, me dirijo hacia la fragua.

Recibo algunas miradas de duendes y grigs y miembros afilados de la gente del aire con alas empolvadas, mientras atravieso el borde exterior del campamento. Oigo un pequeño siseo al pasar, y uno de los ogros se lame los labios en lo que no es, en absoluto, una insinuación. Sin embargo, nadie me detiene.

La puerta de la fragua de Grimsen está abierta, y veo al herrero dentro, sin camisa, con su forma enjuta y peluda, inclinada sobre la hoja que está martillando. En la fragua hace un calor abrasador, el aire está cargado de calor y apesta a creosota. A su alrededor hay una serie de armas y baratijas que son mucho más de lo que parecen: botes de metal, broches, tacones plateados como botas, una llave que parece tallada en cristal.

Pienso en la oferta que Grimsen quería que le transmitiera a Cardan antes de que decidiera que la traición era más gloriosa: *le haré una armadura de hielo para romper cada espada que la golpee y eso hará que su corazón se enfríe demasiado para sentir lástima. Dile que le haré tres espadas que, cuando se usen en la misma batalla, pelearán con el poder de treinta soldados.*

Odio pensar en todo eso en manos de Madoc.

Armándome de valor, llamo en el marco de la puerta.

Grimsen me ve y deja su martillo.

—La chica de los pendientes—, dice.

—Me invitaste a venir—, le recuerdo. —Espero que esto no sea demasiado pronto, pero tenía mucha curiosidad. ¿Puedo preguntarte qué estás haciendo o es un secreto?

Eso parece complacerlo. Señala con una sonrisa la enorme barra de metal en la que está trabajando.

—Estoy elaborando una espada para romper el firmamento de las islas. ¿Qué piensas de eso, chica mortal?

Por un lado, Grimsen ha forjado algunas de las mejores armas jamás fabricadas. Pero, ¿puede el plan de Madoc ser realmente atravesar los ejércitos de Elfhame? Pienso en Cardan, haciendo que el mar hierva, vengan tormentas y los árboles se marchiten. Cardan, que tiene la lealtad jurada de decenas de gobernantes de la corte baja y el mando de todos sus ejércitos. ¿Puede una espada ser lo suficientemente grande como para resistir eso, incluso si es la espada más grande que Grimsen haya forjado?

—Madoc debe estar agradecido de tenerte de su lado—, digo neutralmente. —Y que le prometieran un arma así.

—Hmph—, dice, mirándome con un ojo pequeño. —Debería estarlo, pero ¿lo está? Tendrías que preguntárselo tú misma, ya que no menciona la gratitud. Y si por casualidad *hacen* canciones sobre mí, bueno, ¿está interesado en escucharlas? No. No hay tiempo para canciones, dice. Me pregunto si se sentiría diferente si hubiera canciones sobre él.

Aparentemente, no fue alentar su fanfarronear lo que lo hizo hablar, sino avivar su resentimiento.

—Si se convierte en el próximo Rey Supremo, habrá muchas canciones sobre él—, digo, presionando el punto.

Una nube pasa sobre el rostro de Grimsen, su boca se mueve en una ligera expresión de disgusto.

—Pero tú, que has sido un maestro herrero durante el reinado de Mab y todos los que le siguieron, Tu historia debe ser más

interesante que la suya, mejor forraje para las baladas—. Me temo que lo estoy poniendo demasiado grueso, pero se ilumina.

—Ah, Mab—, dice, recordando el pasado. —Cuando vino a mí para forjar la Corona de Sangre, me confió un gran honor. Y la maldije para protegerla para siempre.

Sonríó alentadoramente. Conozco esta parte.

—El asesinato del portador provoca la muerte del responsable. Él resopla.

—Quiero que mi *trabajo* dure tal como la reina Mab quería que perdurara su *línea*. Pero me preocupo incluso por la más pequeña de mis creaciones—. Extiende la mano para tocar los pendientes con sus dedos cubiertos de hollín. Roza el lóbulo de mi oreja, su piel es cálida y áspera. Me escapo de su agarre con lo que espero sea una risa recatada y no un gruñido.

—Toma estos, por ejemplo—, dice. —Saca las gemas y tu belleza se desvanecerá, no solo la pizca extra que otorgan, sino toda tu belleza, hasta que fueras tan desdichada que verte haría que, incluso la gente gritara.

Intento controlar el impulso de arrancarme los pendientes de las orejas.

—¿También los maldijiste? —Su sonrisa es astuta.

—No todo el mundo es debidamente respetuoso con un artesano como tú, Taryn, hija de Madoc. No todos merecen mis dones.

Reflexiono sobre eso durante un largo momento, preguntándome por la variedad de creaciones que han surgido de su fragua. Preguntándose cuántos de ellos estaban malditos.

—¿Es por eso que fuiste exiliado? —Pregunto.

—A la Reina no le gustó que me tomara tanta licencia artística, así que no estaba muy a favor cuando seguí a Alderking al exilio—, dice, y supongo que eso significa que sí, más o menos. —A ella le gustaba ser la inteligente.

Asiento, como si no hubiera nada alarmante en esa historia. Mi mente está corriendo, tratando de recordar todas las cosas que ha hecho.

— ¿No le regalaste un pendiente a Cardan cuando viniste por primera vez a Elfhame?

—Tienes buena memoria—, dice. Con suerte, tengo mejor memoria que él, porque Taryn no asistió a la fiesta Blood Moon. —Le permitió escuchar a los que hablaban fuera del alcance. Un dispositivo maravilloso para escuchar a escondidas. — Espero expectante. Él ríe. —Eso no es lo que quieres saber, ¿verdad? Sí, estaba maldito. Con una palabra, podría convertirse en una araña rubí que lo mordería hasta que muriera.

— ¿Lo usaste? —Pregunto, recordando el globo que vi en el estudio de Cardan, en el que una araña roja reluciente escarbaba inquieta en el cristal. Me invade un frío horror ante una tragedia ya evitada, y luego una ira cegadora.

Grimsen se encoge de hombros.

—Todavía está vivo, ¿no?

Una respuesta muy feérica. Parece que no, cuando la verdad es que el herrero lo intentó y no funcionó.

Debería presionarlo por más, debería preguntarle sobre una forma de escapar del campamento, pero no puedo soportar hablar con él ni un minuto más y no apuñalarlo con una de sus propias armas.

— ¿Puedo visitarte de nuevo? —Grito, la sonrisa falsa que llevo se siente mucho más como una mueca.

No me gusta la mirada que me da, como si fuera una piedra preciosa que desea incrustar en metal.

—Me gustaría eso—, dice, pasando la mano por la fragua, en todos los objetos que hay. —Cómo puedes ver, me gustan las cosas hermosas.



Después de mi visita a Grimsen, vuelvo al bosque para hacer la búsqueda prometida con una agresividad satisfactoria, recolectando bayas de serbal, acedera, ortigas, un poco de dulzura y enormes setas. Le doy una patada a una piedra, enviándola deslizándose más profundamente en el bosque. Luego pateo a otro. Se necesitan muchas rocas antes de sentirme un poco mejor.

No estoy más cerca de encontrar una manera de salir de aquí y no tengo más claros los planes de mi padre. De lo único que estoy más cerca es, de que me atrapen.

Con ese pensamiento lúgubre en mente, descubro a Madoc sentado junto al fuego fuera de la tienda, limpiando y afilando el juego de dagas que tiene sobre sí. El hábito me impulsa a ayudarlo con el trabajo, y tengo que recordarme a mí misma que Taryn no haría eso.

—Ven, siéntate—, insta, palmeando un lado desnudo de un tronco en el que está posado. —No estás acostumbrada a hacer campañas y te han metido en el centro.

¿Sospecha de mí? Me siento, descansando mi canasta llena, cerca del fuego, y me aseguro que no sonaría tan amigable si pensara que está hablando con Jude. Sin embargo, sé que no tengo mucho tiempo, así que me arriesgo y le pregunto lo que quiero preguntar.

—¿De verdad crees que puedes derrotarlo?

Se ríe como si fuera la cuestión de un niño pequeño. *Si pudieras extender tu mano lo suficiente, ¿podrías arrancar la luna del cielo?*

—No jugaría el juego si no pudiera ganar.

Me siento extrañamente envalentonada por su risa. Realmente cree que soy Taryn y que no sé nada de guerra.

—¿Pero cómo?

—Te ahorraré toda la estrategia—, dice. —Pero lo voy a desafiar a un duelo, y después de que gane, le partiré su cabeza de melón.

—¿Un duelo? —Estoy desconcertada. —¿Por qué pelearía contigo? —Cardan es el Rey Supremo. Tiene ejércitos para interponerse entre ellos. Madoc sonríe.

—Por amor—, dice. —Y por deber.

—¿Amor a quién? —No puedo creer que Taryn esté menos confundido de lo que estoy ahora.

—No hay banquete demasiado abundante para un hombre hambriento—, dice.

No sé qué responder a eso. Después de un momento, se compadece de mí.

—Sé que no te interesan las lecciones de táctica, pero creo que esta te atraerá incluso a ti. Para lo que más queremos, correremos casi cualquier riesgo. Hay una profecía de que sería un rey pobre. Cuelga sobre su cabeza, pero cree que puede encantar su camino libre del destino. Veamos cómo lo intenta. Le voy a dar la oportunidad de demostrar que es un buen gobernante.

—¿Y entonces? —Le pregunto. Pero solo vuelve a reír.

—Entonces la gente te llamará princesa Taryn.

Toda mi vida he oído hablar de las grandes conquistas de Faerie. Como cabría esperar de un pueblo inmortal con pocos nacimientos, la mayoría de las batallas están muy formalizadas,

al igual que las líneas de sucesión. A la gente del aire le gusta evitar la guerra total, lo que significa que no es inusual resolver un problema con un concurso de mutuo acuerdo. Aun así, a Cardan nunca le importó mucho la lucha con espadas y no es particularmente bueno en eso. ¿Por qué aceptaría un duelo?

Sin embargo, si pregunto eso, estoy aterrorizada de que Madoc me reconozca. Sin embargo, debo decir *algo*. No puedo quedarme aquí mirándolo con la boca abierta.

—Jude consiguió el control de Cardan de alguna manera—, planteo. —Tal vez podrías hacer lo mismo y...

El niega con la cabeza.

—Mira lo que pasó con tu hermana. Cualquier poder que tuviera, él se lo quitó. No, no tengo la intención de continuar ni siquiera con la pretensión de servir por más tiempo. Ahora yo gobernare. —Deja de afilar su daga y me mira con un brillo peligroso en sus ojos. —Le di a Jude una oportunidad tras otra de ser una ayuda para la familia. Cada oportunidad para decirme el juego que estaba jugando. Si lo hubiera hecho, las cosas habrían salido muy diferentes.

Un escalofrío me recorre. ¿Adivina que estoy sentada a su lado?

—Jude está bastante triste—, digo en lo que espero sea de una manera neutral. —Al menos según Vivi.

—Y no quieres que la castigue más cuando sea Rey Supremo, ¿es eso? —él pide. —No es que no esté orgulloso. Lo que logró no fue poca cosa. Ella es quizás la más parecida a mí de todos mis hijos. Y como los niños de todo el mundo, era rebelde y su agarre excedía su alcance. Pero *tú*...

— ¿Yo? —Mi mirada se dirige al fuego. Es discordante escucharlo hablar de mí, pero la idea de escuchar algo sólo para Taryn es peor. Siento como si le estuviera quitando algo. Sin embargo, no puedo pensar en una manera de detenerlo, de ninguna manera que no implique delatarme.

Se acerca para agarrar mi hombro. Sería reconfortante, excepto que la presión es un poco demasiado fuerte, sus garras un poco demasiado afiladas. Este es el momento en que me agarrará por el cuello y me dirá que estoy atrapada. Mi corazón se acelera.

—Debes haber sentido que la favorecía, a pesar de su ingratitud —dice. —Pero fue sólo que la entendí mejor. Y, sin embargo, tú y yo tenemos algo en común: ambos hicimos un matrimonio pobre.

Le lanzo una mirada de reojo, el alivio y la incredulidad peleando entre sí. ¿Realmente está diciendo que su matrimonio con nuestra madre fue como el matrimonio de Taryn con Locke?

Se aparta de mí para agregar otro leño al fuego.

—Y ambos terminaron trágicamente.

Respiro profundamente.

—Realmente no piensas... —Pero no sé qué mentira ofrecer. Ni siquiera sé si Taryn mentiría.

— ¿No? —Pregunta Madoc. — ¿Quién mató a Locke, si no fuiste tú? —Durante demasiado tiempo, no se me ocurre ninguna buena respuesta.

Él suelta una carcajada y me señala con un dedo con garras, absolutamente encantado.

— ¡Fuiste tú! En verdad, Taryn, siempre pensé que eras suave y mansa, pero ahora veo lo equivocado que he estado.

— ¿Estás *contento* de que lo haya matado? —Parece más orgulloso de Taryn por haber asesinado a Locke que por todas sus otras gracias y habilidades combinadas: su capacidad para hacer que la gente se sienta cómoda, elegir la prenda adecuada y decir la clase de mentira correcta para hacer que la gente la quiera.

Se encoge de hombros, todavía sonriendo.

—Vivo o muerto, nunca me preocupé por él. Sólo me preocupaba por ti. Si estás triste porque se ha ido, entonces lo

lamento. Si deseas que vuelva a la vida para poder matarlo de nuevo, reconozco ese sentimiento. Pero tal vez impartiste justicia y sólo te preocupa que la justicia pueda ser cruel.

— ¿Qué crees que me hizo para merecer morir? —Pregunto. Él aviva el fuego. Vuelan chispas.

—Supuse que te rompió el corazón. Ojo por ojo, corazón por corazón.

Recuerdo lo que era tener un cuchillo en la garganta de Cardan. Entrar en pánico al pensar en el poder que tenía sobre mí, darme cuenta de que había una manera fácil de acabar con eso.

— ¿Es por eso que mataste a mamá?

Él suspira.

—Perfeccioné mis instintos en la batalla—, dice. —A veces, esos instintos siguen ahí cuando no hay más guerra.

Lo considero, preguntándome qué se necesita para endurecerse para luchar y matar una y otra vez. Preguntándome si una parte de él tiene frío por dentro, una especie de frío que nunca se puede calentar, como un trozo de hielo atravesando el corazón. Me pregunto si yo también tengo un fragmento así.

Por un momento, nos sentamos juntos en silencio, escuchando el crepitar y el estallido de las llamas. Luego vuelve a hablar.

—Cuando asesiné a tu madre, tu madre y tu padre, te cambié. Sus muertes fueron un crisol, el fuego en el que se forjaron las tres chicas. Sumerge una espada caliente en aceite y cualquier pequeño defecto se convertirá en una grieta. Pero apagados en sangre como ustedes, ninguno de ustedes se rompió. Sólo estaban endureciendo. Quizás lo que te llevó a acabar con la vida de Locke sea más culpa mía que tuya. Si te cuesta soportar lo que hiciste, dame el peso.

Pienso en las palabras de Taryn: *Nadie debería tener la infancia que tuvimos.*

Y, sin embargo, me encuentro queriendo tranquilizar a Madoc, incluso si nunca puedo perdonarlo. ¿Qué diría Taryn? No lo sé, pero sería injusto consolarlo con su voz.

—Debería llevarle esto a Oriana, —digo, señalando la canasta de comida forrajeada. Me levanto, pero me agarra la mano.

—No creas que olvidaré tu lealtad—. Me mira meditativo. —Pones los intereses de nuestra familia por encima de los tuyos. Cuando todo esto termine, puedes nombrar tu recompensa y yo me aseguraré de que la obtengas.

Siento una punzada de que ya no soy la hija a la que le hace ofertas como esta. No soy yo la que recibe la bienvenida en su hogar, no soy la que él cuidaría y apreciaría.

Me pregunto qué pediría Taryn para ella y el bebé en su vientre. La seguridad, apostaría, es lo único que Madoc cree que ya nos ha dado, lo único que nunca podrá proporcionarnos realmente. No importa las promesas que haga, es demasiado despiadado para mantener a alguien a salvo por mucho tiempo.

En cuanto a mí, la seguridad ni siquiera se ofrece. Todavía no me ha atrapado, pero mi capacidad para sostener esta máscara se está agotando. Aunque no estoy segura de cómo manejaré la caminata por el hielo, resuelvo que debo correr esta noche.



Oriana supervisa la preparación de la cena para la campaña, y yo me quedo a su lado. Observo la elaboración de sopa de ortiga, guisado con papas, como se quita el aguijón, y la matanza de ciervos, sus cuerpos recién disparados humeando en el frío, su grasa se utiliza para dar sabor a verduras tiernas. Cada uno de los de la campaña, tienen su propio cuenco y taza, haciendo ruido en sus cinturones como ornamentación, y estos se presentan a los servidores y los llenan de una ración de comida y vino aguado. Madoc come con sus generales, riendo y hablando. La corte de los dientes se mantiene en sus tiendas, enviando un sirviente a preparar su comida sobre un fuego diferente. Grimsen se sienta aparte de los generales, en una mesa de caballeros que escuchan con entusiasmo y atención sus historias de exilio con Alderking. Es imposible no notar que la gente que lo rodea usa quizás más adornos de los que son típicos. El área donde están las ollas y las mesas está en el lado opuesto del campamento, más cerca de la montaña. En la distancia, veo dos caballeros de guardia cerca de la cueva, sin dejar su turno para comer con nosotros. Cerca de ellos, dos renos acarician la nieve, buscando raíces enterradas.

Mastico mi sopa de ortigas, una idea se forma en mi mente. Durante el tiempo que Oriana me insta a volver a nuestra tienda, he llegado a una decisión. Robaré una de las monturas de los soldados cerca de la cueva. Será más fácil hacer eso que tomar una del campamento principal, y si algo sale mal, seré más difícil de perseguir. Todavía no tengo un mapa, pero puedo navegar por las estrellas lo suficientemente bien como para al menos ir al sur. Con suerte, encontrare un asentamiento mortal.

Compartimos una taza de té y nos sacudimos la nieve. Caliento mis dedos rígidos en la taza con impaciencia. No quiero hacerla sospechoso, pero necesito ponerme en movimiento. Tengo que empacar comida y cualquier otro suministro que pueda manejar.

—Debes tener bastante frío—, dice Oriana, estudiándome. Con su cabello blanco y su piel pálida fantasmal, parece estar hecha de nieve ella misma.

—Debilidad mortal—. Yo sonrío. —Otra razón para no estar en las islas de Elfhame.

—Estaremos en casa pronto—, me asegura. Ella no puede mentir, entonces ella debe creer eso. Ella debe creer que Madoc ganará, que será nombrado Rey Supremo.

Finalmente, parece lista para retirarse. Me lavo la cara, luego meto fósforos en uno de mis bolsillos y un cuchillo en otro. Después de entrar en la cama, espero hasta que me imagino que probablemente Oriana ya esté dormida, contando los segundos hasta que, probablemente, haya pasado media hora. Entonces me escapo de las colchas tan silenciosamente como puedo y empujo mis pies en mis botas. Dejo un poco de queso en una bolsa, junto con una rebanada de pan y tres manzanas marchitas. Tomo la muerte dulce que encontré mientras busca alimento y la envuelvo en un papelito. Luego voy a la salida de la tienda, tomando mi capa en el camino. Hay un solo caballero allí, divirtiéndose tallando una flauta ante el fuego. Asiento con la cabeza cuando paso.

— ¿Mi señora? —dice, levantándose. Le dirijo mi mirada más fulminante. No soy una prisionera después de todo. Soy la hija del Gran General.

— ¿Si?

— ¿Dónde debería decirle a su padre que puede encontrarla, si pregunta? —La pregunta está formulada de manera indiferente, pero si dudo en responder, o lo hago mal, podría llevarlo a hacer preguntas menos indiferentes.

—Dile que estoy ocupada usando el bosque como orinal — digo, y él se estremece, como esperaba que lo hiciera. No me hace más preguntas mientras coloco la capa sobre mis hombros y salgo, consciente de que cuanto más tiempo tomo, más sospechara él.

El camino a la cueva no es demasiado largo, pero tropiezo frecuentemente en la oscuridad, el viento frío es más cortante con cada paso. Música y juerga surgen del campamento, canciones de duendes sobre pérdida, nostalgia y violencia. Baladas de reinas, caballeros y tontos.

Cerca de la cueva, veo a tres guardias en posición de firmes, alrededor de la amplia abertura, uno más de los que esperaba. La entrada de la cueva es larga y ancha, como una sonrisa, y la oscuridad más allá, parpadea ocasionalmente, como si estuviera iluminada dentro, en algún lugar profundo. Dos renos pálidos duermen cerca, acurrucados en la nieve como gatos. Un tercero se rasca las astas contra un árbol cercano.

Entonces será ese. Puedo esconderme más profundamente en los árboles y atraerlo con una de las manzanas. Cuando empiezo a dirigirme hacia el bosque, escucho un grito desde la cueva. El aire es denso y frío me transporta el sonido, haciéndome retroceder.

Madoc tiene a alguien como prisionero.

Trato de convencerme de que este no es mi problema, sino otro. El sonido de la angustia atraviesa todos esos pensamientos inteligentes. Alguien está allí, sufriendo. Tengo que asegurarme de que no sea alguien a quien conozca. Mis músculos ya están rígidos por el frío, así que me muevo despacio, rodeando la cueva y escalando las rocas que están sobre esta.

Mi plan improvisado es bajar a la entrada de la cueva ya que la mayoría de los guardias miran en otra dirección. Eso me da la ventaja de esconderme mientras bajo, pero entonces debo caer realmente, realmente bien o la combinación de sonido y movimiento los alertará inmediatamente.

Aprieto los dientes y recuerdo las lecciones del Fantasma: ve despacio, asegúrate de cada paso, mantente en las sombras. Por supuesto que, viene con el recuerdo de la traición que siguió, pero me digo a mí misma que eso no hace que las lecciones sean menos útiles. Bajo lentamente por un trozo de roca irregular. Incluso con guantes, mis dedos se sienten congelados.

Entonces, colgada allí, me doy cuenta de que he hecho un cálculo erróneo. Incluso completamente extendida, mi cuerpo no puede alcanzar el suelo. Cuando me deje caer, no hay forma de evitar hacer algo de ruido. Voy a tener que estar tan callada como pueda y moverme tan rápido como pueda. Tomo un respiro y me dejo caer a una distancia corta. Al inevitable crujir de mis pies en la nieve, uno de los guardias se voltea. Me deslizo hacia las sombras.

— ¿Qué es? —pregunta uno de los otros dos guardias.

El primero mira dentro de la cueva. No puedo decir si me ve o no.

Me mantengo tan quieta como puedo, conteniendo la respiración, esperando que no me vea, esperando que no pueda olerme. Al menos frío como está, no estoy sudando.

Mi cuchillo está al alcance de mi mano. Me recuerdo a mí misma que luche contra Grima Mog. Si se trata de eso, también puedo luchar contra ellos.

Pero después de un momento, el guardia niega con la cabeza y vuelve a escuchar las canciones de los duendes. Espero y luego espero un poco más, solo para estar segura. Le da tiempo a mis ojos para adaptarse. Hay un aroma mineral en el aire, junto con el de aceite de la lámpara de llamas. Las sombras bailan al final de un pasillo inclinado, tentadoras, las sigo con la promesa de luz.

Me abro camino entre las stalagmitas y stalactitas, como si estuviera atravesando los dientes de un gigante. Doy un paso en una nueva cámara y tengo que parpadear contra el resplandor de la antorcha.

— ¿Jude? —dice una voz suave. Una voz que reconozco. Es el Fantasma.

Delgado, con hematomas que florecen a lo largo de sus clavículas, descansa en el suelo de la cueva, sus muñecas esposadas y encadenadas al suelo. Las antorchas arden en un círculo alrededor de él. Me mira con sus grandes ojos color avellana.

Fría como estoy, de repente me siento aún más fría. Lo último que dijo para mí fue: *serví al príncipe Dain, no a ti*. Eso estuvo bien antes de que me arrastraran Bajo el mar y me mantuvieran allí durante semanas, aterrorizada, hambrienta y sola. Y sin embargo, a pesar de eso, a pesar de su traición, a pesar de destruir la Corte de las Sombras, dice mi nombre con maravilla, como quien cree que he venido a salvarlo.

Considero fingir ser Taryn, pero difícilmente podría creer que fue mi gemela quien se coló entre esos guardias. Después de todo, él es quien me enseñó a moverme así.

—Quería verlo que Madoc estaba escondiendo aquí —digo, sacando mi cuchillo. —Y si estás pensando en llamar a los guardias, tienes que saber que la única razón que tengo para no apuñalarte en la garganta es el miedo a que mueras ruidosamente.

El Fantasma me da una pequeña sonrisa irónica.

—Yo lo haría, tú sabes. Muy ruidoso. Solo para molestarte.

—Así que aquí está el salario por su servicio—, digo con una mirada puntiaguda alrededor de la cueva. —Espero que la traición haya valido la recompensa.

—Regocíjate todo lo que quieras—. Su voz es suave. —Me lo merezco. Sé lo que hice, Jude. Fui un tonto.

— ¿Entonces por qué lo hiciste? Me hace sentir incomoda y vulnerable incluso por preguntar. Pero había confiado en el Fantasma y quería saber lo estúpida que había sido. ¿Me había odiado todo el tiempo? ¿Nos había considerado amigos? ¿Se habían reído juntos él y Cardan de mi naturaleza confiada?

— ¿Recuerdas cuando te dije que maté a la madre de Oak?

Asiento con la cabeza. Liriope había sido envenenado con un hongo colorado para ocultar que mientras era la amante del Rey Supremo, estaba embarazada del hijo del príncipe Dain. Si Oriana no hubiera sacado a Oak del vientre de Liriope, el bebé también habría muerto. Se trata de una historia espantosa, y una que probablemente nunca olvidare, incluso sino se refiriera a mi hermano.

— ¿Recuerdas cómo me mirabas cuando descubriste lo que había hecho? él pregunta.

Había pasado uno o dos días después de la coronación. Había tomado al Príncipe cardan como prisionero. Todavía estaba en shock. Estaba intentando reconstruir la trama de Madoc. Me horroricé al saber que El Fantasma hizo algo tan horrible, pero estaba muy horrorizada entonces. Aun así, el hongo colorado es una pesadilla de cómo morir, y mi hermano casi fue asesinado también.

—Me sorprendió.

El niega con la cabeza.

—Incluso la Cucaracha estaba consternado. Él Nunca lo supo.

— ¿Y por eso nos traicionaste? ¿Pensaste que podríamos juzgarte? —Pregunto, incrédula.

—No. Sólo escucha un poco más—. El Fantasma suspira. — Mate a Liriope porque el príncipe Dain me llevó a Faerie, me proveyó y me dio un propósito. Porque fui leal, lo hice, pero después, lo que había hecho me sacudió. En desesperación, fui con el chico que pensé que era el único niño vivo de Liriope.

—Locke—, digo aturdida. Me pregunto si Locke se dio cuenta, después de la coronación de Cardan, que Oak debía ser su medio hermano. Me pregunto si sintió algo al respecto, si alguna vez se lo mencionó a Taryn.

—Golpeado por la culpa—, continúa el Fantasma, —le ofrecí mi protección. Y mi nombre.

—Tu... —Comienzo, pero me interrumpes.

—*Mi verdadero nombre*—, dice el Fantasma.

Entre la gente del aire, los nombres verdaderos son secretos muy bien guardados. Las hadas pueden ser controladas por sus verdaderos nombres, más seguro que por cualquier voto. Es difícil creer que El Fantasma daría tanto de él mismo.

—¿Qué te hizo hacer? —Pregunto, yendo al grano.

—Durante muchos años, nada—, dijo El Fantasma. —Entonces pequeñas cosas. Espiar a la gente. Descubrir sus secretos. Pero hasta que me ordenó que te llevara a la Torre del Olvido y dejara que Bajo el mar te secuestrara, creí que quería hacer travesuras, nunca nada peligroso.

Nicasia debe haber sabido pedirle un favor. No es de extrañar que Locke y sus amigos se sintieran lo suficientemente seguros como para cazarme la noche antes de su boda. Sabía que me iría al día siguiente.

Y, sin embargo, todavía no entiendo lo que significa para El Fantasma. También Pensé que Locke siempre quiso hacer travesuras, incluso cuando parecía que, posiblemente, moriría por ello.

Niego con la cabeza.

—Pero eso no explica cómo llegaste a estar aquí.

Parece que el Fantasma está luchando por mantener su voz, incluso, para mantener su temperamento bajo control.

—Después de la Torre, intenté poner suficiente distancia entre Locke y yo para que no pudiera ordenarme hacer nada de nuevo. Los caballeros me pillaron dejando Insmire. Fue entonces cuando descubrí el alcance de lo que Locke había hecho. Le dio mi nombre a tu padre. Eso fue su intercambio por la mano de tu hermana gemela y un asiento en la mesa cuando Balekin llegara al poder.

Aspiro mi aliento.

—¿Madoc conoce tu verdadero nombre?

—Malo, ¿verdad? —Da una risa hueca. —Tu tropiezo aquí es la primera buena fortuna que he tenido en mucho tiempo. Y es buena suerte, incluso si ambos sabemos lo que sucederá a continuación.

Recuerdo lo cuidadosamente que le di a Cardan ordenes, unos significaban que no podía evitarme o escaparse. Madoc tiene, indudablemente, hecho eso y más, para que El Fantasma crea que sólo un camino está abierto para él.

—Voy a sacarte de aquí—, le digo. —Y entonces-

El Fantasma me interrumpe.

—Puedo mostrarte dónde causarme el menor dolor posible. Puedo mostrarte cómo hacer que parezca que lo hice yo mismo.

—Dijiste que morirías muy ruidosamente, sólo para fastidiarme—, repito, fingiendo que no habla en serio.

—Yo también lo habría hecho—, dice con una pequeña sonrisa. —Necesitaba decirte, necesitaba decirle a *alguien* la verdad antes de morir. Ahora está hecho. Déjame enseñarte una última lección.

—Espera, —digo, levantando una mano. Necesito detenerlo. Necesito pensar.

Continúa sin descanso.

—No es vida estar siempre bajo el control de alguien, sujeto a su voluntad y capricho. Sé del geas que le pediste al príncipe Dain. Sé que estabas dispuesta a asesinar para recibirlo. Ningún glamour te toca. ¿Recuerdas cuando fue de otra manera? Recuerdas lo que se siente al estar ¿impotente?

Por supuesto que sí. Y no puedo evitar pensar en la sirvienta mortal de la casa de Balekin, Sophie, con los bolsillos llenos de piedras. Sophie, perdida en Bajo el mar. Un escalofrío pasa a través de mí antes de que pueda encogerme de hombros.

—Deja de ser dramático—. Saco la bolsa de comida que tengo y me siento en la tierra para cortar trozos de queso, manzanas, y pan. —Todavía no nos quedamos sin opciones. Te ves medio muerto de hambre, y te necesito vivo. Podrías encantar una hierba cana y sacarnos de aquí, y estás en deuda por ayudarte.

Agarra trozos de queso y manzana y los mete en su boca. Mientras come, considero las cadenas que lo sujetan. ¿Puedo separar los enlaces? Noto un agujero en la cerradura que parece justo del tamaño de una llave.

—Estás tramando—, dice el Fantasma, notando mi mirada. —Grimsen hizo mis ataduras para resistir todo menos las más mágicas cuchillas.

—*Siempre* estoy tramando, —le devuelvo. — ¿Cuánto de sabes del plan de Madoc?

—Muy poco. Los caballeros me traen comida y mudas de ropa. Sólo me han permitido bañarme bajo una fuerte guardia. Una vez, Grimsen vino a verme, pero estaba completamente en silencio, incluso cuando le grité.

No es propio del Fantasma gritar. O gritar de la forma en que debe haberlo hecho para que yo haya podido escucharlo, para gritar de miseria, desesperación y desesperanza.

—Varias veces, Madoc ha venido a interrogarme sobre la Corte de Sombras, sobre el palacio, sobre Cardan y Lady Asha y Dain, incluso sobre ti. Sé que busca debilidades por todos los medios, para manipular a todos—. El Fantasma toma otra rebanada de manzana y duda, mirando la comida como si la viera por primera vez. — ¿Por qué tenías algo de esto contigo? ¿Por qué traer un picnic para explorar una cueva?

—Estaba planeando huir—, lo admito. —Esta noche. Antes de que descubran que no soy la hermana que pretendo ser.

Me mira con horror.

—Entonces vete, Jude. Corre. No puedes quedarte por mí.

—No lo hago, tú me vas a ayudar a salir de aquí—, insisto. Interrumpiéndolo cuando comienza a discutir. —Puedo arreglármelas por un día más. Dime cómo abrir tus cadenas.

Algo en mi rostro parece convencerlo de mi determinación.

—Grimsen tiene la llave—, dice, sin encontrar mis ojos — Pero sería mejor si usas el cuchillo—.

La peor parte es que probablemente tenga razón.



Cuando regreso a la tienda, el guardia ya no está allí. Me siento suertuda, me deslizo debajo de la solapa, esperando arrastrarme a mi cama antes de que Madoc llegue a casa de lo que sea que esté tramando con sus generales.

Lo que no espero es que se enciendan las velas y ver a Oriana sentada en la mesa, completamente despierta. Me congelo.

Ella se pone de pie, cruzando los brazos.

— ¿Dónde estabas?

—Uh—, digo, luchando por averiguar lo que ella ya sabe y lo que ella creería. —Había un caballero que me pidió que me encontrara con él bajo las estrellas y...

—Oriana levanta su mano.

—Te cubrí. Despedí al guardia antes de que pudiera contar historias. No me insultes mintiendo más. No eres Taryn.

El frío horror del descubrimiento se apodera de mí. Quiero correr. Retroceder por donde vine, pero pienso en El Fantasma. Si corro ahora mismo, mis posibilidades de conseguir la llave son lamentables. No se salvará. Y tendré muy pocas posibilidades de salvarme.

—No le digas a Madoc—, le digo, esperando contra toda esperanza poder persuadirla de estar de mi lado en esto. —Por favor. Nunca planeé al venir aquí. Madoc me dejó inconsciente y me arrastró a este campamento. Solo fingí ser Taryn porque ya estaba fingiendo ser ella en Elfhame.

— ¿Cómo sé que no estás mintiendo? —ella exige sin pestañear, ojos rosados mirándome con recelo. — ¿Cómo puedo saber? ¿No estás aquí para asesinarlo?

—No hay forma de que pudiera saber que Madoc vendría por Taryn—, insisto. —La única razón por la que todavía estoy aquí es que *no sé* cómo irme, lo intenté esta noche, pero no pude. Ayúdame a escapar —digo. —Ayúdame, y nunca tendrás que verme otra vez.

Parece como si fuera una enorme y atractiva promesa.

—Si te vas, él supondrá que yo participé—. Niego con la cabeza, buscando un plan.

—Escribe a Vivi. Ella vendrá por mí. Dejaré una nota de que fui a visitarla a ella y a Oak. Nunca necesitará saber que Taryn no estuvo aquí.

Oriana se da la vuelta, vertiendo un licor de hierbas verde oscuro en vasos diminutos.

—Oak. No me gusta lo diferente que se está volviendo en el mundo mortal.

Quiero gritar de frustración por su abrupto cambio de tema, pero me obligo a estar tranquila. Lo imagino removiéndolo su cereal de colores brillantes.

—A mí tampoco me gusta siempre— Me pasa una taza delicada.

—Si Madoc puede hacerse a sí mismo Rey supremo, entonces Oak puede volver a casa. No estará entre Madoc y la corona. Estará a salvo.

— ¿Recuerdas tu advertencia sobre lo peligroso que era estar cerca de un rey? Espero a que ella beba antes de hacerlo. Es amargo y herboso y explota en mi lengua con los sabores de romero, ortiga y tomillo. Hago una mueca de dolor, pero no me desagrada. Ella me mira molesta.

—Ciertamente no te comportas como si lo recordaras.

—Justo—, lo admito. —Y pagué el precio.

—Guardaré tu secreto, Jude. Y le enviaré a Vivi un mensaje. Pero no trabajaré contra Madoc, y tú no deberías hacerlo. Quiero que me lo prometas.

Como Reina Suprema de Elfhame, soy contra quien se enfrenta Madoc. Me daría tanta satisfacción que Oriana supiera, cuando ella piensa tan poco de mí. Es un pensamiento insignificante, seguido por darme cuenta de que, si Madoc se enterara, estaría en problemas diferentes a los que he tenido antes. Él me usaría. Tan asustada como he estado, aquí a su lado, debería haber tenido aún más miedo.

Miro a Oriana a los ojos y miento con tanta sinceridad como siempre lo he hecho.

—Lo prometo.

—Bien—, dice ella. —Ahora, ¿por qué estabas escabulléndote a Elfhame, haciéndote pasar por Taryn?

—Ella me pidió que lo hiciera—, digo, levantando las cejas y esperando que ella lo entienda.

— ¿Por qué ella...? —Comienza Oriana, y luego se detiene. Cuando habla, parece que habla principalmente con sigo misma. —Para la investigación. Ah. —Tomo otro sorbo del licor de hierbas. —Me preocupé por tu hermana, sola en esa Corte—, Oriana dice, sus cejas pálidas se juntan. —Su reputación familiar hecha jirones y Lady Asha de regreso, sin duda viendo una oportunidad para ejercer influencia sobre los cortesanos, ahora que su hijo estaba en el trono.

— ¿Lady Asha? —Repito, sorprendida de que Oriana pensara en ella específicamente como una amenaza para Taryn. Oriana se levanta y recoge material de escritura. Cuando ella se sienta de nuevo, comienza a escribirle una nota a Vivi. Después de algunas líneas, ella mira para arriba. —Nunca pensé que volvería.

Eso es lo que sucede cuando la gente es arrojada a la Torre del olvido. Se olvidan.

—Ella fue una cortesana al mismo tiempo que tú, ¿verdad?— Eso es lo más cercano que puedo decir lo que quiero, que Oriana también era la amante del Rey Supremo. Y si bien ella nunca le dio un hijo, tiene razones para saber mucho de chismes. Algo la llevó a hacer ese comentario.

—Tu madre fue una vez amiga de Lady Asha, ¿sabes? Eva apreciaba mucho la maldad. No lo digo para hacerte daño, Jude. No es un rasgo digno de desprecio ni de orgullo.

Conocí a tu madre. Eso fue lo primero que Lady Asha alguna vez me dijo. *Conocía muchos de sus pequeños secretos.*

—No me di cuenta de que conocías a mi mamá—, le digo.

—No muy bien. Y no me corresponde hablar de ella—. Dice Oriana.

—Tampoco te estoy pidiendo que lo hagas—, le respondo, aunque deseo que lo haga.

La tinta gotea de la punta del bolígrafo de Oriana antes de que lo coloque abajo y selle la carta a Vivienne.

—Lady Asha fue hermosa y ansiosa por el favor del Rey Supremo. Su coqueteo fue breve, y estoy seguro de que Eldred pensó que acostarse con ella llegaría a la nada. Obviamente, él lamentaba que ella le diera un hijo, pero eso puede haber tenido algo que ver con la profecía.

— ¿Profecía? —Le pregunto. Tengo un recuerdo de Madoc diciendo algo similar con respecto a su fortuna cuando estaba tratando de convencerme de que deberíamos unir fuerzas.

Ella se encoge de hombros un minuto.

—El más joven de los príncipes, nació bajo una estrella desfavorecida. Pero todavía era un príncipe, y una vez que Asha lo tuvo, su lugar en la corte estuvo seguro. Ella era una fuerza disruptiva. Ansiaba admiración. Ella quería experiencias,

sensaciones, triunfos, cosas que requerían conflicto, y enemigos. Ella no habría sido amable con alguien que no tenía amigos, como debe de haber sido tu hermana.

Me pregunto si alguna vez fue cruel con Oriana.

—Entiendo, no cuidó muy bien del príncipe Cardan. —Estoy pensando en el globo de cristal en las habitaciones de Eldred y la memoria atrapada en el interior.

—No era como si ella no lo vistiera con terciopelos o pieles; es que se los dejó puestos hasta que se deshicieron. Tampoco fue que ella no le diera de comer los cortes de carne más deliciosos y el mejor pastel; pero ella lo olvidó el tiempo suficiente para que él tuviera que buscar comida en el medio. No creo que ella lo amase, pero entonces no creo que ella amara a nadie. Fue acariciado, alimentado con vino y adorado, luego olvidado. Pero a pesar de eso, si estaba mal con ella, fue peor sin ella. Están cortados con la misma tela.

Me estremezco al imaginar la soledad de esa vida, la ira. Ese deseo de amor.

No hay banquete demasiado abundante para un hombre hambriento.

—Si estás buscando razones por las que te decepcionó—, Oriana dice, —según todos los informes, el príncipe Cardan era una decepción desde el principio.



Esa noche, Oriana suelta un búho con una carta adjunta en sus garras. Mientras vuela hacia el cielo frío, tengo esperanzas.

Y luego, acostado en la cama, me mareo como no lo he hecho desde mi exilio. Mañana le robaré la llave a Grimsen y cuando me vaya, me llevaré al Fantasma. Con lo que se sobre los planes

y aliados de Madoc y la ubicación de su ejército, forzaré un trato con Cardan para rescindir mi exilio y terminar la investigación de Taryn. No me voy a dejar distraer por cartas que nunca recibí o la forma en que me miraba cuando estábamos solos en sus habitaciones, o las teorías de mi padre sobre sus debilidades.

Lamentablemente, desde que me despierto, Oriana no me deja irme de su lado. Mientras ella confía en mí lo suficiente para guardar mi secreto, ella no confía en mí lo suficiente como para dejarme caminar por el campamento, ahora que sabe quién soy realmente.

Me da ropa mojada para que la extienda ante el fuego, frijoles para cocer, pilas de mantas para doblar. Trato de no apresurarme en las tareas. Trato de no parecer molesta sólo porque parece ser mucho trabajo para mí, aunque nunca me dio tanto trabajo cuando era Taryn. No quiero que ella sepa lo frustrada que estoy a medida que el día avanza. Mis dedos pican por robar la llave de Grimsen.

Finalmente, cuando llega la noche, tomo un descanso.

—Lleva esto a tu padre—, me dice Oriana, dejando una bandeja con una olla de té de ortiga, un paquete envuelto de galletas y una vasija de mermelada para ir con ellos. —En la tienda de los generales. Él pregunto por ti específicamente.

Agarro mi capa, esperando no parecer muy ansiosa, cuando la segunda mitad de lo que dijo se asimila. Un soldado está esperando por mí fuera de la puerta, multiplicando mis nervios. Oriana dijo que ella no le diría a Madoc sobre mí, pero eso no significa que ella no podría haberme delatado de alguna manera. Y eso no significa que Madoc no podría haberlo descubierto por sí mismo.

La tienda de los generales es grande y está abarrotada con todos los mapas que no pude encontrar en su tienda. También está lleno de soldados sentados en taburetes de campamento de piel de cabra, algunos blindados y otros no. Cuando entro, algunos de ellos miran hacia arriba, y luego sus miradas se deslizan lejos de mí como lo hacen con un sirviente.

Dejo la bandeja y sirvo una taza, obligándome a no mirar con demasiada atención, el mapa desplegado frente a ellos. Es imposible que no darse cuenta, de que se mueven unos pocos barcos de madera, a través del mar, hacia Elfhame.

—Perdón —digo, poniendo el té de ortiga delante de Madoc. Me da una sonrisa indulgente.

—Taryn—, dice. —Bueno. He estado pensando que deberías tener tu propia tienda. Eres una viuda, no una niña.

—Eso... eso es muy amable—, le digo, sorprendida. *Es* amable, y sin embargo, no puedo evitar preguntarme si es como uno de esos movimientos de ajedrez que parece inofensivo al principio, pero resulta ser el único escenario para el jaque mate.

Mientras bebe su té, proyecta con satisfacción, la imagen de alguien que obviamente tiene asuntos más importantes de los que ocuparse, se complace de tener la oportunidad de interpretar al padre cariñoso.

—Prometí que tu lealtad sería recompensada.

No puedo evitar ver cómo todo lo que dice y hace es con doble filo.

—Ven aquí—, Madoc llama a uno de sus caballeros. Un duende en brillante armadura dorada hace una elegante reverencia. —Encuentra para mi hija una carpa y suministros para equiparla. Todo lo que necesite—. Luego a mí. —Este es Alver. No seas un tormento demasiado grande para él.

No es costumbre agradecer a la gente del aire, pero beso a Madoc en su mejilla.

—Eres demasiado bueno conmigo. —Él resopla, una pequeña sonrisa muestra un canino afilado.

Dejo a mi mirada parpadear sobre el mapa y los modelos de barcos flotando en el mar de papel una vez más, antes de seguir a Alver fuera de la tienda.

Una hora después, estoy montando una carpa espaciosa, levantada no muy lejos de la de Madoc. Oriana sospecha cuando

llego para mover mis cosas, pero ella permite que lo haga. Ella incluso trae queso y pan, colocándolos sobre la mesa pintada que encontraron para mí.

—No veo por qué te vas a tomar tantas molestias decorando—, dice cuando Alver finalmente se ha ido. —Te vas mañana.

—¿Mañana? —Hago eco.

—Recibí noticias de tu hermana. Ella estará aquí, cerca al amanecer para recogerte. Te encontrarás con ella justo afuera del campamento. Hay un afloramiento de rocas donde Vivi puede esperarte con seguridad. Y cuando le dejes una nota a tu padre, espero que sea convincente.

—Haré mi mejor esfuerzo—, digo.

Aprieta sus labios en una fina línea. Tal vez debería sentirme agradecida con ella, pero estoy demasiado molesta. Si tan solo ella no hubiera desperdiciado la mayor parte de mi día, mi noche sería mucho más fácil.

Tendré que lidiar con los guardias del Fantasma. No será pasándolos a escondidas esta vez.

—¿Me darías algo de tu papel? —Le pregunto, y cuando ella está de acuerdo, también tomo un odre.

Sola en mi nueva tienda, aplasto la muerte dulce y agrego un poco de vino para que pueda infundirse durante al menos una hora antes de colar los trozos vegetales. Eso debería ser lo suficientemente fuerte para causar que duerman al menos un día y una noche, pero no los mate. Sin embargo, soy consciente de que el momento de prepararme no está de mi lado. Mis dedos tiemblan a medida que avanzo, los nervios me dominan.

—¿Taryn? —Madoc barre la solapa de mi tienda, haciéndome saltar. Mira a su alrededor, admirando su propia generosidad. Entonces su mirada regresa a mí y frunce el ceño. —¿Está todo bien?

—Me sorprendiste—, le digo.

—Ven a cenar con la campaña —dice.

Por un momento, trato de inventar una excusa para quedarme atrás, y así poder escabullirme a la tienda de Grimsen. Pero no puedo permitirme sus sospechas, no ahora cuando mi escape está tan cerca. Resuelvo levantarme en la noche mucho antes del amanecer, y luego irme.

Y entonces como con Madoc por última vez. Pellizco un poco de color en mis mejillas y peino mi cabello en una nueva trenza. Y si, esa noche soy particularmente amable, particularmente indiferente, si me río particularmente fuerte, es porque sé que nunca hare esto de nuevo. Nunca permitiré que se comporte así conmigo de nuevo. Pero por una última noche, él es el padre que mejor recuerdo, aquel cuya sombra tengo —para bien o para mal—que me convierte en lo que soy.



Me despierto con la presión de una mano sobre mi boca. Golpeo mi codo en donde creo que la persona que me sostiene debe estar, y estoy satisfecha de escuchar una fuerte inhalación, como si conectara con una parte vulnerable. Hay una risa ahogada a mi izquierda. Dos personas. Y uno de ellos no está demasiado preocupado por mí, lo cual es alarmante. Busco debajo de la almohada mi cuchillo.

—Jude—, dice la Cucaracha, todavía riendo. —Hemos venido a salvarte. Gritar realmente dañaría el plan.

— ¡Tienes suerte de que no te apuñale!— mi voz sale más fuerte de lo que pretendía, la ira enmascara lo aterrorizada que estaba.

—Le dije que tuviera cuidado—, dice la Cucaracha. Hay un agudo sonido y destellos de luz de una cajita, iluminando los planos irregulares del rostro de duende de la Cucaracha. Él está sonriendo. —Pero él no escucha. Le habría ordenado, si no fuera por la pequeña cuestión de que él es el Rey Supremo.

— ¿Cardan te envió? —Pregunto.

—No exactamente—, dice la Cucaracha, moviendo la luz para que pueda ver a la persona que está con él, a la que le di un codazo. El Rey Supremo de Elfhame, usando un abrigo de lana marrón, una capa en la espalda de una tela tan oscuro que parece

absorber la luz, su espada en la vaina de su cadera. No lleva corona en la frente, ni anillos en sus dedos, ni pintura dorada en sus pómulos. Cada centímetro de él, se ve como un espía de la Corte de las Sombras, hasta la astuta sonrisa que tira de una esquina de su hermosa boca.

Mirándolo, me siento un poco mareada por la combinación entre conmoción e incredulidad.

—No deberías estar aquí.

—Yo también dije eso—, continúa la Cucaracha. — Realmente, extraño los días en los que estuviste a cargo. Los Reyes Supremos no deberían estar deambulando como rufianes comunes.

Cardan se ríe.

— ¿Qué pasa con los rufianes poco comunes?

Balanceo mis piernas sobre el borde de la cama, y su risa se desvanece. La Cucaracha vuelve su mirada hacia el techo. Soy abruptamente consciente de que estoy en el camisón que Oriana me prestó, uno que es demasiado traslucido.

Mis mejillas están lo suficientemente calientes de ira que apenas siento el frío.

— ¿Cómo me encontraste? —Camino por la tienda, haciendo mi camino hacia donde deje el vestido y me lo pongo a tuestas, poniéndolo directamente sobre mi ropa de dormir. Guardo mi cuchillo en una funda.

La Cucaracha le echa un vistazo a Cardan.

—Tu hermana Vivienne. Ella vino al Rey Supremo con un mensaje de su madrastra. Le preocupaba que fuera una trampa.

A mí también me preocupaba que fuera una trampa. Una trampa para él. Tal vez incluso para mí.

Es por eso que se esforzaron por atraparme en mi máxima vulnerabilidad. Pero, ¿por qué venir? Y dado todas las cosas desagradables que mi hermana mayor dijo sobre Cardan, ¿por qué le confiaría algo de esto?

— ¿Vivi fue contigo?

—Hablamos después de que Madoc te sacara del palacio. — Comienza Cardan. — ¿Y a quién encontré en su pequeña morada sino a Taryn? Todos teníamos mucho que decirnos.

Intento imaginar al Gran Rey en el mundo mortal, de pie en frente de nuestro complejo de apartamentos, llamando a nuestra puerta. ¿Qué cosa ridícula se habrá puesto? ¿Se habrá sentado en el sofá lleno de bultos y bebía café como si no despreciara todo a su alrededor?

¿Perdonó a Taryn cuando no me perdonó a mí?

Pienso en Madoc creyendo que Cardan desea ser amado. Parecía una tontería entonces y parece aún más una tontería ahora. Encanta a todos, incluso a mis propias hermanas. Él es una fuerza gravitacional que atrae todo hacia sí.

Pero ahora no me engaña tan fácilmente. Si está aquí, es por él. Por un propósito propio. Tal vez permitir que su reina caiga en manos de sus enemigos es peligroso para él. Lo que significa que tengo poder. Sólo tengo que descubrirlo y luego encontrar la manera de manejar esto en su contra.

—No puedo ir contigo todavía—, digo, poniéndome una gruesa correa y metiendo mi pie en una bota pesada. —Hay algo que tengo que hacer. Y algo que necesito que me des.

—Quizás podrías permitir que te rescaten—, Cardan dice. — Por una vez. —Incluso con su ropa normal, su cabeza desnuda de cualquier corona, no puede fingir cuánto ha crecido en su papel real. Cuando un rey intenta darte un regalo, no se te permite rechazarlo.

—Quizás podrías darme lo que quiero—, digo.

— ¿Qué? —pregunta la Cucaracha. —Pongamos nuestras cartas sobre la mesa, Jude. Tus hermanas y su amiga esperan con los caballos. Tenemos que ser rápidos.

¿Mis *hermanas*? ¿Ambas? ¿Y una amiga? ¿Heather?

— ¿Las dejaste venir?

—Ellas insistieron, y como ellas eran los que sabían dónde estabas, no teníamos otra opción. —La Cucaracha está obviamente frustrado con toda la situación. Es arriesgado trabajar con personas que no tienen formación. Arriesgado tener al Rey Supremo actuando como tu soldado de infantería. Es arriesgado tener a la persona que estás tratando de rescatar, quién podría ser un traidor, comenzar a impulsar su propio plan.

Pero ese es su problema, no el mío. Me acerco y tomo la luz de sus manos, utilizándola para encontrar mi odre.

—Esto está dosificado para dormir. Iba a llevar esto a algunos guardias, robar una llave y liberar a un prisionero. Se suponía que íbamos a escapar juntos.

— ¿Prisionero? —La Cucaracha hace eco con cautela.

—Vi los mapas en la sala de guerra de Madoc, —les digo. — Sé la formación en la que se propone a navegar contra Elfhame, y conozco el número de sus barcos. Conozco a los soldados en

este campamento y qué Cortes están de su lado. Sé lo que Grimsen está haciendo en su tienda. Si Cardan me promete paso seguro a Elfhame y levantar mi exilio una vez que estemos allí, te dará todo eso. Además, tendrás al prisionero en tus manos antes de que pueda ser usado en tu contra.

—Si estás diciendo la verdad—, dice la Cucaracha. —Y no nos estás llevando a una red creada por Madoc.

—Estoy de mi propio lado—, le digo. —Tú de todas las personas deberías entender eso.

La Cucaracha le echa un vistazo a Cardan. El Rey Supremo está mirándome extrañamente, como si quisiera decir algo y estuviera reprimiéndose.

Finalmente, se aclara la garganta.

—Ya que eres mortal, Jude, no puedo confiar en tus promesas. Pero puedes confiar en las mías: te garantizo un pasaje seguro. Vuelve a Elfhame conmigo, y te daré los medios para poner fin a tu exilio.

— ¿Los *medios* para acabar con esto? —Pregunto. Si él piensa que no tengo nada mejor que estar de acuerdo con eso, ha olvidado todo lo que sabe sobre mí.

—Vuelve a Elfhame, dime lo que tienes para decirme, y tu destierro terminará—, dice. —Lo prometo.

El triunfo me atraviesa, seguido de cautela. Él me engañó una vez. De pie frente a él, recordando que creí que su oferta de matrimonio fue hecha en serio, me hace sentir pequeña y desaliñada y muy, muy mortal. No me puedo permitir ser engañada de nuevo. Asiento con la cabeza.

—Madoc mantiene prisionero al Fantasma. Grimsen tiene la llave que necesitamos... —La Cucaracha me interrumpe.

— ¿Quieres *liberarlo*? Vamos a destriparlo como a un eglefino. Más rápido y mucho más satisfactorio.

—Madoc tiene su verdadero nombre. Lo obtuvo de Locke, — les digo ellos. —Cualquiera que sea el castigo que el Fantasma merezca, puede hacerse una vez de regreso en la Corte de las Sombras. Pero no es la muerte.

— ¿Locke? —Cardan hace eco, luego suspira. —Sí está bien. ¿Qué tenemos que hacer?

—Estaba planeando colarme en la tienda de Grimsen y robar la llave de las cadenas del Fantasma —digo.

—Yo te ayudaré—, dice La Cucaracha, luego se vuelve hacia Cardan. —Pero tú, señor, absolutamente no lo harás. Espéranos con Vivienne y las demás.

—Ya voy—, comienza Cardan. —No puedes ordenarme de otra manera. —La Cucaracha niega con la cabeza.

—Puedo, sin embargo, aprender del ejemplo de Jude. Puedo pedir una promesa. Si somos vistos, si estamos atrapados, prometo volver a Elfhame inmediatamente. Debes hacer todo lo que esté a tu alcance para ponerte a salvo, no importa qué.

Cardan me mira como pidiendo ayuda. Cuando me mantengo en silencio, frunce el ceño, molesto con los dos.

—Aunque estoy vistiendo la capa que me hizo Madre Médula, la que no puede traspasar ninguna espada, todavía prometo correr, con la cola entre mis piernas. Y como tengo cola, eso debería ser divertido para todos. ¿Estás satisfecho?

La Cucaracha gruñe su aprobación y nos escapamos de la tienda. Un odre lleno de veneno chapotea suavemente en mi cadera mientras nos deslizamos a través de las sombras. Aunque es tarde, algunos soldados se mueven entre las tiendas, algunos se reunieron para beber o jugar a los dados y juegos de acertijos. Algunos cantan una melodía rasgueada en un laúd por un duende desnudo.

La Cucaracha se mueve con perfecta facilidad, deslizándose de sombra en sombra. Cardan se mueve detrás de él, más silenciosamente de lo que yo podría haber adivinado. No me complace admitir que ha aprendido mejor que yo a ser astuto. Podría fingir que es porque la gente del aire tiene una habilidad natural, pero sospecho que él también ha practicado más que yo. Esparzo mi escaso aprendizaje, aunque, para ser justos, me gustaría saber cuánto tiempo pasó estudiando todas las cosas que debería saber para ser el gobernante de Elfhame. No, esos estudios recayeron en mí.

Con esos pensamientos resentidos dando vueltas en mi cabeza, Nos acercamos a la tienda. Está tranquila, sus brasas frías. No hay humo proveniente de sus chimeneas metálicas.

—¿Has visto la llave?—pregunta la Cucaracha, yendo a una ventana y limpiando la suciedad para tratar de mirar a través del cristal.

—Es de cristal y está colgado en la pared—, le digo a cambio, viéndola a través del cristal turbio. Está demasiado oscuro para mis ojos. —Y ha empezado a hacer una nueva espada para Madoc.

—No me importaría arruinar eso antes de que me la pongan en la garganta—. Dice Cardan.

—Busca la más grande—, le digo. —Eso será todo.

La Cucaracha me frunce el ceño. No puedo evitarlo, no tengo una mejor descripción; la última vez que la vi, era apenas más que una barra de metal.

—Realmente grande—, digo. Cardan bufó. —Y debemos tener cuidado—, digo, pensando en la joya araña, en los pendientes de Grimsen que pueden dar belleza o robarla. —Seguramente habrá trampas.

—Entraremos y saldremos rápido—, dice la Cucaracha. —Pero me sentiría mucho mejor si los dos se quedaran fuera y me dejaran a mí ser el único que entra.

Cuando ninguno de los dos responde, el duende se pone en cuclillas para coger la cerradura en la puerta. Después de aplicar un poco de aceite en las bisagras, abre silenciosamente.

Lo sigo adentro. La luz de la luna se refleja en la nieve de tal manera que incluso mis pobres ojos mortales pueden ver alrededor del taller. Un revoltijo de artículos, algunos con joyas, otros afilados, todos amontonados unos sobre otros. Una colección de espadas descansa sobre un estante, una con un mango que está enrollado como una serpiente. Pero no se puede confundir la espada de Madoc. Está posada en una mesa, todavía no está afilada o pulida, su filo está crudo. Fragmentos pálidos parecidos a huesos de raíz descansan junto a ella, esperando ser tallados y colocados en el mango.

Levanto la llave de cristal de la pared con cautela. Cardán está a mi lado mirando por encima de mí la variedad de objetos. La Cucaracha cruza el suelo hacia la espada.

Está a mitad de camino cuando un sonido como el timbre de un reloj suena. En lo alto de la pared, dos puertas insertadas se abren, revelando un agujero circular. Todo lo que tengo tiempo para hacer antes de que se dispare una lluvia de dardos es señalar y hacer un sonido de advertencia.

Cardan se pone delante de mí y levanta su capa. El metal de las agujas rebota en la tela y cae al suelo. Por un momento, nos miramos el uno al otro, con los ojos muy abiertos. Se ve sorprendido, como lo estoy yo de que me protegiera.

Entonces, del agujero donde dispararon los dardos, sale un pájaro de metal. Su pico se abre y se cierra. — ¡Ladrones! — llora. — ¡Ladrones! ¡Ladrones!

Afuera escucho gritos.

Entonces veo a la Cucaracha al otro lado de la habitación. Su piel se ha vuelto pálida. Está a punto de decir algo, con el rostro angustiado, cuando se deja caer en una rodilla. Los dardos deben haberlo golpeado. Me apresuro.

— ¿Con qué fue golpeado? —Cardan llama.

—Dulce de muerte —digo. Probablemente arrancado del mismo arbusto. Lo encontré en el bosque. —La Bomba puede ayudarlo. Ella puede hacer un antídoto.

Al menos espero que pueda. Espero que haya tiempo.

Con sorprendente facilidad, Cardan levanta a la Cucaracha en sus brazos.

—Dime que este no era tu plan—, suplica. —Dime.

—No, —digo. —Por supuesto que no. Lo juro.

—Ven entonces—, dice. —Mi bolsillo está lleno de hierba cana. Podemos volar.

Niego con la cabeza.

—Jude—, advierte.

No tenemos tiempo para discutir.

—Vivi y Taryn todavía están esperándome. No sabrán lo que pasó. Si no voy a ellas, las atraparán.

Puedo decir que no está seguro de sí debería creermelo, pero todo lo que hace es mover a la Cucaracha para que pueda desatar su capa con una mano.

—Toma esto y no te detengas—, ordena, su expresión es feroz. Luego se adentra en la noche, llevando la Cucaracha en sus brazos.

Voy hacia el bosque, sin correr ni esconderme, exactamente, pero moviéndome rápidamente, atando su capa sobre mis hombros mientras avanzo. Miro hacia atrás una vez y veo a los soldados pululando alrededor. Unos pocos entrando en la tienda de Madoc.

Dije que iba directamente a Vivi, pero mentí. Me dirijo a la cueva. Todavía hay tiempo, me digo. El incidente en la tienda es una excelente distracción. Si buscan intrusos allí, no me buscarán aquí con el Fantasma.

Mi optimismo parece confirmarse a medida que me acerco. Los guardias no están en sus puestos. Dejando escapar un suspiro de alivio, me apresuro a entrar. Pero el Fantasma ya no está encadenado. No está allí en absoluto. En su lugar está Madoc, vestido con su armadura completa.

—Me temo que es demasiado tarde—, dice. —Demasiado tarde—. Luego saca su espada.



El miedo me roba el aliento. No sólo no tengo un arma para hacer frente a su espada, pero es inimaginable ganar en batalla contra la persona que me enseñó casi todo lo que sé. Y mirándolo, puedo decir que ha venido a pelear.

Me acerco más a la capa, inexplicablemente feliz por ella. Sin ella, no tendría ninguna posibilidad.

— ¿Cuándo supiste que era yo y no Taryn? —Pregunto.

—Más tarde de lo que debería—, dice conversacionalmente, dando un paso hacia mí. —Pero yo no estaba tan errado, ¿verdad? No, fue una cosa. Tu expresión cuando viste ese mapa de las islas de Elfhame. Sólo eso y cualquier otra cosa que hayas dicho y hecho después de eso, sabía que tenías que ser tú.

Estoy agradecida de saber que no adivinó desde el principio. Lo que sea que haya planeado, tuvo que hacerlo apresuradamente, al menos.

— ¿Dónde está el Fantasma?

—Garrett—, corrige, burlándose de mí con el verdadero nombre del Fantasma, el nombre que el Fantasma nunca me dijo, incluso cuando podría haberlo utilizado para revocar las órdenes que había recibido de Madoc. —Incluso si vives, nunca lo detendrás a tiempo.

— ¿Tras quien lo enviaste? —Mi voz tiembla un poco imaginando a Cardan escapando del campamento de Madoc

solo para ser disparado en su propio palacio como una vez estuvieron a punto de dispararle en su propia cama.

La sonrisa de Madoc es completamente dientes afilados y satisfacción, como si me estuviera enseñando una lección.

—Sigues siendo leal a esa marioneta. ¿Por qué, Jude? ¿No sería mejor si lo atravesara una flecha en el corazón en su propio salón? No puedes creer que es un mejor Rey Supremo de lo que yo lo sería.

Miro a Madoc a los ojos y mi boca forma las palabras antes de que pueda detenerme.

—Quizás creo que es hora de que Elfame sea gobernado por una reina.

Él se ríe de eso, un ladrido de sorpresa.

—¿Crees que Cardan sólo entregara su poder? ¿Para ti? Niña mortal, seguramente lo conoces mejor. Él te exilió. Él te despreció. Nunca te vio como cualquier otra cosa que algo por debajo de él.

No es nada que no haya pensado por mí misma, sin embargo, sus palabras aún caen como golpes.

—Ese chico es tu debilidad. Pero no te preocupes—, Madoc continúa. —Su reinado será breve.

Me satisface el hecho de que Cardan estuviera aquí, debajo de su nariz, y que se escapó. Pero todo lo demás es horrible. El Fantasma se ha ido. La Cucaracha está envenenada. He cometido errores. Incluso ahora, Vivi y Taryn y posiblemente Heather esperan por mí a través de la nieve, cada vez más preocupadas por lo cerca que el amanecer se arrastra hacia el horizonte.

—Ríndete, niña—, dice Madoc, luciendo como si sintiera un poco de lástima por mí. —Es hora de someterte a tu castigo.

Doy un paso hacia atrás. Mi mano va a mi cuchillo por instinto, pero luchar contra él cuando está en su armadura y su arma tiene el alcance superior, es una mala idea. Me lanza una mirada de incredulidad.

— ¿Me desafiarás hasta el final? Cuando te atrape te mantendré encadena.

—Nunca quise ser tu enemigo—, digo. —Pero tampoco quería estar bajo tu poder.

Con eso, me deslizo por la nieve. Hago lo único que me dije a mí misma que nunca haría.

— ¡No huyas de mí! —grita, un eco horrible de sus palabras finales a mi madre.

El recuerdo de su muerte hace acelerar mis piernas. Vaho de jadeos sale de mis pulmones. Lo escucho corriendo detrás de mí, escucho el gruñido de su respiración.

Mientras corro, mis esperanzas de perderlo en el bosque disminuyen. No importa cómo haga zigzag, él no se detiene. Mi corazón truena en mi pecho, y sé que, sobre todas las cosas, no puedo llevarlo hasta mis hermanas.

Resulta que estoy lejos de terminar con los errores.

Una respiración, dos respiraciones. Saco mi cuchillo. Tres respiraciones. Y giro.

Como no se lo esperaba, choca contra mí. Me pongo debajo de su guardia, apuñalándolo en el costado, golpeando donde las placas de su armadura se encuentran. El metal todavía toma la mayor parte del golpe, pero lo veo hacer una mueca.

Echando el brazo hacia atrás, me da un revés hacia la nieve.

—Siempre fuiste buena—, dice mirándome. —Pero nunca lo suficientemente buena.

Él tiene razón. Aprendí mucho sobre el manejo de la espada de él, del Fantasma, pero no lo estudié durante *la mayor parte de una vida inmortal*. Y durante la mayor parte del año pasado, estuve ocupada aprendiendo a ser un senescal. La única razón por la que lo vencí en nuestra última pelea es porque fue envenenado. La única razón por la que le gané a Grima Mog es que ella no esperaba que yo fuera muy buena en absoluto. Madoc tiene mi medida.

Además, contra Grima Mog, estaba empuñando un cuchillo grande.

—Supongo que no estás dispuesto a hacer esto más ¿caballeroso? —Digo, rodando sobre mis pies. —Tal vez podrías pelear con una mano a la espalda, para igualar las probabilidades.

Él sonrío, rodeándome.

Luego se balancea, dejándome sólo bloquearlo. Siento el esfuerzo por todo por mi brazo. Es obvio lo que está haciendo, pero sigue siendo devastadoramente eficaz. Me está agotando, haciéndome bloquear y esquivar una y otra vez, sin dejarme acercar nunca lo suficiente para golpearlo. Al mantenerme enfocada en la defensa, él está agotándose.

La desesperación comienza a infiltrarse. Podría darme la vuelta y correr de nuevo, pero estar en la misma situación que antes, corriendo sin ningún lugar a donde ir. Mientras me encuentro con sus golpes con mi patética daga, me doy cuenta de las pocas opciones que tengo y de cómo seguirán reduciéndose.

No pasa mucho tiempo antes de que vacile. Su espada corta contra el manto cubriendo mi hombro. La tela de madre Medula está intacta.

Se detiene sorprendido y yo golpeo su mano. Es un movimiento tramposo. Pero lo hago sangrar y él ruge.

Agarrando mi capa, la enrolla alrededor de su mano, arrastrándome hacia él. Los lazos me ahogan, luego se rompen. Su espada se hunde en mi costado, en mi estómago.

Lo miro por un momento, los ojos muy abiertos.

Parece tan sorprendido como yo.

De alguna manera, a pesar de saberlo mejor, una parte de mí todavía no creía que él asestaría un golpe mortal.

Madoc, que era mi padre desde que asesinó a mi padre. Madoc, quien me enseñó a blandir una espada para golpear a alguien y no sólo a sus espadas. Madoc, quien me sentó en sus rodillas y leyó para mí, quien me dijo que me amaba.

Caigo de rodillas. Mis piernas se han derrumbado debajo de mí. Su hoja se libera, resbaladiza con mi sangre. Mi pierna está mojada con ella. Me estoy desangrando.

Sé lo que pasa después. Va a dar el golpe final. Cortándome la cabeza. Apuñalando a través de mi corazón para que se detenga, lo cual en verdad es bondad, de verdad. Después de todo, ¿quién quiere morir lentamente cuando puedes morir rápido?

Yo.

No quiero morir rápido. No quiero morir en absoluto.

Levanta su espada, vacila. Mis instintos animales entran en acción empujándome a mis pies. Mi visión se nubla un poco, pero la adrenalina está de mi lado.

—Jude—, dice Madoc, y por primera vez que puedo recordar, hay miedo en su voz. Miedo que no entiendo.

Entonces, tres flechas negras pasan volando a mi lado a través del campo helado. Dos zumban sobre él y la otra lo golpea en el hombro del brazo que tiene su espada. Grita, cambia de mano y busca a su agresor. Por un momento, estoy olvidada.

Otra flecha sale de la oscuridad. Esta le pega en el pecho. Golpea a través de su armadura. No lo suficientemente profundo para matarlo, pero tiene que doler.

Desde detrás de un árbol, Vivi aparece a la vista. A su lado está Taryn, con Nightfell en la cadera. Y con ellas, otra persona, que resulta no ser Heather en absoluto.

Grima Mog, espada desenvainada, se sienta a horcajadas sobre un pony de hierba cana.



Me obligo a moverme. Paso tras paso, cada uno haciéndome gritar de dolor.

—Papá—, dice Vivi. —Quédate donde estás. Si intentas ir tras ella, tengo muchas más flechas, y he estado esperando la mitad de mi vida para ponerte bajo tierra.

—¿Tú? —Madoc se burla. —La única forma en que serías mi final sería por accidente. Se agacha para romper el eje que se pega fuera de su pecho. —Ten cuidado. Mi ejército está al otro lado de la colina.

—Ve por ellos, entonces—, dice Vivi, sonando medio histérica. —Consigue todo tu maldito ejército.

Madoc mira en mi dirección. Debo ser todo un espectáculo, empapada en sangre, una mano en mi costado. Vacila de nuevo.

—Ella no va a lograrlo. Permítame...—Tres flechas más vuelan hacia él en respuesta.

Ninguna de ellas lo golpea, no es una gran señal para la puntería de Vivi. Sólo espero que él crea que su falla es intencional.

Me sobreviene un ataque de mareo. Caigo sobre una rodilla. —Jude—. La voz de mi hermana viene de cerca. No la de Vivi. La de Taryn. Ella tiene a Nightfell, sosteniendo la espada en una mano y acercándose a mí con la otra. —Jude, tienes que pararte. Quédate conmigo.

Debe haber parecido como si fuera a desmayarme.

—Estoy aquí —digo, alcanzando su mano, dejándola sostener mi peso. Me tambaleo hacia adelante.

—Ah, Madoc—, llega la voz agria de Grima Mog. —Tu niña me desafió hace una semana. Ahora sé a quién ella realmente quería matar.

—Grima Mog—, dice Madoc, inclinando ligeramente la cabeza, indicando respeto. —Sin embargo, has venido hasta aquí, esto no tiene nada que ver contigo.

— ¿Oh no? —contraataca oliendo el aire. Probablemente atrapando el olor de mí sangre. Debería haberle advertido a Vivi sobre ella cuando tuve la oportunidad, pero sin embargo ella ha venido hasta aquí, me alegro de ello. —Estoy sin trabajo, y parece que el Tribunal Superior necesita un general.

Madoc parece momentáneamente confundido, sin darse cuenta de que ella ha viajado aquí con el propio Cardan. Pero luego ve su oportunidad.

—Mis hijas han perdido el favor de la Corte Suprema, pero tengo trabajo para ti, Grima Mog. Te llenare con recompensas, y me ayudarás a ganar un trono. Sólo trae a mis chicas para mí. —El último fue un gruñido, no en mi dirección, pero en la dirección de nosotras. Sus hijas traidoras.

Grima Mog mira más allá de él, hacia donde la masa de su ejército está reunido. Hay una expresión melancólica en su rostro, probablemente pensando en sus propias tropas.

— ¿Has aprobado esa oferta con la Corte de los Dientes? — yo lanzo una mirada hacia atrás.

La expresión de Grima Mog se endurece.

Madoc envía una mirada molesta en mi dirección que se vuelve algo más, algo con un poco más de tristeza.

—Quizás prefieras la venganza a la recompensa. Pero podría darte ambas. Sólo ayúdame.

Sabía que no le agradaban Nore y Jarel. Pero Grima Mog niega con la cabeza.

—Tus hijas me pagaron en oro para protegerlas y luchar por ellas. Y me he propuesto a hacer sólo eso, Madoc. Durante mucho tiempo me he preguntado cuál de nosotros prevalecerá en la batalla. ¿Lo averiguamos?

Duda, mirando la espada de Grima Mog, el gran tamaño del arco negro de Vivi, a Taryn y Nightfell. Finalmente, me mira.

—Déjame llevarte de regreso al campamento, Jude—, dice Madoc. —Te estás muriendo.

Niego con la cabeza.

—Me quedo aquí.

—Adiós, entonces, hija—, dice Madoc. —Hubieras sido una excelente redcap.

Con eso, se retira a través de la nieve, sin volver a mirarnos. Lo miro, demasiado aliviada por su retirada para estar enojada de que él sea la razón por la que tengo tanto dolor. Estoy demasiado cansada para estar enfadada. A mí alrededor la nieve se ve suave, como camas de plumas. Me imagino acostada sobre ella y cerrando los ojos.

—Vamos—, me dice Vivi. Suena un poco como si estuviera mendigando. —Tenemos que llevarte de regreso a nuestro campamento, donde están el resto de caballos. No está lejos.

Mi lado está en llamas. Pero tengo que moverme.

—Cóseme—, digo, tratando de sacudir el letargo progresivo. —Cóseme aquí.

—Está sangrando—, dice Taryn. —Mucho.

Me golpea la aburrida certeza de que si no hago algo ahora, no quedará nada por hacer. Madoc tiene razón. Moriré aquí en la nieve, frente a mis hermanas. Voy a morir aquí, y nadie sabrá alguna vez que hubo una vez una Reina mortal de las hadas.

—Envuelve la herida con tierra y hojas y luego cóselo—, logro decir. Mi voz suena como si viniera de muy lejos. No estoy segura de tener algún sentido. Pero recuerdo a la Bomba hablando de cómo el Rey Supremo está atado a la tierra, cómo

Cardan tuvo que recurrir a ello para curarse. Recuerdo que ella hizo que él tomará un bocado de arcilla.

Tal vez yo también pueda curarme.

—Tendrá una infección—, dice Taryn. —Jude...

—No estoy segura de que funcione. No soy mágica, —le digo. Lo sé estoy dejando algunas partes fuera. Sé que no estoy explicando esto de la forma correcta, pero todo se ha vuelto un poco enredado. —Incluso si soy la verdadera reina, la tierra tal vez no tenga nada que ver conmigo.

— ¿La verdadera reina? —Taryn hace eco.

—Porque se casó con Cardan—, dice Vivi, sonando frustrada. —De eso es de lo que está hablando.

— ¿Qué? —Taryn dice, asombrada. —No.

Entonces llega la voz de Grima Mog. Áspera y ronca.

—Vamos. La escuchaste. Aunque ella debe ser la niña más tonta más para meterse en esta situación.

—No entiendo—, dice Taryn.

—No nos corresponde a nosotros cuestionar, ¿verdad?— Grima Mog dice. —Si ella es la Reina Suprema de Elfhame y nos da una orden, lo hacemos.

Agarro la mano de Taryn.

—Eres buena en la costura—, le digo con un gemido. —Cóseme. Por favor.

Ella asiente, luciendo un poco perdida.

No puedo hacer nada más que esperar mientras Grima Mog toma la capa de sus propios hombros y la extiende sobre la nieve. Estoy tratando de no hacer ninguna mueca cuando rasgan mi vestido para exponer mi costado.

Escucho a alguien respirar con fuerza.

Miro hacia el cielo del amanecer y me pregunto si el Fantasma ya llegó al Palacio de Elfhame. Recuerdo el sabor de

los dedos de Cardan presionados contra mi boca, mientras un nuevo dolor florece en mi costado. Reprimo un grito y luego otro mientras la aguja se clava en la herida. Las nubes pasan por encima.

— ¿Jude? —La voz de Taryn suena como si estuviera tratando de contener las lágrimas. —Vas a estar bien, Jude. Creo que está funcionando.

Pero si está funcionando, ¿por qué suena así?

—No... —dejo ir la voz. Me hago sonreír. —Preocupada.

—Oh, Jude—, dice. Siento una mano contra mi frente. Es tan cálida, lo que me hace pensar que debo tener mucho frío.

—En todos mis días, nunca he visto nada parecido a esto—, Grima Mog dice en voz baja.

—Oye—, dice Vivi, con voz temblorosa. Ella no suena como ella misma. —La herida está cerrada. ¿Cómo te sientes? Porque están sucediendo cosas extrañas.

Mi piel tiene la sensación de estar picada con ortiga por todas partes, pero el dolor fresco y caliente se ha ido. Me puedo mover. Me muevo sobre mi lado bueno y luego sobre mis rodillas. La lana debajo está empapada de sangre. Mucha más sangre de la que estoy lista para creer que vino de mí.

Y alrededor de los bordes de la capa, veo pequeñas flores blancas empujando a través de la nieve, la mayoría de ellas todavía están brotando, pero algunas ya se abrieron mientras las miro. Me quedo mirando, sin estar segura de lo que estoy viendo.

Y entonces, cuando lo entiendo, no puedo asimilarlo.

Me llegan las palabras de Baphen sobre el Rey Supremo: *Cuando su sangre cae, las cosas crecen.*

Grima Mog se arrodilla.

—Mi reina—, dice. —Ordéname.

No puedo creer que me esté diciendo esas palabras. No puedo creer que la tierra me eligió.

Me había convencido a medias de que estaba fingiendo ser la Reina, de la misma forma en que fingí mi camino para ser el senescal.

Un momento después, todo lo demás vuelve rugiendo. Me empujo a mí misma a ponerme de pie. Si no me muevo ahora, nunca llegaré a tiempo.

—Tengo que llegar al palacio. ¿Puedes vigilar a mis hermanas?

Vivi me da una mirada severa.

—Apenas puedes pararte.

—Tomaré el pony de hierba cana—. Asiento hacia él. —Tú sigue con los caballos que tienes en el campamento.

—¿Dónde está Cardan? ¿Qué le pasó a ese duende que estaba viajando con él? —Vivi parece lista para gritar. —Se suponía que ellos debían cuidar de ti.

—El duende se hacía llamar la Cucaracha—, le recuerda Taryn.

—Fue envenenado—, digo, dando unos pasos. Mí vestido está abierto a un lado, el viento soplando la nieve contra mi piel desnuda. Me obligo a ir hacia el caballo, a tocar su crin de encaje. —Y Cardan tuvo que llevarlo rápidamente hacia el antídoto. Pero él no sabe que Madoc envió al Fantasma tras él.

—El Fantasma—, repite Taryn.

—Es ridículo la forma en que todos actúan como si matar a un rey fuera a hacer que alguien sea un mejor rey. —dice Vivi. —Imagínese si, en el mundo de los mortales, un abogado obtuviera el mandato por matar a otro abogado.

No tengo idea de lo que está hablando mi hermana. Grima Mog me lanza una mirada comprensiva y mete la mano en su chaqueta, sacando un pequeño matraz con tapón.

—Toma un trago de esto—, ella me dice. —Te ayudará a seguir adelante.

Ni siquiera me molesto en preguntarle qué es. Estoy mucho más allá de eso. Sólo tomo un largo trago. El líquido quema mientras baja por mi garganta, haciéndome toser. Con la bebida ardiendo en mi barriga, me levanto sobre el lomo del caballo.

—Jude—, dice Taryn, poniendo su mano en mi pierna. —Tienes que tener cuidado de no tirar de los puntos. Cuando asiento, ella desabrocha la funda de alrededor de su cintura, luego me la pasa. —Toma a Nightfell—, dice ella.

Me siento mejor con un arma en la mano.

—Nos veremos allí—, advierte Vivi. —No te caigas del caballo.

—Gracias, —digo, extendiendo mis manos. Vivi toma una, y luego Taryn agarra la otra. Aprieto.

Mientras el poni se abre paso en el aire helado, veo las montañas debajo de mí, junto con el ejército de Madoc. Miro hacia abajo a mis hermanas, corriendo por la nieve. Mis hermanas, que a pesar de todo, vinieron por mí.



El cielo se calienta mientras vuelo hacia Elfhame. Aferrándose a la crin del caballo de hierba cana, bebo grandes tragos de niebla salina del aire y veo las olas alcanzar y rodar debajo de mí. Aunque la tierra me mantuvo alejada de la muerte, no estoy del todo completa. Cuando cambio mi peso, me duele el costado. Siento los puntos sujetándose para mantenerme junta, como si fuera una muñeca de trapo con relleno tratando de gotear fuera.

Y cuanto más me acerco, más pánico me envuelve.

¿No sería mejor si lo atraviesa una flecha en el corazón en su propio salón?

Es costumbre del Fantasma planear un asesinato como una trampa de araña, encontrar un lugar desde donde atacar y luego esperar a que su víctima llegue. Me llevó a las vigas del Tribunal de Elfhame por mi primer asesinato y me mostró cómo hacerlo. A pesar del éxito de ese asesinato, nada sobre el interior de la cámara cavernosa fue cambiado, lo sé porque poco después es cuando llegué al poder, y soy la que no cambió nada.

Mi primer impulso es presentarme a las puertas y exigir ser llevada ante el Rey Supremo. Cardan prometió levantar mi exilio, y lo que sea que pretenda, al menos podría advertirle sobre el Fantasma. Pero me preocupa que algún caballero ansioso pueda apresurarse a decidir qué debo perder mi vida primero y él debe llevar cualquier mensaje que tenga en segundo lugar, si es que lo hace.

Mi segundo pensamiento es colarme en el palacio a través de La vieja cámara de la madre de Cardan y el pasadizo secreto hacia las habitaciones del Rey Supremo. Pero si

Cardan no está allí, estaré atascada, incapaz de escabullirme entre los guardias que vigilan su puerta. Y volver a escondidas desperdiciará mucho tiempo. Tiempo que no tengo.

Con la Corte de las Sombras bombardeada y sin nada para que ellos pudieran reconstruirla, yo tampoco puedo entrar de esa manera.

Lo que me deja un solo camino: caminar directamente hacia el Gran Salón. Un mortal vestido de sirviente normalmente pasaría desapercibido, pero soy demasiado conocida para que ese truco funcione, a menos que esté bien disfrazada. Pero tengo poco acceso a la ropa. Es imposible llegar a mis habitaciones, en lo profundo del palacio. A la casa de Taryn, antes de Locke y con los sirvientes de Locke todavía alrededor, es demasiado arriesgado. La fortaleza de Madoc, sin embargo, abandonada, con ropa que solía pertenecer a Taryn y Vivi y a mí, todavía colgando en armarios olvidados...

Aquello podría funcionar.

Vuelo hacia abajo, hasta la línea de árboles, contenta de llegar tarde en la mañana, cuando la mayoría de la gente todavía está en la cama. Aterrizo junto a los establos y me bajo del pony. Inmediatamente colapsa de nuevo en los tallos de hierba cana, la magia ya llevada a su máxima medida. Dolorida y lenta, me dirijo a la casa. En mi cabeza, mis miedos y las esperanzas chocan en un bucle de palabras que se repiten una y otra vez:

Deja que la Cucaracha esté bien.

Que no le disparen a Cardan. Deja que el Fantasma sea torpe.

Déjame entrar fácilmente. Déjame detenerlo.

No me detengo a preguntarme por qué tengo tanto pánico por salvar a alguien por quien juré que arranqué de raíz todos los sentimientos. No pensaré en eso.

Dentro de la finca, gran parte del mobiliario ha desaparecido. La tapicería está rasgada, como si sprites o las ardillas anidaran en él. Mis pasos resuenan mientras subo las

escaleras familiares, extrañas por el vacío de las habitaciones. No me molesto en ir a mi vieja habitación. En cambio, voy a la de Vivi, donde encuentro que sus armarios todavía están llenos. Sospeché que hubiera dejado muchas cosas atrás cuando se fue a vivir en el mundo humano, y mi suposición se ve recompensada.

Encuentro unas medias elásticas en gris oscuro, pantalones y una chaqueta ajustada. Suficientemente bueno. Mientras me estoy cambiando, una ola de mareo me golpea, y tengo que agarrarme del marco de la puerta hasta que pasa y recupero el equilibrio. Subiendo mi camisa, hago lo que he estado evitando hacer hasta ahora, miro la herida. Manchas secas de sangre se pegan a lo largo del fruncido rojo en donde Madoc me apuñaló, con sutiles costuras que mantenían la piel unida. Es agradable, un trabajo cuidadoso, y estoy agradecida con Taryn por ello. Pero sólo mirarlo me produce una sensación de frialdad e inestabilidad. Especialmente los puntos más rojos, donde ya hay signos de tirón.

Dejo mi vestido rebanado y empapado de sangre en un rincón, junto con mis botas. Con dedos temblorosos, me recojo el cabello en un moño apretado, que cubro con un pañuelo negro enrollado dos veces alrededor de mi cabeza. Una vez que este escalando, no quiero que nada llame la atención.

En la parte principal de la casa encuentro un laúd desentonado colgando en el salón de Oriana, junto con estuches de maquillaje. Me oscurezco dramáticamente alrededor de los ojos, delineándolos en forma de un ala, con cejas a juego. Entonces tomo una máscara con rasgos de gárgola que encajo sobre los míos.

En la armería, encuentro un pequeño arco que puedo esconder. Lamentablemente, dejo a Nightfell, escondida lo mejor que puedo entre las otras espadas. Tomo un trozo de papel del Viejo escritorio de Madoc y uso su pluma para escribir una nota de advertencia:

Espere un intento de asesinato, muy probablemente en el gran salón. Mantenga al Rey Supremo en reclusión.

Si le doy esto a alguien para que se lo pase a Baphen o a alguien de la guardia personal de Cardan, entonces tal vez tenga una mejor oportunidad de encontrar al Fantasma antes de que ataque.

Con el laúd en mano, me dirijo al palacio a pie. No está lejos, pero para cuando llego, un sudor frío comienza en mi frente. Es difícil adivinar cuánto puedo esforzarme. La tierra me curó, lo que me ha hecho sentir un poco invulnerable. Por otro lado, casi muero y todavía estoy muy herida. Y lo que sea que Grima Mog me dio de beber está desapareciendo.

Encuentro un pequeño grupo de músicos y me quedo cerca de ellos a través de las puertas.

—Es un hermoso instrumento—, dice uno de los músicos, un niño con cabello verde de hojas nuevas. Él me mira extrañamente, como si tal vez nos conociéramos.

—Te lo daré—, digo impulsivamente. —Si haces algo por mí.

—¿Qué es? —Frunce el ceño.

Tomo su mano y presiono la nota que escribí en ella.

—¿Podrías llevar esto a uno de los miembros de la Corte viva, preferiblemente Baphen? Te prometo que no te meterás en ningún problema.

Vacila, inseguro. Es en ese desafortunado momento que uno de los caballeros se detiene ante mí.

—Usted. Chica mortal con máscara—, dice. —Hueles a sangre.

Me giro. Frustrada y desesperada como estoy, dejo escapar la primera cosa que me viene.

—Bueno, soy una mortal. Y una niña, señor. Sangramos todos los meses, como la luna se hincha.

Me despide con la mano, el disgusto se ve en su rostro.

El músico también se ve un poco horrorizado.

—Aquí—, le digo. —No olvides la nota—. Sin esperar una respuesta, empujo el laúd en sus brazos. Entonces me dirijo a la multitud. No pasa mucho tiempo antes de que esta me trague lo suficiente para que pueda deshacerme de mi máscara. Busco una esquina sombreada y comienzo mi ascenso hacia las vigas.

La subida es horrible. Me mantengo en las sombras, moviéndome lentamente, todo el tiempo tratando de ver dónde podría estar escondido el Fantasma, mientras temo que Cardan pueda entrar en la sala y hacerse a sí mismo un objetivo. Una y otra vez, tengo que detenerme y tomar aliento. Los episodios de mareo van y vienen. A media altura, estoy segura de que uno de mis puntos se rompe. Toco con mi mano mi costado y está roja. Escondida en un matorral de raíces, suelto el pañuelo de mi cabeza y lo envuelvo alrededor de mi cintura, atándolo tan fuerte como puedo soportar.

Finalmente llego a una posición alta en la curva del techo, donde convergen varias raíces.

Allí ensarto mi arco, coloco flechas y miro a través de la colina hueca. Puede que ya esté aquí, escondido en algún lugar cercano. Como me dijo el Fantasma cuando me enseñó a esperar, la espera es la parte más difícil. Mantenerse alerta, no aburrirse tanto que se pierda la concentración y deje de prestar atención a cada cambio en las sombras. O, en mi caso, distraerme por el dolor.

Necesito localizar al Fantasma, y una vez que lo haga, necesito dispararle. No puedo dudar. El mismo Fantasma me diría que ya perdí mi única oportunidad de matarlo; Será mejor que no vuelva a fallar.

Pienso en Madoc, quien me crio en una casa de asesinato. Madoc, que se acostumbró tanto a la guerra que mató a su esposa y también me habría matado a mí.

Sumerja una espada caliente en aceite y cualquier pequeño defecto se convertirá en una grieta. Pero apágalos en sangre

como a ustedes, ninguna de ustedes se rompió. Sólo estaban endurecido.

Si continúo como soy, ¿llegaré a ser como Madoc? O voy a romperme.

Frente a mí, algunos cortesanos bailan en círculos que vienen juntos, cruzar, luego separarse de nuevo. Habiendo sido arrastrada por ellos, pueden sentirse completamente caóticos, pero desde aquí, son triunfos de la geometría. Miro hacia las mesas del banquete, apiladas con bandejas de frutas, quesos con flores y jarras de vino de trébol. Mi estómago gruñe cuando la mañana se convierte en tarde y más gente viene a la Corte.

Baphen, el astrólogo real, llega con Lady Asha de su brazo. Los veo rodear el estrado, no muy lejos de donde está el trono vacío. Siete danzas en círculo después, Nicasia entra en la sala con algunos compañeros de Bajo el mar. Entonces Cardan entra con su guardia a su alrededor y la corona de sangre brillando sobre sus rizos negros como la tinta.

Cuando lo miro, siento una disonancia vertiginosa.

No parece alguien que haya estado cargando espías envenenados a través de la nieve, alguien que ha desafiado un campamento enemigo. Alguien que metió su capa mágica en mis manos. Parece la persona que me empujó al agua, y se rió cuando me cubrió la cabeza. Quién me engañó.

Ese chico es tu debilidad.

Veo el brindis que no puedo oír y veo platos llenos de palomas asadas, dulces envueltos en hojas y rellenos de ciruelas. Me siento extraña, mareada, y cuando miro, veo que el pañuelo negro está casi empapado de sangre. Cambio mi balance.

Y espero. Y espero. Y trata de no sangrar sobre nadie. Mi visión se vuelve un poco borrosa y me obligo a concentrarme.

Abajo, veo a Randalin con algo en la mano, algo con lo que está saludando a Cardan. La nota que escribí. El chico debe haberla entregado después de todo. Aprieto mi mano en mi ballesta. Finalmente, lo sacarán de aquí y lo sacarán del peligro.

Sin embargo, Cardan no mira el papel. Hace un gesto desdeñoso, como si tal vez ya lo hubiera leído. Pero si recibió mi nota, ¿qué está haciendo aquí?

A menos que, por tonto que sea, haya decidido ser un cebo.

En ese momento veo un destello de movimiento cerca de algunas raíces. Pienso por un segundo que solo estoy viendo sombras moverse. Pero luego veo a la Bomba en el mismo momento en que su mirada va hacia mí y sus ojos se entrecierran. Ella levanta su propio arco y flecha ya listos.

Me doy cuenta de lo que está pasando un momento demasiado tarde.

Una nota informó a la Corte de un intento de asesinato, y la Bomba fue a buscar a un asesino. Ella encontró a alguien escondido en las sombras con un arma. Alguien que tiene todas las razones para querer matar al rey: yo.

¿No sería mejor si es atravesado con una flecha en el corazón en su propio salón?

Madoc me tendió una trampa. Nunca envió al Fantasma aquí. Él sólo me hizo pensar que sí, así que iría y perseguiría al Fantasma en las vigas. Así que me incriminaría. Madoc no tuvo que dar el golpe mortal. Se aseguró de hacerme marchar directamente a mi perdición.

La bomba dispara y esquivo. Su flecha pasa a mi lado, pero mi pie se desliza hacia los lados en mi propia sangre, y luego me sumerjo hacia atrás. Fuera de la viga y al aire libre.

Por un momento, se siente como volar.

Me estrello contra una mesa de banquete, tirando granadas al suelo. Ruedan en todas direcciones, en charcos de hidromiel derramado y cristales rotos. Estoy segura de que rasgué muchos puntos. Todo duele. Parece que no puedo recuperar el aliento.

Abro los ojos para ver a la gente apiñada a mí alrededor. Consejeros. Guardias. No recuerdo haber cerrado los ojos, no tengo idea de cuánto tiempo estuve inconsciente.

—Jude Duarte—, dice alguien. —Rompió su exilio para matar al Rey Supremo.

—Su Majestad—, dice Randalin. —Da la orden.

Cardan se desliza por el suelo hacia mí, luciendo como un demonio ridículamente magnífico. Los guardias se separan para dejarlo estar más cerca, pero si hago un movimiento, no tengo ninguna duda de que me apuñalarán.

—Perdí tu capa—, le gruño, mi voz sale todo aliento. Me mira.

—Eres una mentirosa—, dice, ojos brillando con furia. —Una mortal sucia y mentirosa.

Cierro los ojos de nuevo ante la dureza de sus palabras. Pero no tiene ninguna razón para creer que no he venido aquí a matarlo.

Si me envía a la Torre del Olvido, me pregunto si vendría a visitarme.

—Encadénela—, dice Randalin.

Nunca he deseado tanto que hubiera una manera de mostrarle que estaba diciendo la verdad. Pero no la hay. Ningún juramento mío tiene peso alguno.

Siento la mano de un guardia cerca de mi brazo. Entonces la voz de Cardan se eleva.

—No la toques.

Sigue un terrible silencio. Espero que él pronuncie un juicio sobre mí. Todo lo que él mande, se hará. Su poder es absoluto. Ni siquiera tengo la fuerza para contraatacar.

—¿A qué te refieres? —Dice Randalin. —Ella es...

—Ella es mi esposa—, dice Cardan, con su voz sobre la multitud. —La legítima Reina de Elfhame. Y definitivamente no está en el exilio.

El rugido de sorpresa de la multitud rueda a mi alrededor, pero ninguno de ellos está más sorprendidos que yo. Trato de

abrir los ojos, trato de sentarme, pero la oscuridad se agolpa en los bordes de mi visión y me arrastra hacia abajo.



Libro Dos

*Contra las hadas del fuego libró
la guerra con los espíritus de las
mareas;*

*Y la tierra, el aire y el océano
sintieron cuan feroz fue la batalla.*

*Agitó en alto su brillante
Falchion, dócil como la planta
rojiza,*

*Falchion que su amante enano
forjo, dura y brillante como
inflexible;*

*Luchando al lado del Rey Elle,
allí ella, el señor del fuego, mató;*

*Todo el ejército del fuego fue
derrotado;*

*La tripulación conquistadora
corono a su reina;*

*De vuelta a su casa en el país de
las hadas; sus fuerzas triunfaron.*

Philip James Bailey

"A Fairy Tale"



Estoy en la enorme cama del Rey Supremo, sangrando sobre sus mantas majestuosas. Todo duele. Tengo un dolor intenso y caliente en el vientre y la cabeza me late con fuerza.

Cardan está parado sobre mí. Su chaqueta está tirada en una silla cercana, el terciopelo empapado con una sustancia oscura. Tiene las mangas blancas arremangadas y me lava las manos con un paño húmedo. Quitándoles la sangre.

Intento hablar, pero mi boca se siente como si estuviera llena de miel. Me deslizo de nuevo a la oscuridad almibarada.



No sé cuánto tiempo duermo. Todo lo que sé es que es mucho tiempo. Cuando me despierto, me aflige una sed poderosa. Salgo de la cama a trompicones, desorientada. Varias velas arden alrededor de la habitación. Por esa luz, puedo decir que todavía estoy en la habitación de Cardan, en su cama, y que estoy sola.

Busco una jarra de agua y me la llevo a los labios, sin molestarme con un vaso. Bebo y bebo y bebo, hasta que finalmente estoy satisfecha. Me dejo caer sobre el colchón y trato de pensar en lo que pasó. Se siente como un sueño febril.

Ya no puedo quedarme en la cama. Ignorando los dolores de mi cuerpo, me dirijo al baño. La bañera está llena, y cuando la toco, el agua brilla mientras mis dedos la recorren. También tengo un orinal para usar, algo por lo que estoy inmensamente agradecida.

Me quito la ropa con cuidado y me meto en la bañera, frotándome las uñas para que el agua pueda eliminar la suciedad y la sangre costrosa de los últimos días. Me froto la cara y me escurro el cabello. Cuando salgo, me siento mucho mejor.

De vuelta al dormitorio, voy al armario. Miro a través de filas y filas de las absurdas prendas de Cardan hasta que determino que, incluso si me quedan, no habría forma de que pudiera usar ninguna de ellas. Me pongo una voluminosa camisa de mangas abullonadas y tomo su capa menos ridícula, lana negra adornada con piel de ciervo y bordada con un borde de hojas, para envolverme. Luego cruzo el pasillo hasta mis antiguas habitaciones.

Los caballeros fuera de su puerta notan mis pies descalzos y tobillos desnudos y la forma en que me agarro a la túnica. No estoy segura de lo que suponen, pero me niego a sentir vergüenza. Invoco mi nuevo estatus de Reina de Elfhame y les lanzo una mirada tan fulminante que vuelven la cara.

Cuando entro en mis antiguas habitaciones, Tatterfell parece sorprendida desde donde está sentada en el sofá, jugando a Uno con Oak.

—Oh, —digo. —Ups.

—Hola—, dice Oak con incertidumbre.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —Él se estremece y lamento la dureza de mis palabras. —Lo siento—, le digo, rodeando el sofá y agachándome para darle un abrazo. —Estoy feliz de que estés aquí. Sólo estoy sorprendida. —No añado que estoy preocupada, aunque lo esté. La Corte de Elfhame es un lugar peligroso para todos, pero es particularmente peligroso para Oak.

Aun así, apoyo mi cabeza contra su cuello y bebo su aroma, marga y hojas de pino. Mi hermano pequeño, que me aprieta con tanta fuerza que me duele, uno de sus cuernos raspa ligeramente mi mandíbula.

—Vivi también está aquí—, dice, dejándome ir. —Y Taryn. Y Heather.

— ¿De Verdad? —Por un momento, compartimos una mirada significativa. Esperaba que Heather volviera a estar con Vivi, pero me sorprende que esté dispuesta a hacer otro viaje a Elfhame. Supuse que pasaría mucho tiempo antes de que estuviera de acuerdo con más de una cantidad superficial de hadas. — ¿Dónde están?

—En la cena, con el Rey Supremo—, dice Tatterfell. —Este no quería ir, así que envió una bandeja—. Ella inyecta las palabras con una desaprobación familiar. Estoy segura de que piensa que rechazar el honor de la compañía real es una señal de que Oak está malcriado.

Creo que es una señal de que ha estado prestando atención.

Pero estoy más interesada en la bandeja de la cena, con porciones a medio comer de cosas deliciosas en platos de plata. Mi estómago gruñe. No estoy segura de cuánto tiempo ha pasado desde que comí de verdad. Sin pedir permiso, me acerco y empiezo a engullir tiras frías de pato y trozos de queso e higos. Hay un poco de té demasiado fuerte en una tetera, y también lo bebo directamente del pico.

Mi hambre es lo suficientemente grande como para hacerme sospechar.

— ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Bueno, te drogaron—, dice Oak encogiéndose de hombros.

—Así que te has despertado antes, pero no por mucho tiempo. Así no.

Eso es perturbador, en parte porque no lo recuerdo y en parte porque debo haber estado acaparando la cama de Cardan todo este tiempo, pero me niego a pensar demasiado en eso, por la

forma en que me negué a pensar en salir de los aposentos del Rey Supremo en nada más que su camisa y su capa. En cambio, elijo uno de mis viejos atuendos senescales: un vestido que es una larga columna de color negro con puños y cuello con puntas plateadas. Quizás sea demasiado simple para una reina, pero Cardan es lo suficientemente extravagante para los dos.

Cuando me visto, regreso a la sala de estar.

— ¿Me peinarás? —Le pregunto a Tatterfell.

Ella resopla a sus pies.

—Eso espero. Difícilmente puedes caminar todo el camino hasta aquí.

Me llevan de regreso al dormitorio, donde ella me empuja hacia mi tocador. Allí, trenza mis mechones marrones en un halo alrededor de mi cabeza. Luego pinta mis labios y párpados con un color rosa pálido.

—Quería que tu cabello sugiriera una corona—, dice ella. —Pero entonces supongo que tendrás una coronación real en algún momento.

El pensamiento me hace dar vueltas en la cabeza, una sensación de irrealidad me invade. No entiendo el juego de Cardan, y eso me preocupa.

Pienso en cómo Tatterfell una vez me instó a casarme. El recuerdo de eso, y mi certeza de que no lo haría, hacen que sea aún más extraño que ella esté aquí, peinándome como lo hacía entonces.

—Me hiciste lucir real de todos modos —digo, y sus ojos negros como un escarabajo, se encuentran con los míos en el espejo. Ella sonríe.

— ¿Jude? —Escucho una voz suave. Taryn.

Ha entrado desde la otra habitación, con un vestido de oro hilado. Se ve magnífica, rosa en sus mejillas y un brillo en sus ojos.

—Oye—, digo.

— ¡Estas despierta! —dice, entra corriendo en la habitación.
—Vivi, está despierta.

Vivi entra, vestida con un traje de terciopelo verde botella.

—Casi mueres, ¿sabes? Casi mueres de nuevo.

Heather sigue con un vestido azul pálido con bordes del mismo rosa que se sienta en sus rizos apretados. Ella me da una sonrisa comprensiva, que agradezco. Es bueno tener una persona que no me conoce lo suficiente como para enojarse.

—Sí, —digo. —Lo sé.

—Sigues corriendo hacia el peligro—, me informa Vivi. —Tienes que dejar de actuar como si la política de la corte fuera una especie de deporte extremo y dejar de perseguir la adrenalina.

—No pude evitar que Madoc me secuestrara—, señalo.

Vivi prosigue, ignorándome.

—Sí, y lo siguiente que sabemos es que el Rey Supremo está en nuestra puerta, listo para derribar todo el complejo de apartamentos para encontrarte. Y cuando finalmente escuchamos de ti a través de Oriana, no es como si pudiéramos confiar en nadie. Así que tuvimos que contratar a un caníbal redcap para que viniera con nosotros, por si acaso. Y es algo bueno que hicimos...

—Viéndote tumbada en la nieve, estabas tan pálida, Jude—, interrumpe Taryn. —Y cuando las cosas empezaron a brotar y florecer a tu alrededor, no sabía qué pensar. Flores y enredaderas se abrieron paso a través del hielo. Entonces el color volvió a tu piel y te levantaste. No podía creerlo.

—Sí—, digo en voz baja. —Yo también estaba bastante sorprendido.

— ¿Esto significa que eres mágico? —Pregunta Heather, que es una pregunta justa. Se supone que los mortales no son mágicos.

—No lo sé—, le digo.

—Todavía no puedo creer que te hayas casado con el príncipe Cardan—, dice Taryn.

Siento una oscura necesidad de justificarme. Quiero negar que el deseo entró en el trato, quiero afirmar que fui completamente práctica cuando acepté. ¿Quién no querría ser la reina de las hadas? ¿Quién no haría el trato que hice?

—Es sólo que... lo odiabas—, dice Taryn. —Y luego descubrí que estuvo bajo tu control todo el tiempo. Así que pensé que tal vez todavía lo odiabas. Quiero decir, supongo que es posible que lo odies ahora y que él también te odie a ti, pero es confuso.

Un golpe en la puerta la interrumpe. Oak corre para abrir. Como convocado por nuestra discusión, el Rey Supremo está allí, rodeado por su guardia.



Cardan lleva un collar de azabache adornado con joyas en un jubón rígido negro. Sobre la parte superior de sus orejas puntiagudas hay gorros de oro como cuchillos, a juego con el oro a lo largo de sus pómulos. Su expresión es remota.

—Camina conmigo—, dice, dejando poco espacio para la negativa.

—Por supuesto. —Mi corazón se acelera, a mi pesar. Odio que me viera cuando estaba en mi momento más vulnerable, que me dejara sangrar sobre sus sábanas de seda de araña.

Vivi toma mi mano.

—No estás lo suficientemente bien.

Cardan arquea las cejas negras.

—La Corte viviente está ansiosa por hablar con ella.

—Sin duda, —digo, luego miro a mis hermanas, Heather y Oak detrás de ellas. —Y Vivi, deberías estar feliz, porque el único peligro en el que alguien ha estado en una reunión del Consejo es aburrirse hasta la muerte.

Dejo ir a mi hermana. Los guardias se quedan detrás de nosotros. Cardan me da su brazo, haciéndome caminar a su lado, en lugar de detrás de él como lo haría como su senescal. Nos abrimos paso por los pasillos y, cuando pasamos por delante de los cortesanos, se inclinan. Es extremadamente desconcertante.

— ¿Está bien La Cucaracha? —Pregunto, lo suficientemente bajo como para que no me escuchen.

—La Bomba aún no ha descubierto cómo despertarlo—, dice Cardan. —Pero todavía hay esperanzas de que lo haga.

Al menos no está muerto, me recuerdo. Pero si duerme durante cien años, estaré en mi tumba antes de que vuelva a abrir los ojos.

—Tu padre envió un mensaje—, dice Cardan, mirándome de reojo. —Fue muy antipático. Parece culparme por la muerte de su hija.

—Ah—, digo.

—Y ha enviado soldados a las cortes inferiores con promesas de un nuevo régimen. Les insta a que no vacilen, sino que vengan a Elfhame y escuchen su desafío a la corona—. Cardan dice todo esto de manera neutral. —El Consejo Viviente espera escuchar todo lo que sabes sobre la espada y sus mapas. Encontraron que mis descripciones del campamento eran lamentablemente inadecuadas.

—Pueden esperar un poco más—, digo, forzando las palabras. —Necesito hablar contigo.

Parece sorprendido y un poco inseguro.

—No tomará mucho tiempo—. Lo último que quiero es tener esta conversación, pero cuanto más la posponga, más se vislumbra en mi mente. Él puso fin a mi exilio y, aunque obtuve la promesa de hacerlo, no tenía ninguna razón para declararme reina. —Cualquiera que sea tu plan, lo que sea que estés planeando hacerme, podrías decírmelo ahora, antes de que estemos frente a todo el Consejo. Haz tus amenazas.

—Sí—, dice, girando por un pasillo en el palacio que conduce al exterior. —Necesitamos hablar.

No pasa mucho tiempo antes de que lleguemos al jardín de rosas real. Los guardias se detienen en la puerta y nos dejan continuar solos. A medida que avanzamos por un sendero de relucientes escalones de cuarzo, todo se silencia. El viento lleva aromas florales a través del aire, un perfume salvaje que no

existe fuera de Faerie y me recuerda a la vez el hogar y la amenaza.

—Supongo que en realidad no estabas tratando de dispararme—, dice Cardan. —Dado que la nota estaba escrita con tu letra.

—Madoc envió al Fantasma... —digo, luego me detengo y lo intento de nuevo. —Pensé que iba a haber un atentado contra tu vida.

Cardan mira un rosal con pétalos tan negros y brillantes que parecen charol.

—Fue aterrador—, dice, —verte caer. Quiero decir, generalmente eres aterradora, pero no estoy acostumbrado a temer por ti. Y luego me enfurecí. No estoy seguro de haber estado tan enojado antes.

—Los mortales son frágiles—, digo.

—Tú no—, dice de una manera que suena un poco a lamento. —Nunca te rompes.

Lo cual es ridículo, tan herida como estoy. Me siento como una constelación de heridas, unidas con cuerdas y terquedad. Aun así, me gusta escucharlo. Me gusta que diga todo demasiado bien.

Ese chico es tu debilidad.

—Cuando vine aquí, fingiendo ser Taryn, dijiste que me habías enviado mensajes—, digo. —Parecías sorprendido de que no hubiera recibido ninguno. ¿Qué había en ellos?

Cardan se vuelve hacia mí, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Suplicando, sobre todo. Suplicándote que regreses. Varias promesas indiscretas—. Lleva esa sonrisa burlona, la que dice que proviene del nerviosismo.

Cierro los ojos contra la frustración lo suficientemente grande como para hacerme gritar.

—Deja de jugar—, digo. —Me enviaste al exilio.

—Sí—, dice. —Eso. No puedo dejar de pensar en lo que me dijiste antes de que Madoc te llevara. Sobre que sea un truco. Querías casarte conmigo, hacerte reina, enviarte a la mundo mortal, todo eso, ¿no?

Cruzo los brazos sobre mi pecho de manera protectora.

—*Por supuesto que fue un truco. ¿No fue eso lo que dijiste a cambio?*

—Pero eso es lo que haces—, dice Cardan. —Engañas a la gente. Nicasia, Madoc, Balekin, Orlagh. Yo. Pensé que me admirarías un poco por eso, que podría engañarte. Pensé que te enojarías, por supuesto, pero no del todo así.

Lo miro con la boca abierta.

—¿Qué?

—Permíteme recordarte que no sabía que habías asesinado a mi hermano, el embajador de Bajo el mar, hasta esa misma mañana—, dice. —Mis planes se hicieron apresuradamente. Y tal vez estaba un poco molesto. Pensé que apaciguaría a la reina Orlagh, al menos hasta que cumpliera todas las promesas en el tratado. Para cuando adivine la respuesta, las negociaciones habrían terminado. Piénsalo: *exilio a Jude Duarte al mundo mortal. Hasta y a menos que la corona la perdone*—. Hace una pausa. —*Perdonada por la corona*. Significa por el Rey de las Hadas. O su reina. Podrías haber regresado cuando quisieras.

Oh.

Oh.

No fue un accidente, su elección de palabras. No fue infeliz. Fue deliberado. Un acertijo hecho sólo para mí.

Tal vez debería sentirme tonta, pero en cambio, me siento furiosamente enojada. Me alejo de él y camino, rápida y completamente sin rumbo por el jardín. Corre detrás de mí, agarrándome del brazo.

Doy vueltas y le doy una bofetada. Es un golpe punzante que le mancha el pómulo dorado y le enrojece la piel. Nos miramos el uno al otro durante largos momentos, respirando con dificultad. Sus ojos brillan con algo completamente diferente a la ira.

Mi cabeza está revuelta. Me estoy ahogando.

—No quise lastimarte—. Agarra mi mano, posiblemente para evitar que vuelva a golpearlo. Nuestros dedos se entrelazan. —No, no es eso, no exactamente. No pensé que podría lastimarte. Y nunca pensé que me tendrías miedo.

— ¿Y te gustó? —Pregunto.

Entonces aparta la mirada de mí y tengo mi respuesta. Tal vez no quiera admitir ese impulso, pero lo tiene.

—Bueno, me lastimaste, y sí, me asustas—. Incluso mientras hablo, desearía poder recuperar las palabras. Tal vez sea el cansancio o haber estado tan cerca de la muerte, pero la verdad brota de mí en un torrente devastador. —Siempre me has asustado. Me diste todas las razones para temer a tu capricho y tu crueldad. Te tenía miedo incluso cuando estabas atado a esa silla en la Corte de las Sombras. Te tenía miedo cuando te clavé un cuchillo en la garganta. Y ahora te tengo miedo.

Cardan parece más sorprendido que cuando lo abofeteé.

Siempre fue un símbolo de todo lo que no podía tener sobre Elfhame, todo lo que nunca me querría. Y decirle esto se siente un poco como arrojar un gran peso, excepto que se supone que ese peso es mi armadura, y sin él, me temo que voy a estar completamente expuesta. Pero sigo hablando de todos modos, como si ya no tuviera el control de mi lengua.

—Me despreciaste. Cuando dijiste que me querías, sentí como si el mundo se hubiera puesto patas arriba. Pero enviarme al exilio, tenía sentido. —Me encuentro con su mirada. —Ese fue un movimiento Cardan completamente del lado correcto. Y me odié por no verlo venir. Y me odio a mí misma por no ver lo que me vas a hacer a continuación.

Cierra los ojos. Cuando los abre, suelta mi mano y se gira para que no pueda ver su rostro.

—Puedo ver por qué pensaste como lo hiciste. Supongo que no soy una persona fácil de confiar. Y tal vez no se debería confiar en mí, pero déjame decir esto: Confío en ti.

Toma una respiración profunda.

—Quizás recuerdes que yo no quería ser el Rey Supremo. Y que no me consultaste antes de colocarme esta corona en la cabeza. También puedes recordar que Balekin no quería que me quedara con el título y que el Consejo Viviente nunca me gustó mucho.

—Supongo—, digo, aunque ninguna de esas cosas me pareció particularmente inusual. Balekin quería la corona para sí mismo, y el Consejo Viviente quería que Cardan se presentara a las reuniones, lo que rara vez hacía.

—Se dio una profecía cuando nací. Por lo general, Baphen es inútilmente vago, pero en este caso, dejó en claro que si yo gobernaba, sería un rey muy pobre—. Hace una pausa. —La destrucción de la corona, la ruina del trono, mucho lenguaje dramático.

Recuerdo que Oriana dijo algo sobre la mala suerte de Cardan, y también Madoc, pero esto es más que mala suerte. Me hace pensar en la batalla que se avecina. Me hace pensar en mi sueño de las cartas estelares y el tintero derramado de sangre.

Cardan se vuelve hacia mí, mirándome como lo hacía en mis imaginaciones.

—Cuando me obligaste a trabajar para la Corte de las Sombras, nunca pensé en las cosas que podía hacer —atemorizar a la gente, encantar a la gente— como talentos, no menos valiosos. Pero lo hiciste. Me mostraste cómo usarlos para que sean útiles. Nunca me importó ser un villano menor, pero es posible que me haya convertido en algo más, un Rey Supremo, tan monstruoso como Dain. Y si lo hice, si cumplí esa profecía, deberían detenerme. Y creo que me detendrás.

— ¿Detenerte? —Hago eco. —Por supuesto. Si eres un gran idiota y una amenaza para Elfhame, te arrancaré la cabeza.

—Bueno. —Su expresión es melancólica. —Esa es una de las razones por las que no quería creer que te hubieras unido a Madoc. La otra es que te quiero aquí a mi lado, como mi reina.

Es un discurso extraño, y hay poco amor en él, pero tampoco parece un truco. Y si duele un poco que me admire principalmente por mi crueldad, bueno, supongo que debería haber algún consuelo de que me admire en absoluto. Me quiere con él, y quizás también me quiere de otras formas. Desear más que eso de él es sólo codicia.

Me da una media sonrisa.

—Pero ahora que eres la Reina Suprema y estás de nuevo a cargo, no haré nada importante de todos modos. Si destruyo la corona y arruino el trono, será solo por negligencia.

Eso me hace reír.

— ¿Así que esa es tu excusa para no hacer nada del trabajo? Debes estar envuelto en decadencia en todo momento porque si no estás ocupado, ¿podrías cumplir alguna profecía a medias?

—Exactamente. —Toca mi brazo, su sonrisa se desvanece. — ¿Te gustaría que le informara al Consejo que los verás en otra ocasión? Será una novedad que me disculpe.

—No. Estoy lista. —Mi cabeza nada con todo lo que hemos hablado. Mi palma está manchada de oro. Cuando lo miro, veo que el polvo restante ha sido manchado sobre su pómulo por el golpe de mi mano. No puedo dejar de mirarlo, no puedo dejar de pensar en la forma en que me miró cuando me agarró los dedos. Ésa es la única excusa que tengo para no darme cuenta de que me ha llevado de vuelta a sus habitaciones, que supongo que también son mías desde que nos casamos.

— ¿Ellos están aquí? —digo.

—Creo que estaba destinado a ser una emboscada—, me informa con un giro de su boca. —Como tú sabes, son muy

entrometidos y odian la idea de que los mantengan al margen de algo importante, incluida la convalecencia real.

Lo que me estoy imaginando es lo terrible que habría sido que todo el Consejo Viviente me hubiera despertado cuando todavía estaba arrugada, sucia y desnuda. Aprovecho esa ira y espero que me haga parecer imperiosa.

En el interior, Fala el gran tonto dormita en el suelo junto al fuego. El resto del Consejo, Randalin con sus cuernos de carnero, Baphen acariciando su barba azul, el siniestro Mikkell de la Corte Unseelie y el insecto Nihuar de Seelie, están sentados alrededor de la habitación, sin duda molestos por la espera.

—Reina Senescal—, dice Fala, poniéndose de pie de un salto y haciendo una reverencia extravagante.

Randalin lo fulmina con la mirada. Los demás comienzan a levantarse. Me siento tremendamente incómoda.

—No, por favor, —digo. —Quédense como están.

Los concejales y yo hemos tenido una relación conflictiva. Como senescal de Cardan, con frecuencia les negaba audiencias con el Rey Supremo. Creo que sospechaban que mi principal requisito para el puesto era mi capacidad para mentir por él.

Dudo que crean que tengo alguna calificación para mi nuevo puesto.

Pero antes de que puedan decirlo, me lanzo a una descripción del campamento de Madoc. Pronto, volveré a crear los mapas navales que vi y haré listas de todas las facciones que luchan de su lado. Explico lo que vi en la fragua de Grimsen; Cardan interviene con algunos elementos que recuerda.

Los números están del lado de Elfhame. Y ya sea que pueda o no aprovechar el poder de la tierra, sé que Cardan puede. Por supuesto, todavía está el asunto de la espada.

— ¿Un duelo? —Dice Mikkell. —Quizás confunde al Rey Supremo con alguien más sanguinario. ¿Tú, quizás?

Para él, eso no es exactamente un insulto.

—Bueno, Jude se enredó con Grima Mog—. A Randalin nunca le agrado mucho, y no creo que los acontecimientos recientes hayan mejorado sus sentimientos en absoluto. —Pasaste tu exilio reclutando carniceros infames.

— ¿Así que asesinaste a Balekin? —Nihuar me pregunta, claramente capaz de no posponer más su curiosidad.

—Sí, —digo. —Después de que envenenó al Rey Supremo.

— ¿Envenenado? —repite asombrada, mirando a Cardan.

Se encoge de hombros, descansando en una silla, luciendo tan aburrido como siempre.

—Difícilmente puedes esperar que mencione cada pequeña cosa.

Randalin muerde el anzuelo, luciendo hinchado de molestia.

—Su Majestad, nos hicieron creer que su exilio estaba justificado. Y que si deseaba casarse, consultaría...

—Quizás al menos uno de ustedes podría habernos dicho...—, dice Baphen, hablando por encima de Randalin.

Supongo que esto era lo que realmente querían discutir. Si había alguna forma de que pudieran prevenir lo que ya ocurrió e invalidar mi ascenso como Reina.

Cardan levanta una mano.

—No, no, suficiente. Es demasiado tedioso de explicar. Declaro finalizada esta reunión—. Sus dedos hacen un gesto rápido hacia la puerta. —Déjanos. Me cansé de todos ustedes.

Tengo un largo camino por recorrer antes de poder manejar ese nivel de arrogancia descarada.

Funciona, sin embargo. Se quejan, pero se levantan y se van. Fala me lanza un beso cuando se va.

Por un momento, estamos solos.

Luego se oye un golpe seco en la puerta secreta de la cámara del Rey Supremo. Antes de que ninguno de los dos pueda levantarse, la Bomba se abre paso y entra en la habitación con una bandeja de té. Su cabello blanco se ha recogido en un moño, y si está cansada o afligida, no se ve nada en su rostro.

—Larga vida a Jude—, dice con un guiño, dejando la bandeja en una mesa con el ruido de las ollas y platillos y todo eso. —No gracias a mí.

Sonrío.

—Menos mal que eres una pésima tiradora.

Ella sostiene un paquete de hierbas.

—Una cataplasma. Para extraer la fiebre de la sangre y ayudar al paciente a curarse más rápido. Desafortunadamente, no te sacará el escozor de la lengua—. Saca unas vendas de su abrigo y se vuelve hacia Cardan. —Deberías irte.

—Esta es mi habitación—, señala, ofendido. —Y esa es mi esposa.

—Así que sigues diciéndole a todo el mundo—, dice la Bomba. —Pero voy a quitarle los puntos y no creo que quieras ver eso.

—Oh, no lo sé—, digo. —Tal vez le gustaría oírme gritar.

—Me gustaría—, dice Cardan, poniéndose de pie. —Y quizás algún día lo haga—. Al salir, su mano va a mi cabello. Un toque ligero, apenas allí, y luego se va.



Quitar los puntos es lento y doloroso. Mi hermana hace hermosos bordados, y parece que me bordaba el estómago y el costado, dejando a la Bomba con un tramo interminable de pequeños puntos que deben cortarse individualmente, quitar los hilos de la piel y luego aplicar un ungüento.

— ¡Ay! —Digo por lo que parece ser la millonésima vez. —
¿Realmente necesitan salir?

La Bomba da un suspiro de sufrimiento.

—Deberían haber sido removidos hace días.

Muerdo mi lengua contra otro aullido de dolor. Cuando puedo hablar de nuevo, trato de distraerme preguntando: —
Cardan dijo que tienes esperanzas sobre la Cucaracha.

Inclinada sobre mí, huele a cordita y hierbas amargas. Su expresión es irónica.

—Siempre tengo esperanzas cuando se trata de él.

Hay un golpe suave en la puerta. La Bomba me mira expectante.

— ¿Adelante? —Llamo, bajando mi vestido para cubrir el desorden que hay en mi estómago.

Un mensajero con pequeñas alas de polilla y una expresión nerviosa entra en la habitación, otorgándome un respiro temporal de ser pinchado. Se hunde en una reverencia, luciendo un poco como si fuera a desmayarse. Tal vez sea por el pequeño montón de hilo cubierto de sangre.

Considero una explicación, pero se supone que eso está por debajo de la dignidad de una reina, y solo nos avergonzaría a ambos. En cambio, le doy lo que espero sea una sonrisa alentadora.

— ¿Si?

—Su Alteza—, dice ella. —Lady Asha desea verte. Me ha enviado para llevarte directamente a la habitación donde languidece.

La Bomba resopla.

—Languidece—, dice ella.

—Puedes decirle que la veré tan pronto como pueda—, le digo con toda la grandeza que puedo reunir.

Aunque claramente no es la respuesta que su ama quería que le diera, el mensajero puede hacer poco para desafiarme. Vacila un momento, luego parece darse cuenta ella misma. Avergonzada, se marcha con otra reverencia.

—Eres la Reina Suprema de Elfhame. Actúa como tal—, dice la Bomba, mirándome con una expresión seria. —No debes dejar que nadie te dé órdenes. Ni si quiera yo.

— ¡Le dije que no! —protesto.

Empieza a seleccionar otro punto, sin mucha suavidad.

—Lady Asha no puede ser la próxima en tu agenda solo por preguntar. Y no debería hacer que la reina se acercara a ella. Especialmente cuando te lastimaron. Ella está acostada en la cama recuperándose del trauma de mirar mientras te caías del techo.

—Ouch —digo, sin estar segura de sí estoy reaccionando al tirón contra mi carne, su regaño completamente justificado, o su evaluación mordaz de Lady Asha.



Una vez que la Bomba ha terminado conmigo, ignoro su excelente consejo y me dirijo hacia la habitación de Lady Asha. No es que no esté de acuerdo con ninguno de sus consejos. Pero me gustaría decirle algo a la madre de Cardan, y ahora parece un excelente momento para hacerlo.

Mientras cruzo el pasillo, Val Moren me detiene y coloca su bastón en mi camino. Los ojos del senescal mortal del último Rey Supremo están iluminados con malicia.

— ¿Qué se siente al elevarse a alturas tan vertiginosas? —él pide. — ¿Tienes miedo de que te vuelvas a caer?

Le frunzo el ceño.

—Apuesto a que le gustaría saber cómo se siente.

—Antipática, mi reina—, dice con un gruñido. — ¿No deberías ser amable con el menor de tus súbditos?

— ¿Quieres amabilidad? —Solía tenerle miedo, a sus terribles advertencias y ojos salvajes, pero ahora no le tengo miedo. —Todos esos años, podrías habernos ayudado a mí y a mi hermana. Podrías habernos enseñado a sobrevivir aquí como mortales. Pero nos dejaste resolverlo por nuestra cuenta, a pesar de que somos iguales.

Me mira con los ojos entrecerrados.

— *¿Iguales?* —exige. — ¿Crees que una semilla plantada en suelo de duendes crece para ser la misma planta que sería en el mundo mortal? No, pequeña semilla. No sé lo que eres, pero no somos iguales. Vine aquí siendo completamente adulto.

Y con eso, sigue adelante, dejándome con el ceño fruncido tras él.

Encuentro a Lady Asha en una cama con dosel, con la cabeza apoyada en almohadas. No parece que sus cuernos le faciliten encontrar una posición cómoda, pero supongo que cuando son tus cuernos, estás acostumbrado a ellos.

Dos cortesanos, uno con bata y el otro con pantalón y abrigo con una abertura para delicadas alas en la espalda, se sientan en sillas junto a ella. Se lee de una colección de sonetos chismosos. La sirvienta que me trajo el mensaje de Lady Asha enciende velas y los aromas de salvia, clavo y lavanda impregnan el aire.

Cuando entro, los cortesanos permanecen sentados mucho más tiempo del que deberían, y cuando se levantan para hacer sus reverencias, lo hacen con un letargo agudo. Lady Asha permanece en cama, mirándome con una leve sonrisa, como si ambas compartiéramos un desagradable secreto.

Pienso en mi propia madre, como no lo he hecho en mucho tiempo. Recuerdo la forma en que echaba la cabeza hacia atrás cuando se reía. Cómo nos dejaba quedarnos despiertas hasta tarde durante el verano, persiguiéndonos por el patio trasero a la luz de la luna, mis manos pegajosas por la paleta derretida, el hedor de la forja de papá en el aire. Recuerdo despertarme por la tarde, dibujos animados saliendo en la sala de estar y picaduras de mosquitos floreciendo en mi piel. Pienso en la forma en que me traía del coche cuando me quedaba dormida en viajes largos. Pienso en la sensación cálida y somnolienta de ser transportada por el aire.

¿Quién sería yo sin nada de eso?

—No te preocupes por levantarte—, le digo a Lady Asha. Parece sorprendida, y luego ofendida, por la implicación de que me debe las cortesías de mi nuevo puesto. El cortesano del abrigo tiene un brillo en los ojos que me hace pensar que va a ir a contar absolutamente a todos lo que ha presenciado. Dudo mucho que la historia me halague.

—Hablaremos más tarde—, dice Lady Asha a sus amigos, con un tono gélido en su voz. Parece que se toman con calma ser despedidos. Con otra reverencia, hecha con cuidado para los dos, se van, esperando apenas hasta que la puerta se cierra para comenzar a susurrar el uno al otro.

—Tu visita debe ser una amabilidad—, dice la madre de Cardan. —Contigo tan recientemente de regresó a nosotros. Y tan recientemente subiendo al trono.

Me obligo a no sonreír. La incapacidad para mentir da lugar a frases interesantes.

—Ven—, dice ella. —Siéntate un momento conmigo.

Sé que la Bomba diría que este es otro caso en el que le dejo que me diga qué hacer, pero parece mezquino oponerse a una prepotencia tan pequeña.

—Cuando te traje de la Torre del Olvido a mi guarida de espías—, le digo, en caso de que necesite recordar por qué debería preocuparse por hacerme enojar, —dijiste que querías estar lejos del Rey Supremo, tu hijo. Pero ustedes dos parecen haberse reconciliado. Debes estar muy complacida.

Ella hace un puchero.

—Cardan no era un niño fácil de amar, y solo ha empeorado con el tiempo. Gritaba para que lo abrazaran, y luego, una vez que lo levantaban, mordía y pateaba para salir de mis brazos. Encontraría un juego y se obsesionaría con él hasta que fuera conquistado, luego quemaría todas las piezas. Una vez que ya no seas un desafío, te despreciará.

Yo la miro.

— ¿Y me estás dando esta advertencia por la bondad de tu corazón?

Ella sonríe.

—Te estoy dando esta advertencia porque no importa. Ya estás condenada, Reina Suprema de Elfhame. Ya lo amas. Ya lo amabas cuando me preguntaste sobre él en lugar de tu propia madre. Y todavía lo amarás, niña mortal, mucho después de que sus sentimientos se evaporen como el rocío de la mañana.

No puedo evitar pensar en el silencio de Cardan cuando le pregunté si le gustaba que tuviera miedo. Una parte de él

siempre se deleitará con la crueldad. Incluso si ha cambiado, podría volver a cambiar.

Odio ser tonta. Odio la idea de que mis emociones me dominen, de debilitarme. Pero mi miedo a ser una tonta me convirtió en una. Debería haber adivinado la respuesta al acertijo de Cardan mucho antes. Incluso si no entendía que era un acertijo, seguía siendo una laguna para explorar. Pero estaba tan avergonzada de caer en su truco que dejé de buscar formas de evitarlo. E incluso después de descubrir uno, no hice ningún plan para usarlo.

Tal vez no sea lo peor querer ser amada, incluso si no lo eres. Incluso si duele. Quizás ser humano no siempre es ser débil.

Tal vez fue la vergüenza el problema.

Pero no es que mis propios miedos fueran la única razón por la que estuve en el exilio durante tanto tiempo.

— ¿Es por eso que interceptó las cartas que envió? ¿Para protegerme? ¿O fue porque tienes miedo de que no se canse de mí? Porque, mi señora, siempre seré un desafío.

Lo admito, es una conjetura sobre ella y las cartas. Pero no mucha gente tendría el acceso y el poder para detener un mensaje del Rey Supremo. Ningún embajador de un reino extranjero. Probablemente ningún miembro del Consejo Viviente. Y no creo que le guste mucho a Lady Asha.

Ella me mira con dulzura.

—Se pierden muchas cosas. O son destruidas.

Dado que no puede mentir, eso es prácticamente una confesión.

—Ya veo—, digo, poniéndome de pie. —En ese caso, seguiré tu consejo exactamente con el espíritu con el que lo diste—. Mientras la miro desde la puerta, digo lo que creo que menos le gustará oír. —Y la próxima vez, esperaré tu reverencia.



Estoy a mitad de camino por el pasillo cuando un caballero duende se acerca corriendo, su armadura pulida a un brillo que refleja su piel cerúlea.

—Su Majestad, debe venir pronto—, dice, llevándose la mano al corazón.

—¿Fand? —Cuando estábamos en la escuela real, ambas soñábamos con la caballería. Parece que una de nosotras lo logró.

Me mira como sorprendida de que la recuerden, aunque no hace mucho. Supongo que ella también cree que he ascendido a alturas vertiginosas y quizás que alteran la memoria.

—*Sir Fand*, —me corrijo, y ella sonríe. Le devuelvo la sonrisa. Aunque no éramos amigas, éramos amistosas, y para mí, en el Tribunal Superior, eso era una rareza. —¿Por qué tengo que ir rápido?

Su expresión se vuelve seria de nuevo.

—Un batallón del Submarino está en la sala del trono.

—Ah—, digo, y dejo que me acompañe por los pasillos. Alguna gente se inclina cuando paso. Otros claramente no lo hacen. No estoy seguro de cómo comportarme, ignoro a todos.

—Debería tener su propia guardia—, dice *Sir Fand*, manteniendo el paso detrás de mí.

A todo el mundo parece gustarle mucho decirme cómo debo hacer este trabajo. Pero, al menos en este caso, mi silencio es

aparentemente una respuesta suficiente para que ella se quede callada.

Cuando llegamos al Gran Salón, está casi vacío. Randalin se retuerce las manos arrugadas mientras estudia a los soldados de Bajo el mar: los selkies y la gente de piel pálida que me hacen pensar en aquellos a los que llamaban ahogados. Nicasia está de pie frente a ellos, con una armadura de escamas iridiscentes, su cabello adornado con dientes de tiburón, entrelazando las manos de Cardan entre las suyas. Sus ojos están enrojecidos e hinchados, como si hubiera estado llorando. Su oscura cabeza está inclinada hacia la de ella, y me recuerda que alguna vez fueron amantes.

Ella se da vuelta cuando me ve, loca de ira.

— ¡Esto es obra de tu padre!

Doy un paso atrás sorprendida.

— ¿Qué?

—Reina Orlagh—, dice Cardan con lo que parece una calma un poco exagerada. —Aparentemente, fue golpeada con algo parecido a un tiro de elfo. Se enterró profundamente en su carne, pero parece haberse detenido antes de llegar a su corazón. Cuando hubo un intento de eliminarlo, parecía resistir la extracción mágica y la no mágica. Se movía como si estuviera vivo, pero puede haber algo de hierro en él.

Me detengo, mi mente da vueltas. El fantasma. Ahí es donde lo envió Madoc, al mar. No para matar a la reina, lo que enfurecería a la gente del mar y los llevaría más firmemente al lado de Cardan, sino para hierla de tal manera que él pudiera soportar su muerte. ¿Cómo podía su gente arriesgarse a luchar contra Madoc cuando él se quedaría quieto mientras Orlagh se está muriendo?

—Lo siento mucho. —Es algo completamente humano de decir y completamente inútil, pero lo dejo escapar de todos modos.

Nicasia frunce el labio.

—Deberías hacerlo. —Después de un momento, suelta la mano de Cardan con aparente pesar. Ella se habría casado con él. Dudo mucho que mi aparición la haya hecho renunciar a la idea. —Debo ir al lado de mi madre. La Corte de Bajo el mar está sumida en el caos.

Una vez, Nicasia y su madre me mantuvieron cautiva, me encerraron en una jaula y trataron de quitarme mi voluntad. A veces, en los sueños, sigo ahí, todavía flotando en la oscuridad y el frío.

—Somos tus aliados, Nicasia—, le recuerda Cardan. —Si nos necesita.

—Cuento contigo para vengar a mi madre, al menos—, dice. Luego, con otra mirada hostil en mi dirección, se vuelve y sale del pasillo. Los soldados de Bajo el mar caminan detrás de ella.

Ni siquiera puedo enfadarme con ella. Me estoy recuperando del éxito de la táctica de Madoc y de la pura ambición de la misma. La muerte de Orlagh no sería poca cosa para diseñar; ella es uno de los poderes antiguos y establecidos de Faerie, mayor incluso que Eldred. Pero hierla de esa manera parece aún más difícil.

—Ahora que Orlagh es débil, es posible que haya desafíos a su trono—, dice Randalin con cierto pesar, como si dudara de que Nicasia estaría a la altura de lo que se le exigirá. —El mar es un lugar brutal.

—¿Atraparon a quien le disparo? —Pregunto.

Randalin me mira con el ceño fruncido, como suele hacer cuando le hago una pregunta para la que no sabe la respuesta, pero no desea admitirla.

—No lo creo. Si lo hubieran hecho, estoy seguro de que nos lo habrían dicho.

Lo que significa que puede venir aquí después de todo. Lo que significa que Cardan todavía está en peligro. Y tenemos muchos menos aliados que antes. Este es el problema de jugar a la defensa: nunca puedes estar seguro de dónde atacará tu

enemigo, por lo que gastas más recursos tratando de cubrir todas las eventualidades.

—Los generales querrán ajustar sus planes—, dice Randalin con una mirada significativa en dirección a Cardan. —Quizás nosotros deberíamos convocarlos.

—Sí—, dice Cardan. —Sí, supongo que deberíamos.

Nos dirigimos a las salas de estrategia y nos recibe una cena fría de huevos de pato, pan de grosellas y rodajas finas, como el papel, de jabalí asado. La señora de los sirvientes, una mujer grande y enredada, nos espera, junto con los generales. La discusión rápidamente adquiere un aire festivo, y la mitad se centra en entretener a los futuros señores y damas de las Cortes bajas y la otra mitad planea una guerra.

El nuevo Gran General resulta ser un ogro llamado Yorn. Fue nombrado durante mi exilio. No sé nada de su detrimento, pero tiene un comportamiento nervioso. Llega con tres de sus generales y un montón de preguntas sobre los mapas y materiales que me pasó el Consejo Viviente. Tentativamente, comienza a reinventar nuestra estrategia naval.

Una vez más, trato de adivinar cuál podría ser el próximo movimiento de Madoc. Siento que tengo tantas piezas del rompecabezas, pero no veo cómo encajan. Lo que sí sé es que está cortando las salidas, podando las variables, reduciendo nuestra capacidad de sorprenderlo, por lo que es más probable que sus planes tengan éxito.

Solo puedo esperar que también podamos sorprenderlo.

—Deberíamos atacar en el momento en que sus barcos aparezcan en el horizonte—, dice Yorn. —No debemos darle la oportunidad de pedir un parlamento. Será más difícil sin la ayuda de Bajo el mar, pero no imposible. Todavía tenemos la fuerza mayor.

Debido a las costumbres de hospitalidad de la gente, si Madoc lo solicita, él y un pequeño grupo serán bienvenidos en Elfhame con el propósito de discutir alternativas a la guerra. Mientras no levante un arma, puede comer y beber y hablar con

nosotros todo el tiempo que quiera. Cuando esté listo para partir, el conflicto comenzará justo donde lo dejó.

—Enviaré un pájaro por delante—, dice Baphen. —Y sus barcos bien pueden venir envueltos en niebla o sombras. No sabemos qué magia tiene a su disposición.

—Quiere batirse en duelo—, le digo. —Tan pronto como saque un arma, romperé los términos del parlamento. Y no se le permitirá traer una gran fuerza a la tierra con el propósito de discutir la paz.

—Mejor si rodeamos las islas en barcos—, dice Yorn, una vez más moviendo piezas de estrategia alrededor de un mapa bellamente dibujado de Insweal, Insmire, Insmoor e Insear que yace sobre la mesa. —Podemos evitar que los soldados de Madoc desembarquen. Derribar cualquier pájaro que se cruce en nuestro camino. Tenemos aliados de las Cortes inferiores para agregar a nuestra fuerza.

— ¿Y si Madoc recibe ayuda de Bajo el mar? —Pregunto. Los demás me miran con asombro.

—Pero tenemos un tratado—, dice Randalin. —Quizás no escuchaste eso, porque...

—Sí, tienes un tratado *ahora*—, digo, sin querer que me recuerden mi exilio de nuevo. —Pero Orlagh podría pasarle la corona a Nicasia. Si lo hiciera, la reina Nicasia sería libre de hacer una nueva alianza con Madoc, del mismo modo que la Corte de los Dientes colocó a un polimorfo en su trono, fueron libres de marchar contra Elfhame. Y Nicasia podría aliarse con Madoc si él promete curar a su madre.

— ¿Crees que es probable que suceda? —Yorn le pregunta a Cardan, frunciendo el ceño ante sus planes.

El Rey Supremo hace un gesto indiferente.

—A Jude le gusta suponer lo peor tanto de sus enemigos como de sus aliados. Su recompensa es ocasionalmente equivocarse con nosotros.

—Es difícil recordar una ocasión de eso—, le digo en voz baja.

Levanta una ceja.

Fand entra en la habitación en ese momento, luciendo muy consciente de que ella no pertenece aquí.

—Disculpen, pero yo... tengo un mensaje para la reina—, dice con un tartamudeo nervioso en la voz. —De su hermana.

—Como puede ver, la reina... —comienza Randalin.

— ¿Cuál hermana? —Exijo, cruzando la habitación hacia ella.

—Taryn—, dice, luciendo mucho más tranquila ahora que está hablando sólo conmigo. Su voz baja. —Dijo que nos encontráramos con ella en la antigua morada del Rey Supremo.

— ¿Cuándo? —Pregunto, mi corazón late al doble. Taryn es una persona cuidadosa, consciente de los decoros. No le gustan los mensajes crípticos ni los lugares de reunión siniestros. Si quiere que vaya a Hollow Hall, algo anda muy mal.

—Tan pronto como puedas escapar—, dice Fand.

—Iré ahora—, digo, y luego me vuelvo hacia los consejeros, los generales y el Rey Supremo. —Ha habido una dificultad familiar. Me disculparán.

—Yo te acompañaré—, dice Cardan, levantándose. Abro la boca para explicar todas las razones por las que no puede ir. El problema es que cuando miro hacia arriba, a sus ojos con bordes dorados y él parpadea burlonamente, inocentemente hacia mí, no puedo pensar en una sola que realmente lo detenga.

—Bien—, dice, pasando junto a mí. —Lo hemos decidido.

Yorn parece un poco aliviado de que nos vayamos. Randalin, como era de esperar, parece molesto. Baphen está muy ocupado comiendo un huevo de pato mientras que otros generales están enfrascados en una conversación sobre cuántos de las Cortes inferiores traerán botes y lo que eso significa para sus mapas.

En el pasillo, me veo obligada a caminar más rápido para alcanzar a Cardan.

—Ni siquiera sabes a dónde vamos.

Se aparta los rizos negros de la cara.

—Fand, ¿a dónde vamos?

El caballero parece miserable pero responde.

—A Hollow Hall.

—Ah—, dice. —Entonces ya he demostrado ser útil. Necesitarás que le hable dulcemente a la puerta.

Hollow Hall pertenecía al hermano mayor de Cardan, Balekin. Considerado el más influyente de los Grackles, una facción del Tribunal Supremo más interesada en las fiestas, el libertinaje y el exceso, Balekin era famoso por lo salvaje de sus juergas. Engañó a los mortales para que le sirvieran, embelleciéndolos para que recordaran sólo lo que él quería que recordaran. Era horrible, y eso fue antes de que liderara un sangriento golpe contra el resto de su familia en un intento por el trono.

También es la persona que crio a Cardan.

Mientras considero todo esto, Cardan envía a Fand para que traigan el carruaje real. Quiero protestar porque puedo montar, pero todavía no estoy tan curada como para estar segura de que debería hacerlo. Unos minutos más tarde, me suben a un carruaje real bellamente equipado, con asientos bordados con un patrón de enredaderas y escarabajos. Cardan se acomoda frente a mí, apoyando la cabeza contra el marco de la ventana mientras los caballos comienzan a correr.

Al salir del palacio, me doy cuenta de que es más tarde de lo que pensaba. El amanecer amenaza con salir en el horizonte. Mi largo sueño me ha dado una visión distorsionada del tiempo.

Me pregunto por el mensaje de Taryn. ¿Qué posible motivo podría tener para traerme a la finca de Balekin? ¿Podría tener algo que ver con la muerte de Locke?

¿Podría ser otra traición?

Finalmente, los caballos se detienen. Bajo del carruaje mientras uno de los guardias salta desde el frente para ayudarme a bajar apropiadamente. Parece desconcertado al encontrarme ya de pie junto a los caballos, pero no había pensado en esperar. No estoy acostumbrado a ser de la realeza y me preocupa no acostumbrarme.

Cardan emerge, su mirada no va ni a mí ni al guardia, sino a Hollow Hall. Su cola azota el aire detrás de él, mostrando toda la emoción que no está en su rostro.

Cubierto por una espesa capa de hiedra, con una torre torcida y raíces pálidas y peludas colgando de sus balcones, este fue una vez su hogar. Fui testigo de cómo un sirviente humano azotaba a Cardan por orden de Balekin. Estoy seguro de que allí sucedieron cosas mucho peores, aunque nunca ha hablado de ellas.

Froto mi pulgar sobre la punta de mi dedo faltante, mordido por uno de los guardias de Madoc, y me doy cuenta de repente de que si le cuento a Cardan, él podría entender. Quizás más que nadie, comprendería la extraña mezcla de miedo y vergüenza que siento, incluso ahora, cuando pienso en ello. A pesar de todos nuestros conflictos, hay momentos en los que nos entendemos demasiado bien.

—¿Por qué estamos aquí? —él pide.

—Aquí es donde Taryn quería encontrarme—, digo. —No pensé que ella siquiera conociera el lugar.

—Ella no—, dice Cardan.

La puerta de madera pulida todavía está tallada con una cara enorme y siniestra, todavía flanqueada por linternas, pero los duendes ya no vuelan en círculos desesperados dentro. En su lugar, emana un suave resplandor de magia.

—Mi rey—, dice la puerta con cariño, sus ojos se abren.

Cardan sonrío a cambio.

—Mi puerta—, dice con un ligero problema en la voz, como si tal vez todo lo relacionado con regresar aquí se sienta extraño.

—Salve y bienvenido—, dice, y se abre de par en par.

— ¿Hay una chica como ella adentro? —pregunta, señalándome.

—Sí—, dice la puerta. —Muy parecida. Ella está abajo, con el otro.

— ¿Abajo? —Digo mientras caminamos hacia el pasillo resonante.

—Hay mazmorras—, dice Cardan. —La mayoría de la gente pensaba que eran meramente decorativos. Por desgracia, no lo eran.

— ¿Por qué estaría Taryn ahí abajo? —Le pregunto, pero para eso, no tiene respuesta. Bajamos, la guardia real delante de mí. El sótano huele fuertemente a tierra. La habitación a la que entramos contiene poco, sólo algunos muebles que parecen inadecuados para sentarse, y cadenas. Grandes braseros arden lo suficientemente brillantes como para calentar mis mejillas.

Taryn se sienta junto a una mazmorra. Está vestida con sencillez, una capa sobre su camisón, y sin la grandeza de la ropa y el cabello, parece joven. Me asusta pensar que yo también podría parecer tan joven.

Cuando ve a Cardan, se pone de pie, con una mano moviéndose hacia su vientre de manera protectora. Ella se hunde en una leve reverencia.

— ¿Taryn? —él dice.

—Vino a buscarte—, me dice. —Cuando me vio en tus habitaciones, dijo que tenía que sujetarlo porque Madoc le habría dado más órdenes. Me habló de las mazmorras y lo traje aquí. Parecía un lugar en el que nadie miraría.

Caminando hacia el agujero, miro hacia abajo en el pozo. El Fantasma se sienta a unos tres metros y medio, la espalda contra

la curva de la pared, las muñecas y los tobillos atados con grilletes. Se ve pálido y enfermo, mirando hacia arriba con ojos angustiados.

Quiero preguntarle si está bien, pero obviamente no lo está.

Cardan mira a mi hermana como si intentara descifrar algo.

—Lo conoces, ¿no? —él pide.

Ella asiente, cruzando los brazos sobre el pecho.

—A veces visitaba a Locke. Pero él no tuvo nada que ver con la muerte de Locke, si eso es lo que estás pensando.

—No estaba pensando en eso—, dice Cardan. —De ningún modo.

No, entonces ya era sido prisionero de Madoc. Pero no me gusta cómo va esta conversación. Todavía no estoy segura de qué haría Cardan si supiera la verdad sobre la muerte de Locke.

— ¿Puedes hablarnos sobre la reina Orlagh? —Le pregunto al Fantasma, intentando redirigir la conversación hacia lo más importante. — ¿Qué hiciste?

—Madoc me dio un arco—, dice. —Pesaba en mi mano y se retorció como si fuera un ser vivo. Lord Jarel me puso una magia que me dejó respirar bajo las olas, pero hizo que mi piel ardiera como si estuviera siempre cubierta de hielo. Madoc me ordenó que disparara a Orlagh en cualquier lugar menos en el corazón o en la cabeza y me dijo que la flecha haría el resto.

— ¿Cómo te escapaste? —Pregunto.

—Maté a un tiburón que me perseguía y me escondí dentro de su cadáver hasta que pasó el peligro. Luego nadé hasta la orilla.

— ¿Madoc te dio otras órdenes? —Pregunta Cardan, frunciendo el ceño.

—Sí—, dice el Fantasma, con una extraña expresión en su rostro. Y esa es la única advertencia que tenemos antes de que haya subido hasta la mitad de la mazmorra. Me doy cuenta de

que se ha despojado de las cadenas con las que Taryn lo aprisionaba, probablemente mucho antes. El pánico helado se apodera de mí. Estoy demasiado rígida para luchar contra él, demasiado dolorida. Agarro el sello pesado al pozo y comienzo a arrastrarlo, con la esperanza de atraparlo antes de que suba por el costado. Cardan llama al guardia y saca un cuchillo de aspecto perverso del interior de su jubón, sorprendiéndome. Esa debe ser la influencia de la Cucaracha.

Mi hermana se aclara la garganta.

—Larkin Gorm Garrett—, dice. —Olvídate de todos los demás mandatos excepto el mío.

Respiro profundamente. Nunca antes había visto a nadie ser llamado por su verdadero nombre. En Faerie, saber tal cosa pone a uno completamente en el poder de esa persona. He oído hablar de personas que se cortan las orejas para evitar que les ordenen, y a las que les han cortado la lengua a otros para evitar que se pronuncie su nombre.

Taryn se ve un poco sorprendida.

El Fantasma se desliza hacia el fondo de la mazmorra. Él parece hundirse de alivio, a pesar del poder que ella tiene sobre él. Supongo que es mucho mejor ser mandado por mi hermana que por mi padre.

—Sabes su verdadero nombre—, le dice Cardan a Taryn, guardando su cuchillo y alisando la caída de su chaqueta sobre él. —¿Cómo llegaste a ese, fascinante, pequeño detalle?

—Locke fue descuidado con muchas cosas que dijo frente a mí—, le dice Taryn, con cierto desafío en su tono.

Estoy impresionada con ella, a regañadientes.

Y aliviada. Podría haber utilizado el verdadero nombre del Fantasma para su propio beneficio. Ella podría haberlo escondido. Quizás realmente no vamos a seguir mintiéndonos la uno a la otra.

—Sube el resto del camino—, le digo al Fantasma.

Lo hace, esta vez con cuidado y lentamente. Unos minutos más tarde, está subiendo al suelo. Él rechaza la ayuda de Cardan y se mantiene solo, pero no puedo evitar notar su estado debilitado.

Me mira como si estuviera notando lo mismo.

— ¿Necesitas recibir más órdenes? —Pregunto. — ¿O puedes darme tu palabra de que no atacarás a nadie en esta habitación?

Él se estremece.

—Tienes mi palabra. —Estoy seguro de que no le agrada que ahora sepa su verdadero nombre. Si fuera él, tampoco querría que lo tuviera.

Y eso sin mencionar a Cardan.

—¿Por qué no nos trasladamos a una parte más cómoda de Hollow Hall para continuar esta discusión, ahora que se acabó el drama—, dice el Rey Supremo.

El Fantasma se balancea sobre sus pies y Cardan lo agarra del brazo y lo ayuda por las escaleras. En la sala, uno de los guardias trae mantas. Empiezo a encender el fuego. Taryn luce como si quisiera decirme que me detenga, pero no se atreve.

—Así que supongo que te ordenaron... ¿qué? ¿Asesinarme si se presenta una oportunidad? —Cardan camina inquieto.

El Fantasma asiente, tirando de las mantas más cerca de él. Sus ojos color avellana están apagados y su cabello rubio oscuro está enredado.

—Esperaba que nuestros caminos no se cruzaran y temía lo que sucedería si lo hicieran.

—Sí, bueno, supongo que los dos somos afortunados de que Taryn estuviera acechando amablemente por el palacio—, dice Cardan.

—No iré a la casa de mi esposo hasta que esté segura de que Jude no corre ningún peligro—, dice.

—Jude y yo tuvimos un malentendido—, dice Cardan con cuidado. —Pero no somos enemigos. Y yo tampoco soy tu enemigo, Taryn.

—Crees que todo es un juego—, dice. —Tú y Locke.

—A diferencia de Locke, nunca pensé que el amor fuera un juego—, dice. —Puedes acusarme de mucho, pero no de eso.

—Garrett—, lo interrumpo, desesperada, porque no estoy segura de querer escuchar más. — ¿Hay algo que puedas decirnos? Lo que sea que Madoc esté planeando, necesitamos saberlo.

El niega con la cabeza.

—La última vez que lo vi, estaba furioso. Contigo. Con el mismo. Conmigo, una vez que supo que habías descubierto que yo estaba allí. Me dio mis órdenes y me despidió, pero no creo que tuviera la intención de enviarme tan pronto.

Asiento con la cabeza.

—Correcto. Tenía que adelantar el calendario —. Cuando me fui, la espada estaba lejos de estar terminada. Eso tuvo que haber sido frustrante, verse obligado a actuar antes de que estuviera completamente listo.

No creo que Madoc sepa que soy la reina. No creo que él siquiera sepa que estoy viva. Eso tiene que valer algo.

—Si el Consejo se entera de que tenemos al atacante de Orlagh bajo custodia, las cosas no irán bien—, dice Cardan con decisión repentina. —Me instarán a que te entregue a Bajo el mar para ganarse el favor de Elfhame. Será solo cuestión de tiempo antes de que Nicasia sepa que estás en nuestras manos. Vamos a llevarte de regreso al palacio y ponerte bajo la custodia de la Bomba. Ella puede decidir qué hacer contigo.

—Muy bien—, dice el Fantasma con una combinación de resignación y alivio.

Cardan vuelve a llamar a su carruaje. Taryn bosteza mientras entra, sentándose junto al Fantasma.

Apoyo la cabeza contra la ventana, escuchando a medias mientras Cardan logra persuadir a mi hermana para que le cuente un poco sobre el mundo de los mortales. Suena encantado con su descripción de las máquinas de raspados, con sus colores violentamente brillantes y su extraña dulzura. Está a la mitad de una explicación sobre los gusanos de goma cuando volvemos al palacio y bajamos del carruaje.

—Escoltaré al Fantasma hasta donde residirá—, me dice Cardan. —Jude, deberías descansar.

Parece imposible que fue sólo hoy que desperté de un sueño al que caí drogada, sólo hoy que la Bomba me sacó los puntos.

—La acompañaré de regreso a sus habitaciones—, dice Taryn con algo de conspiración, llevándome en dirección a la habitación real.

Voy con ella por el pasillo, dos de la guardia real nos siguen a una distancia discreta.

—¿Tú confías en él? —susurra cuando Cardan ya no está al alcance del oído.

—A veces—, lo admito.

Ella me mira con simpatía.

—Fue agradable en el carruaje. No sabía que él sabía cómo ser amable.

Eso me hace reír. En la puerta de mi habitación, me pone la mano en el brazo.

—Estaba tratando de impresionarte, sabes. Hablándome.

Arrugo la frente.

—Creo que solo quería oír hablar de dulces raros.

Ella niega con la cabeza.

—Quiere gustarte. Pero solo porque él quiere que lo hagas no significa que debas—. Luego me deja para que entre sola en las enormes habitaciones reales.

Me quito el vestido y lo cuelgo sobre un biombo. Tomo prestada otra de las ridículas camisas con volantes de Cardan y me la pongo, luego me subo en la gran cama. El corazón me late con nerviosismo en el pecho mientras me llevo a los hombros una colcha bordada con un ciervo de caza.

Nuestro matrimonio es una alianza. Es una ganga. Me digo a mí misma que no tiene por qué ser más que eso. Intento decirme a mí misma que el deseo de Cardan por mí, siempre ha estado mezclado con disgusto, y que estoy mejor sin él.

Me quedo dormida esperando el sonido de la puerta al abrirse, su paso sobre el piso de madera.

Pero cuando me despierto, todavía estoy sola. No se encendió ninguna lámpara. No se movieron almohadas. Nada cambia. Me siento erguida.

Quizás pasó el resto de la mañana y la tarde en la Corte de las Sombras, jugando a los dardos con el Fantasma y comprobando la curación de la Cucaracha. Pero puedo imaginarlo más fácilmente en el gran salón, supervisando los últimos restos de la juerga de la noche y bebiendo galones de vino, todo para evitar acostarse a mi lado en la cama.



Un golpe en la puerta me lleva a buscar una de las batas de Cardan y ponérmela torpemente sobre la camisa con la que dormí.

Antes de que llegue allí, se abre y Randalin irrumpe.

—Mi señora—, dice, y hay un tono quebradizo y acusador en su voz. —Tenemos mucho que discutir.

Me aprieto más la bata. El concejal debe haber sabido que Cardan no estaría conmigo para entrar así, pero no le daré la satisfacción de preguntarle por el paradero de Cardan.

No puedo evitar recordar las palabras de la Bomba: *Eres la Reina Suprema de Elfhame. Actúa como tal.*

Sin embargo, es difícil no sentirse avergonzada por estar casi desvestida, con pelo de recién levantada y mal aliento. Es difícil proyectar dignidad en este momento.

— ¿De qué posiblemente tenemos que hablar? —Me las arreglo, mi voz es tan fría como puedo.

La Bomba probablemente diría que debería tirarlo de su oreja.

Randalin se endereza, luciendo hinchada por su propia importancia personal. Me fija con sus severos ojos de cabra detrás de unas gafas de montura metálica. Sus cuernos de carnero están encerados en un alto brillo. Se acerca al sofá bajo y toma asiento.

Me dirijo a la puerta, la abro y encuentro dos caballeros que no conozco. No la guardia completa de Cardan, por supuesto. Estarían con él. No, es probable que aquellos que se paran frente

a la puerta sean los menos favorecidos de su guardia y estén mal equipados para detener a un miembro del Consejo Viviente enfadado. Al otro lado del pasillo, sin embargo, veo a Fand. Cuando me ve, se pone alerta.

— ¿Tienes otro mensaje para mí? —Pregunto.

Fand niega con la cabeza.

Me vuelvo hacia la guardia real.

— ¿Quién dejó entrar al concejal sin mi permiso? —Solicito. La alarma ilumina sus ojos y uno comienza a balbucear una respuesta.

—Les dije que no lo permitieran—, interrumpe Fand. — Necesita a alguien que proteja su persona y su puerta. Déjeme ser su caballero. Ya sabe cómo soy. Sabe que soy capaz. He estado esperando aquí, esperando...

Recuerdo mi propio anhelo de tener un lugar en la casa real, de ser elegida como parte de la guardia personal de una de las princesas. Y también entiendo por qué no es probable que la hubieran elegido antes. Es joven y, todas las pruebas sugieren, también es atrevida.

—Sí, —le digo. —Me gustaría eso. Fand, considérate el primero de mi guardia—. Como nunca he tenido mi propia guardia antes, me encuentro un poco perdida sobre qué hacer con ella ahora.

—Por roble y fresno, espino y serbal, juro que le serviré lealmente hasta mi muerte—, dice, lo que parece precipitado. —Ahora, ¿le gustaría que acompañe al concejal fuera de sus apartamentos?

—Eso no será necesario—. Niego con la cabeza, aunque imaginarlo me da una verdadera satisfacción, y no estoy segura de poder quitarme por completo la sonrisa de la cara al pensarlo. —Por favor envía un mensajero a mis antiguas habitaciones y mira si Tatterfell puede traer algunas de mis cosas. Mientras tanto, hablare con Randalin.

Fand frunce el ceño ante el concejal.

—Sí, Su Majestad—, dice, llevando su puño a su corazón.

Con la esperanza de tener ropa nueva en el futuro, al menos, vuelvo a entrar. Me poso en el brazo del sofá de enfrente y contemplo al concejal con más contemplación. Me tendió una emboscada para despistarme de alguna manera.

—Muy bien, —digo con eso en mente. —Habla.

—Los gobernantes de la Corte Baja han comenzado a llegar. Afirman haber venido para dar testimonio del desafío de su padre y ayudar al Rey Supremo, pero esa no es la razón por la que están aquí. —Suenan amargados. —Vienen a oler la debilidad.

Arrugo la frente.

—Están juramentados a la corona. Su lealtad está ligada a Cardan, lo quieran o no.

—No obstante—, prosigue Randalin, —como Bajo el mar no puede enviar sus fuerzas, dependemos más de ellos que nunca. No quisiéramos que las Cortes inferiores otorguen su lealtad sólo a regañadientes. Y cuando llegue Madoc, en unos pocos días, buscará aprovechar cualquier duda. Tú creas esas dudas.

¡Ah! Ahora sé de qué se trata esto.

Prosigue.

—Nunca ha habido una Reina de Elfame mortal. Y no debería haber una ahora.

—¿De verdad esperas que renuncie a un poder tan enorme por tu palabra? —Pregunto.

—Eras un buen senescal—, dice Randalin, sorprendiéndome. Te preocupas por Elfame. Por eso le imploro que renuncie a su título.

Es en ese momento cuando se abre la puerta.

— ¡No te enviamos a buscar y no te necesitamos! —Randalin comienza, claramente con la intención de darle a algún

sirviente, probablemente a Fand, el azote con la lengua que desearía poder otorgarme a mí. Luego palidece y se pone de pie.

El Rey Supremo está en la entrada. Sus cejas se elevan, y una sonrisa maliciosa tira de las comisuras de su boca.

—Muchos piensan eso, pero pocos son lo suficiente valientes como para decírmelo a la cara.

Grima Mog está detrás de él. La redcap lleva una sopera humeante. El olor me llega flotando, haciendo que mi estómago gruñe.

Randalin farfulla.

— ¡Su Majestad! Gran vergüenza para mí. Mis comentarios imprudentes nunca fueron para ti. Pensé que tú... —Se detiene y comienza de nuevo. —Fui tonto. Si deseas mi castigo...

Cardan interrumpe.

— ¿Por qué no me dices de qué estaban hablando? No tengo ninguna duda de que preferirías las respuestas sensatas de Jude, a mis tonterías, pero de todos modos me divierte escuchar sobre asuntos de estado.

—Solo la estaba urgiendo a que considerara la guerra que trae su padre. Todos deben hacer sacrificios—. Randalin mira hacia Grima Mog, quien deja su sopera en una mesa cercana, luego vuelve a mirar a Cardan.

Podría advertir a Randalin que debería tener miedo de la forma en que Cardan lo está mirando.

Cardan se vuelve hacia mí, y algo del calor de su ira todavía está en sus ojos.

—Jude, ¿podrías darnos al consejero y a mí un momento a solas? Tengo algunas cosas que me gustaría instarle a considerar. Y Grima Mog te ha traído sopa.

—No necesito que nadie me ayude a decirle a Randalin que esta es mi casa y mi tierra y que no voy a ninguna parte y no voy renunciar a nada.

—Y sin embargo—, dice Cardan, apretando la mano en la parte posterior de la garganta del concejal, —todavía hay algunas cosas que le diría.

Randalin permite que Cardan lo lleve a uno de los otros salones reales. La voz de Cardan es lo suficientemente baja como para que no entienda las palabras, pero la sedosa amenaza de su tono es inconfundible.

—Ven a comer—, dice Grima Mog, sirviendo un poco de sopa en un tazón. —Te ayudará a curarte.

Los champiñones flotan en la parte superior, y cuando empujo la cuchara a través de ella, algunos tubérculos flotan, junto con lo que podría ser carne.

—¿Qué hay en esto, exactamente?

La redcap bufó.

—¿Sabías que dejaste tu cuchillo en mi callejón? Me encargué de devolverlo. Supuse que era un buen barrio—. Ella me da una sonrisa maliciosa. —Pero no estabas en casa. Solo tu encantadora gemela, que tiene muy buenos modales y que me invitó a tomar el té y el pastel y me dijo tantas cosas interesantes. Deberías haberme dicho más. Quizás podríamos haber llegado a un acuerdo antes.

—Quizás, —digo. —Pero la sopa...

—Mi paladar es exigente, pero tengo una amplia gama de gustos. No seas tan quisquillosa—, me dice. —Tomate todo. Necesitas recuperar un poco de fuerza.

Tomo un sorbo y trato de no pensar demasiado en lo que estoy comiendo. Es un caldo ligero, bien condimentado y aparentemente inofensivo. Inclino el cuenco y me lo bebo todo. Sabe bien y picante y me hace sentir mucho mejor desde que desperté en Elfhame. Me encuentro hurgando en el fondo en busca de los trozos sólidos. Si hay algo terrible en eso, es mejor que no lo sepa.

Mientras todavía estoy buscando escoria, la puerta se abre de nuevo y Tatterfell entra con un montón de vestidos. Fand y dos caballeros más siguen con más de mis prendas. Detrás de ellos está Heather, en chanclas, llevando un montón de joyas.

—Taryn me dijo que si venía, podría echar un vistazo a las habitaciones reales—. Luego, acercándose, Heather baja la voz. —Me alegra que estés bien. Vee quiere que nos vayamos antes de que llegue tu padre, así que nos iremos pronto. Pero no íbamos a irnos mientras estabas en cama.

—Irse es una buena idea—, digo. —Me sorprende que hayas venido.

—Tu hermana me ofreció una ganga—, dice con un poco de pesar. —Y la tomé.

Antes de que pueda decirme más, Randalin corre hacia la puerta, casi chocando con Heather en su prisa. Él parpadea con asombro, claramente no preparado para la presencia de una segunda mortal. Luego se marcha, evitando incluso una mirada en mi dirección.

—Grandes cuernos—, dice Heather, mirándolo. —Pequeño amigo.

Cardan se apoya contra el marco de la puerta, luciendo muy satisfecho consigo mismo.

—Esta noche hay un baile para recibir a los invitados de algunos de mis Cortes. Heather, espero que tú y Vivienne vengán. La última vez que estuviste aquí, fuimos malos anfitriones. Pero hay muchas delicias que podríamos mostrarte.

—Incluida una guerra—, dice Grima Mog. — ¿Qué podría ser más delicioso que eso?



Después de que Heather y Grima Mog se van, Tatterfell queda para ayudarme a preparar para la noche que viene. Enrolla mi cabello y pinta mis mejillas. Esta noche uso un vestido de oro, un vestido de columna con una capa de tela fina que se asemeja a una cota de malla dorada. Las placas de cuero en los hombros anclan franjas de material brillante que muestran más de mi escote de lo que estoy acostumbrada a tener en exhibición.

Cardan se acomoda en una silla acolchada hecha de raíces y luego estira las piernas. Viste una prenda de color azul noche con bordados de escarabajos metálicos y con pedrería en los hombros. En su cabeza tiene la corona dorada de Elfhame, las hojas de roble brillando sobre ella. Inclina la cabeza hacia un lado, mirándome de manera evaluativa.

—Esta noche vas a tener que hablar con todos los gobernantes—, me dice.

—Lo sé—, digo, mirando a Tatterfell. Ella se ve perfectamente complacida de escucharlo darme una guía sin pedirla.

—Porque solo uno de nosotros puede decirles mentiras—, continúa, sorprendiéndome. —Y necesitan creer que nuestra victoria es inevitable.

—¿No es así? —Pregunto.

Él sonríe.

—Dímelo tú.

—Madoc no tiene ninguna posibilidad—, miento obedientemente.

Recuerdo haber ido a los campamentos de la corte baja después del golpe de Balekin y Madoc, tratando de persuadir a los lores, damas y feudos de Faerie para que se aliaran conmigo. Fue Cardan quien me dijo a cuál de ellos debía acercarme, Cardan quien me dio suficiente información sobre cada uno para que yo adivinara la mejor manera de convencerlos. Si alguien puede ayudarme esta noche, es él.

Es bueno para tranquilizar a quienes lo rodean, incluso cuando deberían saberlo mejor.

Desafortunadamente, lo que se me da bien es meterme bajo la piel de la gente. Pero al menos también soy buena mintiendo.

— ¿Ha llegado el Tribunal de las Termitas? —Pregunto, nerviosa por tener que confrontar a Lord Roiben.

—Eso me temo—, responde Cardan. Se pone de pie y me ofrece su brazo. —Ven, vamos a encantar y confundir a nuestros súbditos.

Tatterfell mete algunos de mis cabellos, alisa una trenza, luego cede y me deja levantarme.

Juntos, entramos en el gran salón, Fand y el resto de los guardias flanqueándonos con determinación.

Mientras entramos y somos anunciados, un silencio cae sobre el gran salón. Escucho las palabras desde una gran distancia: — El Rey Supremo y la Reina Suprema de Elfhame.

Los duendes y los grigs, los hobs y los trolls y las brujas, todos los bellos, gloriosos y horribles pueblos de Elfhame nos miran. Todos sus ojos negros brillan. Todas sus alas, colas y bigotes se mueven. Su conmoción por lo que están viendo, una mortal junto a su rey, un ser mortal llamada a ser su gobernante, parece crujir en el aire.

Y luego se apresuran a saludarnos.

Me besan la mano. Me felicitan tanto de manera extravagante como hueca. Intento recordar quiénes son cada uno de los señores, señoras y feudales. Trato de asegurarles que la derrota de Madoc es inevitable, que estamos felices de recibirlos e igualmente encantados de que hayan enviado una parte de su Corte, listos para la batalla. Les digo que creo que el conflicto será breve. No menciono la pérdida de nuestros aliados de Bajo el mar o el hecho de que el ejército de Madoc llevará las armas de guerra de Grimsen. No menciono la enorme espada con la que Madoc planea desafiar a Cardan.

Miento y miento y miento.

—Tu padre parece un enemigo excesivamente considerado, convocándonos juntos así—, dice Lord Roiben de la Corte de las Termitas, sus ojos como trozos de hielo. Para pagar una deuda con él, asesiné a Balekin. Pero eso no significa que esté contento conmigo. Tampoco significa que crea las tonterías que he estado vendiendo. —Ni siquiera mis amigos son siempre tan considerados como para reunir a mis aliados por mí antes de la batalla.

—Es una demostración de fuerza, sin duda—, digo. —Él busca inquietarnos.

Roiben considera eso.

—Él busca destruirte—, responde.

Su consorte duende, Kaye, pone su mano en su cadera y estira su cuello para ver mejor la habitación.

—¿Está Nicasia aquí?

—Me temo que no—, digo, segura de que nada bueno puede salir de su conversación. Bajo el mar fue responsable de un ataque al Tribunal de las Termitas, uno que dejó a Kaye gravemente herida. —Tenía que volver a casa.

—Lástima—, responde Kaye, cerrando el puño. —Tengo algo para ella.

Al otro lado de la habitación, veo entrar a Heather y Vivi. Heather tiene un color marfil pálido que resalta el rico y hermoso marrón de su piel. Su cabello está retorcido y recogido en peinetas. A su lado, Vivi está vestida de un escarlata profundo, muy parecido al color de la sangre seca que tanto le gustaba usar a Madoc.

Se acerca a un grig que ofrece pequeñas bellotas rellenas de leche de cardo fermentada. Kaye lanza una mirada hacia atrás y hace una mueca. Me abstengo.

—Disculpen, —digo, cruzando la habitación hacia mi hermana. Paso junto a la reina Annet de la corte de las polillas, al rey Alderking y su consorte, y docenas más.

— ¿No es divertido bailar? —pregunta Fala la Loca, interrumpiendo mi deslizarse por el suelo. —Bailemos en las cenizas de la tradición.

Como de costumbre, tengo poca idea de qué decirle. No estoy segura de si me está criticando o hablando con total sinceridad. Me lanzo lejos.

Heather niega con la cabeza cuando me acerco.

—Maldición. Eso es un vestido.

—Oh Dios. Quería tomar unas copas—, dice Vivi. —Bebidas seguras. Jude, ¿puedes quedarte hasta que regrese o te arrastrarán a la diplomacia?

—Puedo esperar—, digo, feliz de tener la oportunidad de hablar con Heather a solas. En el momento en que mi hermana se aleja, me vuelvo hacia ella. — ¿A qué, exactamente, estuvo de acuerdo?

— ¿Por qué? —Pregunta Heather. —No crees que tu hermana me engañaría, ¿verdad?

—No intencionalmente—, me protejo. Las gangas de hadas tienen una merecida mala reputación. Rara vez son cosas sencillas. Seguro, suenan bien. Por ejemplo, te prometen que vivirás el resto de tus días feliz, pero luego tendrás una gran noche y morirás por la mañana. O te prometen que perderás peso y luego alguien viene y te corta una pierna. No es que crea que Vivi le haría eso a Heather, pero con la lección de mi propio exilio en mi cabeza, todavía me gustaría escuchar los detalles.

—Me dijo que Oak necesitaba que alguien se quedara con él en Elfame mientras ella iba a buscarte. Y me hizo esta oferta: cuando estuviéramos en Faerie, podríamos estar juntos. Cuando volviéramos, ella me haría olvidar a Faerie y también a ella.

Respiro profundamente. ¿Es eso lo que quiere Heather? ¿O Vivi se ofreció y Heather estuvo de acuerdo porque parecía mejor que continuar como estaban las cosas?

—Así que cuando te vayas a casa...

—Se acabó. —La desesperación se refleja en sus rasgos. — Hay cosas que a la gente no le debería gustar. Supongo que la magia es así.

—Heather, no tienes que...

—Amo a Vee—, dice. —Creo que cometí un error. La última vez que estuve aquí, este lugar parecía una película de terror bellamente filmada, y solo quería sacarlo todo de mi cabeza. Pero no quiero olvidarla.

— ¿No puedes simplemente decirle eso? —Pregunto, mirando al otro lado de la habitación hacia mi hermana, que está de regreso. —Cancélalo.

Heather niega con la cabeza.

—Le pregunté si intentaría persuadirme para que cambiara de opinión. Creo que tal vez dudaba de poder seguir adelante con la parte de la ruptura. Supongo que esperaba que me asegurara que quería que cambiara de opinión. Pero Vee se puso muy seria y dijo que podría ser parte del trato que, sin importar lo que dijera más tarde, lo seguiríamos.

—Ella es una idiota—, le digo.

—Yo soy la idiota—, dice Heather. —Si no hubiera tenido tanto miedo... —Se interrumpe cuando Vivi se acerca a nosotras, con tres copas en equilibrio en sus manos.

— ¿Qué está pasando? —pregunta mi hermana, entregándome mi bebida. —Ambas se ven raras.

Ni Heather ni yo respondemos.

— ¿Y bien? —Exige Vivi.

—Jude nos pidió que nos quedáramos unos días más—, dice Heather, sorprendiéndome enormemente. —Ella necesita nuestra ayuda—. Vivi me mira acusadora.

Abro la boca para protestar, pero no puedo negar nada de eso sin exponer a Heather. Cuando Vivi usó magia para hacerle olvidar lo que sucedió en la boda de Taryn, estaba furiosa con ella. No pude evitar ser consciente de que ella era parte de Faerie y yo no. Y ahora mismo, no puedo evitar ser consciente de todas las formas en que Heather es humana.

—Solo unos días más—, estoy de acuerdo, segura de que estoy siendo una mala hermana, pero quizás, también estoy siendo una buena persona.

Al otro lado de la habitación, Cardan levanta una copa.

—Sean bienvenidos en la Isla de Insmire, dice. —Seelie y Unseelie, gente salvaje y gente tímida, me alegra que marchen bajo mi estandarte, feliz de su lealtad, agradecido por su honor—. Su mirada va hacia mí. —A ustedes les ofrezco vino de miel y la hospitalidad de mi mesa. Pero a los traidores y violadores de juramentos, les ofrezco la hospitalidad de mi reina. La hospitalidad de los cuchillos.

Hay una oleada de ruido, de alegres silbidos y aullidos. Muchos ojos se vuelven hacia mí. Veo a Lady Asha, ceñuda en mi dirección.

Todo Faerie sabe que fui yo quien mató a Balekin. Saben que incluso pasé algún tiempo en el exilio por ello. Saben que soy la hija adoptiva de Madoc. No dudan de las palabras de Cardan.

Bueno, ciertamente les ha hecho verme como algo más que una reina mortal. Ahora me ven como la reina asesina. No estoy segura de cómo me siento al respecto, pero ahora, al ver la intensidad del interés en sus miradas, no puedo negar que es efectivo.

Levanto el vaso y bebo.

Y cuando la fiesta decae, cuando paso junto a los cortesanos, todos se inclinan ante mí. Hasta el último.



Estoy exhausta cuando salimos del salón, pero mantengo la cabeza erguida y los hombros hacia atrás. Estoy decidida a no dejar que nadie sepa lo cansada que estoy.

Sólo cuando estoy de vuelta en las habitaciones reales, me permito encorvarme un poco, hundiéndome contra el marco de la puerta de la habitación interior.

—Estuviste muy formidable esta noche, mi reina—, dice Cardan, cruzando hacia mí.

—Después de ese discurso que pronunciaste, no hizo falta mucho—. A pesar de mi cansancio, soy muy consciente de su presencia, del calor de su piel y de la forma en que su lenta y cómplice sonrisa hace que mi estómago se retuerza de estúpido anhelo.

—No puede ser otra cosa que la verdad—, dice. —O nunca podría haber salido de mi lengua.

Encuentro mi mirada atraída por sus labios suaves, el negro de sus ojos, los acantilados de sus pómulos.

—No viniste a la cama anoche—, le susurro.

De repente se me ocurre que mientras yo estaba inconsciente, él habría pasado las noches en otro lugar. Quizás no solo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve en la corte. No tengo idea de quién está a su favor.

Pero si hay alguien más, sus pensamientos parecen estar lejos de ella.

—Estoy aquí ahora—, dice, como si pensara que es posible que él me malinterprete.

Está bien querer algo que va a doler, me recuerdo. Me acerco a él, para que estemos lo suficientemente cerca para tocarnos.

Toma mi mano entre las suyas, los dedos entrelazados y se inclina hacia mí.

Tengo mucho tiempo para alejarme del beso, pero no lo hago. Quiero que me bese. Mi cansancio se evapora cuando sus labios se presionan contra los míos. Una y otra vez, un beso se desliza al siguiente.

—Esta noche parecías un caballero en una historia— dice suavemente contra mi cuello. —Posiblemente una historia *sucia*.

Le doy una patada en la pierna y él me besa de nuevo, más fuerte.

Nos tambaleamos contra la pared y acerco su cuerpo al mío. Mis dedos se deslizan por debajo de su camisa, recorriendo su columna hasta las alas de los omóplatos.

Su cola se mueve hacia adelante y hacia atrás, el extremo peludo acaricia la parte posterior de mi pantorrilla.

Se estremece y se aprieta más fuerte contra mí, profundizando el beso. Sus dedos empujan mi cabello hacia atrás, húmedo de sudor. Todo mi cuerpo está tenso por el deseo, acercándome hacia él. Me siento febril. Cada beso parece hacer que mis pensamientos estén más drogados, mi piel más sonrojada. Su boca está contra mi cuello, su lengua sobre mi piel. Su mano se mueve a mis caderas, levantándose.

Me siento acalorada y fuera de control.

Ese pensamiento atraviesa todo lo demás y me congelo.

Me suelta de inmediato, dejándome caer y luego retrocediendo como si estuviera escaldado.

—No necesitamos...—, comienza, pero eso es aún peor. No quiero que adivine lo vulnerable que me siento.

—No, sólo dame un segundo—, digo, luego me muerdo el labio. Sus ojos son muy oscuros, las pupilas dilatadas. Es tan

hermoso, tan perfecto, horriblemente, inhumanamente hermoso que apenas puedo respirar. —Vuelvo enseguida.

Huyo al armario. Todavía puedo sentir el retumbar de mi pulso atronador por todo mi cuerpo.

Cuando era niña, el sexo era un misterio, algo extraño que la gente hacía para tener bebés cuando se casaban. Una vez, un amigo y yo colocamos muñecas en un sombrero y sacudimos el sombrero para indicar que lo *estaban haciendo*.

Eso cambió en Faerie, por supuesto. La gente viene desnuda a las fiestas, puedes unirse para divertirse, especialmente a medida que avanzan las noches. Pero aunque entiendo qué es el sexo ahora y cómo se hace, no anticipé cuánto se sentiría como perderme. Cuando las manos de Cardan están sobre mí, me traiciona el placer. Y puede decirlo. Tiene práctica en las artes del amor. Puede obtener cualquier respuesta que quiera de mí. Odio eso y, sin embargo, lo quiero; todo a la vez.

Pero tal vez no tenga que ser la única a la que se le haga sentir cosas.

Me quito el vestido, me quito los zapatos. Incluso me suelto el cabello, dejándolo caer sobre mis hombros. En el espejo, veo mis curvas: los músculos de mis brazos y pecho, afilados por el juego de la espada; la pesadez de mis pálidos pechos; y la hinchazón de mis caderas. Desnuda, no hay disfraz para mi mortalidad.

Desnuda, regreso al dormitorio.

Cardan está junto a la cama. Cuando se vuelve, se ve tan asombrado que casi me río. Rara vez lo he visto inseguro de sí mismo, incluso cuando estaba borracho, incluso cuando estaba herido; es raro verlo trastornado. Un calor salvaje aparece en sus ojos, una expresión no muy diferente al miedo. Siento una oleada de poder, embriagador como el vino.

Ahora bien, este es un juego al que no me importa jugar.

—Ven aquí—, dice con voz ronca. Lo hago, cruzando obedientemente.

Puede que no tenga experiencia en el amor, pero sé mucho sobre provocación. Me pongo de rodillas frente a él.

— ¿Es así como imaginabas que sería, en tus habitaciones en Hollow Hall, cuando pensabas en mí y lo odiabas? ¿Así es como imaginaste mi eventual rendición?

Parece absolutamente mortificado, pero no hay forma de disimular el rubor de sus mejillas, el brillo de sus ojos.

—Sí—, dice, sonando como si la palabra fuera arrancada de él, su voz ronca por el deseo.

—Entonces, ¿qué hice? —Pregunto, mi voz es baja.

Extiendo la mano para presionar mi mano contra su muslo.

Su mirada brilla con un agudo pico de calor. Sin embargo, hay cierta cautela en su rostro y me doy cuenta de que cree que podría estar preguntándole todo esto porque estoy enojada. Porque quiero verlo humillado. Pero sigue hablando de todos modos.

—Te imaginé diciéndome que hiciera contigo lo que quisiera.

— ¿*De Verdad?* —Pregunto, y la risa de sorpresa en mi voz lo hace encontrar mi mirada.

—Junto con un poco de mendicidad de tu parte. Un poco de servilismo—. Me da una sonrisa avergonzada. —Mis fantasías estaban plagadas de una ambición arrogante.

De rodillas, es una pequeña cosa recostarme sobre la fría piedra. Alzo mis manos, como suplicando.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras—, le digo. —*Por favor, oh por favor.* Todo lo que quiero eres tú.

Toma aire y se agacha, así que ambos estamos en el suelo y él está sobre sus manos y rodillas, formando una jaula con su cuerpo. Presiona su boca contra el punto de pulso de mi muñeca, corriendo al ritmo de mi corazón.

—Búrlate de mí todo lo que quieras. Lo que sea que imaginaba entonces, ahora soy yo quien suplicaría y se

arrastraría por una palabra amable de tus labios—. Sus ojos están negros de deseo. —Por ti, estoy perdido para siempre.

Parece imposible que esté diciendo esas palabras y que sean ciertas. Pero cuando se inclina y me besa de nuevo, ese pensamiento se convierte en sensación. Se arquea contra mí, estremeciéndose. Empiezo a desabrochar los botones de su jubón. Arroja su camisa tras este.

—No me estoy burlando—, le susurro contra su piel.

Cuando me mira, su rostro está preocupado.

—Hemos vivido con nuestra armadura durante tanto tiempo, tú y yo. Y ahora no estoy seguro de si alguno de nosotros sabe cómo quitárnosla.

— ¿Es este otro acertijo? —Pregunto. —Y si lo contesto, ¿volverás a besarme?

—Si es lo que quieres. —Su voz suena áspera, inestable. Se mueve de modo que yace a mi lado.

—Te dije lo que quería—, le digo en desafío. —Para que hagas conmigo lo que sea...

—No—, interrumpe. —Lo que *quieras*.

Me muevo para estar a horcajadas sobre su cuerpo. Mirándolo, estudio los planos de su pecho, los voluptuosos rizos negros, húmedos contra su frente, sus labios entreabiertos, la longitud peluda de su cola.

—Quiero... —digo, pero soy demasiado tímida para decir las palabras.

Lo beso en su lugar. Bésalo hasta que comprenda.

Se quita los pantalones, mirándome como esperando a que cambie de opinión. Siento el roce suave de su cola contra mi tobillo, enrollándose alrededor de mi pantorrilla. Luego busco a tientas mi camino hacia lo que creo que es la posición correcta. Jadeamos mientras nuestros cuerpos se deslizan juntos. Me sostiene firme a través de la aguda y brillante chispa de dolor.

Muerdo su palma. Todo es rápido y caliente, y yo tengo el control y estoy fuera de control al mismo tiempo.

Su rostro está totalmente desprotegido.

Cuando terminamos, me besa, dulce y crudo.

—Te extrañé—, le susurro contra su piel y me siento mareada con la intimidad de la admisión, me siento más desnuda que cuando podía ver cada centímetro de mí. —En el mundo mortal, cuando pensaba que eras mi enemigo, todavía te extrañaba.

—Mi dulce némesis, qué contento estoy de que hayas regresado—. Tira de mi cuerpo contra el suyo, acunando mi cabeza contra su pecho. Seguimos tirados en el suelo, aunque a nuestro lado hay una cama perfectamente buena.

Pienso en su acertijo. ¿Cómo se quita la armadura la gente como nosotros?

Una pieza a la vez.



Los siguientes dos días los paso principalmente en la sala de guerra, donde le pido a Grima Mog que se una a los generales de Cardan y a los de las Cortes inferiores para crear planes de batalla. La Bomba también se queda, su rostro enmascarado con una red negra, y el resto de ella escondido en una túnica con capucha de un negro profundo. Los miembros del Consejo Viviente exponen sus preocupaciones. Cardan y yo nos encorvamos sobre la mesa mientras la gente se turna para dibujar mapas de posibles planes de ataque y defensa. Se mueven pequeñas esculturas talladas. Se envían tres mensajeros a Nicasia, pero Bajo el mar no responde.

—Madoc quiere que los lores, las damas y los gobernantes de las Cortes inferiores vean un espectáculo—, dice Grima Mog. —Déjame luchar contra él. Sería un honor para mí ser su campeón.

—Desafíalo a un juego de tiddlywinks y yo seré tu campeón—, dice Fala.

Cardan niega con la cabeza.

—No, que venga Madoc y pida su parlamento. Nuestros caballeros estarán en su lugar. Y dentro del Gran Salón, también lo harán nuestros arqueros. Lo escucharemos y le responderemos. Pero no nos entretendremos con juegos. Si Madoc desea actuar contra Elfhame, debe hacerlo y debemos contraatacar con toda la fuerza que poseemos—. Mira al suelo, luego a mí.

—Si él cree que puede hacer que te enfrentes a él, entonces será muy difícil no hacerlo—, digo.

—Pídale que entregue sus armas en la puerta—, dice la Bomba. —Y cuando no lo haga, le dispararé desde las sombras.

—Parecería que soy lo bastante cobarde—, dice Cardan. —Para ni siquiera para escucharlo.

Con esas palabras, mi corazón se hunde. Porque el orgullo es exactamente lo que Madoc espera manipular.

—Estarías vivo, mientras que tu enemigo yace muerto—, dice la Bomba. Con el rostro cubierto, es imposible leer su expresión. —Y hubiéramos respondido deshonor con deshonor.

—Espero que no estés considerando aceptar un duelo—, dice Randalin. —Tu padre no habría tenido un pensamiento tan absurdo ni por un momento.

—Por supuesto que no—, dice Cardan. —No soy un espadachín, pero además, no me gusta dar a mis enemigos lo que quieren. Madoc ha venido para un duelo, y si no es por otra razón que esa, no debería tener uno.

—Una vez que termine el parlamento—, dice Yorn, mirando hacia atrás en sus planos, —nos encontraremos en el campo de batalla. Y le mostraremos el precio de ser un traidor a Elfhame. Tenemos un camino claro hacia la victoria.

Un camino despejado y, sin embargo, no tengo un gran presentimiento. Fala me llama la atención, haciendo malabares con piezas de la mesa: un caballero, una espada, una corona.

Luego, un mensajero alado entra corriendo en la habitación.

—Los han visto—, dice. —Los barcos de Madoc están llegando.

Un ave marina llega momentos después, con una llamada para parlamentar adjunta a su pata.

El nuevo Gran General se dirige a la puerta, llamando a sus tropas.

—Moveré a mi gente del aire a su posición. Tenemos quizás tres horas.

—Y recogeré a la mía—, dice la bomba, volviéndose hacia Cardan y hacia mí. —A su señal, los arqueros atacarán.

Cardan desliza sus dedos en los míos.

—Es difícil trabajar contra alguien que amas—. Me pregunto si estará pensando en Balekin.

Una parte de mí, a pesar de saber que Madoc es mi enemigo, se siente tentada a imaginarse sacándolo de esto. Vivi está aquí, también Taryn e incluso Oak. Oriana desearía la paz, la impulsaría si hubiera un camino. Quizás podríamos persuadirlo de que termine la guerra antes de que comience. Quizás podríamos llegar a algún tipo de acuerdo. Después de todo, soy la Reina Suprema. ¿No podría darle un pedazo de tierra para gobernar?

Pero sé que es imposible. Si le concediera una bendición por ser un traidor, sólo estaría alentando una mayor traición. Y, a pesar de todo, Madoc no se apaciguaría. Viene de una línea de guerreros. Su madre lo dio a luz en la batalla y planea morir con una espada en la mano.

Pero no creo que planeo morir de esa manera hoy.

Creo que planea ganar.



Es casi el atardecer cuando estoy lista para caminar hacia el estrado. Llevo un vestido verde y dorado, y un aro de ramas doradas brilla en mi frente. Mi cabello ha sido trenzado y moldeado en algo así como dos cuernos de carnero, y mi boca se ha manchado del color de las bayas en invierno. Lo único de

mi atuendo que se siente normal es el peso de Nightfell en una nueva y glamorosa funda.

Cardan, a mi lado, repasa los planes finales con la Bomba. Está vestido de un verde oscuro tan musgoso que es casi el negro de sus rizos.

Me vuelvo hacia Oak, de pie con Taryn, Vivi y Heather. Estarán presentes, pero escondidos en la misma área donde Taryn y yo solíamos ir a observar las fiestas sin ser vistas.

—No tienes que hacer esto—, le digo a Oak.

—Quiero ver a mi madre—, dice con voz firme. —Y quiero ver qué pasa.

Si algún día va a ser Rey Supremo, tiene derecho a saberlo, pero me gustaría que eligiera una forma diferente de averiguarlo. Pase lo que pase hoy, dudo que haya una manera de evitar que sea una pesadilla para Oak.

—Aquí está tu anillo de vuelta—, dice, sacándolo del bolsillo y colocándolo en mi palma. —Lo mantuve seguro como dijiste.

—Te lo agradezco—, le digo en voz baja, deslizándolo en mi dedo. El metal está caliente por estar tan cerca de su cuerpo.

—Nos iremos antes de que las cosas se pongan mal—, promete Taryn, pero no estuvo allí durante la coronación del príncipe Dain. No comprende la rapidez con la que todo puede cambiar.

Vivi mira a Heather.

—Y luego volvemos al mundo mortal. No deberíamos habernos quedado tanto tiempo—. Pero también veo el anhelo en su rostro. Nunca antes había querido quedarse en Faerie, pero fue fácil persuadirla para que se quedara un poco más.

—Lo sé—, digo. Heather evita nuestros ojos.

Cuando se van, la Bomba viene hacia mí y toma mis manos entre las suyas.

—Pase lo que pase—, me dice, —recuerda, estaré velando por ti desde las sombras.

—Nunca lo olvidaré—, le digo a cambio, pensando en la Cucaracha, que sigue durmiendo gracias a mi padre. Del Fantasma, que era su prisionero. De mí, que casi me desangró en la nieve. Tengo mucho que vengar.

Luego ella también se va, y somos Cardan y yo, solos por un momento.

—Madoc dice que te batirás en duelo por amor—, le digo.

—¿Cuál? —pregunta, frunciendo el ceño.

No hay banquete demasiado abundante para un hombre hambriento.

Niego con la cabeza.

—Eres a ti a quien amo—, dice. —Pasé gran parte de mi vida cuidando mi corazón. Lo guardaba tan bien que podía comportarme como si no tuviera ninguno. Incluso ahora, es una cosa raída, carcomida y escabrosa. Pero es tuyo—. Camina hacia la puerta de los aposentos reales, como para terminar la conversación. —Probablemente lo hayas adivinado—, dice. —Pero por si acaso no lo hiciste, te lo digo ahora.

Abre la puerta para evitar que responda. De repente, ya no estamos solos. Fand y el resto de nuestra guardia están listos en el pasillo, con el Consejo Viviente esperando con impaciencia a su lado.

No puedo creer que haya dicho eso y luego se haya ido, dejándome tambaleante. Lo voy a estrangular.

—El traidor y su compañía han entrado en el Gran Salón—, dice Randalin. —Esperando tus órdenes.

—¿Cuántos? —Pregunta Cardan.

—Doce—, dice. —Madoc, Oriana, Grimsen, algunos de la Corte de los Dientes y varios de los mejores generales de Madoc.

Un pequeño número y una mezcla de formidables guerreros con cortesanos. No puedo entenderlo, excepto lo obvio. Tiene la intención de la diplomacia y la guerra.

Mientras caminamos por los pasillos, miro a Cardan. Me da una sonrisa preocupada, como si sus pensamientos estuvieran en Madoc y el conflicto que se avecinaba.

Tú también lo amas, pienso. Lo has amado desde antes de ser un prisionero de Bajo el mar. Lo amabas cuando accediste a casarte con él.

Una vez que esto termine, encontraré la valentía para decírselo.

Y luego nos acompañan al estrado, como actores en un escenario a punto de comenzar una actuación.

Miro a los gobernantes de las Cortes Seelie y Unseelie por igual, a la Gente Salvaje que nos juraron, a los cortesanos, artistas y sirvientes. Mi mirada se engancha en Oak, medio escondido en lo alto de una formación rocosa. Mi gemela me da una sonrisa tranquilizadora. Lord Roiben se aparta a un lado, su comportamiento imponente. En el otro extremo de la sala, veo que la multitud comienza a separarse para permitir que Madoc y su compañía se acerquen.

Flexiono los dedos, fríos por los nervios.

Mientras atraviesa el Gran Salón, la armadura de mi padre brilla con un nuevo brillo, pero por lo demás no tiene nada de especial: la armadura de alguien interesado en lo confiable más que en lo nuevo e impresionante. El manto que cuelga de sus hombros es de lana, bordado con su sello de luna en plata y forrado en rojo. Sobre ella, la enorme espada, colgada para que pueda desenvainarla con un único y fluido movimiento. Y en su cabeza, una gorra familiar, rígida con sangre oscura y seca.

Mirando esa gorra, sé que no ha venido solo a hablar.

Detrás de él están Lady Nore y Lord Jarel de la Corte de Dientes, con su pequeña Reina Suren atada a su lado. Y Los generales de mayor confianza de Madoc: Calidore, Brimstone y Vavindra. Pero a cada lado de él están Grimsen y Oriana. Grimsen está vestido de manera elaborada, con una chaqueta toda de piezas de oro con bisagras. Oriana está tan pálida como siempre, vestida de un azul profundo adornado con pelaje blanco, su única decoración es un tocado plateado que brilla en su cabello como el hielo.

—Lord Madoc—, dice Cardan. —Traidor al trono, asesino de mi hermano, ¿qué te trae por aquí? ¿Has venido a lanzarte a merced de la corona? Quizás esperas que la Reina Suprema de Elfame muestre indulgencia.

Madoc suelta una carcajada, su mirada va hacia mí.

—Hija, cada vez que pienso que no puedes subir más, me pruebas que estoy equivocado—, dice. —Y fui un tonto al preguntarme si aún estabas viva.

—Estoy viva—, digo. —Y no es gracias a ti.

Tengo cierta satisfacción al ver el desconcierto total en el rostro de Oriana y luego la conmoción que lo reemplaza cuando ve que mi presencia al lado del Rey Supremo no es una broma elaborada. De alguna manera estoy casada con Cardan.

—Esta es tu última oportunidad para rendirte—, digo. —Dobla las rodillas, padre.

Se ríe de nuevo, sacudiendo la cabeza.

—Nunca me he rendido en mi vida. En todos los años que he luchado, nunca le he dado eso a nadie. Y no te lo daré.

—Entonces serás recordado como un traidor, y cuando hagan canciones sobre ti, esas canciones olvidarán todas tus valientes hazañas a favor de esta despreciable.

—Ah, Jude—, dice. — ¿Crees que me preocupan las canciones?

—Has venido a parlamentar y no te rendirás—, dice Cardan.
—Entonces habla. No puedo creer que hayas traído tantas tropas para que permanezcan inactivas.

Madoc pone su mano sobre la empuñadura de su espada.

—He venido a desafiarte por tu corona.

Cardan se ríe.

—Esta es la Corona de Sangre, forjada para Mab, la primera de la línea Greenbriar. No puedes usarla.

—Forjada por Grimsen—, dice Madoc. —Aquí a mi lado. Él encontrará la manera de hacerla mía una vez que gane. Entonces, ¿escucharás mi desafío?

No, quiero decir. *Deja de hablar*. Pero este es el propósito del parlamento. Difícilmente puedo detenerlo sin una razón.

—Has recorrido todo este camino—, dice Cardan. —Y llamé a tanta gente aquí para testificar. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—Cuando murió la reina Mab—, dice Madoc, sacando la espada de su espalda. Brilla con la luz de las velas reflejada. —El palacio fue construido sobre su carretilla. Y mientras sus restos se han ido, su poder vive en las rocas y la tierra allí. Esta espada se enfrió en esa tierra, la empuñadura engastada con sus piedras. Grimsen dice que puede sacudir el firmamento de las islas.

Cardan mira hacia las sombras, donde están posicionados los arqueros.

—Fuiste mi invitado hasta que desenvainaste tu elegante espada. Déjalo y vuelve a ser mi invitado.

—¿Dejarlo? —dice Madoc. —Muy bien. —La golpea contra el suelo del Gran Salón. Un sonido atronador sacude el palacio, un temblor que parece atravesar el suelo debajo de nosotros. La gente grita. Grimsen se ríe, claramente encantado con su propio trabajo.

Se forma una grieta en el suelo, que comienza donde la hoja perfora el suelo, la fisura se ensancha a medida que avanza hacia

el estrado, partiendo la piedra. Un momento antes de que llegue al trono, me doy cuenta de lo que está a punto de suceder y me tapo la boca. Luego, el antiguo trono de Elfhame se rompe por la mitad, sus ramas florecidas se convierten en astillas y su asiento se borra. La savia gotea de la ruptura como la sangre de una herida.

—He venido aquí para darte esta espada—, dice Madoc sobre los gritos.

Cardan mira con horror la destrucción del trono.

—¿Por qué?

—Si pierdes el duelo que te propongo, será tuya para manejarla contra mí. Tendremos un duelo adecuado, pero tu espada será mucho mejor. Y si ganas, será tuya de todos modos, al igual que mi rendición.

A pesar de sí mismo, Cardan parece intrigado. El pavor me roe las entrañas.

—Rey Supremo Cardan, hijo de Eldred, bisnieto de Mab. Tú que naciste bajo una estrella desfavorecida, cuya madre te dejó para comer las migajas de la mesa real como si fueras uno de sus sabuesos, tú que eres dado al lujo y la comodidad, cuyo padre te despreciaba, cuya esposa te guarda bajo su control, ¿puedes inspirar lealtad a tu gente?

—Cardan—, comienzo, luego me muerdo la lengua. Madoc me ha atrapado. Si hablo y Cardan me escucha, parecerá que mi padre tiene razón.

—No estoy bajo el control de nadie—, dice Cardan. —Y tu traición comenzó con la planificación de la muerte de mi padre, por lo que apenas puedes preocuparte por tu buena opinión. Vuelve a tus montañas desoladas. La gente de aquí son mis súbditos jurados, y tus insultos son aburridos.

Madoc sonríe.

—Sí, pero ¿te aman tus súbditos jurados? Mi ejército es leal, Rey Supremo Cardan, porque me he ganado su lealtad. ¿Te has

ganado una sola cosa que tienes? He luchado con los que me siguen y he sangrado con ellos. Le he dado mi vida a Elfhame. Si fuera Rey Supremo, daría a todos los que me siguieron el dominio sobre el mundo. Si tuviera la Corona de sangre en la cabeza en lugar de esta gorra, traería victorias inimaginables. Dejemos que elijan entre nosotros, y quien quiera que elijan, que él tenga el gobierno de Elfhame. Déjelo tener la corona. Si Elfhame te ama, cederé. Pero, ¿cómo puede alguien elegir ser fiel, si nunca les das la oportunidad de tomar otra decisión? Que esa sea la forma de la contienda entre nosotros. Los corazones y las mentes de la Corte. Si eres demasiado cobarde para enfrentarte a mí con espadas, que ese sea nuestro duelo.

Cardan mira al trono. Algo en su expresión está vivo, algo encendido.

—Un rey no es su corona—. Su voz suena distante, como si hablara principalmente para sí mismo.

La mandíbula de Madoc se mueve. Su cuerpo está tenso, listo para luchar.

—Hay algo más. Está el asunto de la reina Orlagh.

—A quién disparó tu asesino—, digo. Un murmullo atraviesa la multitud.

—Ella es tu aliada—, dice Madoc, sin negar nada. —Su hija, una de tus benditas compañeras en el palacio—. Cardan frunce el ceño. —Si no arriesgas la Corona de Sangre, la punta de flecha se hundirá en su corazón y ella morirá. Será como si la hubieras matado, Rey Supremo de Elfhame. Y todo porque creías que tu propia gente te negaría.

No aceptes esto, quiero gritar, pero si lo hago, Cardan podría sentir que tiene que aceptar la ridícula competencia de Madoc solo para demostrar que no tengo poder sobre él. Estoy furiosa, pero finalmente veo por qué Madoc cree que puede manipular a Cardan para que acepte el concurso. Ya veo que es demasiado tarde.

Cardan no era un niño fácil de amar, y solo ha empeorado con el tiempo, me dijo Lady Asha. Eldred desconfiaba de él por la profecía y no les importaba. Y estar en desgracia con su padre, de quien fluía todo el poder, lo puso en desgracia con el resto de sus hermanos.

Siendo rechazado por su familia, ¿cómo podría convertirse en Rey Supremo y no sentirse como si finalmente perteneciera? ¿Cómo finalmente ser abrazado?

No hay banquete demasiado abundante para un hombre hambriento.

¿Y cómo podría alguien no querer una prueba de que el sentimiento es real?

¿Elfhame elegiría a Cardan para gobernarlos? Miro a la multitud. Sobre la reina Annet, que podría valorar la experiencia y la brutalidad de Madoc. Sobre Lord Roiben, dado a la violencia. A Alderking, Severin de Fairfold, que fue exiliado por Eldred y puede que no desee seguir al hijo de Eldred.

Cardan se quita la corona de la cabeza.

La multitud jadea.

—¿Qué estás haciendo?—Susurro. Pero ni siquiera me mira. Es la corona lo que está mirando.

La espada permanece clavada profundamente en el suelo. El Gran Salón está callado.

—Un rey no es su trono ni su corona—, dice. —Tienes razón en que ni la lealtad ni el amor deben ser obligados. Pero el gobierno de Elfhame tampoco debe ganarse o perderse en una apuesta, como si fuera la paga de una semana o un odre de vino. Soy el Rey Supremo, y no pierdo ese título por ti, no por una espada, un espectáculo o mi orgullo. Vale más que cualquiera de esas cosas.

Cardan me mira y sonríe.

—Además de que, dos gobernantes están frente a ti. E incluso si me hubieras cortado, quedaría uno.

Mis hombros se hunden con alivio, y miro a Madoc con una mirada de triunfo. Veo duda en su rostro por primera vez, el miedo de que haya calculado mal.

Pero Cardan no ha terminado de hablar.

—Quieres precisamente aquello contra lo que protestas: la Corona de Sangre. Quieres que mis súbditos estén ligados a ti con tanta seguridad como ahora lo están a mí. Lo quieres tanto que arriesgar la Corona de sangre es el precio que le pusiste a la cabeza de la reina Orlagh. —Luego sonrío. —Cuando nació, hubo una profecía que si yo gobernaba, sería la destrucción de la corona y la ruina del trono.

La mirada de Madoc pasa de Cardan a mí y luego de nuevo a Cardan. Está pensando en sus opciones. No son buenas, pero todavía tiene una espada muy grande. Mi mano va automáticamente a la empuñadura de Nightfell.

Cardan extiende una mano de dedos largos hacia el trono de Elfhame y la gran grieta que recorre el suelo.

—He aquí, la mitad de lo que se ha predicho—. Él ríe. —Nunca pensé que estaba destinado a ser interpretado literalmente. Y nunca consideré que desearía su cumplimiento.

No me gusta a dónde va esto.

—La reina Mab creó esta corona para mantener a sus descendientes en el poder—, dice Cardan. —Pero los votos nunca deben ser para una corona. Deberían ser para un gobernante. Y deben ser por su propia voluntad. Soy tu rey, y a mi lado está mi reina. Pero es tu elección si nos sigue o no. Tu voluntad será sólo tuya.

Y con sus propias manos, parte la Corona de sangre en dos. Se rompe como un juguete de niño, como si en sus manos nunca hubiera sido de metal, quebradizo como una espoleta.

Creo que jadeo, pero es posible que grite. Muchas voces se elevan en algo que es una mezcla de horror y alegría.

Madoc parece horrorizado. Vino por esa corona, y ahora no es más que un trozo de escoria agrietado. Pero es el rostro de Grimsen el que miro. Niega violentamente con la cabeza de un lado a otro. *No no no no.*

—Gente de Elfhame, ¿me aceptarán como su Rey Supremo?
—Cardan grita.

Son las palabras rituales de la coronación. Recuerdo que algo así dijo Eldred en este mismo salón. Y uno por uno, alrededor del Gran Salón, veo a la gente inclinar la cabeza. El movimiento ondula como una ola exultante.

Lo han elegido a él. Le están dando su lealtad. Hemos ganado.

Miro a Cardan y veo que sus ojos se han vuelto completamente negros.

— ¡No no no no no NO! —Grimsen llora. —Mi trabajo. Mi hermoso trabajo. Se suponía que iba a durar para siempre.

En el trono, las flores restantes se vuelven del mismo color negro que los ojos de Cardan. Entonces el negro sangra por su rostro. Se vuelve hacia mí, abre la boca, pero su mandíbula está cambiando. Todo su cuerpo está cambiando, alargándose y ululando.

Y recuerdo de repente que Grimsen ha maldecido todo lo que ha hecho.

Cuando vino a mí para forjar la Corona de sangre, me confió un gran honor. Y lo maldije para protegerlo para siempre.

Quiero que mi trabajo perdure tal como la reina Mab quería que perdurara su línea.

La cosa monstruosa parece haberse tragado todo de Cardan. Su boca se abre de par en par y luego se abre enormemente a medida que le brotan largos colmillos. Las escamas cubren su piel. El terror me ha arraigado en mi lugar.

Los gritos llenan el aire. Algunos de los de la corte comienzan a correr hacia las puertas. Saco a Nightfell. El guardia mira a

Cardan con horror, armas en la mano. Veo a Grima Mog corriendo hacia el estrado.

En el lugar donde estaba el Rey Supremo, hay una enorme serpiente, cubierta de escamas negras y colmillos curvos. Un brillo dorado recorre las espiras del enorme cuerpo. Miro sus ojos negros, esperando ver reconocimiento allí, pero están fríos y vacíos.

—Va a envenenar la tierra—, grita el herrero. —Ningún beso de amor verdadero lo detendrá. Ningún acertijo lo solucionará. Sólo la muerte.

—El Rey de Elfhame ya no existe—, dice Madoc, agarrando la empuñadura de su enorme espada, con la intención de obtener la victoria de lo que había sido una derrota casi segura. —Matare a la serpiente y tomare el trono.

—Te olvidas de ti mismo—, grito, mi voz atravesando el Gran Salón. La gente del aire deja de correr. Los gobernantes de las Cortes inferiores me miran fijamente, junto con el Consejo y la Gente de Elfhame. Esto no es nada como ser el senescal de Cardan. Esto no es nada como gobernar a su lado. Esto es horrible. Nunca me escucharán.

La lengua de la serpiente se agita, saboreando el aire. Estoy temblando, pero me niego a mostrar el miedo que siento.

—Elfhame tiene una reina, y ella está antes que tú. Guardias, apresad a Madoc. Atrapa a todos en su grupo. Han roto la hospitalidad del Tribunal Superior de la manera más grave. Los quiero encarcelados. Los quiero muertos.

Madoc se ríe.

— ¿Tú, Jude? La corona se ha ido. ¿Por qué deberían obedecerte cuando podrían seguirme con la misma facilidad?

—Porque soy la Reina Suprema de Elfhame, la verdadera reina, elegida por el rey y la tierra—. Mi voz se quiebra en esa última parte. —Y no eres más que un traidor.

¿Sueno convincente? No lo sé. Probablemente no.

Randalin se pone a mi lado.

—La escuchaste—, ladra, sorprendiéndome. —Arréstalos.

Y eso, más que nada de lo que dije, parece hacer que los caballeros vuelvan a su tarea. Se mueven para rodear la compañía de Madoc, con las espadas desenvainadas.

Entonces la serpiente se mueve más rápido de lo que esperaba. Se desliza desde el estrado hacia la multitud, dispersando a la gente que huye aterrorizada. Parece que ya se ha hecho más grande. El brillo dorado de sus escamas es más pronunciado. Y en la estela de su camino, la tierra se agrieta y se desmorona, como si una parte esencial de ella se estuviera extrayendo.

Los caballeros retroceden y Madoc saca su enorme espada de la tierra. La serpiente se desliza hacia él.

— ¡Madre! —Oak grita y cruza el Gran Salón hacia ella. Vivi intenta agarrarlo. Heather lo llama por su nombre, pero los cascos de Oak ya están cayendo por el suelo. Oriana se vuelve horrorizada mientras él se lanza hacia ella y se encuentra en el camino de la serpiente.

Oak se detiene en seco, leyendo la advertencia en lenguaje corporal de su madre. Pero todo lo que hace es sacar la espada de un niño de una empuñadura a su lado. La espada que insistí en que aprendiera a usar a través de todas esas tardes de ocio en el mundo mortal. Sosteniéndola en alto, se interpone entre su madre y la serpiente.

Esto es mi culpa. Todo culpa mía.

Con un grito, salto del estrado y corro hacia mi hermano.

Madoc se balancea sobre la serpiente mientras se encabrita. Su espada golpea su costado, buscando fuera de sus escamas. Contraataca, derribándolo y luego deslizándose sobre su cuerpo en su prisa por perseguir a su verdadera presa: Grimsen.

La criatura se enrosca alrededor del herrero que huye y le clava los colmillos en la espalda. Un grito agudo llena el aire

cuando Grimsen cae en un montón fulminante. En minutos, se convierte en una cáscara, como si el veneno de los colmillos de la serpiente devorara su esencia desde adentro.

Me pregunto cuándo soñó con semejante maldición, si alguna vez pensó en tener miedo por sí mismo.

Cuando miro hacia arriba, veo que la mayor parte del pasillo ha sido despejada. Los caballeros han retrocedido. Los arqueros de la Bomba se han hecho visibles en lo alto de las paredes, con las cuerdas de los arcos tensas. Grima Mog ha venido a pararse a mi lado, su espada lista. Madoc se pone de pie tambaleándose, pero la pierna sobre la que se deslizó la serpiente no parece inclinada a sostenerlo. Agarro a Oriana por el hombro y la empujo hacia donde está parado Fand. Luego me interpongo entre Oak y la serpiente.

—Ve con ella—, le grito, señalando a su madre. —Llévala a un lugar seguro.

Oak me mira con los ojos húmedos de lágrimas. Sus manos tiemblan sobre la espada, apretándola con demasiada fuerza.

—Fuiste muy valiente—, le digo. —Sólo tienes que ser valiente un poco más.

Me da un leve asentimiento y, con una mirada angustiada hacia Madoc, corre detrás de su madre.

La serpiente se vuelve, su lengua parpadea hacia mí. La serpiente, que una vez fue Cardan.

—¿Quieres ser la reina de las hadas, Jude? —Madoc grita mientras se mueve cojeando. —Entonces mátalos. Mata a la bestia. Veamos si tienes la valentía de hacer lo que hay que hacer.

—Ven, mi señora—, suplica Fand, instándome hacia una salida mientras la serpiente se mueve hacia el estrado. La lengua de la serpiente se agita de nuevo, saboreando el aire, el miedo y un horror tan inmenso me apresan y temo que me tragará.

Cuando la serpiente se enrolla alrededor de los restos destrozados del trono, me dejo llevar hacia las puertas, y una vez que el resto de la gente ha pasado, les ordeno que se cierren detrás de nosotros.



En el pasillo fuera del Gran Salón, todos gritan a la vez. Los concejales se gritan unos a otros. Los generales y los caballeros están tratando de asegurar quién se supone que debe ir a dónde. Alguien está llorando. Los cortesanos se agarran de las manos unos a otros, tratando de dar sentido a lo que vieron. Incluso en una tierra de acertijos y maldiciones, donde se puede invocar una isla desde el mar, la magia de esta magnitud es rara.

Mi corazón late rápido y fuerte, ahogando todo lo demás. La gente me está haciendo preguntas, pero parecen muy lejanas. Mis pensamientos están llenos de la imagen de los ojos de Cardan volviéndose negros, con el sonido de su voz.

Pasé gran parte de mi vida cuidando mi corazón. Lo guardaba tan bien que podía comportarme como si no tuviera ninguno. Incluso ahora, es una cosa raída, carcomida y escabrosa. Pero es tuyo.

—Mi señora—, dice Grima Mog, presionando una mano contra mi espalda. —Mi señora, venga conmigo.

A su toque, el presente vuelve a fluir, fuerte y horrible. Me sorprende ver a la robusta caníbal redcap frente a mí.

Me agarra del brazo y me lleva a un camarote.

—Concéntrate—, gruñe.

Con las rodillas débiles, me deslizo hasta el suelo, con una mano presionada contra mi pecho, como si estuviera tratando de evitar que mi corazón latiera a través de mis costillas.

Mi vestido es demasiado pesado. No puedo respirar.

No sé qué hacer.

Alguien está golpeando la puerta y sé que necesito levantarme. Necesito hacer un plan. Necesito responder a sus preguntas. Necesito arreglar esto, pero no puedo.

No puedo.

Ni siquiera puedo pensar.

—Me voy a levantar—, le prometo a Grima Mog, quien probablemente esté un poco alarmada. Si yo fuera ella, mirándome y dándome cuenta de que estoy a cargo, también me alarmaría. —Voy a estar bien en un minuto.

—Sé que lo estarás—, dice ella.

Pero, ¿cómo puedo cuando sigo viendo la forma negra de la serpiente moviéndose a través del Gran Salón, sigo viendo sus ojos muertos y sus colmillos curvados?

Cojo la mesa y la utilizo para ponerme de pie.

—Necesito encontrar al Astrólogo Real.

—No seas ridícula—, dice Grima Mog. —Tú eres la reina. Si necesita a Lord Baphen, él puede acudir a ti. En este momento, estás entre cualquiera de estos ciudadanos de la corte baja y eres la gobernante de Elfhame. No será solo Madoc quien quiera hacerse cargo ahora. Cualquiera podría decidir que matarte sería una buena forma de defender su posición a cargo. Tienes que mantener la bota en sus gargantas.

Mi cabeza está nadando. Necesito juntarlo.

—Tienes razón—, le digo. —Necesito un nuevo Gran General. ¿Aceptarás el puesto?

La sorpresa de Grima Mog es obvia.

—¿Yo? ¿Pero qué hay de Yorn?

—Él no tiene la experiencia—, digo. —Y no me agrada.

—Traté de matarte—, me recuerda.

—Has descrito casi todas las relaciones importantes de mi vida—, le respondo, tomando respiraciones lentas y superficiales. —Me gustas.

Eso la hace sonreír con los dientes.

—Entonces debería ponerme a trabajar.

—Averigua dónde está la serpiente en todo momento—, digo. —Quiero que alguien lo vigile y quiero saber de inmediato si se mueve. Quizás podamos mantenerlo atrapado en el Gran Salón. Las paredes son gruesas, las puertas pesadas y el piso es de tierra. Y quiero que me envíes a la Bomba. Fand. Mi hermana Taryn. Y un corredor que puede reportarte directamente.

Fand resulta estar justo afuera de la puerta. Le doy una lista muy corta de personas para dejar entrar.

Una vez que Grima Mog se ha ido, me permito otro momento de desdicha indefensa. Luego me obligo a caminar por el piso y pensar en lo que tengo por delante. El ejército de Madoc todavía está anclado en las islas. Debo descubrir qué tropas me quedan y si es suficiente para que desconfíe de una invasión total.

Cardan se ha ido. Mi mente se detiene después de eso y tengo que obligarme a pensar de nuevo. Hasta que no hable con Baphen, me niego a aceptar que las palabras de Grimsen no tengan respuesta. Tiene que haber una escapatoria. Tiene que haber un truco. Tiene que haber una forma de romper la maldición, una forma en que Cardan pueda sobrevivir.

Y luego está la gente del aire que debe estar convencida de que soy la legítima reina de las hadas.

Para cuando la Bomba entra en la habitación, con el rostro cubierto y su capa larga con capucha, estoy tranquila.

No obstante, cuando nos miramos, ella se acerca inmediatamente y me abraza. Pienso en la Cucaracha y en todas las maldiciones que no se pueden romper y, por un momento, la abrazo con fuerza.

—Necesito saber quién me sigue siendo leal—, le digo, soltándome y volviendo a mi ritmo. —Quién está poniendo su suerte con Madoc y quién ha decidido jugar por su cuenta.

Ella asiente.

—Voy a averiguar.

—Y si uno de tus espías escucha los planes para mi asesinato, no necesita avisarme. Tampoco me importa lo vaga que sea la trama o la falta de compromiso de los que planean hacerlo. Solo los quiero a todos muertos—. Quizás no es así como debería manejar las cosas, pero Cardan no está aquí para detenerme. No tengo el lujo del tiempo ni la misericordia.

—Así será—, dice ella. —Traeré noticias esta noche.

Cuando sale, entra Taryn. Me mira como si estuviera esperando que una enorme serpiente también estuviera aquí.

—¿Cómo está Oak? —Pregunto.

—Con Oriana—, dice ella. —Quién no está segura de sí es una prisionera o no.

—Ella me mostró su hospitalidad en el norte y mi objetivo es devolverle el favor—. Ahora que la conmoción está disminuyendo, me doy cuenta de que estoy enojada: con Madoc, con Oriana, con todo Elfhame. Pero eso también es una distracción. —Necesito tu ayuda.

—¿Mía? —Pregunta Taryn, sorprendida.

—Me elegiste un guardarropa cuando era senescal, para hacerme parecer el papel. Vi la propiedad de Locke y lo cambiada que estaba. ¿Puedes armar un salón del trono para mí? Y tal vez encontrar ropa de algún lado para los próximos días. No me importa de dónde venga, siempre y cuando me haga parecer la Reina de las Hadas.

Taryn respira profundamente.

—Bueno. Puedo con esto. Te haré lucir bien.

—Voy a tener que lucir muy bien—, digo.

Ante eso, me da una sonrisa real.

—No entiendo cómo lo haces—, dice. —No entiendo cómo puedes estar tan tranquilo.

No estoy segura de qué decir. No me siento en absoluto tranquila. Soy una vorágine de emociones. Todo lo que quiero hacer es gritar.

Hay otro golpe. Fand abre la puerta.

—Su perdón—, dice. —Pero Lord Baphen está aquí, y dijiste que querías verlo de inmediato.

—Encontraré un lugar mejor para que recibas a la gente—, me asegura Taryn, pasando por alto a Fand.

—El Consejo también quiere una audiencia—, dice Fand. —Les gustaría acompañar a Lord Baphen. Afirman que no hay nada que él sepa que no deberían escuchar.

—No, —digo. —Sólo él.

Unos momentos después, entra Baphen. Lleva una larga túnica azul, un tono más claro que su cabello azul marino. Una gorra de bronce descansa sobre su cabeza. El Astrólogo Real fue uno de los pocos miembros del Consejo que me agradaron y que pensé que podría gustarme, pero ahora mismo lo miro con pavor.

—Realmente no hay nada que... —comienza.

Lo corto.

—Quiero saber *todo* sobre la profecía que hiciste cuando nació Cardan. Quiero que me lo digas exactamente.

Me lanza una mirada de leve sorpresa. En el Consejo, como senescal del Gran Rey, fui indiferente. Y como Reina, estaba demasiado conmocionada como para hacer cualquier demostración de autoridad.

Lord Baphen hace una mueca.

—Darle noticias desafortunadas al Rey Supremo nunca es un placer. Pero fue Lady Asha quien me asustó. Me lanzó una

mirada de odio tal que la sentí hasta la punta de las orejas. Creo que ella creía que exageraba de alguna manera, para avanzar en mis propios planes.

—Parece claro ahora que no lo hiciste, —digo, con la voz seca. —Dímelo a mí.

Se aclara la garganta.

—Hay dos partes. *Él será la destrucción de la corona y la ruina del trono. Solo de su sangre derramada puede surgir un gran gobernante.*

La segunda parte es peor que la primera. Por un momento, las palabras simplemente resuenan en mi cabeza.

— ¿Le diste la profecía al príncipe Cardan? —Pregunto. — ¿Lo sabe Madoc?

—Es posible que su madre se lo haya dicho al Rey Supremo—, dice Lord Baphen. —Supuse... pensé que el príncipe Cardan nunca llegaría al poder. Y luego, cuando lo hizo, bueno, supuse que se convertiría en un mal Rey Supremo y sería asesinado. Pensé que era un destino inequívoco. En cuanto a Madoc, no sé si alguna vez escuchó alguna parte de eso.

— ¿Hay alguna manera de romper la maldición? —Pregunto en tono inestable. —Antes de morir, Grimsen dijo: *Ningún beso de amor verdadero lo detendrá. Ningún acertijo lo solucionará. Sólo la muerte.* Pero eso no puede ser cierto. Pensé que la profecía sobre su nacimiento daría una respuesta, pero...—No puedo terminar la oración. Hay una respuesta en él, pero es una que no quiero escuchar.

—Si hay una manera de revertir la, eh... transformación—, Baphen comienza. —No lo sé.

Junto mis manos, hundiendo mis uñas en la piel, el pánico me invade en una oleada de vértigo.

— ¿Y no hay nada más predicho por las estrellas? ¿Ningún otro detalle que te falte?

—Me temo que no—, dice.

— ¿Puedes mirar tus mapas estelares de nuevo? —Pregunto.
—Vuelve con ellos y mira si hay algo que hayas pasado por alto la primera vez. Mira al cielo y ve si hay alguna respuesta nueva.

Él asiente.

—Si eso es lo que desea, Su Majestad—. Su tono sugiere que ha aceptado muchos mandatos igualmente inútiles en nombre de gobernantes anteriores.

No me importa que sea irrazonable.

—Si. Hazlo.

— ¿Hablarás primero con el Consejo? —él pide.

Incluso una pequeña demora en el intento de Baphen de encontrar una solución me pone los dientes al borde, pero si deseo ser aceptada como la reina legítima, necesito el apoyo del Consejo Viviente. No puedo retrasarlos para siempre.

¿Es esto lo que es gobernar? ¿Estar lejos de la acción, atascado en un trono o en una serie de habitaciones bien equipadas, dependiendo de la información que otros te traen? Madoc *odiaría* esto.

—Lo haré—, digo.

En la puerta, Fand me dice que hay una habitación lista para mudarme. Estoy impresionado por la rapidez con la que Taryn ha arreglado las cosas.

— ¿Hay algo más? —Pregunto.

—Un corredor vino de Grima Mog—, dice ella. —El rey, quiero decir, la serpiente, ya no está en el salón del trono. Parece haber salido por la grieta en la tierra hecha por la hoja de Madoc. Y... y no estoy segura de qué hacer con esto, pero está nevando. Dentro del Gran Salón.

El terror frío me recorre. Mi mano va a la empuñadura de Nightfell. Quiero salir. Quiero encontrarlo, pero si lo hago, ¿entonces qué? La respuesta es más de lo que puedo soportar.

Cierro mis ojos contra eso. Cuando los abro, siento como si estuviera dando vueltas. Luego pido que me conduzcan a mi nuevo salón del trono.

Taryn está en la entrada, esperando para acompañarme adentro. Ha elegido un salón enorme y lo ha despojado de sus muebles. Una gran silla de madera tallada se asienta sobre una plataforma cubierta de alfombra en el espacio resonante. Las velas brillan desde el suelo y puedo ver cómo las sombras parpadeantes me ayudarán a parecer intimidante, tal vez incluso restarle importancia a mi mortalidad.

Dos de la vieja guardia de Cardan están a ambos lados de la silla de madera, y un pequeño paje con alas de polilla se arrodilla sobre una de las alfombras.

—No está mal—, le digo a mi hermana.

Taryn sonrío.

—Sube ahí. Quiero ver la imagen completa.

Me siento en la silla, con la espalda recta, y miro las llamas danzantes. Taryn me da un pulgar hacia arriba, algo muy mortal.

—Está bien—, le digo. —Entonces estoy lista para el Consejo Viviente.

Fand asiente y sale a buscarlos. Cuando la puerta se cierra, veo que ella y Taryn están discutiendo algo. Pero luego tengo que centrar mi atención en Randalin y el resto de los consejeros, que tienen el rostro sombrío cuando entran en la sala.

Sólo has visto lo mínimo de lo que puedo hacer, pienso en ellos, tratando de creerlo yo misma.

—Su Majestad—, dice Randalin, pero de tal manera que suena un poco como una pregunta. Me apoyó en el Gran Salón, pero no estoy seguro de cuánto tiempo durará.

—He designado a Grima Mog como el Gran General—, les digo. —No puede venir y presentarse en este momento, pero pronto deberíamos tener un informe de ella.

— ¿Estás segura de que es prudente? —dice Nihuar, apretando sus delgados labios verdes, su cuerpo de mantis se mueve con evidente angustia. —Quizás deberíamos esperar a que el Rey Supremo vuelva en sí, antes de tomar una decisión sobre asuntos tan importantes.

—Sí—, dice Randalin con entusiasmo, mirándome como si esperara alguna respuesta sobre cómo haremos eso.

—El rey de las serpientes escurridizas—, dice Fala, vestida de lavanda abigarrada. —Gobierna una cancha de buenos ratones.

Recuerdo las palabras de la Bomba y no me estremezco, ni intento discutir. Espero, y mi silencio los pone nerviosos a ellos mismos. Incluso Fala se queda callada.

— Lord Baphen —digo para reprimirlo— aún no tiene una respuesta sobre cómo se puede restaurar al Rey Supremo. —Los demás se vuelven hacia él.

Sólo de su sangre derramada puede surgir un gran gobernante.

Baphen asiente brevemente con la cabeza.

—No, ni estoy seguro de que tal cosa sea posible.

Nihuar parece asombrado. Incluso Mikkel parece desconcertado por esa noticia.

Randalin me mira con acusación. Como si todo hubiera terminado y hubiéramos perdido.

Hay una forma, quiero insistir. Hay una manera; Simplemente no lo sé todavía.

—He venido a hacer mi informe a la reina—, dice una voz desde la puerta. Grima Mog está ahí.

Pasa junto a los miembros del Consejo con un breve asentimiento. La miran especulativamente.

—Todos escucharemos lo que sabes—, digo entre murmullos de aprobación reacia.

—Muy bien. Recibimos información de que Madoc tiene la intención de atacar al amanecer del día siguiente. Espera sorprendernos desprevenidos, especialmente porque algunas Cortes más han volado hacia su estandarte. Pero nuestro verdadero problema es cuántas personas planean quedarse fuera de la batalla y ver en qué dirección sopla el viento.

— ¿Estás segura de que esta información es precisa? — Randalin pregunta con sospecha. — ¿Cómo la obtuviste?

Grima Mog asiente hacia mí.

—Con la ayuda de sus espías.

— ¿*Sus* espías? —Baphen repite. Puedo verlo reuniendo parte de la información que tenía en el pasado y llegando a nuevas conclusiones sobre cómo la obtuve. Siento una sacudida de satisfacción al pensar que ya no tengo que fingir estar completamente sin mis propios recursos.

— ¿Tenemos suficiente de nuestro propio ejército para hacerlos retroceder? —Le pregunto a Grima Mog.

—De ninguna manera estamos seguros de la victoria—, dice diplomáticamente. —Pero aún no puede abrumarnos.

Eso está muy lejos de donde estábamos hace un día. Pero es mejor que nada.

—Y hay una creencia—, dice Grima Mog. —Una creencia que ha aumentado rápidamente: que la persona que gobierne a Elfhame es la que matará a la serpiente. Que derramar sangre Greenbriar es tan bueno como tenerla en las venas.

—Una creencia muy Unseelie—, dice Mikkell. Me pregunto si está de acuerdo con eso. Me pregunto si eso es lo que espera de mí.

—El rey tenía una cabeza bonita—, dice Fala. — ¿Pero puede prescindir de ella?

— ¿Dónde está él? —Pregunto. — ¿Dónde está el Rey Supremo?

—La serpiente fue vista en las costas de Insear. Un caballero de la Corte de Agujas probó suerte contra la criatura. Encontramos lo que quedaba del cuerpo del caballero hace una hora y rastreamos los movimientos de la criatura desde allí. Deja marcas por donde pasa, líneas negras abrasando la tierra. La dificultad es que esas líneas se extienden, difuminan el sendero y envenenan la tierra. Aun así, seguimos a la serpiente de regreso al palacio. Parece haber tomado el Gran Salón por su guarida.

—El rey está atado a la tierra—, dice Baphen. —Maldecir al rey significa maldecir la tierra misma. Mi reina, puede que solo haya una forma de curar...

—Suficiente—, les digo a Baphen, Randalin y el resto del Consejo, sorprendiendo a los guardias. Me paro. —Hemos terminado con esta discusión.

—Pero debes... —comienza Randalin, luego parece ver algo en mi cara y se queda callado.

—Estamos destinados a aconsejarte—, dice Nihuar con su voz melosa. —Se cree que somos muy sabios.

— ¿Lo eres? —Pregunto, y la voz que sale es de malicia melosa, el tono exacto que Cardan habría usado. Sale de mí como si ya no tuviera el control de mi boca. —Porque la sabiduría debería instarle a que no corteje mi disgusto. Quizás una estadía en la Torre del Olvido te devuelva a tu lugar.

Todos se quedan muy callados.

Me había imaginado diferente a Madoc, pero ya, dada la oportunidad, me estoy convirtiendo en un tirano, amenazador en lugar de convincente. Inestable en lugar de estable.

Estoy adaptada a las sombras, al arte de los cuchillos y el derramamiento de sangre y los golpes, a las palabras envenenadas y las copas envenenadas. Nunca esperé elevarme tan alto como el trono. Y me temo que soy totalmente inadecuada para la tarea.



Se siente más como una compulsión que como una elección mientras mis dedos abren los pesados cerrojos de las puertas del Gran Salón.

A mi lado, Fand intenta disuadirme, no por primera vez.

—Déjenos al menos...

—Quédate aquí—, le digo. —No me sigas.

—Mi señora—, dice, lo que no es exactamente un acuerdo, pero tendrá que ser suficiente.

Me deslizo dentro de la gran habitación y dejo caer la capa de mis hombros.

La serpiente está allí, enrollada alrededor del trono arruinado. Ha crecido de tamaño. El ancho de su cuerpo es tal que podría tragarse un caballo entero con un simple estiramiento de sus mandíbulas con colmillos. Aún quedan algunas antorchas encendidas entre la comida derramada y las mesas volcadas, iluminando sus escamas negras. Algo del brillo dorado se ha apagado. No puedo decir si es una enfermedad o alguna transformación adicional. Unos rasguños de aspecto reciente corren a lo largo de un lado de su cuerpo, como si fueran de una espada o lanza. Por la grieta en el suelo del Gran Salón, el vapor entra suavemente en la habitación, llevando el olor a piedra caliente.

— ¿Cardán? —Pregunto, dando unos pasos suaves hacia el estrado.

La gran cabeza de la serpiente se balancea hacia mí. Sus espirales se deslizan y se desenrollan para cazar. Me detengo y no viene por mí, aunque su cabeza se mueve sinuosamente hacia adelante y hacia atrás, alerta, tanto a la amenaza como a la oportunidad.

Me obligo a seguir caminando, un paso tras otro. Los ojos dorados de la serpiente me siguen, la única parte de ella, salvo por su temperamento, que parece Cardan en absoluto.

Podría haberme convertido en otra cosa, un Rey Supremo tan monstruoso como Dain. Y si lo hago, si cumplo esa profecía, deberían detenerme. Y creo que me detendrían.

Pienso en los puntos de sutura en mi costado y las flores blancas empujando hacia arriba a través de la nieve. Me concentro en ese recuerdo y trato de aprovechar el poder de la tierra. Es descendiente de Mab y el rey legítimo. Soy su esposa. Me curé a mí misma. Seguramente puedo curarlo.

—Por favor—, le digo al suelo de tierra del Gran Salón, a la tierra misma. —Haré lo que quieras. Daré la corona. Haré cualquier trato. Solo por favor arréglalo. Ayúdame a romper la maldición.

Me concentro y me concentro, pero la magia no llega.



La Bomba me encuentra allí, saliendo de las sombras con un movimiento elegante. Ella no está usando su máscara.

—¿Jude? —ella dice.

Me doy cuenta de cuánto me he acercado a la serpiente. Me siento en el estrado, quizás a un metro de él. Se ha acostumbrado tanto a mí que ha cerrado sus ojos dorados.

—Tus hermanas están preocupadas—, dice ella, acercándose tanto a nosotros como se atreve. La cabeza de la serpiente se eleva, la lengua se lanza para tocar el aire y se queda muy quieta.

—Estoy bien—, digo. —Solo necesitaba pensar.

Ningún beso de amor verdadero lo detendrá. Ningún acertijo lo solucionará. Sólo la muerte.

Ella le da a la serpiente una mirada evaluadora.

—¿Te reconoce?

—No puedo decirlo—, digo. —Parece que no le importa que esté aquí. Le he estado diciendo que no puede obligarme a cumplir mis promesas.

Lo más difícil, *lo imposible*, es superar el recuerdo de Cardan diciéndome que me amaba. Dijo esas palabras y no le respondí. Pensé que habría tiempo. Y estaba feliz, a pesar de todo, estaba feliz, justo antes de que todo saliera tan terriblemente mal. Ganamos. Todo iba a salir bien. Y me amaba.

—Hay algunas cosas que necesitas saber—, dice la bomba.
—Creo que Grima Mog te dio un informe sobre los movimientos de Madoc.

—Ella lo hizo—, digo.

—Pillamos a algunos cortesanos especulando sobre el asesinato de la reina mortal. Sus planes volaron—. Una pequeña sonrisa cruza su rostro. —Como ellos.

No sé si debería estar feliz por eso o no. Ahora mismo me hace sentir cansada.

—El Fantasma ha recopilado información sobre las lealtades de los gobernantes individuales—, dice. —Podemos repasar todos esos. Pero lo más interesante es que tienes un mensaje de tu padre. Madoc quiere una garantía de que él, Lady Nore y Lord Jarel pueden ir al palacio y tratar contigo.

— ¿Quieren venir aquí? —Bajo del estrado. La mirada de la serpiente me sigue. — ¿Por qué? ¿No están satisfechos con los resultados de su último parlamento?

—No lo sé—, dice, con una frágil voz que me recuerda cuánto odia a los gobernantes de la Corte de los Dientes, y cuán merecidamente lo tienen. —Pero Madoc ha pedido verte a ti y a tus hermanas y hermano. Además de su esposa.

—Muy bien, —digo. —Déjalo venir, junto con Lady Nore y Lord Jarel. Pero hágale saber que no traerá armas a Elfhame. No viene aquí como mi invitado. Solo tiene mi palabra de que no sufrirá ningún daño, no la hospitalidad de mi casa.

— ¿Y qué vale tu palabra? —pregunta la Bomba, sonando esperanzada.

—Supongo que lo averiguaremos—. En la puerta, miro hacia atrás, hacia la serpiente. Debajo de donde descansa, el suelo se ha ennegrecido hasta casi el color de sus escamas.



Luego de varios mensajes de ida y vuelta, se determina que Madoc y su compañía llegarán al anochecer. He aceptado recibirlos en los terrenos del palacio, sin tener ningún interés en dejarlos entrar de nuevo. Grima Mog trae un semicírculo de caballeros para vigilarnos, con arqueros en los árboles. La Bomba trae espías, que se esconden en los lugares más altos y más bajos. Entre ellos se encuentra el Fantasma, con las orejas selladas con cera suave.

Mi silla tallada ha sido sacada afuera y está colocada en una plataforma nueva y más alta. Los cojines descansan debajo, para mi hermano y mis hermanas, y para Oriana, si se digna a sentarse con nosotros.

No hay mesas de banquete ni vino. La única concesión que hemos hecho a su comodidad es una alfombra sobre el suelo fangoso. Las antorchas arden a ambos lados de mí, pero eso es por mi pobre vista mortal, no por ellos.

En lo alto, las nubes de tormenta pasan, crepitando con relámpagos. Anteriormente, se informó que caían granizos del tamaño de manzanas sobre Insweal. Un tiempo como este es desconocido en Elfhame. Solo puedo asumir que Cardan, en su forma maldita, también está maldiciendo el clima.

Me siento en la silla de madera tallada y arreglo mi vestido de una manera que espero sea regia. Limpio el polvo del dobladillo.

—Te perdiste un poco—, dice la Bomba, señalando. —Su Majestad.

Ha ocupado un lugar a la derecha de la plataforma. Sacudo mis faldas de nuevo, y ella sofoca una sonrisa cuando mi hermano llega con mis dos hermanas a cuestas. Cuando la

Bomba se cubre la cara, parece desaparecer por completo en las sombras.

La última vez que vi a Oak, su espada estaba desenvainada y el terror estaba en su rostro. Me alegra reemplazar ese recuerdo con este: el de él corriendo hacia mí, sonriendo.

— ¡Jude! —dice, subiéndose a mi regazo, haciendo un breve trabajo de todo el cuidadoso arreglo de las faldas. Sus cuernos chocan contra mi hombro. —He estado explicando el skate a Oriana, y no cree que deba hacerlo.

Miro hacia afuera, esperando verla, pero solo están Vivi y Taryn. Vivi está vestida con jeans y un chaleco de brocado sobre una camisa blanca holgada, un compromiso entre estilo mortal e inmortal. Taryn está vestida con el vestido que vi en su armario, el estampado de animales del bosque mirando desde detrás de las hojas. Oak tiene una pequeña capa de azul medianoche. En su frente, alguien ha puesto una diadema dorada para recordarnos a todos que puede ser el último de la línea Greenbriar.

—Necesito tu ayuda—, le digo a Oak. —Pero será muy difícil y muy molesto.

— ¿Que tengo que hacer? —pregunta, luciendo muy sospechoso.

—Tienes que parecer que estás prestando atención, pero quedarte callado. No importa lo que diga. No importa lo que diga papá. No importa lo que pase.

—Eso no ayuda—, protesta.

—Sería de gran ayuda—, insisto.

Con un suspiro dramático, se desliza fuera de mí y ocupa, malhumorado, su lugar en los cojines.

— ¿Dónde está Heather? —le pregunto a Vivi.

—En la biblioteca—, dice con una mirada culpable. Me pregunto si ella piensa que Heather debería estar de regreso en el mundo humano y es solo el egoísmo de Vivi lo que la mantiene aquí, sin darse cuenta de que ahora ambas están trabajando hacia el mismo objetivo. —Ella dice que si esto fuera una película, alguien encontraría un poema sobre serpientes malditas y nos daría la pista que necesitábamos, así que se fue a buscar una. Los archiveros no saben qué hacer con ella.

—Ella realmente se está adaptando a Faerie—, digo.

La única respuesta de Vivi es una sonrisa tensa y triste.

Luego llega Oriana, escoltada por Grima Mog, quien toma una posición paralela y frente a la Bomba. Como yo, Oriana todavía usa el vestido que tenía en el Gran Salón. Al mirar el sol poniente, me doy cuenta de que debe haber pasado un día entero desde entonces. No estoy segura de cuánto tiempo estuve sentado con la serpiente, solo que parece que he perdido el tiempo sin darme cuenta. Se siente como una eternidad y nada de tiempo desde que Cardan fue puesto bajo la maldición.

—Están aquí—, dice Fand, apresurándose por el camino para pararse junto a la Bomba. Y detrás de ella está el trueno de los cascos. Madoc viene montado en un ciervo, vestido no con su armadura habitual, sino con un jubón de terciopelo azul profundo. Cuando desmonta, noto que tiene una pronunciada cojera donde la serpiente se deslizó sobre él.

Detrás de él viene un carruaje de hielo tirado por caballos de hadas tan cristalinos como si fueran conjurados de olas heladas. Cuando salen los gobernantes de la Corte de los Dientes, el carruaje y los caballos se desvanecen.

Lady Nore y Lord Jarel llevan pieles blancas, a pesar de que el aire no es particularmente frío. Detrás de ellos hay un solo sirviente, que lleva un pequeño cofre grabado en plata, y la reina Suren. Aunque ella es su gobernante, solo viste un sencillo camisón blanco. Se le ha cosido una corona de oro en la frente y una fina cadena de oro que penetra la piel de su muñeca y

funciona como su nueva correa, con una barra en un lado para evitar que la cadena se deslice libremente.

Nuevas cicatrices cubren su rostro con la forma de la brida que llevaba la última vez que la vi.

Intento mantener mi rostro impassible, pero el horror es difícil de ignorar.

Madoc se adelanta a los demás y nos sonríe como si estuviéramos sentados para un retrato familiar al que estaba a punto de unirse.

Oak mira hacia arriba y palidece al ver que la correa de la reina Suren le perfora la piel. Luego mira a Madoc, como si esperara una explicación.

Ninguna está disponible.

— ¿Quieren cojines? —Le pregunto al pequeño grupo de Madoc. —Puedo hacer que me traigan algunos.

Lady Nore y Lord Jarel miran los jardines, los caballeros, la Bomba con su rostro cubierto, Grima Mog y mi familia. Oak vuelve a estar de mal humor, acostado boca abajo sobre una almohada en lugar de sentarse. Quiero darle un empujón con el pie por mala educación, pero tal vez sea un buen momento para que sea grosero. No puedo permitir que La Corte de los Dientes piense que son demasiado importantes para nosotros. En cuanto a Madoc, nos conoce demasiado bien para quedar impresionado.

—Nos mantendremos de pie—, dice Lady Nore, curvando los labios.

Es difícil sentarse de manera digna en un cojín, y requeriría que ella se agachara muy por debajo de mí. Por supuesto que rechazó mi oferta.

Pienso en Cardan y la forma en que llevaba su corona torcida, la forma en que holgazaneaba en el trono. Le dio un aire de imprevisibilidad y les recordó a todos que él era lo suficientemente poderoso como para establecer las reglas. He

resuelto tratar de emular su ejemplo donde pueda, incluso con asientos molestos.

—Tienes el valor de venir aquí—, le digo.

—De todas las personas, debes apreciar un poco de audacia—. La mirada de Madoc va a Vivi y Taryn y luego a mí. —Te lloré. Realmente creí que habías muerto.

—Me sorprende que no hayas mojado tu gorra en mi sangre—, digo. A mi lado, las cejas de Grima Mog se elevan.

—No puedo culparte por estar enojada—, dice. —Pero hemos estado enojados el uno con el otro durante demasiado tiempo, Jude. No eres la tonta por la que te tomé y, por mi parte, no quiero hacerte daño. Eres la Reina de las Hadas. Lo que sea que hayas hecho para llegar allí, solo puedo aplaudirlo.

Puede que no quiera hacerme daño, pero eso no significa que no lo vaya a hacer.

—Ella *es* la reina—, dice Taryn. —La única razón por la que no murió en la nieve es que la tierra la curó.

Un murmullo recorre a la gente del aire que nos rodea. Lady Nore me mira con evidente disgusto. Observo que ni ella ni su esposo han hecho una reverencia adecuada ni han usado mi título. Cómo debe de irritarla verme incluso en esta aproximación de trono. Cómo debe odiar la mera idea de que yo pueda reclamar el trono real.

—Es la naturaleza del niño lograr lo que un padre solo puede soñar—, dice Madoc. Ahora mira a Oriana, entrecerrando los ojos. —Pero recordemos que gran parte de este desacuerdo familiar provino de mi intento de poner a Oak en el trono. Siempre he estado dispuesto a gobernar a través de mis hijos como de llevar la corona yo mismo.

La ira estalla dentro de mí, caliente y brillante.

—Y pobre de esos niños si no se dejan gobernar por ti.

Hace un gesto de despido.

—Pensemos en tus próximos movimientos, Reina Jude. Tú y tu ejército, dirigido por tu formidable nuevo general, chocan con el mío. Hay una gran batalla. Quizás tú ganes y yo me retiro al norte para hacer nuevos planes. O tal vez termino muerto.

— ¿Y entonces? Todavía hay un rey serpiente con el que lidiar, uno cuyas escamas son más duras que la armadura más dura, cuyo veneno se filtra en la tierra. Y sigues siendo mortal. No hay más Corona de sangre para mantener a la Gente de Elfhame atada a tu gobierno, e incluso si la hubiera, no podrías usarla. Lady Asha ya está reuniendo un círculo de cortesanos y caballeros a su alrededor, y todos le dicen que, como madre de Cardan, debería ser regente hasta su regreso. No, te defenderás de asesinos y desafiantes durante todo tu reinado.

Miro a la Bomba, quien no mencionó a Lady Asha en su lista de cosas que necesitaba saber. La Bomba asiente levemente en reconocimiento.

Es una imagen desoladora y ninguna parte de ella es falsa.

—Así que tal vez Jude se rinda—, dice Vivi, sentándose erguida sobre los cojines por pura fuerza de voluntad. —Abdica. Lo que sea.

—No lo hará—, dice Madoc. —Sólo has entendido a medias todo lo que Jude estaba haciendo, tal vez porque si lo hicieras, no podrías seguir actuando como si hubiera respuestas fáciles. Se ha convertido en un objetivo para evitar que el objetivo esté sobre la espalda de su hermano.

—No me regañes—, responde Vivi. —Esto es tu culpa. Oak está en peligro. Cardan está maldecido. Jude está a punto de morir.

—Estoy aquí—, dice Madoc. —Para hacerlo bien.

Estudio su rostro, recordando la forma en que le dijo a la persona que pensaba que era Taryn que si le dolía que ella asesinara a su esposo, entonces podría poner el peso sobre él. Quizás ve lo que está haciendo ahora como algo en la misma línea, pero no puedo estar de acuerdo.

Lord Jarel da un paso adelante.

—Ese niño a tus pies, es el legítimo heredero de la línea Greenbriar, ¿no es así?

—Sí, —digo. —Oak será el Rey Supremo algún día.

Afortunadamente, esta vez, mi hermano no me contradice.

Lady Nore asiente.

—Eres mortal. No durarás mucho.

Decido ni siquiera discutir. Aquí, en Faerie, los mortales pueden permanecer jóvenes, pero esos años vendrán sobre nosotros en el momento en que pongamos un pie en el mundo humano. Incluso si pudiera evitar ese destino, el argumento de Madoc fue persuasivo. No lo pasaré fácil en el trono sin Cardan.

—Eso es lo que significa ser *mortal*—, digo con un suspiro que no tengo que fingir. —Morimos. Piensa en nosotros como estrellas fugaces, breves pero brillantes.

—Poético—, dice ella. —Y fatalista. Muy bien. Parece que puedes ser razonable. Madoc desea que te hagamos una oferta. Tenemos los medios para controlar a tu esposo serpiente.

Siento la sangre correr detrás de mis oídos.

—¿Controlarlo?

—Como lo haría con cualquier animal—. Lord Jarel me da una sonrisa llena de amenaza. —Tenemos una brida mágica en nuestro poder. Creada por el propio Grimsen para atar cualquier cosa. De hecho, se ajustará a la criatura que está siendo inmovilizada. Ahora que Grimsen ya no existe, un artículo así es más valioso que nunca.

Mi mirada va hacia Suren y sus cicatrices. ¿Es eso lo que llevaba? ¿Se lo cortaron para dármele?

Lady Nore habla, retomando el tema de su marido.

—Las correas se hundirán lentamente en su piel y Cardan será para siempre tuyo.

No estoy segura de lo que ella quiere decir con eso.

— *¿Mío?* Está bajo una maldición.

—Y es poco probable que alguna vez sea de otra manera, si hay que creer en las palabras de Grimsen—, continúa. —Pero si de alguna manera volviera a su estado anterior, aún permanecería eternamente en tu poder. ¿No es delicioso?

Muerdo mi lengua para evitar reaccionar.

—Es una oferta extraordinaria—, le digo, volviéndome de ella hacia Madoc. —Con lo que quiero decir que suena como un truco.

—Sí—, dice. —Puedo ver eso. Pero todos obtendremos lo que queremos. Jude, serás la Reina todo el tiempo que quieras. Con la serpiente atada, puedes gobernar sin oposición. Taryn, serás la hermana de la reina y volverás a estar en buenas manos de la corte. Nadie puede evitar que reclames las tierras y las propiedades de Locke para ti. Quizás tu hermana incluso te dé un título.

—Nunca se sabe—, digo, lo que está peligrosamente cerca de ser atraída por la imagen que está pintando.

—Vivienne, podrás regresar al mundo de los mortales y divertirte todo lo que puedas conjurar, sin la intrusión de la familia. Y Oak puede volver a vivir con su madre—. Me mira con la intensidad de la batalla en sus ojos. —Eliminaremos el Consejo Viviente y yo tomaré su lugar. Yo guiaré tu mano, Jude.

Miro hacia la Corte de Dientes.

— ¿Y qué obtendrán?

Lord Jarel sonrío.

—Madoc ha aceptado casar a tu hermano Oak, con nuestra pequeña reina, para que cuando ascienda al trono, su esposa ascienda con él.

— ¿Jude...? —Oak pregunta nerviosamente. Oriana toma su mano y la aprieta con fuerza.

—No puedes hablar en serio—, dice Vivi. —Oak no debería tener nada que ver con estas personas o su escalofriante hija.

Lord Jarel la fija con una mirada de furioso desprecio.

—Tú, la única hija verdadera de Madoc, eres la persona de menor importancia aquí. Qué decepción debes ser—.

Vivi pone los ojos en blanco.

Mi mirada se dirige a la pequeña reina, estudiando su rostro pálido y sus ojos extrañamente en blanco. Aunque estamos discutiendo su destino, no parece muy interesada. Tampoco parece que la hayan tratado bien. No puedo imaginar atarla a mi hermano.

—Dejemos de lado la cuestión del matrimonio de Oak por un momento—, dice Madoc. — ¿Quieres la brida, Jude?

Es una cosa monstruosa, la idea de atarme a Cardan en eterna obediencia. Lo que *quiero* es que vuelva, que esté a mi lado, que se ría de todo esto. Me conformaría con su peor yo, su yo más cruel y tramposo, si tan sólo pudiera estar aquí.

Pienso en las palabras de Cardan en el Gran Salón, antes de destruir la corona: *ni la lealtad ni el amor deben ser obligados*.

Él estaba en lo correcto. Por supuesto que él estaba en lo cierto. Y, sin embargo, quiero la brida. Lo quiero desesperadamente. Me puedo imaginar en un trono reconstruido con la serpiente aletargada a mi lado, símbolo de mi poder y recordatorio de mi amor. Él nunca estaría completamente perdido para mí.

Es una imagen espantosa e igualmente conmovedora.

Tendría esperanza, al menos. ¿Y cuál es la alternativa? ¿Pelear una batalla y sacrificar la vida de mi pueblo? ¿Cazar a la serpiente y renunciar a cualquier posibilidad de recuperar a Cardan? ¿Para qué? Estoy cansada de pelear.

Dejar que Madoc gobierne a través de mí. Dejar que lo intente, al menos.

—Júrame que la brida no hace nada más—, le digo.

—Nada—, dice Lady Nore. —Sólo te permite controlar la criatura en la que se usa, si dices las palabras de comando. Y

una vez que hayas aceptado nuestros términos, te lo informaremos.

Lord Jarel saluda a su sirviente, quien quita la brida del cofre, tirándola en un montón frente a mí. Brilla, dorado. Un montón de correas, finamente labradas, y un posible futuro que no pasará si pierdo lo que me queda.

—Me pregunto—, digo, considerándolo, —con un objeto tan poderoso en su poder, por qué no lo usaron ustedes mismos.

Él no responde por un momento que se prolonga un momento demasiado largo.

—Ah—, digo, recordando los nuevos rasguños a lo largo de las escamas de la serpiente. Si inspecciono esa brida, apuesto a que todavía tiene sangre seca de los caballeros de la Corte de los Dientes, tal vez también voluntarios del ejército de Madoc. —No podrías contenerlo, ¿verdad? ¿Cuántos perdiste?

Lord Jarel se ve molesto conmigo.

Madoc responde.

—Un batallón y parte del Bosque Torcido se incendió. La criatura no nos permitió acercarnos a ella. Es rápido y mortal, y su veneno parece inagotable.

—Pero en el pasillo—, dice Lady Nore, —sabía que Grimsen era su enemigo. Creemos que puedes atraerlo. Como doncellas con unicornios de antaño. Puedes frenarlo. Y si mueres en el intento, Oak llegará temprano a su trono con nuestra reina a su lado.

—Pragmático, —digo.

—Considera aceptar el trato—, dice Grima Mog. Me vuelvo hacia ella y ella se encoge de hombros. —Madoc tiene razón. De lo contrario, será difícil mantener el trono. No tengo ninguna duda de que podrás frenar a la serpiente, ni de que será un arma como ningún ejército en todo Faerie ha visto antes. Eso es poder, niña.

—O podríamos asesinarlos ahora mismo. Toma la brida como nuestro botín, dice la Bomba, quitando la red que cubre su rostro. —Ya son traidores. Están desarmados. Y conociéndolos, pretenden engañarte. Lo admitiste tú misma, Jude.

—¿Liliver? —dice Lady Nore. Es extraño escucharla llamar por algo que no sea su nombre en clave, pero la Bomba vino a del Tribunal de los Dientes antes de que se convirtiera en espía. Sólo sabrían llamarla por lo que pasó en ese momento.

—Te acuerdas de mí—, dice la Bomba. —Debes saber que yo también te recuerdo.

—Puede que tengas la brida, pero todavía no sabes cómo usarla—, dice Lord Jarel. —No puedes atar a la serpiente sin nosotros.

—Creo que podría sacárselos—, dice la Bomba. —Me encantaría intentarlo.

—¿Vas a permitir que nos hable de esa manera? —Lady Nore le exige a Madoc, como si pudiera hacer cualquier cosa.

—Liliver no te hablaba en absoluto—, le digo con voz suave. —Ella me estaba hablando. Y dado que ella es mi asesora, sería una tontería no considerar detenidamente sus palabras.

Madoc suelta una carcajada.

—Oh, vamos, si has conocido a Lord Jarel y Lady Nore, sabes que son lo suficientemente rencorosos como para negarse, sin importar qué tormento inventó tu espía. Y quieres esa brida, hija.

La Corte de los Dientes apoyó a Madoc para acercarse al trono. Ahora ven un camino para gobernar a Elfhame ellos mismos, a través de Oak. Tan pronto como Oak y Suren se casen, tendré un objetivo en mi espalda. Y también lo hará Madoc.

Pero también tendré la serpiente atada a mí.

Una serpiente que es corrupción en la tierra misma.

—Muéstrame que estás actuando de buena fe—, le digo. —Cardan cumplió con lo que le pediste en el asunto de Orlagh de Bajo el mar. Libérala de cualquier condenación que tengas sobre ella. Ella y su hija me odian, así que no puedes preocuparte de que corran en mi ayuda.

—Me imaginaba que también los odiabas—, dice Madoc, frunciendo el ceño.

—Quiero que el sacrificio de Cardan signifique lo que él quería—, digo. —Y quiero saber que no te estás escapando de todas las gangas que puedas.

Él asiente.

—Muy bien. Lo haremos.

Respiro hondo.

—No comprometeré a Oak con nada, pero si quieres poner fin a la guerra, dime cómo funciona la brida y trabajemos por la paz.

Lord Jarel sube a la plataforma, haciendo que los guardias se muevan frente a él, las armas lo mantienen alejado de mí.

— ¿Prefieres que lo diga en voz alta, delante de todos?— pregunta, molesto.

Alejo a los guardias con la mano y él se inclina para susurrar la respuesta en mi oído.

—Toma tres cabellos de tu propia cabeza y átalos alrededor de la brida. Estarán atados juntos—. Luego da un paso atrás. —Ahora, ¿estás de acuerdo con nuestro trato?

Miro hacia a los tres.

—Cuando el Rey Supremo esté domado y domesticado, entonces te daré todo lo que pediste, todo lo que esté en mi poder de dar. Pero no tendrás nada antes de eso.

—Entonces esto es lo que debes hacer, Jude—, me dice Madoc. —Mañana, haz una fiesta para las Cortes bajas e invítanos. Explica que hemos dejado a un lado nuestras

diferencias ante una amenaza mayor y que te dimos los medios para capturar al rey serpiente.

—Nuestros ejércitos se reunirán en las rocas de Insweal, pero no para luchar. Tomarás las riendas y atraerás a la serpiente hacia ti. Una vez que se lo pongas, emite la primera orden. Él se mostrará dócil y todos te animarán. Cimentará tu poder y te dará una excusa para recompensarnos. Y nos recompensarás.

Ya busca gobernar a través de mí.

—Será bueno tener una reina que pueda decir todas las mentiras que tú no puedes, ¿no es así? —Yo digo.

Madoc me sonrío sin malicia.

—Será bueno volver a ser una familia.

Nada de esto se siente bien, excepto por el suave cuero de la brida en mis manos.



Al salir del palacio, paso por la sala del trono, pero cuando entro, no hay rastro de la serpiente excepto por los pliegues de papel de piel dorada desgarrada.

Camino por la noche hasta la playa rocosa. Allí, me arrodillo sobre la piedra y arrojo un trozo de papel arrugado a las olas.

Si alguna vez lo amaste, escribí, ayúdame.



Me acuesto de espaldas en la alfombra ante el fuego en mis antiguas habitaciones. Taryn se sienta a mi lado, comiendo un pollo asado que obtuvo de la cocina del palacio. En el suelo hay una bandeja entera de comida: queso y pan, grosellas, granadas y ciruelas, junto con una jarra de crema espesa. Vivi y Heather descansan del otro lado, con las piernas entrelazadas y las manos entrelazadas. Oak alinea bayas y luego las arroja con ciruelas, algo a lo que alguna vez me habría opuesto, pero no voy a hacerlo ahora.

—Es mejor que pelear, ¿verdad? —Taryn dice, sacando una tetera humeante de la encimera y echando agua en una olla. Agrega hojas y el aroma de menta y flor de saúco llena el aire. —Una tregua. Una tregua poco probable.

Ninguno de nosotros responde, reflexionando sobre la pregunta. No le prometí a Madoc nada concreto, pero no tengo ninguna duda de que en el banquete de esta noche, tiene la intención de comenzar a atraer la autoridad hacia sí mismo. Un goteo que rápidamente se convierte en una inundación, hasta que soy sólo una figura decorativa sin poder real. La tentación de esta línea de ataque es que uno siempre puede convencerse a sí mismo de que ese destino es evitable, que uno puede revertir cualquier pérdida, que uno puede superarlo.

— ¿Qué le pasaba a esa chica? —Oak pregunta. —Reina Suren.

—No son particularmente agradables, La Corte de los Dientes—, le digo, sentándome para aceptar una taza de Taryn. A pesar de pasar tanto tiempo sin dormir, no estoy cansada.

Tampoco tengo hambre, aunque me he obligado a comer. No sé lo que soy.

Vivi resopla.

—Supongo que podrías decir eso. También puedes llamar a un volcán 'cálido'.

Oak frunce el ceño.

— ¿Vamos a ayudarla?

—Si decides casarte con ella, podríamos exigir que la niña viva aquí hasta que seas mayor—, le digo. —Y si lo hiciera, la mantendríamos libre. Supongo que sería una bendición para ella. Pero sigo pensando que no deberías hacerlo.

—No quiero casarme con ella, ni con nadie—, dice Oak. —Y no quiero ser Rey Supremo. ¿Por qué no podemos *simplemente ayudarla*?

El té está demasiado caliente. El primer sorbo me quema la lengua.

—No es fácil ayudar a una reina—, dice Taryn. —No se supone que necesiten ayuda—. Caemos en el silencio.

—Entonces, ¿Te harás cargo de la propiedad de Locke? —Pregunta Vivi, volviéndose hacia mi gemela. —No es necesario. Tampoco tienes que tener a su bebé.

Taryn toma una grosella espinosa y hace rodar la fruta citrina pálida entre sus dedos.

— ¿Qué quieres decir?

—Sé que en las hadas, los niños son raros y preciosos y todo eso, pero en el mundo de los mortales, existe el aborto—, dice Vivi. —E incluso aquí, hay cambiantes.

—Y la adopción —interviene Heather. —Es tu decisión. Nadie te juzgaría.

—Si lo hicieran, podría cortarles las manos—, me ofrezco voluntariamente.

—Quiero al niño—, dice Taryn. —No es que no tenga miedo, pero también estoy algo emocionada. Oak, ya no vas a ser el niño más joven.

—Bien—, dice, haciendo rodar su ciruela magullada hacia el frasco de crema.

Vivi la intercepta y le da un mordisco.

— ¡Oye! —dice, pero ella sólo se ríe con picardía.

— ¿Encontraste algo en la biblioteca? —Le pregunto a Heather y trato de fingir que mi voz no tiembla un poco. Sé que no lo hizo. Si lo hubiera hecho, me lo habría dicho. Y sin embargo pregunto de todos modos.

Ella bosteza.

—Hubo algunas historias locas. No eran útiles, pero eran salvajes. Uno era sobre un rey de serpientes que manda a todas las serpientes del mundo. Otra sobre una serpiente que pone a dos princesas hadas bajo una maldición para que sean serpientes, pero sólo a veces.

—Y luego estaba esta sobre querer un bebé—, dice con una mirada a Taryn. —La esposa de un jardinero no podía quedar embarazada. Un día, ve una linda serpiente verde en su jardín y se pone muy rara al saber que incluso las serpientes tienen hijos, pero ella no los tiene. La serpiente la escucha y se ofrece a ser su hijo.

Levanto las cejas. Oak se ríe.

—Sin embargo, es un buen hijo—, dice Heather. —Le hacen un agujero en la esquina de su casa, y allí vive. Le dan las mismas cenas que ellos. Todo va bien hasta que crece y decide que quiere casarse con una princesa. Y tampoco como una princesa víbora o una princesa anaconda. La serpiente quiere casarse con la princesa humana del lugar donde viven.

— ¿Cómo va a funcionar? —Pregunta Taryn.

Heather sonrío.

—Papá va al rey y le hace la propuesta en nombre de su hijo serpiente. Al rey no le gusta, así que, a la manera de todas las personas de los cuentos de hadas, en lugar de simplemente negarse, le pide a la serpiente que haga tres cosas imposibles: primero, convertir todas las frutas en el huerto en gemas, luego convertir los pisos del palacio en plata, y por último, convertir las paredes del palacio en oro. Cada vez que el padre informa una de estas misiones, la serpiente le dice qué hacer. Primero, papá tiene que plantar hoyos, que hacen que el jaspe y el jade florezcan durante la noche. Luego tiene que frotar los pisos del palacio con una piel de serpiente desechada para hacerlos plateados. Por último, tiene que frotar las paredes del palacio con veneno, que las convierte en oro.

—El papá es el que pone todo el esfuerzo—, murmuro. Hace mucho calor junto al fuego.

—Es una especie de padre helicóptero—. La voz de Heather parece venir de muy lejos. —De todos modos, finalmente, desesperado, el rey le admite a su hija que básicamente la vendió a una serpiente y que ella tiene que seguir adelante con el matrimonio. Así lo hace, pero cuando están solos, la serpiente se quita la piel y se revela como un tío muy caliente. La princesa está encantada, pero el rey irrumpe en su dormitorio y quema la piel, creyendo que le está salvando la vida.

—El tipo serpiente da un gran aullido de desesperación y se convierte en una paloma, se va volando. La princesa se asusta y llora como loca, luego decide que lo va a encontrar. En el camino, debido a que esto es un cuento de hadas y literalmente nada tiene sentido, la princesa conoce a un zorro chismoso, quien le dice que los pájaros están hablando de un príncipe que estaba bajo la maldición de una ogresa y no podría curarse sin la sangre de un grupo de pájaros, y también sangre de zorro. Así que prácticamente puedes averiguar el resto. Pobre zorro, ¿verdad?

—Frío—, dice Vivi. —Ese zorro estaba ayudando.

Y eso es lo último que escucho antes de quedarme dormida con el sonido de voces amistosas hablando entre sí.



Me despierto con, las moribundas brasas del fuego, cubierta con una manta.

El sueño ha obrado su extraña magia, haciendo que el horror de los dos últimos días haya retrocedido lo suficiente como para pensar un poco mejor.

Veo a Taryn en el sofá, envuelta en una manta. Camino por las habitaciones silenciosas y encuentro a Heather y Vivi en mi cama. Oak no está allí y sospecho que está con Oriana.

Me marchó y me encuentro con un caballero esperándome. Lo reconozco como miembro de la guardia real de Cardan.

—Su Majestad—, dice, con la mano en el corazón. —Fand está descansando. Ella me pidió que te cuidara hasta que regresara.

Me siento culpable de no haber pensado si Fand estaba trabajando demasiado. Por supuesto que necesito más de un caballero.

—¿Cómo debería llamarte?

—Artegowl, Su Majestad.

—¿Dónde está el resto de la guardia del Rey Supremo? — Pregunto.

Él suspira.

—Grima Mog nos ha puesto a cargo de rastrear los movimientos de la serpiente.

Qué cambio tan extraño y doloroso con respecto a su misión anterior, mantener a Cardan a salvo. Pero no sé si Artegowl

agradecería mis pensamientos, ni si es apropiado que yo los dé. Lo dejo afuera de las puertas de las habitaciones reales.

En el interior, me sorprende encontrar a la Bomba sentada en el sofá, girando una bola de nieve en sus manos. Tiene un gato adentro y las palabras FELICITACIONES POR SU PROMOCIÓN: el regalo que Vivi trajo para Cardan después de su coronación. No me di cuenta de que se lo quedó. Mientras observo el remolino de cristales blancos relucientes, recuerdo el rumor de la nieve cayendo dentro del Gran Salón.

La Bomba me mira con los hombros caídos. La desesperación en su rostro refleja la mía.

—Probablemente no debería haber venido—, dice, lo cual no se parece en nada a ella.

— ¿Qué pasa? —Pregunto, entrando de lleno en la habitación.

—Cuando Madoc vino a hacerte su oferta, escuché lo que Taryn dijo sobre ti—. Espera a que yo lo entienda, pero no lo hago.

Niego con la cabeza.

—Que la tierra te sanó—. Parece como si esperara a medias que yo lo negara. Me pregunto si está pensando en los puntos que me quitó en esta habitación o en cómo sobreviví a una caída de las vigas. —Pensé que tal vez... podrías usar ese poder para despertar a la Cucaracha.

Cuando me uní a la Corte de las Sombras, no sabía nada de espionaje. La bomba me ha visto fallar antes. Aun así, este fracaso es difícil de admitir.

—Traté de romper la maldición sobre Cardan, pero no pude. Lo que sea que hice, no sé cómo lo hice o si puedo hacerlo de nuevo.

—Cuando volví a ver a Lord Jarel y Lady Nore, no pude evitar recordar cuánto le debo a la Cucaracha—, dice la Bomba. —Si no fuera por él, no habría sobrevivido. Incluso aparte de lo

mucho que lo amo, le debo. Tengo que hacerlo mejor. Si hay algo que puedas hacer...

Pienso en las flores que brotan de la nieve. En ese momento, fui mágica.

Pienso en la esperanza.

—Lo intentaré—, le digo, deteniéndola. —Si puedo ayudar a la Cucaracha, por supuesto que quiero. Por supuesto que lo intentaré. Vamos. Vamos ahora.

—¿Ahora? —dice la Bomba, levantándose. —No, volviste a dormir a tu habitación.

—Incluso si la tregua con Madoc y La Corte de los Dientes va mucho mejor de lo que sospecho, es posible que la serpiente no me permita refrenarlo—, digo. —Puede que no sobreviva mucho más. Es mejor hacerlo lo antes posible.

La Bomba pone su mano suavemente sobre mi brazo.

—Gracias—, dice, las palabras humanas incómodas en su boca.

—No me des las gracias todavía—, le digo.

—¿Quizás un regalo en su lugar? —De su bolsillo, saca una máscara de red negra a juego con la suya.

Me pongo ropa negra y me echo una pesada capa sobre los hombros. Luego me pongo la máscara y salimos juntas por el pasaje secreto. Me sorprende descubrir que ha sido modificado desde la última vez que lo atravesé, conectado con el resto de los pasillos a través de las paredes del palacio. Bajamos por la bodega y entramos en la nueva Corte de las Sombras. Es mucho más grande que las antiguas habitaciones y está mucho mejor equipada. Está claro que Cardan financió esto, o que robaron el tesoro a sus espaldas. Hay un área de cocina, llena de vajilla y con una chimenea lo suficientemente grande como para cocinar un pony pequeño. Pasamos por salas de entrenamiento y vestuario y una sala de estrategia para rivalizar con la del Gran

General. Veo algunos espías, a algunos los conozco y a otros no.

El Fantasma levanta la vista de una mesa donde está sentado, colocando cartas en una de las habitaciones traseras, con el cabello color arena colgando sobre sus ojos. Me mira con sospecha. Me quito la máscara.

—Jude—, dice con alivio. —Viniste.

No quiero darles falsas esperanzas a ninguno de los dos.

—No sé si puedo hacer algo, pero me gustaría verlo.

—Por aquí—, dice el Fantasma, levantándose y llevándome a una pequeña habitación con orbes de cristal resplandecientes. La Cucaracha yace en una cama. Estoy alarmada por el cambio en él.

Su piel parece cetrina, ya no es el verde intenso de los estanques, y tiene una inquietante cera. Se mueve dormido, luego grita y abre los ojos. Están desenfocados, inyectados en sangre.

Contiene el aliento, pero un momento después, ha vuelto a sucumbir a los sueños.

—Pensé que estaba durmiendo—, digo, horrorizada. Imaginé el sueño de cuento de hadas de Blancanieves, lo imaginé todavía en una vitrina, conservado exactamente como estaba.

—Ayúdame a encontrar algo con lo que asegurarlo—, dice la Bomba, presionando su cuerpo contra el de ella. —El veneno lo toma así a veces, y tengo que contenerlo hasta que pase el ataque.

Puedo ver por qué vino a verme, por qué siente que hay que hacer algo. Miro alrededor de la habitación. Sobre un cofre, hay un montón de sábanas de repuesto. El Fantasma comienza a romperlas en tiras.

—Adelante, comienza—, dice.

Sin idea de qué hacer, me acerco a los pies de la Cucaracha y cierro los ojos. Imagino la tierra debajo de mí, imagino su poder

filtrándose a través de las plantas de mis pies. Me lo imagino llenando mi cuerpo.

Entonces me siento cohibida y estúpida y me detengo.

No puedo hacer esto. Soy una chica mortal. Soy lo más alejado de la magia. No puedo salvar a Cardan. No puedo curar a nadie. Esto no va a funcionar.

Abro los ojos y niego con la cabeza.

El Fantasma pone su mano sobre mi hombro, se acerca tanto como lo hizo cuando me instruyó en el arte del asesinato. Su voz es suave.

—Jude, deja de intentar forzarlo. Déjalo venir.

Con un suspiro, vuelvo a cerrar los ojos. Y de nuevo trato de sentir la tierra debajo de mí. La tierra de las hadas. Pienso en las palabras de Val Moren: *¿Crees que una semilla plantada en suelo de duende crece para ser la misma planta que sería en el mundo mortal?* Sea lo que sea que soy, aquí me han nutrido. Esta es mi casa y mi tierra.

Vuelvo a sentir esa extraña sensación de ser picada por todas partes con ortigas.

Despierta, pienso, poniendo mi mano en su tobillo. *Soy tu reina y te ordeno que despiertes.*

Un espasmo atormenta el cuerpo de la cucaracha. Una patada brutal me alcanza en el estómago, golpeándome contra la pared.

Caigo al suelo. El dolor es lo suficientemente intenso como para recordar que recientemente recibí una herida en el intestino.

— ¡Jude! —dice la Bomba, moviéndose para asegurar sus piernas.

El Fantasma se arrodilla a mi lado.

— ¿Qué tan herida estás?

Doy un pulgar hacia arriba para indicar que estoy bien, pero todavía no puedo hablar.

La Cucaracha vuelve a llorar, pero esta vez se reduce a otra cosa.

—Lil—, dice, la voz suena suave y áspera, pero está hablando.

Está consciente. Despierto.

Curado.

Agarra la mano de la bomba.

—Me estoy muriendo—, dice. —El veneno... fui un tonto. No tengo mucho tiempo—.

—No te estás muriendo—, dice ella.

—Hay algo que nunca pude decirte mientras viví—, dice, acercándola más a él. —Te amo, Liliver. Te he amado desde la primera hora de nuestro encuentro. Te amé y me desesperé. Antes de morir, quiero que sepas eso.

Las cejas del Fantasma se elevan y me mira. Yo sonrío. Con los dos en la pista, dudo que la Cucaracha tenga idea de que estamos allí.

Además, está demasiado ocupado mirando la cara de sorpresa de la bomba.

—Nunca quise... —comienza, luego muerde las palabras, interpretando claramente su expresión como horror. —No tienes que decir nada a cambio. Pero antes de morir...

—*No te estás muriendo*—, dice de nuevo, y esta vez parece que él realmente la escucha.

—Ya veo. —Su rostro se llena de vergüenza. —No debería haber hablado.

Me arrastro hacia la cocina, el Fantasma detrás de mí. Mientras nos dirigimos hacia la puerta, escucho la suave voz de la Bomba.

—Si no lo hubieras hecho—, dice, —entonces no podría decirte que tus sentimientos son recíprocos.

Afuera, el Fantasma y yo caminamos de regreso al palacio, mirando las estrellas. Pienso en lo inteligente que es la Bomba, más que yo, porque cuando tuvo su oportunidad, la aprovechó. Ella le contó cómo se sentía. No le dije a Cardan. Y ahora nunca podré.

Me desvíó hacia los pabellones de las Cortes bajas.

El Fantasma me mira interrogante.

—Hay una cosa más que debo hacer antes de dormir—, le digo.

No me pregunta nada más, solo hace coincidir sus pasos con los míos.



Visitamos a Madre Medula y Severin, hijo de Alderking que tuvo a Grimsen tanto tiempo a su servicio. Son mi última esperanza. Y aunque me encuentran bajo las estrellas y me escuchan cortésmente, no tienen respuestas.

—Debe haber una manera—, insisto. —Tiene que haber algo.

—La dificultad—, dice Madre Medula, —es que ya sabes cómo acabar con la maldición. *Sólo la muerte*, dijo Grimsen. Quieres otra respuesta, pero la magia rara vez es tan conveniente como para ajustarse a nuestras preferencias.

El Fantasma mira de cerca con el ceño fruncido. Le agradezco que esté conmigo, sobre todo en este momento, cuando no estoy seguro de poder soportar oír esto sola.

—Grimsen no habría tenido la intención de romper la maldición—, dice Severin. Sus cuernos curvos lo hacen parecer temible, pero su voz es suave.

—Está bien. —Me dejo caer sobre un tronco cercano. No era como si estuviera esperando buenas noticias, pero siento que la niebla de la tristeza vuelve a posarse sobre mí.

Madre Muela me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Entonces vas a usar esta brida de la Corte de los Dientes? Me gustaría verla. Grimsen hizo cosas tan curiosamente horribles.

—Puedes darle un vistazo—, le digo. —Se supone que debo atar mi cabello a ella.

Ella resopla.

—Bueno, no hagas eso. Si haces eso, estarás atada junto con la serpiente.

Estarán unidos.

La rabia que siento es tan grande que por un momento, todo se vuelve blanco, como un rayo donde el trueno está justo detrás.

—Entonces, ¿cómo debería funcionar? —Pregunto, mi voz temblando de furia.

—Probablemente haya una orden—, me dice encogiéndose de hombros. —Sin embargo, es difícil saber qué sería, y la cosa es inútil sin eso.

Severin niega con la cabeza.

—Sólo hay una cosa que el herrero siempre quiso que alguien recordara.

—Su nombre—, digo.



Poco después de mi regreso al palacio, Tatterfell viene con el vestido que Taryn encontró para que me lo pusiera en el banquete. Los criados traen comida y se ponen a prepararme un baño. Cuando salgo, me perfuman y me peinan como si fuera una muñeca.

El vestido es de plata, con rígidas hojas de metal cosidas sobre él. Escondo tres cuchillos en correas en mi pierna y uno en una funda entre mis pechos. Tatterfell mira con recelo los nuevos moretones que aparecen donde me patearon. Pero no digo nada de mi desventura y ella no pregunta.

Al crecer en la casa de Madoc, me he acostumbrado a la presencia de sirvientes. Había cocineros en las cocinas y mozos de cuadra para cuidar los establos y algunos sirvientes de la casa para asegurarse de que las camas estuvieran hechas y que las cosas estuvieran decentemente ordenadas. Pero iba y venía casi siempre a mi antojo, libre de fijar mi propio horario y hacer lo que quisiera.

Ahora, entre la guardia real, Tatterfell y los otros sirvientes del palacio, todos mis movimientos están contabilizados. Casi nunca estoy sola y cuando lo logro, no es por mucho tiempo. Durante todo el tiempo que miré a Eldred, en lo alto de su trono, o a Cardan, inclinando hacia atrás otra copa de vino en una fiesta con una risa forzada, no entendí el horror de ser tan poderoso y al mismo tiempo tan absolutamente impotente sobre todo.

—Pueden irse—, les digo cuando mi cabello está trenzado y mis orejas cuelgan en plata brillante en forma de puntas de flecha.

No puedo engañar a una maldición y no sé cómo combatirla. De alguna manera debo dejar eso a un lado y concentrarme en lo que puedo hacer: evadir la trampa que me tendió La Corte de los Dientes y evitar el intento de Madoc de restringir mi poder. Creo que tiene la intención de mantenerme como Reina Suprema, con mi monstruoso Rey Supremo para siempre a mi lado. E imaginándome eso, no puedo evitar pensar en lo terrible

que sería para Cardan quedar atrapado para siempre como una serpiente.

Me pregunto si estará sufriendo ahora. Me pregunto qué se siente cuando la corrupción se extiende desde tu propia piel. Me pregunto si tendrá la conciencia suficiente para sentir la humillación de ser reprimido ante una corte que una vez lo amó. Si el odio crecerá en su corazón. Odio por ellos. Odio por mí.

Podría haberme convertido en otra cosa, un Rey Supremo tan monstruoso como Dain. Y si lo hago, si cumplo esa profecía, deberían detenerme. Y creo que me detendrían.

Madoc, Lord Jarel y Lady Nore planean acompañarme al banquete, donde debo anunciar nuestra alianza. Tendré que establecer mi autoridad y mantenerla durante la noche, una propuesta delicada. La Corte de los Dientes es presuntuosa y burlona. Pareceré débil si permito que eso se dirija a mí, pero no sería prudente arriesgar nuestra alianza devolviéndola. En cuanto a Madoc, no dudo que estará lleno de consejos paternos, empujándome a asumir el papel de hija huraña si lo rechazo con demasiada fuerza. Pero si no puedo evitar que tomen la delantera conmigo, entonces todo lo que he hecho, todo lo que he planeado, será en vano.

Con todo eso en mente, echo los hombros hacia atrás y me dirijo hacia donde se llevará a cabo nuestro banquete.

Mantengo la cabeza en alto mientras camino por la hierba cubierta de musgo. Mi vestido fluye detrás de mí. Las hebras de plata tejidas a través de mi cabello brillan bajo las estrellas. Siguiéndome viene el paje con alas de polilla, sosteniendo la cola de mi vestido. La guardia real me flanquea a una distancia respetuosa.

Veo a Lord Roiben de pie cerca de un manzano, su espada de media luna brillando en una vaina pulida. Su compañera, Kaye, lleva un vestido verde muy parecido al color de su piel. La reina Annet está hablando con Lord Severin. Randalin bebe copa tras copa de vino. Todos parecen apagados. Han visto desplegarse

una maldición, y si todavía están aquí es porque tienen la intención de luchar mañana.

Sólo uno de nosotros puede decirles mentiras. Recuerdo las palabras que me dijo Cardan la última vez que hablamos con los gobernantes de las cortes inferiores.

Pero esta noche no son mentiras lo que necesito. Y tampoco es precisamente la verdad.

Al verme con Madoc y los gobernantes de la Corte de los Dientes, un silencio se apodera de la multitud reunida. Todos esos ojos de gotas de tinta miran en mi dirección. Todos esos rostros hambrientos y hermosos, volviéndose hacia mí como si fuera un cordero herido en un mundo de leones.

—Señores, damas y habitantes de Elfhame—, hablo en el silencio. Entonces dudo. Estoy tan poco acostumbrada a dar discursos como cualquiera. —Cuando era niña en la Corte Suprema, crecí con cuentos increíbles e imposibles, de maldiciones y monstruos. Cuentos que incluso aquí, en Faerie, eran demasiado increíbles para creerlos. Pero ahora nuestro Rey Supremo es una serpiente, y todos estamos sumidos en un cuento maravilloso.

—Cardan destruyó la corona porque quería ser un gobernante diferente y tener un reinado diferente. Al menos de una manera, eso ya se ha logrado. Madoc y la reina Suren de la Corte de los Dientes depusieron las armas. Nos reunimos y acordamos los términos de una tregua. —Un leve murmullo atraviesa la multitud.

No miro a mi lado. A Madoc no le debe gustar que esté caracterizando esta alianza como mi triunfo, y Lord Jarel y Lady Nore deben odiar que trate a su hija como si fuera un miembro de la Corte de los Dientes al que se le debe respeto.

Sigo.

—Los he invitado aquí esta noche para festejar con nosotros, y mañana nos reuniremos todos en el campo, no para luchar,

sino para domesticar a la serpiente y acabar con la amenaza a Elfhame. Juntos. —Hay aplausos dispersos e inciertos.

Con todo mi corazón, desearía que Cardan estuviera aquí. Casi puedo imaginarlo recostado en una silla, dándome consejos sobre cómo pronunciar discursos. Me habría molestado mucho, y ahora, pensando en ello, siento un frío hoyo de nostalgia en el estómago.

Lo extraño, y el dolor es un enorme abismo, uno en el que anhelo dejarme caer.

Levanto mi copa y a mí alrededor se levantan copas, vasos y cuernos.

—Brindemos por Cardan, nuestro Rey Supremo, que se sacrificó por su pueblo. Quien rompió el control de la Corona de sangre. Brindemos por esas alianzas que han demostrado ser tan firmes como los cimientos de las islas de Elfhame. Y bebamos por la promesa de paz.

Cuando inclino mi copa hacia atrás, todos beben conmigo. Parece como si algo se hubiera movido en el aire. Espero que sea suficiente.

—Un buen discurso, hija—, dice Madoc. —Pero en ninguna parte estaba mi recompensa prometida.

— ¿Para hacerte el primero entre mis consejeros? Y sin embargo, ya me das una lección. —Lo miro con una mirada fija. —Hasta que no hayamos frenado a la serpiente, nuestro trato aún no está cerrado.

Él frunce el ceño. No espero a que discuta el punto, sino que me alejo y me acerco a un pequeño grupo de gente de la Corte de los Dientes.

—Lady Nore—. Parece sorprendida de que me haya dirigido a ella, como si debiera ser una presunción de mi parte. —Quizá no hayas conocido a Lady Asha, madre del Rey Supremo.

—Supongo que no—, asiente. —A pesar de que-

La tomo del brazo y la llevo hasta donde está Lady Asha, rodeada de sus cortesanos favoritos. Lady Asha parece alarmada por mi acercamiento y aún más alarmada cuando comienzo a hablar.

—He oído que deseas un nuevo papel en la Corte—, le digo. Estoy pensando en convertirte en embajadora de la Corte de los Dientes, así que te parecerá útil conocer a Lady Nore.

No hay absolutamente ninguna verdad en lo que estoy diciendo. Pero quiero que Lady Asha sepa que he oído hablar de su conspiración y que si se cruza conmigo, soy capaz de alejarla de las comodidades que más aprecia. Y parece un castigo apropiado para ambas el estar afligidas la una con la otra.

— ¿Realmente me obligarías tan lejos de mi hijo? —ella pregunta.

—Si prefieres quedarte aquí y ayudar en el cuidado de la serpiente—, digo, —sólo tienes que decirlo.

Lady Asha parece como si lo que realmente preferiría es apuñalarme en la garganta. Me aparto de ella y de Lady Nore.

—Disfruta tu conversación—. Quizás lo hagan. Ambas me odian. Eso les da al menos una cosa en común.

Los criados sacan una pila de platillos. Tiernos tallos de helecho, nueces envueltas en pétalos de rosa, botellas de vino ahogadas con infusiones de hierbas, pajaritos asados enteros con miel. Mientras miro a la gente del aire, parece como si los jardines estuvieran girando a mí alrededor. Se inmiscuye una extraña sensación de irrealidad. Mareada, busco a una de mis hermanas, a alguien de la Corte de las Sombras. Incluso a Fand.

—Su Majestad—, dice una voz. Es Lord Roiben a mi lado. Mi pecho se contrae. No estoy segura de poder proyectarle autoridad a él, entre todas las personas, en este momento.

—Fue bueno que se quedara—, le digo. —Después de que Cardan rompiera la corona, no estaba seguro de que lo hicieras.

El asiente.

—Nunca me preocupé mucho por él—, dice, mirándome con sus ojos grises, pálidos como el agua de un río. —Fuiste tú quien me convenció para que me comprometiera con la corona en primer lugar, y tú quien negoció la paz después de que Bajo el mar rompió su tratado.

Matando a Balekin. Difícilmente puedo olvidarlo.

—Y podría haber luchado por ti de todos modos si no fuera por otra razón que una Reina mortal de las Hadas no puede evitar deleitar a muchas personas que aprecio y molestar a muchas personas que no me gustan. Pero después de lo que hizo Cardan en el gran salón, entiendo por qué estabas dispuesta a hacer una apuesta loca tras otra para ponerlo en el trono, y yo habría luchado hasta que el aliento dejara mi cuerpo.

Nunca esperé un discurso así de él. Me deja en el suelo.

Roiben toca un brazalete en su muñeca, con hilos verdes tejidos que lo atraviesan. No, no hilo. Cabello.

—Estaba dispuesto a romper la Corona de Sangre y confiar en la lealtad de sus súbditos en lugar de obligarla. Él es el verdadero Rey Supremo de las Hadas.

Abro la boca para responder cuando, a través de la extensión de hierba, veo a Nicasia con una túnica reluciente, la plata de escamas de pez deslizándose entre cortesanos y gobernantes.

Y noto que la consorte de Roiben, Kaye, se acerca a ella.

—Um—, digo. —Tu, eh, novia está a punto de...

Se vuelve para mirar justo a tiempo como Kaye golpea a Nicasia en la cara. Ella tropieza con otro cortesano y luego golpea el suelo. El duende le estrecha la mano como si se hubiera lastimado los nudillos.

Los guardias selkie de Nicasia corren hacia ella. Roiben inmediatamente comienza a moverse entre la multitud, que se separa para él. Intento seguirlo, pero Madoc bloquea mi camino.

—Una reina no corre hacia una pelea como una colegiala—, dice, agarrándose del hombro. No estoy tan distraída por la molestia como para no ver la oportunidad que se me presenta. Me libero de su agarre y me llevo tres mechones de cabello.

Un caballero pelirrojo se abre paso entre Kaye y los guardias selkie de Nicasia. No la conozco, pero para cuando Roiben llega allí, parece claro que todos están amenazando con batirse en duelo con todos los demás.

—Apártate de mi camino—, le gruño a Madoc, luego salgo corriendo. Ignoro a cualquiera que intente hablar conmigo. Tal vez parezco ridícula, sosteniéndome el vestido hasta las rodillas, pero no me importa. Ciertamente me veo ridícula cuando me meto algo en el escote.

La mandíbula de Nicasia está roja y su garganta enrojecida. Tengo que reprimir una risa totalmente inapropiada.

—Es mejor que no defiendas a un duendecillo—, me dice grandiosamente.

El caballero pelirrojo es mortal y lleva la librea de la corte del rey. Tiene la nariz ensangrentada, lo que supongo significa que ella y las selkies ya se metieron en esto. Lord Roiben parece dispuesto a sacar la espada de su cadera. Ya que solo estaba hablando de pelear hasta que el aliento dejó su cuerpo, eso es algo que prefiero evitar.

Kaye lleva un vestido más revelador que la última vez que la vi. Muestra una cicatriz que comienza en su garganta y recorre su pecho. Parece mitad un corte, mitad una quemadura, y definitivamente es algo por lo que tiene sentido que ella esté enojada.

—No necesito ninguna defensa—, dice. —Puedo manejar mis propios asuntos.

—Tienes suerte de que todo lo que hizo fue golpearte—, le digo a Nicasia. Su presencia hace que mi pulso palpite con los nervios. No puedo evitar recordar lo que fue estar cautiva Bajo

el mar. Me vuelvo hacia Kaye. —Pero esto ya terminó. ¿Entendido? —Roiben le pone la mano en el hombro.

—Supongo—, dice Kaye, y luego se aleja con sus grandes botas. Roiben espera un momento, pero niega con la cabeza. Luego sigue a su consorte.

Nicasia se toca la mandíbula con los dedos y me mira con atención.

—Veo que tienes mi nota—, le digo.

—Y veo que estás confraternizando con el enemigo—, responde con una mirada en dirección a Madoc. —Ven conmigo.

— ¿Dónde? —Pregunto.

—A cualquier lugar donde nadie pueda oírnos.

Caminamos juntas por los jardines, dejando atrás a nuestros dos guardias. Ella agarra mi mano.

— ¿Es verdad? ¿Cardan está bajo una maldición? Se transforma en un monstruo cuyas escamas han roto las lanzas de tu gente—. Doy un fuerte asentimiento.

Para mi asombro, ella se hunde de rodillas.

— ¿Qué estás haciendo? —Digo, horrorizada.

—Por favor—, dice, con la cabeza inclinada. —Por favor. Debes intentar romper la maldición. Sé que eres la reina por derecho y que es posible que no quieras que vuelva, pero...

Si algo pudo haber aumentado mi asombro, fue eso.

— ¿Crees que yo...?

—No te conocía, antes—, dice, la angustia clara en su voz. Hay una dificultad en su respiración que viene con el llanto. — Pensé que eras solo una mortal.

Tengo que morderme la lengua ante eso, pero no la interrumpo.

—Cuando te convertiste en su senescal, me dije a mí misma que te quería por tu lengua mentirosa. O porque se volvió apto para pujas. Debería haberte creído cuando le dijiste que no sabía lo más mínimo de lo que tú podrías hacer.

—Mientras estabas en el exilio, saqué más de la historia de él. Sé que no lo crees, pero Cardan y yo éramos amigos antes de ser amantes, antes de Locke. Fue mi primer amigo cuando vine aquí desde Bajo el mar. Y éramos amigos, incluso después de todo. Odio que te amé.

—Él también lo odiaba—, digo con una risa que suena más frágil de lo que me gustaría.

Nicasia me fija con una mirada larga.

—No, no lo hacía.

Sólo puedo estar en silencio.

—Atemoriza a la gente, pero no es lo que crees que es—, dice Nicasia. — ¿Te acuerdas de los sirvientes que tenía Balekin? ¿Los sirvientes humanos?

Asiento en silencio. Por supuesto que lo recuerdo. Nunca olvidaré a Sophie y sus bolsillos llenos de piedras.

—A veces desaparecían y había rumores de que Cardan los lastimó, pero no era cierto. Los devolvería al mundo de los mortales.

Lo admito, estoy sorprendida.

— ¿Por qué?

Ella levanta una mano.

— ¡No lo sé! Quizás para molestar a su hermano. Pero eres humana, así que pensé que te gustaría que lo hiciera. Y te envió una bata. Para la coronación.

Lo recuerdo: el vestido de gala con los colores de la noche, con los contornos crudos de los árboles cosidos en él y los cristales en forma de estrellas. Mil veces más hermoso que el

vestido que encargué. Pensé que tal vez venía del Príncipe Dain, ya que era su coronación y había jurado ser su criatura cuando me uní a la Corte de las Sombras.

—Nunca te lo dijo, ¿verdad? —Dice Nicasia. — ¿Así que ves? Esas son dos cosas bonitas de él que no sabías. Y vi la forma en que solías mirarlo cuando creías que nadie te estaba mirando.

Muerdo el interior de mi mejilla, avergonzada a pesar de que éramos amantes y nos casamos, y difícilmente debería ser un secreto que nos gustamos.

—Así que prométemelo—, dice. —Prométeme que lo ayudarás.

Pienso en la brida de oro, en el futuro que predijeron las estrellas.

—No sé cómo romper la maldición—, digo, todas las lágrimas que no he derramado brotan de mis ojos. —Si pudiera, ¿crees que estaría en este estúpido banquete? Dime a quién debo matar, qué debo robar, dime el acertijo que debo resolver o la bruja que debo engañar. Sólo dime el camino, y lo haré, sin importar el peligro, sin importar las dificultades, sin importar el costo—. Mi voz se quiebra.

Ella me mira fijamente. Independientemente de lo que pueda pensar de ella, realmente se preocupa por Cardan.

Y mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas, para su asombro, creo que se da cuenta de que yo también.

Le hace mucho bien.



Cuando terminamos de hablar, vuelvo al banquete y encuentro al nuevo Alderking. Parece sorprendido de verme. A

su lado está el caballero mortal con la nariz ensangrentada. Una humana pelirroja que reconozco como la consorte de Severin se está tapando la nariz con algodón. La consorte y el caballero son gemelos, me doy cuenta. No idénticos, como Taryn y yo, pero gemelos de todos modos. Humanos gemelos en Faerie. Y ninguno de los dos parecía particularmente desconcertado por ello.

—Necesito algo de ti—, le digo a Severin.

Él hace una reverencia.

—Por supuesto, mi reina. Todo lo que es mío es tuyo.



Esa noche, me acuesto en la enorme cama de Cardan en sus enormes dormitorios. Me extiendo, pateo las mantas.

Miro la brida dorada sentada en una silla a mi lado, brillando a la luz de la lámpara.

Si lo tuviera como serpiente, lo tendría conmigo para siempre. Una vez atrapado, podría traerlo aquí. Él podría acurrucarse en la alfombra en esta misma habitación, y aunque podría convertirme en un monstruo tanto como él, al menos no estaría sola.

Eventualmente me duermo.

En mis sueños, Cardan la serpiente se cierne sobre mí, sus escamas negras relucen.

—Te amo—, le digo, y luego me devora.



—No estás lo suficientemente curada—, se queja Tatterfell, pinchando mi cicatriz con sus dedos afilados. El diablillo me ha estado atendiendo desde que me levanté de la cama, preparándose para enfrentar a la serpiente como si fuera a otro banquete y quejándose todo el camino. —Madoc casi te corta por la mitad no hace mucho.

—¿Te molesta que le hayas jurado, pero todavía estás aquí conmigo? —Pregunto mientras termina la trenza apretada en la parte superior de mi cabeza. Los lados se retiran y el resto se sujeta en un moño. Sin adornos en mis oídos o alrededor de mi garganta, por supuesto, nada que se pueda agarrar.

—Aquí es donde me envió—, dice Tatterfell, tomando un cepillo de la mesa donde ha colocado sus herramientas y tocándolo con un bote de ceniza negra. Quizá se arrepienta. Después de todo, podría estar regañándolo a él ahora mismo, en lugar de a ti—. Eso me hace sonreír.

Tatterfell pinta mi rostro, ensombreciendo mis ojos y enrojando mis labios.

Hay un golpe en la puerta, y luego entran Taryn y Vivi.

—No creerás lo que encontramos en la tesorería—, dice Vivi.

—Pensé que las tesorías estaban llenas de gemas, oro y esas cosas—. Recuerdo, hace siglos, la promesa de Cardan de que entregaría el contenido del tesoro de Balekin a la Corte de las Sombras si tan solo me traicionaban y lo liberaban. Es una sensación extraña, recordar el pánico que sentí entonces, lo encantador que era y cuanto lo odiaba.

Tatterfell resopla cuando la Cucaracha entra, tirando de un cofre detrás de él.

—No hay forma de evitar que tus hermanas se metan en problemas.

Su piel ha vuelto a su color verde oscuro normal y se ve delgado, pero bien. Es un inmenso alivio verlo levantarse y moverse tan rápido. Me pregunto cómo lo reclutaron para ayudar a mis hermanas, pero me pregunto más qué le dijo la Bomba. Hay un nuevo tipo de alegría en su rostro. Vive en las comisuras de su boca, donde se cierne una sonrisa, y en el brillo de sus ojos.

Duele mirar.

Taryn sonríe.

—Encontramos armaduras. Una armadura gloriosa. Para ti.

—Para una reina—, dice Vivi. —Lo cual, como recordarás, no ha habido en un tiempo.

—Bien pudo haber pertenecido a la propia Mab—, continúa Taryn.

—Realmente están construyendo esto—, les digo.

Vivi se inclina para desbloquear el cofre. Saca una armadura de una cota de malla fina, trabajada para que parezca una caída de hojas de hiedra de metal en miniatura. Jadeo al verlo. Realmente es la armadura más hermosa que he visto en mi vida. Parece antigua y la mano de obra es distinta, nada como la de Grimsen. Es un alivio saber que otros grandes herreros vinieron antes que él y que otros lo seguirán.

—Sabía que te gustaría—, dice Taryn, sonriendo.

—Y tengo algo que también te gustará—, dice la Cucaracha. Metiendo la mano en su bolso, saca tres hebras de lo que parece hilo plateado.

Me lo guardo en el bolsillo, junto al cabello que le arranqué de la cabeza a Madoc.

Vivi está demasiado ocupada sacando más elementos del cofre para darse cuenta. Botas cubiertas de placas curvas de metal. Brazaletes con diseño de zarzas. Paletas de más hojas, enrolladas en los bordes. Y un yelmo que se asemeja a una corona de ramas doradas con bayas reunidas a cada lado.

—Bueno, incluso si la serpiente te muerde la cabeza—, dice Tatterfell, —el resto de ti todavía se verá bien—.

—Ese es el espíritu—, le digo.



El ejército de Elfhame se reúne y se prepara para marchar. Se ensillan corceles de hadas delgados como un látigo, caballos de agua pantanosa, renos con astas prominentes y enormes sapos. Algunos incluso están blindados.

Los arqueros se alinean con sus disparos elfos, con flechas envenenadas por sueño eterno y arcos enormes. Los caballeros se preparan. Veo a Grima Mog a través de la hierba, de pie sobre un pequeño grupo de redcaps. Están pasando una jarra de sangre, bebiendo tragos y salpicando sus gorras. Enjambres de duendes con pequeños dardos envenenados vuelan por el aire.

—Estaremos preparados—, explica Grima Mog, acercándose, —en caso de que la brida no funcione como dicen. O en caso de que no les guste lo que ocurra a continuación—. Tomando mi armadura y la espada prestada atada a mi espalda, sonrío, mostrándome sus dientes enrojecidos en sangre. Luego coloca una mano sobre su corazón. —Reina.

Intento sonreírle, pero sé que es enfermiza. La ansiedad me mastica las tripas.

Tengo dos caminos, pero solo uno conduce a la victoria.

He sido la protegida de Madoc y la criatura de Dain. No sé cómo ganar de otra manera que no sea la de ellos. No es una

receta para ser un héroe, pero es una receta para el éxito. Sé cómo clavar un cuchillo en mi propia mano. Sé odiar y ser odiada. Y sé cómo ganar el día, siempre que esté dispuesta a sacrificar todo lo bueno que hay en mí por ello.

Dije que si no podía ser mejor que mis enemigos, sería peor. Mucho, mucho peor.

Toma tres cabellos de tu propia cabeza y anúdalos alrededor de la brida. Estarán unidos.

Lord Jarel pensó en engañarme. Pensó en guardarse la palabra de poder para sí mismo, usarla sólo después de que yo refrenara a la serpiente y luego controlarnos a los dos. Estoy segura de que Madoc no conoce el plan de Lord Jarel, lo que sugiere que parte de él implicará asesinar a Madoc.

Pero es un esquema que se puede dar la vuelta. Les he atado los cabellos a la brida de oro, y no seré yo la que esté atada con la serpiente. Una vez que la serpiente esté atada, Madoc y Lord Jarel se convertirán en mis criaturas, tan seguramente como Cardan lo fue una vez. Tan seguro como Cardan volverá a ser mío con correas doradas clavándose en sus escamas.

Y si la serpiente crece en monstruosidad y corrupción, si envenena la tierra de Elfhame, entonces déjame ser la reina de los monstruos. Déjame gobernar esa tierra ennegrecida con mi padre redcap como un títere a mi lado. Déjame ser temida y nunca más tener miedo.

Sólo de su sangre derramada puede surgir un gran gobernante.

Déjame tener todo lo que siempre quise, todo lo que siempre soñé y la miseria eterna junto con eso. Déjame vivir con un fragmento de hielo atravesando mi corazón.

—He mirado las estrellas—, dice Baphen. Por un momento, mi mente todavía está demasiado perdida en mis propias imaginaciones salvajes para concentrarme. Su túnica azul profundo vuela detrás de él con la brisa de la tarde. —Pero no me hablarán. Cuando el futuro se oscurece, significa que un

evento remodelará permanentemente el futuro para bien o para mal. No se puede ver nada hasta que concluya el evento.

—No hay presión, entonces—, murmuro.

La bomba emerge de las sombras.

—La serpiente ha sido hallada—, dice ella. —Cerca de la costa por el Bosque Torcido. Debemos ir rápido antes de volver a perderlo.

—Recuerden la formación—, grita Grima Mog a sus tropas. —Conducimos desde el norte. La gente de Madoc ocupará el sur, y La Corte de los Dientes, el oeste. Mantengan su distancia. Nuestro objetivo es llevar a la criatura a los amorosos brazos de nuestra reina.

Las escamas de mi nueva armadura suenan juntas, haciendo un sonido musical. Me entregan un alto corcel negro. Grima Mog está sentada sobre un enorme ciervo blindado.

—¿Es esta tu primera batalla? —ella me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Si estalla una pelea, concéntrate en lo que tienes delante. Pelea *tu* batalla—, me dice. —Deja que alguien más se preocupe por las tuyas.

Asiento de nuevo, viendo al ejército de Madoc ponerse en marcha para tomar su posición. Primero vienen sus propios soldados, escogidos a dedo y robados del ejército permanente de Elfhame. Luego están las Cortes bajas que tomaron su estandarte. Y, por supuesto, La Corte de los Dientes, portando armas heladas. Muchos de ellos parecen tener la piel cubierta de escarcha, algunos tan azules como los muertos. No me agrada la idea de luchar contra ellos, hoy o cualquier otro día.

La Corte de las Termitas cabalga detrás de Grima Mog. Es fácil distinguir el cabello blanco como la sal de Roiben. Está en la parte de atrás de un kelpie, y cuando miro, me saluda. A su lado están las tropas del Alderking. La consorte mortal de Severin no está con él; en cambio, cabalga junto al caballero

mortal pelirrojo cuya nariz fue ensangrentada por los guardias selkie de Nicasia. Ella se ve inquietantemente alegre.

De vuelta en el palacio, Vivi, Oriana, Heather y Oak nos esperan con un grupo de guardias, la mayor parte del Consejo y muchos cortesanos de las Cortes, tanto de nivel bajo como alto. Mirarán desde los parapetos.

Mi agarre se aprieta en la brida dorada.

—Anímate—, dice Grima Mog, al ver mi cara. Se ajusta el sombrero, endurecido por capas de sangre. —Vamos a la gloria.

Cabalgamos a través de los árboles, y no puedo evitar pensar que cuando imaginé la caballería, me imaginé algo como esto. Enfrentando monstruos mágicos, vestido con armadura, espada a mi lado. Pero como tantas imaginaciones, estuvo ausente todo el horror.

Un chillido atraviesa el aire desde un bosque denso que está más adelante. Grima Mog hace una señal y los ejércitos de Elfhame dejan de marchar y se dispersan. Sólo sigo cabalgando, zigzagueando entre árboles muertos hasta que veo las negras espirales del cuerpo de la serpiente a unos diez metros de donde estoy. Mi caballo retrocede, relinchando.

Sosteniendo la brida, me balanceo hacia abajo desde su espalda y me acerco a la monstruosa criatura que una vez fue Cardan. Ha aumentado de tamaño, ahora es más largo que uno de los barcos de Madoc, la cabeza lo suficientemente grande cuando su boca está abierta, un solo colmillo es la mitad del tamaño de la espada en mi espalda.

Es absolutamente aterrador.

Oblico a mis pies a moverse por la hierba marchita y ennegrecida. Más allá de la serpiente, veo los estandartes con la bandera de Madoc ondeando en el aire.

—Cardan—, digo en un susurro. La red dorada de la brida, brilla en mis manos.

Como respuesta, la serpiente retrocede, el cuello se curva en un movimiento de balanceo como si estuviera evaluando cuál es la mejor manera de golpear.

—Soy Jude—, digo, y mi voz se quiebra. —Jude. Te gusto, ¿recuerdas? Confías en mí.

La serpiente estalla en movimiento, deslizándose rápidamente sobre la hierba en mi dirección, acortando la distancia entre nosotros. Los soldados se dispersan. Los caballos se encabritan. Los sapos saltan al refugio del bosque, ignorando a sus jinetes. Los kelpies corren hacia el mar.

Levanto la brida, no tengo nada más en mis manos con qué defenderme. Me preparo para lanzar. Pero la serpiente se detiene quizás a diez pies de donde estoy parada, girando sobre sí misma.

Mirándome con esos ojos de punta dorada.

Tiemblo por todas partes. Me sudan las palmas.

Sé lo que debo hacer si quiero vencer a mis enemigos, pero ya no quiero hacerlo.

Tan cerca de la serpiente, solo puedo pensar en la brida hundiéndose en la piel de Cardan, siendo atrapado para siempre. Tenerlo bajo mi control fue una vez un pensamiento tan convincente. Me dio una oleada de poder tan cruda cuando me juró, cuando tuvo que obedecerme durante un año y un día. Sentí que si podía controlar todo y a todos, entonces nada podría lastimarme.

Doy otro paso hacia la serpiente. Y luego otro. Tan cerca, me sorprende de nuevo el tamaño de la criatura. Levanto una mano cautelosa y la coloco contra las escamas negras. Se sienten secas y frescas contra mi piel.

Sus ojos dorados no tienen respuesta, pero pienso en Cardan tendido a mi lado en el suelo de las habitaciones reales.

Pienso en su sonrisa caprichosa.

Pienso en cómo odiaría estar atrapado así. Qué injusto sería para mí mantenerlo así y llamarlo amor.

Ya sabes cómo acabar con la maldición.

—Te amo—, le susurro. —Siempre te amaré. —Me meto la brida dorada en mi cinturón.

Tengo dos caminos, pero solo uno conduce a la victoria.

Pero no quiero ganar así. Quizás nunca viviré sin miedo, quizás el poder se me escape de las manos, quizás el dolor de perderlo me duela más de lo que pueda soportar.

Y, sin embargo, si lo amo, sólo hay una opción.

Saco la espada atada a mi espalda. Heartsworn, que puede atravesar cualquier cosa. Le pedí a Severin la espada y la llevé a la batalla, porque no importa cuanto lo negara, una parte de mí sabía lo que elegiría.

Los ojos dorados de la serpiente están firmes, pero hay sonidos de sorpresa de la gente reunida. Escucho el rugido de Madoc.

No se suponía que fuera así como terminaron las cosas.

Cierro los ojos, pero no puedo mantenerlos así. En un movimiento, balanceo Heartsworn en un arco brillante hacia la cabeza de la serpiente. La hoja cae, cortando escamas, carne y hueso. Entonces la cabeza de la serpiente está a mis pies, los ojos dorados se apagan.

La sangre está por todas partes. El cuerpo de la serpiente da un terrible estremecimiento y luego se afloja. Envaino a Heartsworn con manos temblorosas. Estoy temblando por todas partes, temblando tan fuerte que caigo de rodillas en la hierba ennegrecida, en la alfombra de sangre.

Escucho a Lord Jarel decir algo, pero no puedo entenderlo.

Creo que podría estar gritando.

La gente corre hacia mí. Escucho el sonido metálico del acero y el silbido de las flechas que surcan el aire. Parece venir de muy lejos.

Todo lo que suena fuerte en mis oídos es la maldición que Valerian pronunció antes de morir. *Que tus manos estén siempre manchadas de sangre. Que la muerte sea tu única compañera.*

—Deberías haber aceptado lo que te ofrecimos—, dice Lord Jarel, balanceando su lanza hacia mí. —Tu reinado será muy corto, reina mortal—.

Entonces Grima Mog está allí en su ciervo, soportando el peso de su espada. Sus armas chocan entre sí, resonando con la fuerza del impacto.

—Primero te voy a matar—, le dice. —Y luego te voy a comer.

Dos flechas negras salen volando de los árboles, incrustándose en la garganta de Lord Jarel. Se desliza de su caballo cuando un grito se eleva desde La Corte de los Dientes. Veo un destello del cabello blanco de la bomba.

Grima Mog se aleja, luchando contra tres caballeros de la Corte de los Dientes. Ella debe haberlos conocido una vez, debe haberlos comandado, pero ella lucha contra ellos de todos modos.

Hay más gritos a mí alrededor. Y los sonidos de la batalla menguando.

Desde la costa, escucho una bocina.

Más allá de las rocas negras, el agua hace espuma. Desde las profundidades, los tritones y las selkies se elevan, sus brillantes escamas captan la luz del sol. Nicasia se levanta con ellos, sentada sobre el lomo de un tiburón.

—Bajo el mar honra su tratado con la tierra y con la reina—, grita, su voz atravesando el campo. —Baja tus brazos.

Un momento después, los ejércitos de Bajo el mar se precipitan hacia la orilla.

Entonces Madoc está parado frente a mí. Su mejilla y parte de su frente están pintadas de sangre. Hay una alegría en su rostro, una alegría terrible. Los Redcaps nacen para esto, para el derramamiento de sangre, la violencia y el asesinato. Creo que una parte de él se deleita en poder compartir esto conmigo, incluso ahora.

—Levántate.

He pasado la mayor parte de mi vida respondiendo a sus órdenes. Me pongo de pie, mi mano va hacia la brida dorada de mi cinturón, la que está atada con su cabello, la que podría haber usado para atarlo y con la que todavía puedo atarlo.

—No voy a pelear contigo—. Mi voz suena tan distante. —Aunque no me encantaría ver las correas hundirse en tu piel, tampoco me lamentaré.

—Basta de fanfarronadas—, dice. —Ya has ganado. Mira.

Me toma por los hombros y me hace girar para que pueda ver dónde yace el gran cuerpo de la serpiente. Una sacudida de horror me atraviesa y trato de soltarme de su agarre. Y luego me doy cuenta de que la lucha ha disminuido, la gente está mirando. Desde el interior del cuerpo de la criatura emana un resplandor.

Y luego, a través de eso, Cardan sale. Cardan, desnudo y cubierto de sangre.

Vivo.

Sólo de su sangre derramada puede surgir un gran gobernante.

Y a su alrededor, la gente se pone de rodillas. Grima Mog se arrodilla. Lord Roiben se arrodilla. Incluso aquellos que momentos antes tenían la intención de asesinarlo parecen abrumados. Nicasia mira desde el mar mientras todo Elfhame se inclina ante el Rey Supremo, restaurado y renacido.

—Voy a inclinar mi cabeza ante ti—, me dice Madoc en voz baja. —Y sólo ante ti.

Cardan da un paso hacia adelante y aparecen pequeñas grietas en sus pisadas. Fisuras en la misma tierra. Habla con un estruendo que resuena en todos los reunidos allí.

—La maldición está rota. El rey ha vuelto.

Es tan aterrador como cualquier serpiente.

No me importa. Corro a sus brazos.



Los dedos de Cardan se clavan en mi espalda. Está temblando, y no estoy segura de si es por la disminución de la magia o por el horror. Pero me sostiene como si fuera la única cosa sólida del mundo.

Los soldados se acercan y Cardan me suelta de repente. Su mandíbula se aprieta. Él despide a un caballero que le ofrece su capa, a pesar de estar vestido solo con sangre.

—No me he puesto nada en días—, dice el Rey Supremo, y si hay algo quebradizo en sus ojos, casi todo el mundo está demasiado asombrado para darse cuenta. —No veo por qué debería empezar ahora.

— ¿Modestia? —Salgo a la fuerza, siguiendo el juego, sorprendida de que pueda bromear sobre la maldición o cualquier cosa.

Me da una sonrisa deslumbrante y despreocupada. El tipo de sonrisa que no puedes esconder.

—Cada parte de mí es una delicia.

Me duele el pecho al mirarlo. Siento que no puedo respirar. Aunque está frente a mí, el dolor de perderlo no se ha desvanecido.

—Su Majestad—, dice Grima Mog, dirigiéndose a mí. — ¿Tengo permiso para encadenar a tu padre?

Dudo, pensando en el momento en que lo enfrenté con la brida dorada. *Ya ganaste.*

—Sí—, dice Cardan. —Encadenadlo.

Traen un carruaje, las ruedas se bambolean sobre las rocas. Grima Mog grita órdenes. Dos generales ponen esposas alrededor de las muñecas y los tobillos de Madoc, las pesadas cadenas resuenan con el más mínimo movimiento. Los arqueros le apuntan con flechas mientras se lo llevan.

Su ejército se está rindiendo, haciendo juramentos de sumisión. Escucho el zumbido de las alas, el ruido de las armaduras y los gritos de los heridos. Redcaps refresca el pigmento de sus sombreros. Algunas personas se dan un festín con los muertos. Hay humo en el aire, mezclado con los aromas del mar y de sangre y musgo. Las secuelas de incluso una breve batalla son la disminución de la adrenalina, las vendas y el festejo de los vencedores.

La fiesta ya habrá comenzado en el palacio y durará mucho más que los combates.

Dentro del carruaje, Cardan se desploma. Lo miro fijamente, la sangre se seca en líneas de marea sobre su cuerpo y se forman costras en sus rizos como pequeños granates. En cambio, me obligo a mirar por la ventana.

—¿Cuánto tiempo llevo...? —Él duda.

—Ni siquiera tres días—, le digo. —Apenas un momento—. No menciono cuánto tiempo ha parecido pasar.

Tampoco digo cómo pudo haber estado atrapado como una serpiente para siempre, embridado y atado. O muerto.

Podría estar muerto.

Entonces el carruaje se detiene y nos bajamos. Los sirvientes han traído una enorme capa de terciopelo para Cardan, y esta vez él la acepta, envolviéndola alrededor de sus hombros mientras avanzamos por los gélidos pasillos subterráneos.

—Quizás quieras bañarte—, dice Randalin, un sentimiento comprensible.

—Quiero ver el trono—, dice Cardan.

Nadie está dispuesto a contradecirlo.

El Gran Salón está lleno de mesas volcadas y fruta podrida. Una grieta atraviesa el suelo hasta el trono partido, con sus flores marchitas. Cardan extiende sus manos y la tierra se cura a lo largo de la costura, la roca y la piedra burbujean para llenarse de nuevo. Luego, retuerce los dedos y el trono dividido crece nuevamente, floreciendo con zarzas, brotando en dos tronos separados donde una vez hubo sólo uno.

— ¿Te gusta? —me pregunta, lo que se parece un poco a preguntar si alguien disfruta de la corona de estrellas que conjuraron del cielo.

—Impresionante—, me ahogo.

Aparentemente satisfecho, finalmente permite que Randalin nos guíe a las habitaciones reales, que están llenas de sirvientes, generales y la mayoría del Consejo Viviente. Se prepara un baño para el Rey Supremo. Se trae una jarra de vino, junto con una copa adornada con cabujones. Fala canta una canción sobre el rey de las serpientes, y Cardan parece tanto encantado, como horrorizado por todo ello.

No dispuesta a quitarme la armadura delante de toda esta gente y pegajosa con la sangre, me escabullo y voy a mis antiguas habitaciones.

Pero cuando llego allí, encuentro a Heather. Se levanta del sofá, sosteniendo un enorme tomo. El rosa de su cabello está descolorido, pero todo lo demás en ella se ve vibrante.

—Felicitaciones, si eso no es demasiado extraño para decir. No sé cómo hablar de peleas, pero escuché que ganaste.

—Ganamos—, confirmo y sonrío.

Ella tira de una doble hebra de bayas de serbal muy mal ensartadas alrededor de su cuello.

—Vee me hizo esto. Para la fiesta posterior. —Heather parece darse cuenta de lo que llevo puesto por primera vez. —Esa no es tu sangre...

—No—, digo. —Estoy bien. Simplemente asquerosa—. Ella asiente lentamente.

—Y Cardan, —digo. —Él también está bien.

El tomo se le cae de la mano al sofá.

— ¿Ya no es una gran serpiente?

—No, —digo. —Pero creo que podría estar hiperventilando. Así es como lo llamas, ¿verdad? Respira demasiado rápido. Estoy mareada.

—Nadie en este lugar sabe nada sobre medicina humana, ¿verdad? —Ella se acerca y comienza a trabajar en mi armadura. —Vamos a sacar esto de encima, y veamos si eso ayuda.

—Háblame—, digo. —Cuéntame otro cuento de hadas. Dime algo.

—Está bien—, dice ella, tratando de averiguar cómo quitarme la armadura. —Seguí tu consejo y hablé con Vee. Finalmente. Le dije que no quería que me quitaran los recuerdos y que lamentaba haberla dejado hacer esa promesa.

— ¿Estaba contenta? —Ayudo a Heather con uno de los cierres.

—Tuvimos una gran pelea. Una pelea llena de gritos—, dice ella. —También hubo mucho llanto.

—Oh, —digo.

— ¿Te acuerdas del cuento de hadas con la serpiente que tiene padres helicópteros y se casa con la princesa?

— ¿Helicópteros?— Hago eco. Me quedé dormida al final, así que tal vez me perdí esa parte.

—Cuando se quema la piel de serpiente del niño, la princesa tuvo que ganárselo de nuevo yendo en una misión. Bueno, le dije a Vee que tenía que emprender una misión. Tiene que reunirse conmigo de nuevo y hacerlo bien esta vez. Decirme la verdad desde el principio. Y convencerme de amarla.

—Maldición. —Lo último de mi armadura se desprende, choca contra el suelo, y me doy cuenta de que su conversación me ha distraído lo suficiente como para que mi respiración vuelva a la normalidad. —Ese es un asunto serio de cuento de hadas. Una búsqueda.

Heather extiende su mano para tomar la mía.

—Si tiene éxito, todos mis recuerdos volverán. Pero si no, entonces esta noche es la última vez que te veré.

—Espero que bebas tanto que dejes las bodegas de la fiesta secas—, le digo, abrazándola con fuerza. —Pero más que eso, espero que Vee sea lo suficientemente buena para ganar tu mano nuevamente.

Se abre la puerta y entra Oriana. Al verme, parece asustada. Inmediatamente, se inclina profundamente, presionando su frente casi contra el suelo.

—No tienes que hacer eso—, le digo, y ella me fija con una mirada penetrante. Puedo ver que tiene *muchos* pensamientos sobre mi comportamiento como Reina, y hay un momento de gran satisfacción de que no puede decirme ninguno de ellos sin romper sus propias reglas de lo que es apropiado.

Ella se levanta de su reverencia.

—Espero que le concedas misericordia a tu padre. Por el bien de tu hermano, si no por el tuyo.

—Ya he sido misericordiosa—, digo, y levantándome la armadura, huyo al pasillo.

No debería haber dejado las cámaras reales. Era un viejo impulso, dejar que Cardan gobernara mientras yo operaba desde las sombras. Y fue un alivio estar lejos de todos esos ojos fijos. Pero lejos de Cardan, todo ha tomado un tinte de irrealidad, y me preocupa que de alguna manera la maldición nunca se haya roto, que todo esto sea la fantasía de una mente febril. Rápidamente vuelvo sobre mis pasos a través del pasillo, vestida sólo con el gambesón acolchado y las cubiertas para las piernas debajo de mi armadura.

Cuando regreso, encuentro que Cardan se ha ido, junto con todos los dignatarios. El agua del baño todavía está caliente y las velas todavía están encendidas, pero las habitaciones están vacías.

—La volví a llenar—, dice Tatterfell, saliendo de no sé dónde y sorprendiéndome. —Entra. Eres un desastre.

—¿Dónde está Cardan? —Pregunto, comenzando a quitarme las últimas prendas.

—El Gran Salón. ¿Dónde más? —ella dice. —Tú eres la que llega tarde. Pero como héroe del momento, eso está bien. Voy a convertirte en una visión.

—Suenas como un montón de trabajo de tu parte—, le digo, pero subo obedientemente a la bañera, perturbando los pétalos de primula flotando allí. El agua caliente se siente bien en mis músculos doloridos. Me dejo hundir debajo de ella. El problema de pasar por algo terrible y grande es que, después, te quedas sintiendo todas las emociones que empujaste y alejaste. Durante muchos días, he estado aterrorizada, y ahora, cuando debería sentirme genial, lo que quiero hacer es esconderme debajo de una mesa en el Gran Salón con Cardan hasta que finalmente pueda convencerme de que está bien.

Y tal vez besar su cara, si se siente con ganas de hacerlo.

Salgo del agua y me retiro el cabello de los ojos. Tatterfell me entrega un paño.

—Limpia la sangre de tus nudillos—, instruye.

Una vez más, trenza mi cabello en cuernos, esta vez con hilos de oro. Ella tiene una túnica de terciopelo de bronce para mí. Sobre ella, se pone un abrigo de cuero bronce con cuello alto rizado y una cola en forma de capa que sopla hasta con el más mínimo viento. Y por último, guantes de bronce con puños anchos.

Vestida con tales galas, habría sido difícil deslizarme en el Gran Salón sin ser vista, incluso si los cuernos no eran suficiente para hacer ruido en mi entrada.

—La Reina de Elfhame, Jude Duarte—, anuncia un paje con voz elegante.

Veo a Cardan, sentado a la cabecera de la mesa alta. Incluso desde el otro lado de la habitación, puedo sentir la intensidad de su mirada.

Se han preparado mesas largas para una fiesta adecuada. Cada plato está lleno de comida: grandes bolas de fruta, avellanas, pan relleno de dátiles. El vino de miel perfuma el aire.

Puedo escuchar a los artistas compitiendo para conseguir que las letras de sus nuevas composiciones sean correctas, muchas de ellas en honor al rey serpiente. Sin embargo, al menos uno es en mi honor:

Nuestra reina envainó su espada y cerró los ojos,

Y dijo: Pensé que la serpiente sería de mayor tamaño.

Un nuevo grupo de criados llega de las cocinas, llevando bandejas llenas de carne pálida en diferentes preparaciones: a la parrilla y escalfados en aceite, asados y guisados. Me toma un momento reconocer lo que estoy mirando. Es carne de serpiente. Carne cortada del cuerpo de la enorme serpiente que había sido el Rey Supremo y podría darles una medida de su magia. Lo miro y siento la abrumadora desorientación de ser mortal. Algunas cosas de hadas siempre me horrorizarán.

Espero que Cardan no se moleste. Ciertamente, parece alegre, riendo mientras los cortesanos amontonan sus platos.

—Siempre supuse que estaría delicioso—, le oigo decir, aunque noto que no toma nada de la carne para él.

Nuevamente, me imagino agachándome debajo de la mesa y escondiéndome allí, como lo hacía cuando era niña. Como hice después de la sangrienta coronación, con él.

Pero en cambio voy a la mesa alta y encuentro mi lugar, que está, por supuesto, en la cabecera del extremo opuesto. Nos miramos el uno al otro a través de la extensión de plata, telas y velas.

Luego se levanta, y en todo el Gran Salón, la gente se queda en silencio.

—Mañana debemos ocuparnos de todo lo que nos ha sucedido—, dice, levantando una copa en alto. —Pero esta noche recordemos nuestro triunfo, nuestro engaño y nuestro deleite el uno con el otro—. Todos brindamos por eso.

Hay canciones, una variedad aparentemente interminable de canciones y platos suficientes para que incluso un mortal como yo pueda comer hasta hartarse. Veo a Heather y Vivi moverse entre las mesas para bailar. Veo a la Cucaracha y a la Bomba, sentados a la sombra de los tronos reformados. Él está lanzando uvas en su boca y nunca falla, ni una sola vez. Grima Mog está discutiendo algo con Lord Roiben, la mitad de su plato está lleno de serpiente y la otra mitad de su plato lleno de otra carne que no reconozco. Nicasia se sienta en un lugar de honor, no lejos de la mesa alta, con sus súbditos a su alrededor. Veo a Taryn cerca de los músicos, contando una historia con grandes movimientos de sus manos. También veo al Fantasma mirándola.

—Su perdón—, dice alguien, y veo a Randalin, junto a Cardan.

—Consejero—, dice Cardan, recostándose contra la mesa, su postura, la languidez fácil, de alguien que ya está en su salsa. —¿Esperabas uno de estos pequeños pasteles de miel? Podría haberlos pasado por la mesa.

—Está el asunto de los prisioneros: Madoc, su ejército, lo que queda del Tribunal de los Dientes—, dice Randalin. —Y muchos otros asuntos que esperábamos abordar contigo.

—Mañana—, insiste Cardan. —O al día siguiente. O quizás la semana que viene—. Y con eso, se levanta, toma un largo trago de su copa, la deja sobre la mesa y camina hacia donde estoy sentada. —¿Quieres bailar? —pregunta, dándome su mano.

—Puedes recordar que no soy particularmente hábil en eso—, digo, levantándome. La última vez que bailamos fue la noche de la coronación del príncipe Dain, justo antes de que todo saliera mal. Había estado muy, muy borracho.

Realmente me odias, ¿no? había preguntado.

Casi tanto como me odias, le había dicho.

Me atrae hacia donde los violinistas exhortan a todos a bailar cada vez más rápido, a girar, girar y saltar. Sus manos cubren las mías.

—No sé por qué disculparme primero—, digo. —Cortarte la cabeza o dudar tanto tiempo en hacerlo. No quería perder lo poco que quedaba de ti. Y no puedo pensar más allá de lo maravilloso que es que estés vivo.

—No sabes cuánto tiempo he esperado para escuchar esas palabras—, dice. —No me quieres muerto.

—Si bromeas sobre esto, voy a...

—¿Matarme? —pregunta, levantando ambas cejas negras.

Creo que podría odiarlo después de todo.

Entonces Cardan toma mis manos entre las suyas y me aleja de los otros bailarines, hacia la habitación secreta que me mostró antes, detrás del estrado. Es como la recuerdo, sus paredes cubiertas de musgo, un sofá bajo que descansa debajo de hongos que brillan suavemente.

—Sólo sé ser cruel o reírme cuando estoy descompuesto—, dice, y se sienta en el sofá.

Lo dejo ir y me quedo de pie. Me prometí a mí misma que haría esto, si alguna vez volvía a tener la oportunidad. Prometí que haría esto en el primer momento que pudiera.

—Te amo—, le digo, las palabras salen con una rapidez ininteligible.

Cardan parece desconcertado. O posiblemente hablé tan rápido que ni siquiera está seguro de lo que dije.

—No es necesario que lo digas por lástima—, dice finalmente, con gran parsimonia. —O porque estaba bajo una maldición. Te pedí que me mintieras en el pasado, en esta misma habitación, pero te suplico que no me mientas ahora. Mis mejillas arden al recordar esas mentiras.

—No me he hecho fácil de amar—, dice, y escucho el eco de las palabras de su madre en las suyas.

Cuando imaginé contárselo, pensé que diría las palabras y sería como quitarse un vendaje: doloroso y rápido. Pero no pensé que dudaría de mí.

—Empezaste a gustarme por primera vez cuando fuimos a hablar con los gobernantes de las Cortes inferiores—, digo. —*Eras gracioso*, lo cual era raro. Y cuando fuimos a Hollow Hall, *eras inteligente*. Seguí recordando cómo fuiste quien nos sacó del Gran Salón después de la coronación de Dain, justo antes de que te pusiera ese cuchillo en la garganta.

No intenta interrumpir, así que no tengo más remedio que seguir adelante.

—Después de que te engañé para que fueras el Rey Supremo—, le digo. —Pensé que una vez que me odiaras, podría volver a odiarte. Pero no lo hice. Y me sentí tan estúpida. Pensé que me romperías el corazón. Pensé que era una debilidad que usarías contra mí. Pero luego me salvaste de Bajo el mar cuando hubiera sido mucho más conveniente dejarme pudrirme. Después de eso, comencé a esperar que mis sentimientos fueran correspondidos. Pero luego estaba el exilio... —Respiro entrecortadamente. —Me escondí mucho, supongo. Pensé que si no lo hacía, si me permitía amarte, ardería como una cerilla. Como toda la caja de cerillas.

—Pero ahora lo has explicado—, dice. —Y tú me amas.

—Te amo—, confirmo.

—Porque soy *inteligente y divertido*—, dice sonriendo. —No mencionaste mi belleza.

—O tu delicia—, digo. —Aunque ambas son buenas cualidades.

Me atrae hacia él, de modo que ambos estemos acostados en el sofá. Miro la negrura de sus ojos y la suavidad de su boca. Limpio una mancha de sangre seca de la parte superior de una oreja puntiaguda.

—¿Cómo fue? —Pregunto. —Ser una serpiente.

Él duda.

—Era como estar atrapado en la oscuridad—, dice. —Estaba solo, y mi instinto era arremeter. Quizás no era del todo un animal, pero tampoco yo mismo. No podía razonar. Solo había sentimientos: odio y terror y el deseo de destruir.

Empiezo a hablar, pero me detiene con un gesto.

—Y tú. —Me mira, sus labios se curvan en algo que no es exactamente una sonrisa; es más y menos que eso. —Sabía poco más, pero siempre te conocí.

Y cuando me besa, siento que finalmente puedo respirar de nuevo.



Mi coronación llega una semana después, y me sorprende la cantidad de gobernantes de la corte baja, junto con súbditos de los reinos, que viajan para presenciarla. Curiosamente, muchos se esfuerzan por traer mortales como invitados, niños cambiantes, artistas y amantes humanos. Es completamente surrealista ver este intento de ganarse el favor y, de todos modos, es gratificante.

Cardan eligió a tres hacedores de hadas para que se les diera un lugar en la casa de Elfhame. Uno es Madre Médula. El segundo es un fogón de aspecto antiguo que parece esconderse detrás de una barba enorme y muy trenzada. Me sorprende descubrir que el tercero, un herrero mortal, se conocía con mi padre humano. Cuando lo conozco, Robert de Jersey pasa algún tiempo admirando Nightfell y me cuenta una historia divertida sobre una conferencia a la que ambos asistieron una década antes.

Desde que los fabricantes se instalaron, han estado ocupados.

La ceremonia comienza al anochecer y la tenemos bajo las estrellas en la nueva Isla de Insear. Los braseros arden y el cielo se llena de espuma de mar e incienso. El suelo debajo de nosotros es un flox en flor de luna.

Estoy en un vestido de color verde bosque profundo, con plumas de cuervo que cubren mis hombros y mis brazos, mientras que Cardan usa un jubón adornado con alas de escarabajo brillantes. Baphen, con una de sus largas túnicas azules, con muchos adornos celestiales en la barba, dirigirá la ceremonia.

Oak está vestido de blanco con botones dorados. Taryn lo besa en la frente, por coraje, ya que tendrá que ponernos las coronas a los dos.

—Hace mucho que se lleva a cabo la tradición de Greenbriar en el Tribunal Superior—, comienza Baphen. —La corona de sangre. Y mientras la corona se ha ido y los votos de obediencia con ella, todavía seguiremos la tradición. Y así, Rey Supremo, acepta tu nueva corona de Oak, tu sangre y tu heredero.

Oak parece descontento por ser llamado heredero, pero toma la corona de la almohada, un aro de oro rico con nueve puntas en forma de hojas alrededor de la banda. Siendo Rey Supremo, se supone que Cardan no debe arrodillarse ante nadie, así que Vivienne levanta a Oak. Riendo, mi hermano coloca una nueva corona en la cabeza de Cardan para deleite de la multitud.

—Gente de Elfhame—, dice Baphen, usando las palabras rituales que Cardan nunca había recibido antes, tan apresuradas como nuestra última ceremonia. — ¿Aceptarán a Cardan de la línea Greenbriar como su rey?

En coro responden.

—Lo haremos.

Entonces es mi turno.

—Es poco común que una corte tenga dos gobernantes. Sin embargo, tú, Judas Duarte, Reina Suprema, nos has mostrado por qué puede ser una fortaleza en lugar de una debilidad. Cuando la Corte Suprema fue amenazada, tú te enfrentaste a nuestros enemigos y rompiste el hechizo que podría habernos destruido. Acércate y acepta tu corona de manos de Oak, tu hermano y tu heredero.

Camino hacia adelante, poniéndome de pie mientras Vivienne alza a mi hermano de nuevo en sus brazos. Deja la corona en mi cabeza. Es un gemelo del de Cardan y me sorprende su peso.

—Gente de Elfhame—, dice. — ¿Aceptarán a Jude Duarte como su Reina Suprema?

Por un momento, en el silencio, creo que me van a rechazar, pero las palabras rituales salen de muchas bocas.

—Lo haremos.

Le sonrío irrepríblemente a Cardan. Él me devuelve la sonrisa, con una pequeña sorpresa. Es posible que yo no sonría así muy a menudo.

Cardan se vuelve hacia la multitud que tenemos delante.

—Ahora tenemos dones que distribuir y traiciones que recompensar. Primero las bendiciones.

Señala a un sirviente, que saca la espada de Madoc, la que partió el trono de Elfhame.

—A Grima Mog, nuestra Gran General—, dice. —Tendrás el trabajo final de Grimsen y lo usarás durante el tiempo que permanezca en nuestro servicio.

Lo recibe con una reverencia y una mano entrelazada al corazón.

Él continúa.

—Taryn Duarte, nuestro juicio nunca concluyó formalmente. Pero considéralo concluido ahora, a su favor. La corte de Elfhame no tiene nada que ver contigo. Te otorgamos todas las propiedades y tierras de Locke a ti y a Tu hijo.

Hay murmullos por eso. Taryn se adelanta para hacer una reverencia.

—Por último—, dice. —Nos gustaría que nuestros tres amigos de la Corte de las Sombras den un paso al frente.

El Fantasma, la Bomba y la Cucaracha caminan sobre la alfombra de flores blancas. Están envueltos en mantos que los cubren de la cabeza a los pies, cubriendo incluso sus rostros con una fina red negra.

Cardan hace señas y los pajes se adelantan con almohadas. En cada uno hay una máscara plateada, que no denota nada de

género, solo una cara de metal suavemente en blanco con algo un poco travieso en la curva de la boca.

—Tú que moras en las sombras, deseo que estés con nosotros a veces en la luz—, dice Cardan. —A cada uno le doy una máscara. Cuando la use, nadie podrá recordar su altura o el timbre de su voz. Y con esa máscara, nadie en Elfhame te rechazará. Todos los hogares estarán abiertos para ti, incluido el mío.

Se inclinan y se llevan las máscaras a la cara. Cuando lo hacen, hay una especie de distorsión a su alrededor.

—Eres amable, mi rey—, dice uno, y ni siquiera yo, que los conozco, sé quién está hablando. Pero lo que ninguna máscara puede ocultar es cómo, una vez que hacen sus reverencias y se van, una figura enmascarada toma la mano enguantada de otra.

O cómo el tercero vuelve su cara de metal brillante hacia Taryn.

Entonces es mi turno de dar un paso adelante. Mi estómago se agita con los nervios. Cardan insistió en que yo fuera quien juzgara a los prisioneros. *Ganaste el día*, me dijo, *y la mayor parte del trabajo duro junto con él. Tú eliges su destino.*

Cualquier castigo que me parezca adecuado, desde la ejecución hasta el exilio y la maldición, se considerará justo, más aún si es ingenioso.

—Veremos a los prisioneros ahora—, digo. Oak se ha movido a un lado y se encuentra entre Taryn y Oriana.

Dos caballeros se acercan y se arrodillan. Uno habla primero.

—Me han encomendado la tarea de abogar por todos aquellos cuya historia es como la mía. Una vez fuimos parte del ejército de Elfhame, pero a sabiendas fuimos con el general Madoc al norte cuando nuestros votos fueron levantados. Traicionamos al Rey Supremo y... —Ahí se tropieza. —Buscamos poner fin a su reinado. Nos equivocamos. Deseamos poder disculparnos y demostrar que podemos y seremos leales a partir de este día.

Entonces el segundo habla.

—Me han encomendado la tarea de abogar por todos aquellos cuya historia es como la mía. Una vez fuimos parte del ejército de Elfhame y, a sabiendas, fuimos con el general Madoc al norte cuando nuestros votos fueron anulados. Traicionamos al Rey Supremo y buscamos poner fin a su reinado. No tenemos ningún deseo de disculparnos. Seguimos fielmente a nuestro comandante y, aunque seremos castigados, no hubiéramos elegido otra cosa.

Miro de nuevo a la multitud, a los habitantes de Elfhame que lucharon y sangraron, a aquellos que lamentaron la pérdida de vidas, vidas que podrían haberse prolongado durante siglos si no hubieran sido destruidas. Tomo un respiro.

—Según el lenguaje del Tribunal Supremo, a los soldados se les llama halcones—, digo, y me sorprende la firmeza de mi voz. —Para aquellos que no desean expiar, conviértase en halcones de verdad. Vuela por los cielos y caza al contenido de tu corazón. Pero no recuperarás tu propia forma verdadera, hasta el momento en que no lastimes a ningún ser vivo durante un año y un día hayan transcurrido.

—¿Pero cómo vamos a comer si no podemos hacer daño? —pregunta el caballero.

—La bondad de los demás tendrá que sostenerte—, digo, con la voz tan fría como puedo. —Para aquellos que quieran la expiación, aceptaremos su voto de lealtad y amor. Volverás a formar parte del Tribunal Superior. Pero estarás marcado por tu traición. Deja que tus manos estén siempre rojas, como manchadas con la sangre que esperabas derramar.

Cardan me da una sonrisa alentadora. Randalin parece molesto porque sólo yo estoy haciendo pronunciamientos. Se aclara la garganta, pero en realidad no se atreve a interrumpirme.

La siguiente prisionera es Lady Nore de la Corte de Dientes. La reina Suren la sigue. La corona de Suren todavía está cosida

a su cabeza, y aunque ninguna correa la ata, el agujero en su muñeca todavía está allí, la piel alrededor todavía en carne viva.

Llamo a un sirviente para que se acerque con la brida, aún sin usar.

—Te hubiéramos seguido—, dice Lady Nore, arrodillándose. —Te hicimos una oferta y fuiste tú quien la rechazó. Volveremos al norte. ¿No nos han castigado lo suficiente?

—Lord Jarel trató de engañarme para que me esclavizara. ¿Lo sabías? —Pregunto, indicando la brida.

Como no puede mentir, no habla.

— ¿Y tú? —Le pregunto a Suren.

La niña suelta una risita salvaje y aterradora.

—Sé todos los secretos que creen que esconden—. Su voz es fina y áspera, por falta de uso.

Hay un tirón en mi manga y me sorprende encontrar a Oak a mi lado. Me hace una señal para que me agache y deje que me susurre al oído. El ceño de Randalin se profundiza cuando lo hago.

—Recuerda cuando dijiste que no podíamos ayudarla—, me recuerda. —Podemos ayudarla ahora.

Me aparto, mirándolo a los ojos.

— ¿Así que quieres interceder por la reina Suren?

—Lo hago—, dice.

Lo envío de regreso a Oriana, un poco más optimista de que algún día querrá sentarse en el trono de Faerie.

—Mi hermano ha pedido clemencia. Reina Suren, ¿jurarás lealtad a la corona?

Mira a Lady Nore como si buscara permiso. Lady Nore asiente.

—Soy tuya, Reina Suprema—, dice la niña. Su mirada cambia. —Y Rey Supremo.

Me vuelvo hacia Lady Nore.

—Me gustaría escucharte hacer un voto de lealtad a tu reina.

Lady Nore parece sorprendida.

—Por supuesto que te doy mi fidelidad.

Niego con la cabeza.

—No, quiero que se lo des a *tu* reina. La Reina de la Corte de los Dientes.

— ¿Suren? —Sus ojos miran alrededor como si buscara un escape. Por primera vez desde que vino ante mí, Lady Nore parece asustada.

—Sí, —le digo. —Júrale a ella. Ella es tu reina, ¿no es así? Puedes hacer tu voto o puedes usar tú mismo la brida dorada.

Lady Nore aprieta los dientes y luego murmura las palabras. Aun así, las saca. La expresión de la reina Suren se vuelve extraña, remota.

—Bien, —digo. —El Tribunal Superior se quedará con la brida y esperará que nunca sea necesario utilizarla. Reina Suren, debido a que mi hermano intercedió por ti, te envió en tu camino sin más castigo que este: la Corte de los Dientes ya no existirá—. Lady Nore jadea.

Sigo.

—Tus tierras pertenecen al Tribunal Supremo, tus títulos son abolidos y tus fortalezas serán confiscadas. Y si tú, Nore, intentas desafiar esta orden, recuerda que será Suren, a quien juraste, quien te castigará de la forma que ella considere conveniente. Ahora ve y agradece la intercesión de Oak.

Suren, que ya no es una reina, sonríe de una manera que no es amigable en absoluto, y noto que sus dientes se han limado en pequeñas puntas. Sus puntas están teñidas de un rojo inquietante. Considero por primera vez que quizás Suren estaba siendo reprimida por temor a lo que pudiera hacer si no se reprimía.

El último penitente engendrado es Madoc. Sus muñecas y tobillos están atados con un metal pesado que, por el dolor en su cara, me preocupa que tenga hierro.

No se arrodilla. Tampoco suplica. Solo mira de uno a otro, y luego su mirada se mueve hacia Oak y Oriana. Veo moverse un músculo de su mandíbula, pero nada más.

Intento hablar, pero siento que se me ha cerrado la garganta.

— ¿No tienes nada que decir? —Cardan le pregunta. — Tenías mucho para decir antes.

Madoc inclina la cabeza hacia mí.

—Me rendí en el campo de batalla. ¿Qué más hay? La guerra ha terminado y yo he perdido.

— ¿Irías a tu ejecución tan estoicamente? —Pregunto. Desde cerca, escucho el grito ahogado de Oriana.

Pero Madoc permanece sombrío. Sin alarmarse.

—Te crie para ser inflexible. Solo pido una buena muerte. Rápido, por el amor que nos teníamos. Y debes saber que no te guardo rencor.

Desde que terminó la batalla, supe que me llamarían para juzgarlo. He dado vueltas al castigo adecuado en mi mente, pensando no sólo en su ejército y su desafío, no sólo en nuestro duelo en la nieve, sino en el viejo crimen, el que siempre ha estado entre nosotros. ¿Le debo venganza por el asesinato de mis padres? ¿Es esa una deuda que hay que pagar? Madoc entendería eso, entendería que el amor no puede estar antes que el deber.

Pero me pregunto si lo que les debo a mis padres es una visión más flexible del amor y el deber, una que ellos mismos podrían haber adoptado.

—Te dije una vez que soy lo que tú me hiciste, pero no soy sólo eso. Me criaste para ser intransigente, pero aprendí la misericordia. Y te daré algo como misericordia si puedes demostrarme que te lo mereces.

Su mirada llega a la mía con sorpresa y un poco de cautela.

—Señor—, interviene Randalin, claramente exasperado por mi decisión final. —Seguro que tienes algo que decir sobre todo...

—Silencio—, dice Cardan, su actitud ha cambiado por completo, su lengua da un latigazo. Mira a Randalin como si la siguiente frase pudiera golpearlo. Luego me asiente con la cabeza. —Jude estaba llegando a lo interesante.

No aparto la mirada de Madoc. —Primero, jurarás olvidar el nombre que conoces. Lo sacarás de tu mente y nunca más volverá a caer de tus labios o dedos.

—¿Te gustaría escucharlo primero? —pregunta, la más leve sonrisa en las comisuras de sus labios.

—Yo no lo haría. —Este no parece el lugar para decirle que ya lo sé. —En segundo lugar, debes darnos tu voto de lealtad y obediencia—, le digo. —Y tercero, debes hacer ambas cosas sin escuchar la sentencia por tus crímenes, que de todos modos te otorgaré.

Puedo verlo luchando con su dignidad. Una parte de él quiere ser como los soldados que negaron el deseo de expiación. A una parte de él le gustaría irse a la tumba con la espalda recta y la mandíbula apretada. Luego hay una parte de él que no quiere ir a la tumba en absoluto.

—Quiero misericordia—, dice finalmente. —O, como dijiste, algo parecido.

Respiro hondo.

—Te condeno a vivir el resto de tus días en el mundo mortal y a no volver a poner tu mano en un arma.

Presiona su boca en una delgada línea. Luego inclina la cabeza.

—Sí mi reina.

—Adiós, padre—, le susurro mientras se lo llevan. Lo digo en voz baja y no creo que me escuche.



Después de la coronación, Taryn y yo decidimos acompañar a Vivi y Oak, que regresan al mundo de los mortales. Ahora que la guerra terminó, Oak podría regresar con Faerie e ir a la escuela del palacio tal como lo hicimos Taryn y yo. Pero quiere vivir un poco más entre los humanos, no solo porque ha estado allí durante la mayor parte del año pasado, sino porque Oriana ha decidido mudarse con Madoc, y Oak extraña a sus padres.

Vivi ha estado yendo y viniendo durante la última semana, saliendo con Heather, a quien acaba de presentarse nuevamente. Pero ahora que se va para siempre, recoge mermeladas de rosa mosqueta, chaquetas de seda de araña y otras cosas que desea quitarle a Faerie. Mientras lo hace, especula sobre todos los aspectos del mundo mortal que tendrá que explicarle a papá.

—Como teléfonos móviles—, dice. —O pago por cuenta propia en la tienda de comestibles. Oh, esto va a ser asombroso. En serio, su exilio es el mejor regalo que me has dado.

—Sabes que se va a aburrir tanto que intentará micro-gestionar tu vida—, dice Taryn. —O planificará su invasión a un edificio de apartamentos vecino.

Ante eso, Vivi deja de sonreír.

Sin embargo, hace que Oak se ría.

Taryn y yo ayudamos a Vivi a empacar cuatro alforjas de cosas, a pesar de que Vivi ha plantado mucha hierba cana en el bosque cerca de su edificio de apartamentos y puede regresar por más suministros cuando quiera. Grima Mog le da a Vivi una lista de cosas que le gustaría que le enviaran a Elfhame, que parece ser principalmente café instantáneo y salsa picante.

Lo que no espero es que Cardan se ofrezca a viajar con nosotros.

—Deberías venir—, dice Taryn. —Podemos organizar una fiesta. Ustedes dos se casaron y nadie hizo nada para celebrar.

Yo estoy incrédula.

—Oh, estamos bien. No necesitamos ninguna...

—Está decidido, entonces—, dice Vivi, para siempre mi hermana mayor. —Apuesto a que Cardan nunca ha probado la pizza.

Oak parece escandalizado por este pronunciamiento y comienza a explicar sobre diferentes ingredientes, desde piña hasta salchichas y anchoas. Ni siquiera estamos en el mundo mortal y ya estoy llena de pavor. Lo más probable es que Cardan lo odie, y la única pregunta es si va a ser horrible al respecto.

Antes de que pueda pensar en una manera de disuadirlo, cargaremos las alforjas en corceles de hierba cana. Luego volamos sobre el agua. En poco tiempo, aterrizamos en un parche de césped cerca del complejo, pero no tan cerca del apartamento que los vecinos de Vivi probablemente la reconozcan.

Me bajo y noto la monotonía de la hierba y el olor del escape de un coche en el aire. Miro a Cardan con cautela, preocupada de que arrugue la nariz, pero parece simplemente curioso, su mirada va hacia las ventanas iluminadas y luego hacia el rugido de la carretera cercana.

—Es temprano—, dice Vivi. —Y la pizzería está lo suficientemente cerca para caminar—. Ella nos mira. —Sin embargo, deberíamos ir al apartamento y cambiarnos primero.

Supongo que puedo ver lo que quiere decir. Cardan se ve como si acabara de bajarse del escenario en una casa de juegos, y aunque puede lucir glamoroso, no estoy del todo segura de que sepa qué se supone que debe usar un glamour.

Vivi nos deja entrar al apartamento y pone una taza de café, agregando canela a las tazas. Oak va a la parte de atrás y consigue una especie de juego electrónico, sumergiéndose inmediatamente en él en el sofá mientras ordenamos la ropa.

Los pantalones ajustados y las botas de Cardan son aceptables, y encuentra una camiseta que un amigo humano le dejó allí que le queda lo suficientemente bien como para usar en lugar de su elegante jubón. Le pido prestado un vestido a Vivi que le queda suelto. Me queda mucho menos suelto.

—Le conté a Heather sobre ustedes—, dice Vivi. —Voy a llamarla y ver si puede venir y traer algunos suministros. Puedes conocerla de nuevo. Y Oak te mostrará el camino a la pizzería.

Tomando mi mano con una sonrisa, mi hermano pequeño comienza a tirarnos a Cardan y a mí por las escaleras. Vivi nos persigue para darme algo de dinero. —Este es tu dinero. De Bryern.

—¿Qué hiciste? —Pregunta Cardan.

—Derrotar a Grima Mog en un duelo—, digo.

Me mira con incredulidad.

—Debería haberte pagado en oro.

Eso me hace sonreír mientras caminamos por la acera. Cardan no parece estar en absoluto desconcertado, silbando una melodía y mirando un poco con los ojos abiertos a los humanos que pasamos. Aguanto la respiración, pero él no los maldice con una cola que coincida con la suya, ni los tienta con una manzana o hace cualquier otra cosa que pueda hacer un malvado rey de las hadas.

Entramos en la pizzería, donde Oak pide tres pasteles extremadamente grandes, cubiertos con una extraña variedad de aderezos que estoy casi completamente segura, de que nadie le ha dejado pedir antes: mitad albóndiga y mitad langostino, ajo y tomates, queso de cabra y queso negro, aceitunas, champiñones y tocino.

Cuando regresamos al apartamento con nuestra pila de cajas de cartón humeantes, Heather y Vivi han atado una pancarta plateada que dice *¡FELICITACIONES, RECIÉN CASADOS!* en colores vivos. Debajo, en la mesa de la cocina, hay una tarta de

helado con serpientes de goma esparcidas y varias botellas de vino.

—Es un placer conocerte—, digo, acercándome a Heather y abrazándola. —Sólo sé que te voy a amar.

—Ella me ha contado algunas cosas locas sobre todos ustedes—, dice Heather.

Vivi gira una matraca.

—Aquí—, dice, repartiendo coronas de papel para que las usemos.

—Esto es ridículo—, me quejo, pero me pongo la mía.

Cardan mira su reflejo en la puerta del microondas y ajusta su corona para que quede en ángulo.

Pongo los ojos en blanco y él me da una sonrisa rápida. Y me duele un poco el corazón porque estamos todos juntos y seguros, y no era algo que hubiera podido desear. Y Cardan se ve un poco tímido ante toda esta felicidad, tan poco acostumbrado como yo. Habrá luchas por venir, estoy seguro, pero ahora mismo estoy igualmente segura de que encontraremos nuestro camino a través de ellas.

Vivi abre las cajas de pizza y descorcha una botella de vino. Oak saca una rebanada de pizza de gambas y la mete en su boca.

Levanto un vaso de plástico.

—Por la familia.

—Y el País de las Hadas—, dice Taryn, levantando el suyo.

—Y la pizza—, dice Oak.

—Y las historias—, dice Heather.

—Y nuevos comienzos—, dice Vivi.

Cardan sonríe, su mirada en mí.

—Y por tramar grandes planes.

Por la familia y el País de las Hadas y la pizza y las historias y los nuevos comienzos y los grandes planes intrigantes. Puedo brindar por eso.

Fin.

LAS SIGUIENTES CARTAS FUERON ENTREGADAS POR EL
MENSAJERO DEL REY SUPREMO, A LAS MANOS DE LADY ASHA,
QUIEN QUEMO CADA UNA DE ELLAS; ALGUNAS EN LAS LLAMAS
DE LAS VELAS; OTRAS EN SU CORAZÓN.

Jude

Tal vez sólo estas siendo demasiado cautelosa, pero te escribo para informarte que todo está resuelto entre Bajo el mar y Elfhame. Los tratados se firman en espuma de mar y sangre.

Expectante,

Cardan.

Jude

Como no puedo imaginar que haya mucho en las tierras humanas que te interese, sólo puedo suponer que tu continua ausencia en Elfhame se deba a mí. Te ofrezco: ven a enfadarte a una distancia más cercana.

Cardan.

Jude

*No estás de humor para juegos. Muy bien.
Tampoco estoy de humor para ellos. Permíteme
escribirlo directamente: estás perdonada,
revoco tu destierro. Rescindo mis palabras.
Ven a casa. Ven a casa y grítame. Ven a casa
y lucha conmigo. Ven a casa y rompe mi
corazón si es necesario. Sólo ven a casa.*

Cardan.

Jude

*Nunca responder a mis misivas es ridículo e
indigno de tí y lo odio.*

Cardan.

A la Reina Suprema de Elfhame

*Sobre mí está la misma luna plateada que te ilumina.
Mirarla me hace recordar el brillo de tu espada
apretada contra mi garganta y otros momentos
igualmente románticos.*

*Desconozco qué es lo que te impide volver a la Corte
Suprema, si tu enfado conmigo o, quizá que después de
pasar tiempo en el mundo de los mortales, hayas
llegado a creer que una vida en la que has conseguido
librarte de los feéricos es mejor que una vida
gobernándolos.*

*En mis peores momentos me da por pensar que nunca
vas a volver.*

*¿Por qué habrías de hacerlo, a parte que por
ambición? Siempre has sabido exactamente lo que soy
y has visto todos mis defectos, debilidades y cicatrices.
A veces me engaño a mí mismo pensando que has
sentido por mí algo más que desprecio, pero incluso
aunque eso fuera verdad, lo que hayas sentido no sería
más que un aperitivo comparado con el banquete que
suponen tus otros (mucho mayores) deseos.*

*Y, aun así, mi corazón está enterrado junto a ti en el
extraño suelo del mundo mortal, del mismo modo que
se ahogó contigo en las frías aguas Bajo el mar*

*Era tuyo antes de que yo mismo pudiera admitirlo, y
seré tuyo para siempre.*

Cardan.

JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE
JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE JUDE

Por favor Jude

AGRADECIMIENTOS

Terminar este libro hubiera sido inmensamente difícil sin el apoyo, la ayuda, la crítica y las burlas temáticas de

Sarah Rees Brennan, Leigh Bardugo, Steve Berman, Cassandra Clare, Maureen Johnson, Joshua Lewis, Kelly Link y Robin Wasserman. ¡Gracias, mi pícara tripulación!

Gracias a todos los lectores que vinieron a verme en el camino, escribieron mensajes, dibujaron el arte de *Folk of the Air* y/o se disfrazaron como los personajes. Cada parte significó más para mí de lo que puedo decir.

Un enorme agradecimiento a todos en Little, Brown Books for Young Readers por apoyar mi extraña visión. Gracias especialmente a mi increíble editora, Alvina Ling, y a Ruqayyah Daud, Siena Koncsol, Victoria Stapleton, Bill Grace, Emilie Polster, Natali Cavanagh y Valerie Wong, entre otros. Y en el Reino Unido, gracias a Hot Key Books, en particular a Jane Harris, Emma Matthewson, Roisin O'Shea y Tina Mories.

Gracias a Joanna Volpe, Hilary Pechione, Pouya Shahbazian, Jordan Hill, Abigail Donoghue y a todos en New Leaf Literary por hacer las cosas difíciles más fáciles.

Gracias a Kathleen Jennings por sus maravillosas y evocadoras ilustraciones.

Y gracias sobre todo a mi esposo, Theo, por ayudarme a descubrir las historias que quiero contar, y a nuestro hijo, Sebastián, por recordarme que a veces lo más importante es jugar.



Gracias por elegir un libro de Hot Key book.

Si quieres saber más sobre nuestros autores y lo que publicamos, puedes encontrarnos online.

Puede comenzar en nuestro sitio Web

www.hotkeybooks.com

Y también puedes encontrarnos en:



¡Esperamos verte pronto!

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2019 por

HOT KEY BOOKS

80–81 Wimpole St, Londres W1G 9RE

www.hotkeybooks.com

Derechos de autor © Holly Black, 2019

Ilustraciones de Kathleen Jennings Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopiado o de otro tipo, sin el permiso previo por escrito del editor.

El derecho de Holly Black a ser identificado como autor de este trabajo ha sido afirmado por ellos de acuerdo con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

"Elfin Song" de Edmund Clarence Stedman, publicado por primera vez en

1860 "A Fairy Tale" de Philip James Bailey, publicado por primera vez en

1855

Un registro del catálogo CIP para este libro está disponible en la Biblioteca Británica.

ISBN: 978-1-4714-0757-4

Hot Key Books es una impresión de Bonnier Books UK

www.bonnierbooks.co.uk